



*El Inquisidor
negro*

Cazadores de brujas 1

Ada Cruz

Capítulo 1

El lugar era oscuro, húmedo, podía oler el moho que traspasaba las gruesas paredes de piedra. Un frío helado le recorría el cuerpo y desconocía si provenía de la estancia o del alma. Intentó entrecerrar los ojos para que la exigua luz de las antorchas le permitieran vislumbrar mejor por dónde andaba, incluso esquivar alguna de las alimañas que ocasionalmente tropezaban con sus torpes pies.

Estaba asustado, intimidado, aún no había sido ordenado sacerdote y ya se le requería para asuntos delicados debido a que su mentor, Francisco de Navarra, era uno de los inquisidores más importante que tenía España en estos días. Hubiera preferido dedicarse a la vida tranquila de un sacerdote de pueblo velando por los feligreses, pero su clara inteligencia y su espíritu curioso habían atraído la atención de su mentor que enseguida lo acogió bajo su tutela. Cuando llegó cerca de la rústica puerta de madera dudó, no quería entrar ahí y ahora se arrepentía de haberse dejado llevar por el entusiasmo de una vida al servicio de la inquisición luchando contra criaturas del demonio y sus legiones. Lo que había allí gritando no parecía un demonio, sino una mujer, una mujer como lo era su madre, sus hermanas, que lloraba e imploraba piedad.

– Ezequiel, no te quedes rezagado – dijo Francisco de Navarra apremiando a su pupilo a que entrara.

Ezequiel se sobresaltó y miró a su maestro, casi tropezó contra el marco de la putrefacta puerta. Dudó durante unos breves segundos, apeló a todo su temple pero algo en su interior le indicaba que lo que allí estaba aconteciendo no estaba bien.

–Padre... eso que hay dentro no parece una bruja, no tiene voz de bruja sino de...

– ¿De mujer? – preguntó su maestro atajando el asunto – ¿Cómo crees que habla una bruja, hijo? Las brujas hablan como mujeres, el demonio es el maestro del engaño.

Ezequiel observó pensativo a su maestro tratando de discernir los sobrios rasgos de su rostro. “Así es como el alma de un inquisidor se forja, quizás

Ezequiel no tenía madera” Centró la mirada en la antorcha que su mentor llevaba en la mano recordándose a sí mismo lo débil que algunas veces era la luz en medio de una oscuridad inmensa. Aun así, esos llantos eran genuinamente humanos y no pudo evitar expresar sus dudas impropias de un hombre de fe.

–Pero... ¿Cómo podemos estar seguros? Las denuncias eran... como poco vagas, su vecina la vio con unas tijeras abiertas mientras cosía, la vieron volar en la oscuridad de la noche. ¿No podían estar confundidas y ser un ave lo que vieron?

–No debes dudar de los métodos de Dios, descubriremos si es una bruja. El cuerpo es mortal, el alma inmortal, mejor salvar el alma que mantener el cuerpo. Vamos, entremos – respondió el inquisidor truncando todas las preguntas que bullían en el alma de su pupilo.

Ezequiel entró intimidado a la sala con la vista fija en el suelo, tan solo veía el hábito marrón de su mentor. No quería saber qué ocurría allí, pero no era un niño que pudiera esconderse de sus padres en el granero, así que elevó los ojos lentamente hasta observar la calva brillante de Francisco de Navarra. El obeso hombre estudiaba con detenimiento la escena y su labio grueso y ligeramente caído mostraba un rictus de...de placer. Se movía con más agilidad de lo que se podía predecir por su peso. Sus ojos, demasiado pequeños para una cara tan grande y carnosa, brillaban como dos luces oscuras en la noche.

La mujer era joven...demasiado joven, debía tener la edad de su hermana Lucía. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo al verla gemir encima de un potro de torturas. Su rostro podía haber sido hermoso o no, estaba deformado por moratones y múltiples contusiones. Su cabello, de un color oscuro, podían haber sido claros, pero la mugre que se pegaba a ellos le daba un tono oscuro. Elevó los ojos enrojecidos hacía Ezequiel esperando la compasión que hasta ese momento se le había negado. Tenía la nariz y el labio roto, y su cuerpo apenas parecía un suspiro demacrado por el hambre. En ese instante estaba tan conmocionado que apenas podía controlar no derrumbarse y salir corriendo de esa sala. El sudor recorría su piel y percibió que la mano temblaba exageradamente, la tensó esperando que nadie lo notara y siguió observando silencioso, ignorando la velada suplica de la joven bruja.

Su mentor se mantenía muy cerca de la mujer, la cual estaba tendida en el potro. Su rostro de carnes flácidas, estaba inclinado hacia abajo para permitir ver mejor la cara de la joven haciendo que sus mejillas colgaran oscilantes por la gravedad.

– ¿Quién te enseñó a hacer brujería, niña? – preguntó Francisco de Navarra con voz dura e intimidante.

–Yo... no sé hacer brujería – respondió la mujer entre sollozos

–Curaste a un niño. – increpó el inquisidor con la mirada dura e implacable.

–Solo eran...hierbas. Padre...yo no soy una bruja debe creerme, solo quiero volver a casa. Por favor créame, soy buena cristiana – imploró la joven esperanzada aún con la idea de que todo se aclarara y pudiera volver al pueblo con su familia.

– ¿Quién te ha enseñado brujería? – repitió el hombre haciendo una leve señal a uno de sus ayudantes para que le diera una vuelta al potro provocando que una oleada de gritos escaparan de la ajada garganta de la joven. Cuando paró, la mujer lloraba amargamente.

Ezequiel se estremecía a cada grito de la bruja y para acallar su conciencia se dedicó a rezar mentalmente a Dios para que la joven fuera inocente y el asunto quedara zanjado.

–Padre...confieso – dijo por fin convencida que era la única forma de volver a su casa –. Me enseñó la vieja Otilia, me engañó, padre, me dijo que solo eran hierbas de Dios. ¡Confiésemme, sálveme! Quiero volver a casa y olvidar todo.

La mujer lloraba desesperada, casi sin poder hablar más. Tan solo esperaba que todo acabara para poder volver a su vida con sus padres y casarse con el hijo del molinero que la había pretendido.

Ezequiel casi se alegró de que el tormento concluyera, la joven era tan solo un alma descarriada por la perfidia de una bruja. Cualquier alma inocente puede ser engañada.

El padre Francisco de Navarra acarició la frente de la desafortunada para

reconfortarla. Parecía satisfecho con su trabajo. A pesar de ello no se le veía deseoso de desatar a la mujer agotada física y anímicamente. Finalmente, tras recrearse durante unos minutos en la sensación de esperanza que mostraba la supuesta bruja, rompió el silencio.

–Has hecho bien, hija, salvaré tu alma e irás con Dios. Has tenido suerte de que te encontráramos a tiempo – susurró de forma casi amable mientras miraba a uno de sus ayudantes –. Preparad la hoguera.

– ¡No! – gritó la mujer desesperada sabiendo que estaba perdida – ¡Dijo que me salvaría, dijo que me salvaría! ¡Dijo que me salvaría!

–Y así lo haré, hija, pero para ello debo purificarte y es la única forma. Aunque no lo comprendas, cuando estés en la gloria de Dios bendecirás mi nombre por haberte salvado.

Ezequiel oía los llantos desesperados de la mujer como si estuviera presenciando una pesadilla, no podía dejar de oír, no podía huir, solo estaba allí, silencioso sin que nadie se percatara de que estaba en la sala, incluso cuando ya todos habían salido llevándose a la maltrecha mujer derrumbada y su mentor había entrado en la sala de al lado junto a uno de sus ayudantes. La puerta de la sala estaba abierta y daban por sentado que todos habían salido. Por un instante, Ezequiel pensó que era hora de irse y refugiarse en algún rincón a rezar por el alma de esa joven y para pedir a Dios que le privara de esa vida, poder volver a casa, pero al igual que esa desdichada que compartía esos mismos deseos, su destino estaba sellado con la Santa Inquisición.

La voz de su mentor, grave y profunda, se filtraba desde el otro habitáculo acompañada de una más suave de su ayudante.

Ezequiel durante unos segundos tan solo discernió un murmullo indescifrable pero su mente bloqueada por el miedo comenzaba a forjar sílabas hasta entender palabras sueltas de la conversación que su mentor sostenía con el otro hombre. Trató de centrarse y anular el impulso que sentía por salir corriendo y huir a algún lugar donde nadie le conociera. Quizás lo más razonable sería hablar con su mentor y explicarle que no servía para ese trabajo. Mientras se acercaba a la puerta el leve murmullo se transformó en palabras.

–No sabe nada – afirmó el hombre más joven –. No es bruja, ni pertenece

al Aquelarre Blanco. Hace siglos que no nace una bruja así.

Ezequiel se sobresaltó durante unos breves segundos y se acercó más al marco de la puerta cuidando que no le vieran espiándoles hasta que la voz de su mentor le sobresaltó.

–Pero tarde o temprano aparecerán. La bruja que tenemos encerrada debe tener su conciliábulo, sus hermanas. Solo quedan ellas para exterminar el Aquelarre blanco para siempre. El conjuro que tiene echado nos impide acceder a su poder y robárselo. Sus hermanas podían liberarla.

–Hace varios siglos que la tenemos atrapada y aún no ha aparecido ninguna, nadie que tenga esas capacidades del Aquelarre blanco – dijo el ayudante razonando –. Podría ser que fuera la última.

–Las brujas del Aquelarre blanco siempre tienen un conciliábulo o una estrella como le llaman ellas. La bruja que tenemos es el punto central de la estrella, si es de cinco puntas, deberá tener cuatro hermanas. Esta bruja que tenemos atrapada es mucho más poderosa que sus predecesoras que hemos aniquilado, si sus hermanas aparecen y la liberan tendremos un serio problema, podrían reclamar su derecho a regir la magia y expulsar al Aquelarre Negro a las sombras de nuevo hasta que nos toque regir otra vez.

Ezequiel apenas entendía nada de lo que hablaban, pero se esforzaba por comprender y controlar el terror que podía delatarle.

–Es más poderosa porque hemos aniquilado a las antecesoras, la magia se equilibra y se reparte, con matarlas y drenarla no hemos disminuido el poder del Aquelarre Blanco, sino que hemos fortalecido a las pocas que aparezcan.

–Eso es una bobada – negó Francisco de Navarra –. De ser así nuestra reina no sería tan poderosa dado que somos muchos los pertenecientes al Aquelarre Negro.

–Nuestra reina ha extraído poder de muchos espíritus, demonios, y sobre todo el poder de los cazadores – replicó el ayudante en tono suave –. Los cazadores tienen un alma fuerte y sus dones

–Sí, pero son muy raros. ¿Cuántos has visto en varios siglos, dos?

–Tres – dijo en un tono que heló la sangre de Ezequiel mientras

escuchaba aterrado sin ser capaz de huir ni moverse –. Tu pupilo es uno de ellos – afirmó el ayudante casi en un susurro que le costó oír a Ezequiel y casi pensó que lo había imaginado.

–En efecto – confirmó Francisco de Navarra

–Yo sigo creyendo que esos cazadores que están apareciendo ahora eran los que antiguamente estaban ligados a las brujas del Aquelarre Blanco, sus protectores y es la energía de su bruja lo que los hace especiales.

–Eso es una absoluta majadería, solo es un mito de épocas muy pasadas, ninguna de las brujas del Aquelarre Blanco que hemos capturado ha tenido ningún compañero místico y de tenerlo no les ha servido de nada.

Ezequiel escuchaba la conversación desde la otra sala. Lo que estaba oyendo no podía ser verdad sino una broma. Brujas del Aquelarre Blanco, reinas que se trataban con demonios, tan solo esperaba que no fuera la reina castellana. Pero su mentor era un hombre de Dios no un amigo del demonio. Las brujas y los discípulos de Satán no podían pisar las iglesias ni ver los crucifijos. Claro que la joven que iban a quemar por bruja iba a menudo a la iglesia, pero por otro lado... Una idea terrible le rondó a Ezequiel por la cabeza, la joven no era una bruja, lo acababa de decir el ayudante, iban a quemar a una joven inocente cuyo único delito había sido usar hierbas. El pensamiento que había tenido era tan angustioso que la mano le volvió a temblar y dejó caer el rosario que llevaba al suelo.

La cruz de madera cayó dejando oír un sonido seco sobre el rústico suelo de piedra.

Las voces se silenciaron, Ezequiel miró hacia la puerta que llevaba a la salida pensando si no debería correr en este mismo instante, debía ser un error lo que había escuchado, posiblemente no lo entendió bien y querían decir otra cosa, su mentor era un hombre piadoso de Dios no un amigo de Satán.

El ruido de los pasos le sobresaltó y tan solo elevó la vista de donde había caído el rosario al notar la presencia de su maestro tan cerca que podía sentir el aliento sobre su cuello.

– ¿Cuánto tiempo llevas ahí? – indagó Francisco de Navarra

–Acabo de llegar – balbuceó en un leve susurro denotando un nerviosismo exagerado para ser verdad.

–Todo lo que has oído, hijo, tiene una explicación.

–Lo sé, padre – dijo sin intenciones de seguir mintiendo aliviado de que la situación no fuera lo que parecía –. Usted es el hombre más piadoso que conozco.

El inquisidor observó con paciencia al muchacho. El rostro aún infantil del joven, incluso inocente, mostraba la inquietud que le producía la presencia del maestro. Había contemplado cómo sentenciaron a una muchacha inocente y desconocía los motivos. Ahora estaba siendo escrutado por los perspicaces ojos del padre Francisco desvelando sus demonios internos. El hombre lanzó una mirada fugaz a su interlocutor y este asintió.

–Sígueme – le indicó en un tono autoritario.

Ezequiel asintió ligeramente y apenas atinó a guardar de nuevo su cruz de madera y obedecerle, ni siquiera se había percatado del momento en el que el hombre que hablaba con el padre Francisco se había marchado, pero en ese instante se encontraba solo con su mentor. Echó un último y tímido vistazo a la sala donde habían torturado a la muchacha y luego se puso a andar tras el padre Francisco.

El camino se alargó un par de días y en ese trayecto apenas se atrevió a hablar, tan solo comía cuando le decían que lo hiciera o le tendían una hogaza de pan y rezaba cuando paraban para descansar. De noche las estrellas le resultaban aterradoras, luces en medio de la oscuridad, una oscuridad insondable como la que se había instalado en su alma.

Al segundo día habían llegado a un convento. El lugar era pulcro y los materiales con los que había sido construido caros, muy distinto de los conventos que estaba acostumbrado a frecuentar, apenas una edificación ruinoso donde vivían unas pocas monjas dedicadas a la oración. Una coreografía de voces femeninas que murmuraban en un extraño idioma que distaba mucho del castellano que él hablaba o el latín que había escuchado desde que era niño en la iglesia resonaba por el edificio como si las mismas paredes lo emitieran. Durante unos segundos sintió terror y dio dos pasos atrás dispuesto a correr, pero la mano de su maestro se había enroscado en la

suya como si fuera una garra, cuando bajó la mirada hasta ella se dio cuenta que, de hecho, ya no era una mano si no una garra. Aterrado trató de tirar de ella para desprenderse de la presa pero tan solo consiguió hacerse daño, aún así siguió forcejeando hasta romperse la muñeca. Su maestro tiró de él con una fuerza sobrehumana, arrastrándolo como si fuera un saco por los pasillos del convento hasta llegar al lugar de donde procedían las voces. Unas mujeres de rostros hermosos, vestidas con ropajes negros que no recordaba en nada al de las monjas, por sus tejidos suaves casi vaporosos y la cantidad de carne que mostraban, rezaban la extraña letanía.

Cuando el padre Francisco entró con él arrastrándole por el suelo las mujeres concluyeron su murmullo y de entre ellas, una que sobresalía sobre las demás, no solo por sus atuendos más elaborados si no por su exquisita belleza se adelantó con paso decidido casi como si pretendiera dejar huella en las losas de piedra que pisaba hasta llegar a donde un maltrecho Ezequiel aguardaba su destino. El padre Francisco lo dejó caer al suelo al soltarle y se apartó para que la mujer tuviera espacio para examinarle.

La mujer le sonrió y se colocó cerca de una de las antorchas que iluminaban el lugar para que él, a su vez, pudiera contemplarla a ella. Ezequiel abrió los ojos desmesuradamente cuando vio esa belleza que no parecía terrenal exhibiéndose delante de él. Los cabellos eran rubios y brillantes, tan dorados que estaba seguro de que se podrían vender en algún lado como si de ese metal se tratara y los lucía sin decoro, sin ocultarlos tras un pañuelo o recogidos alrededor de la cabeza ocultos por alguna cofia. Los ropajes negros eran de un material que no había visto jamás, parecía como agua acariciando el cuerpo perfecto de la mujer, la cual, comenzaba a recordarle una súcubo enviada por el maligno para destruir su alma inmortal, estaba seguro de que si tocara el vestido sería tan suave como los pétalos de una flor. La mujer mostró una sonrisa perversa que rozaba la lujuria mientras le observaba. Sin duda debía ser una súcubo.

–No me habías dicho que fuera tan guapo – dijo la mujer al padre Francisco rompiendo el silencio que había dejado el final de la letanía siniestra.

–No pensé que eso fuera un detalle importante –objetó el padre Francisco en un tono que dejaba traslucir una pizca de envidia.

–No, pero hace mi labor más agradable.

La mujer se acercó a Ezequiel que se mantenía tirado en el suelo, en el mismo lugar donde cayó. Apenas era capaz de pensar con claridad, y en estos momentos, la belleza y magnetismo de la mujer se le antojaba demoníaco. La mujer casi reptó por el cuerpo de él hasta sentarse pegada a su cintura y con un dedo acarició la mejilla de Ezequiel mientras le dedicaba una mirada lasciva. Luego rozó con el dedo la mejilla hasta bajar a los labios que tocó suavemente, acercó los suyos, rojos y carnosos, como haría un demonio de la seducción hasta lamer los de él y después besarlos. Ezequiel sintió un deseo insólito en él. Su mirada se centró en los pechos de la mujer mientras la imaginaba moviéndose sobre él de manera escandalosa, como no haría una dama. Ella bajó la mano hasta acariciar el muslo del muchacho, luego comenzó a subirla lentamente como si quisiera jugar con su deseo. Ezequiel se sentía muy excitado esperando con anhelo el siguiente movimiento de la mujer que parecía disfrutar de su impaciencia. Durante unos segundos pensó que no debía seguir pero el placer le arrastraba y casi temblaba de deseo. La mujer se acomodó colocándose más abajo hasta rozarse contra él. Ezequiel cerró los ojos, dejó escapar un leve suspiro. Sabía que lo que estaba a punto de hacer condenaría su alma inmortal. Debía vencer la tentación del demonio, no podía dejarse llevar por la lascivia que ese súcubo le producía. Cuando la mujer subió la mano rozando la pierna sugerentemente tuvo que reprimir un gemido de placer. Era débil, estaba a punto de dejarse llevar por completo, así que volvió a cerrar los ojos y comenzó a rezar, primero mentalmente y luego casi como un susurro. Abrió los ojos y le dedicó una mirada desafiante a la mujer.

–Deberías volver al infierno del que saliste, demonio – dijo Ezequiel con una voz dura y llena de desprecio.

La mujer le observó, primero; perpleja y luego enfadada, aún así parecía dispuesta a continuar con su labor, pero una mirada helada proveniente de Ezequiel acabó con sus expectativas. Furiosa le dio un bofetón con una fuerza tan inusual que el joven creyó que le arrancaría la cabeza. Luego se puso de pie y tomó a Ezequiel de la pechera golpeándole contra una pared. Durante unos instantes creyó que le mataría y tras superar el momento de terror que le invadió cayó en una calma que bien podría ser la emoción que precedía a la

muerte. Mientras la mujer le mantenía atrapado con los ojos inyectados en sangre, Ezequiel giró la cabeza y se fijó en una luz blanca que provenía del final de la sala. Al fondo, una mujer ajena a los actos de las otras, le observaba rodeada de una luz blanca. Ezequiel enfocó mejor su vista acostumbrándose a la tenue luz de la sala hasta darse cuenta de que la mujer de la luz blanca estaba rodeada de una burbuja que producía la luminosidad, pero parecía atrapada dentro de ella. La idea que le vino a la cabeza es que era una prisionera. No pudo pensar más porque un dolor inmenso le atenazó sembrándole de angustia. El súcubo que le mantenía agarrado clavó una mano con dedos como garras en su corazón. Miró incrédulo hacia la mano mientras la sangre caía a borbotones. Un pestañeo y dos, cuando había pestañado cinco veces, porque era lo único que el dolor le permitía hacer se dio cuenta de que a pesar de todo, su corazón se mantenía en su sitio y aún bombeaba, pero una luz negra le envolvía. Una infame aura que se clavaría en él para siempre ligándole a ella. Cuando la bruja aflojó la presa Ezequiel corrió casi instintivamente. No sabía hacia donde ir así que fue hacia la luz blanca esperando encontrar una forma de salir mientras los demonios le rodeaban; brujas y hechiceros. Cuando llegó tan cerca de la mujer de la luz blanca como pudo notó que no podía continuar, la luz formaba una barrera que mantenía a la mujer de blanco dentro, inaccesible a todo lo externo. La contempló un breve instante y la oyó susurrar “el espejo, atraviésalo”. Ezequiel miró confundido por toda la sala buscando un espejo mientras el grupo le iba cercando y encontró uno cerca de donde la súcubo había estado cuando llegó junto a su maestro. Corrió casi sin mirar a su alrededor y ni sin saber cómo un espejo le iba a ayudar, cuando estuvo en frente de él no paró se arrojó sobre el espejo y ante su sorpresa lo atravesó llegando a otro lugar.

El despertador sonó sacando a Ezequiel de su sueño. Las pesadillas de su pasado se repetían, a veces eran tan reales que creía haber vuelto a aquellos días. Se dirigió hacia la ducha tratando de alejar de sí los recuerdos, pero una vez en su cabeza era difícil olvidar el día que perdió su alma, que fue llevado por su mentor, Francisco de Navarra, hasta la reina de los hechiceros. Se estremeció al recordar esa mano que rozó su corazón. Desde entonces no tenía alma, estaba condenado, y al igual que los hechiceros, su vida se alargaba, no envejecía. Rozó ligeramente la marca que dejó la bruja en su pecho, mientras él viviera ella sería más poderosa gracias al vínculo con el

que lo había marcado, y junto con ese mal, la facultad de morir le había sido arrebatada para vivir una inmortalidad atormentado por ese hecho. Para otros cazadores, el carecer de alma no significaba nada, ni siquiera creían en la existencia de algún Dios, pero sí creían en la hechicería y en las criaturas que invocaban salidas del infierno. Aún así, cada uno de ellos sufría, aunque no lo expresaran se sentían esclavos de una mujer que odiaban y que extraía de ellos, dolorosamente, su poder.

Ezequiel se enjabonó el cuerpo mientras desconjuraba las visiones del pasado. Ahora era un cazador de brujas, y como todos sus compañeros que habían sido tocados por la mano de la reina de los hechiceros, no veían el día en que pudieran arrebatarle la vida lentamente. Había cazado sin piedad a todo tipo de brujas durante siglos dejando sus deseos personales a un lado, y en él, a diferencia de otros cazadores, era más que un acto de odio o necesidad, era un acto de fe.

Salió de la ducha liándose una toalla alrededor de la cintura, tomó otra y se secó el pelo. Su cabello negro y rebelde caía alborotado, no se molestó en peinarlo, lo dejó tal cual. Se afeitó cuidadosamente, tenía que hacer ese ritual a diario o en breve una espesa barba negra le cubriría su cuadrulado rostro. Concluyó su labor y acarició levemente la pequeña cruz de madera que llevaba consigo desde hace siglos, desde aquel día fatídico que siendo un novicio la dejó caer al suelo delatándose. Se puso el reloj, era temprano, Ezequiel era un hombre metódico, residuo de su educación eclesiástica, rara vez llegaba tarde. Acabó de vestirse con unos vaqueros y una chaqueta gris y se dirigió hacia el centro de Madrid, a una de las oficinas donde los cazadores tenían su sede de operaciones. Muchos siglos viviendo había suministrado al grupo una buena fuente de ingresos, no a él en particular, que siempre se había regido por unos principios de austeridad, había donado mucho dinero a grupos benéficos y había patrocinado todo tipo de asociaciones de ayuda al Tercer Mundo. No obstante, tenía participaciones en las empresas de los cazadores que servían de tapaderas para recaudar información y actividades de los brujos, aparte de reunir recursos para tecnología y armas.

Entró en el edificio dedicándole una leve mirada a la mujer que se encontraba en una mesa semicircular negra tecleando de forma compulsiva.

–Buenos días, Celia – dijo en tono amable a la mujer que estaba allí

sentada, era rubia, de mediana edad. Sus formas delicadas casi como si pudiera quebrarse con facilidad contrastaban con la manera enérgica casi agresiva de teclear el ordenador.

–Hola Ezequiel – respondió a su saludo sin levantar los ojos del ordenador, tan solo se ajustó un poco sus doradas gafas mostrando levemente una sonrisa.

Tomó el ascensor subiendo hasta la última planta del edificio. A pesar de todos los siglos que llevaba viviendo no había logrado adaptarse a los lujos, ni a los lugares tan caros como el edificio donde estaba, en su niñez con ese dinero hubieran podido construir dos catedrales, o no, pero quizás sí hubieran podido hacer buenas iglesias a todos los pueblos del condado y alimentar a los pobres que se acercaran sin tener necesidad de mendigar.

Salió del ascensor y entró en el primer despacho a la derecha. En una mesa había un hombre alto, de cabellos rubios, largos y rizados. Ezequiel era consciente de que Jaques, a pesar de sus múltiples cicatrices, era un hombre bien parecido, al menos eso comentaban las mujeres que le trataban. De mirada profunda despedía un gran magnetismo, era un líder natural.

–Hola Ezequiel, llegas antes de la hora – saludó Jaques desde su asiento.

–Hola, Jaques – dijo sentándose en una silla. Jaques era el cazador más viejo de todos, nadie sabía su edad real, tan solo que había estado en la Primera Cruzada con Bohemundo y había hallado en el templo de Jerusalén secretos de los que rara vez hablaba.

–Hemos capturado a uno de los servidores de los brujos que puede llevarnos a otros...– Jaques se mantenía sentado en su asiento casi ocioso, daba la impresión de que o bien, se había mantenido desocupado para no interrumpir el trabajo a la llegada de Ezequiel, o simplemente había pasado la mañana sin mucho que hacer.

– ¿Sabes a quien sirve? – preguntó Ezequiel acercándose a la mesa de Jaques para coger los papeles que había y ojearlos mientras recibía la información.

–No lo sé, la idea es interrogarle, por eso te hice venir – Ezequiel observó el rostro de Jaques, su trabajo durante siglos había sido observar y conocer el

alma humana y aunque siempre le había sido difícil ver en Jaques, esta vez las señales eran muy claras, estaba nervioso, le ocultaba algo.

– ¿Lo tenéis aquí? – indagó Ezequiel.

–Sí, cuando gustes puedes proceder – dijo Jaques esperando que Ezequiel tomara la iniciativa.

–No alarguemos más el asunto, llévame hasta él – contestó Ezequiel dejando todos los papeles en el mismo lugar donde los había cogido.

Jaques se levantó del sillón y salió silencioso del despacho seguido por Ezequiel, el ruido de las pisadas era el único acompañante en ese solitario y largo pasillo. Todos los compañeros de Ezequiel se habían acostumbrado al taciturno cazador de brujas, a veces parecía que mantuviera el voto de silencio y a sus compañeros no le extrañaría que un día se hiciera sacerdote. El motivo por el que no lo hacía era porque Dios le había elegido para acabar con los adoradores del diablo y limpiar de esa forma la casa de Dios, en todos los demás sentidos Ezequiel actuaba como un siervo de Dios, mantenía todos los preceptos de la iglesia, y cuando iba en grupo a destruir algún aquelarre las únicas palabras que se le oía liberar que no eran monosílabos provenían de la lengua latina y era la extremaunción.

El ascensor aún estaba esperando en la planta donde lo había dejado Ezequiel. El edificio disponía de dos ascensores, uno de ellos hacía parada en los niveles donde solo podían entrar los cazadores. Jacques entró en él seguido de Ezequiel y le dio a la planta menos tres, uno de los sótanos del edificio. Jacques sabía que Ezequiel no haría más preguntas, su tarea era encontrar las respuestas. De los dones que Ezequiel creía que Dios le había otorgado en su lucha contra el demonio, a parte de su fe, el más peculiar era extraer información, capacidad que la inquisición había descubierto en él cuando aún era un niño y le habían adiestrado en distintos procesos al respecto.

El ascensor había llegado al final de su trayecto y el lugar, ahora sin ventanas, estaba oscurecido, tan solo unas pequeñas luces dispuestas en la pared del pasillo mostraban hacia donde se dirigían. La puerta blindada que cerraba el lugar se abrió dejando ver una sala que se iluminó al entrar. La sala era de paredes blancas y completamente vacías, tan solo un hombre atado a

una silla con correajes para que no escapara. Ezequiel detuvo sus oscuros ojos sobre el hombre estudiándole detenidamente. Tendría unos treinta años, muy delgado, su enjuto rostro mostraba su obsesión, obsesión por... poder, esa era su mayor motivación, el poder y su gesto arrogante en la forma de arquear la ceja, larga y perfilada como las de una mujer, mostraba que se creía mucho más importante de lo que era. Posiblemente para los que le conocían lo fuera y mucho, los demonios otorgaban dones a las personas que se vendían a ellos, y les bendecían con una vida llena de dinero, mujeres y diversiones. Ese hombre parecía haberse adaptado a esa vida y se ha acostumbrado a avasallar y pisotear a otros por el mero placer de mostrar su poder. Ezequiel mantuvo su frío gesto mientras lo estudiaba, el hombre aún creía que su poder mundano haría que los cazadores se sintieran intimidados y le dejaran marchar por el temor a una demanda.

–Esto que hacen es ilegal – se quejó el hombre con aire altivo –. Ustedes no saben con quién está tratando. Los hundiré por esto.

Ezequiel ignoró las amenazas del hombre y se acercó lentamente estudiando cada uno de sus gestos hasta quedar muy cerca del mismo, lo suficiente para que escuchara su voz que apenas sonaba como un murmullo

– ¿Para quién trabaja? – preguntó en tono firme y severo.

–Soy concejal de...

– ¿Para quién trabaja? – interrumpió Ezequiel cruzando los brazos – Su amo, su señor, al que venera. Si no responde será torturado y le aseguro que hablará, si miente lo sabré, así que no se moleste, esa actitud solo le traerá más sufrimiento, ahórreselo.

– ¿Está de broma? ¿Usted piensa torturarme al estilo mafioso? Ha visto usted muchas películas – dijo en tono autoritario haciendo ademán de tratar de soltarse de las correas que lo ataban –. !Quíteme estas correas ahora mismo y apártese de mi camino!

Ezequiel se acercó fijando sus ojos en el hombre y éste le respondió instintivamente de modo insolente, devolviéndole la mirada. Los ojos de Ezequiel se volvieron completamente negros, el gesto arrogante del hombre se fue difuminando poco a poco transformándose en un miedo que fue tornando a terror al poco tiempo.

–No necesito ninguna herramienta para torturarlo – dijo Ezequiel en una voz suave, fría y dura que helaba la sangre –.Yo sé cuáles son sus miedos y lo que más dolor le causa y voy a jugar con ellos hasta que hable, le aseguro que lo haré.

El hombre dejó de quejarse, notaba como le sondeaba el alma y sus temores aparecían en su cabeza de forma obsesiva, intensificando el terror, que de por sí ya era mucho. Una gota de sangre rodó de la nariz del hombre acompañando un grito espeluznante. La respiración del hombre no se normalizó hasta que Ezequiel dejó de mirarlo fijamente, tardó un rato en recuperar la cordura y darse cuenta de lo que había ocurrido.

–Eres el Inquisidor Negro – susurró entendiéndolo que no iba a poder ocultarle nada.

–Así me llaman – confirmó Ezequiel esperando oír la confesión.

Capítulo 2

Violeta observaba desde el autobús el paisaje montañoso que precedía la entrada a su pueblo. Llevaba semanas sin ir a su casa debido a exámenes y a diversas situaciones. La Bruja Blanca era un nombre extraño para un pueblo del sur de España y más por el pasado católico del país. En la época de la Guerra Civil y la posguerra el nombre era Fuentes de la Doncella dado que el agua que recorría las montañas iba a dar a una fuente y de ahí a los cántaros de las jóvenes del pueblo. Pero recientemente el nombre fue cambiado en honor a una mujer que vivía a las afueras del pueblo y que había dedicado su vida a traer niños al mundo. Soledad Muñoz fue asesinada por un grupo de intolerantes al acabar la Guerra. Ostentaba fama de curandera, y, de hecho, muchas de sus curaciones fueron consideradas casi milagrosas, circunstancia que le llevó a su trágico final. Hace unos diez años que el pueblo decidió homenajear a esa mujer cambiando el nombre a Bruja Blanca.

Para ser honestos, pensó Violeta para sí misma, fue su madre la que propuso el cambio, ella y su club de costura. Había oído esa historia cientos de veces, es más, la había vivido. Las señoras del pueblo que se reunían con

su madre, aburridas, habían comparado el nombre del pueblo con otros cercanos. ¿Y qué significa Fuente de la doncella? Un nombre que indica que puedes recoger agua del manantial que bajaba de la sierra, y de hecho ya venían de todos lados a disfrutar del agua del pueblo de manera gratuita. El nombre del pueblo debía ser especial, quizás en honor a algún ilustre ciudadano. Esa idea resultó muy atractiva para el club de costura, el problema fue que no encontraron a nadie suficiente ilustre como para ceder su nombre al pueblo. ¿Y qué hay de Soledad Muñoz? Propuso una de ellas entusiasmada, una mujer curandera. ! Qué curandera! Seguramente estudió medicina y era bruja, pero bruja buena, nada de brujas que invoquen demonios, dijo una de ellas mientras se persignaba. El final de la historia fue que presionaron tanto que tuvieron que hacer unas votaciones y ningún marido, hijo o novio se atrevió a votar que no. Así son las mujeres de la Bruja Blanca, pensó Violeta mientras bajaba del autobús.

–¡ Violeta!

Violeta se sobresaltó al ver a su hermana Carolina acercarse. Hacía muchísimo tiempo que no la veía y la encontraba extraña. Se había aclarado el pelo y se lo había dejado crecer. Ya no llevaba pantalones vaqueros y camisas ajustadas, sino que lucía un vestido vaporoso de tules de diversos colores y... flores. Pestañeó dos veces tratando de aclarar la visión, pero su espijada hermana mayor que le sacaba una cabeza de alto seguía igual de glamurosa.

–¡Carolina! – respondió Violeta con un grito de sobresalto más que de alegría – ¿Qué te has hecho?... En general.

– ¿No te gusta? – preguntó Carolina risueña girando para que la viera bien – Es una sorpresa.

– ¿La sorpresa es el peinado? – inquirió Violeta mientras sacaba la maleta del autobús que seguiría su camino hacia otro de los pueblos cercanos.

–No, tonta. He abierto un negocio – le informó mientras observaba cómo Violeta sacaba la maleta del autobús.

– ¿Tú? – preguntó incrédula Violeta. Carolina había pasado mucho tiempo buscando su “vocación” incluso se llegó a apuntar a todo tipo de cursos. Enfermería, esa vocación acabó cuando se dio cuenta de que se mareaba al

ver la sangre. Azafata de vuelos, pensó que su altura convertían la profesión en vocacional, y esta pasión concluyó cuando tras hablar con Teodoro Martínez, el alcalde, le aseguró que no había dinero para hacer un aeropuerto en Bruja Blanca, y ella no sentía tantos deseos de dejar de vivir con sus padres y salir del pueblo. La última aventura de su hermana fue turismo rural. Cada año el pueblo era visitado por grupos de personas que buscaba un turismo alternativo y Carlos Martínez, el hijo del alcalde, aceptó contratar a su hermana tras hacer un curso de medio ambiente, pero ella misma se despidió tras pasar la primera noche de acampada en un suelo duro lleno de insectos.

–Sí, yo.

– ¿Y de qué se trata? – indagó sin mucho interés mientras colocaba las ruedas de la maleta.

–Una tienda de esoterismo – respondió llena de entusiasmo –. ¿A que es genial?

–Una tienda de esoterismo – repitió incrédula casi masticando las palabras.

–Sí, y es una suerte que a nadie se le haya ocurrida antes. ¿Te imaginas? Con todos los turistas que vienen y a nadie se le ha ocurrido vender los verdaderos conjuros de la Bruja Blanca – explicó Carolina con un tono exagerado de entusiasmo.

–No hacia conjuros. Era una sanadora, traía niños al mundo. Soledad Muñoz era más parecida a una enfermera que a una bruja – replicó Violeta.

–Bah, el grupo de costura de mamá decidió que era una bruja y es una bruja, por consiguiente, el pueblo es un lugar mágico, por consiguiente, lo que yo venda en mi tienda será efectivo – argumentó sonriente en un tono infantil que casi rebatía cualquier opinión sobre su sensatez.

–La gente que viene a Bruja Blanca es a comprar cerámica local y cosas por el estilo no conjuros. Por dios, Carolina, es turismo rural no esotérico. ¿Y mamá te ha dejado hacer esa locura?

–No solo me ha dejado, sino que le ha entusiasmado la idea. El club de costura me hará las cortinas y diversas cosas.

–Así que te han dado el visto bueno – Violeta sabía cuándo una debía callarse, si el club de costura daba el visto bueno a algo en la Bruja Blanca, nada de lo que ella o cualquiera en ese pueblo incluido el alcalde dijera serviría para nada.

Violeta continuó por el camino empedrado del pueblo junto a su hermana manteniendo una actitud silenciosa mientras esta contaba cada detalle de su nuevo negocio. Todo seguía igual menos...al llegar a la altura de la plaza había mucha gente extraña con cámaras, parroquianos alrededor observando. El bullicio era tan ensordecedor que parecía que fuera una de las calles de Madrid en vez del plácido pueblo en el que se había criado.

– ¿Qué es eso? – preguntó Violeta frenando en seco angustiada al ver su pueblo profanado por tantos extraños.

– ¡Oh! se me olvidó contarte – dijo entre risas –. Van a hacer un anuncio de perfume en la zona.

– ¿Qué? – Violeta pensó que hoy no iba a salir de su asombro mientras trataba de ver a través de la gente que se arremolinaba alrededor de la plaza – ¿Un anuncio en el pueblo?

–No, en el pueblo no, en el lago de las ranas.

– ¿En el lago de las ranas? – Violeta siempre había adorado ese sitio, un lago pequeño donde de niña iba a nadar con su hermana, estaba lleno de vegetación y el agua que venía de la montaña había modelado bellamente la ladera de piedra que servía de límite al lago.

–Sí, el año pasado vino un tipo a pasar las vacaciones haciendo senderismo, trabajaba para una marca de perfume, de esos que se dedican a buscar lugares para anuncios, películas...No lo tengo muy claro, el caso es que le gustó el sitio.

– ¿Y si van a hacer las fotografías en el lago qué hacen en la plaza?

–Junto a la modelo principal van a salir otras chicas que hacen como de ninfas del agua. Vienen de muchas partes de España para hacer el casting.

–¡Qué horror! Vamos a tener esto lleno de gente – se quejó Violeta que tenía intenciones de pasar unas vacaciones tranquilas y descansar mucho sin

hacer nada – Espero que se vayan pronto y no tenga que ver a toda esa gente constantemente.

–Precisamente – dijo Carolina dubitativa escogiendo las palabras que creía adecuadas – ¡Te hemos apuntado al casting!

Carolina enfatizó la noticia con un grito de alegría, unos pocos saltitos y palmaditas de entusiasmo.

– ¿Qué? – casi gritó Violeta disgustada frenando la maleta en seco para que no rodara por la cuesta –. Explícate

Carolina tomó a su hermana de la mano y la arrastró hacia un lado de la plaza haciéndose hueco a empujones entre la gente del pueblo hasta poder ver la escena al completo. Unas chicas jóvenes posaban para que ser fotografiadas mientras un fuerte ajeteo se dejaba notar en cada esquina. Un hombre con una incipiente calva y varios papeles en la mano discutía con una mujer impecablemente vestida que llevaba unas gafas de sol que impedían verle el rostro.

– ¿Esas son aspirantes? – preguntó Violeta observando la escena.

–Sí y esa que miras, la de las gafas, es Verónica Reyes. Una de las modelos españolas más famosas, debes haberla visto en anuncios diversos. Es la nueva cara para la fragancia Ninfa. Aquella de allí, la más alta, es Mary Betila. Es una importante mujer de negocios que financia el perfume Ninfa de Betila.

– ¿Y todo eso qué tiene que ver con que me hayas apuntado a un casting en el que no tengo mucho que hacer más que el ridículo? – cuestionó Violeta mientras observaba aún aturdida toda la procesión de personajes extraños que vagaban por lo que hasta ese instante había considerado su santuario de paz en medio del mundo.

–Primero, no vas a hacer el ridículo, ya has hecho esto antes – contestó Carolina entusiasmada con la idea.

–Por favor, Carolina, tenía dos años y era un anuncio de pañales, apenas se me vio entre tantos niños que hicieron el anuncio.

–Bah, eso no se olvida – replicó Carolina como si se tratara de montar en

bicicleta.

– ¿Y el motivo de todo esto? – preguntó Violeta mientras su hermana señalaba a un hombre que estaba con una cámara. Era alto y de hombros anchos, pero no pudo ver su rostro hasta que dejó la cámara con la que buscaba planos. Tenía el cabello negro un poco largo y rizado. A Violeta nunca le habían gustado los hombres con el pelo rizado, pero había que reconocer que este era impresionante, y lo que más destacaba eran sus ojos negros, tan negros que parecían antinaturales, en conjunto con un rostro cuadrado y un cuerpo atlético, se le podía considerar extremadamente atractivo.

– ¿A qué está muy bueno? – preguntó su hermana divertida ante el gesto de sorpresa de Violeta – Pues necesitamos que te elijan de ninfa para poder venir a verte todos los días y mientras tú posas nosotras nos entretenemos hablamos con él.

–Increíble – expresó incrédula riéndose a carcajadas –. Menuda bobada más grande. No voy a presentarme a hacer el ridículo para que tú lagues con el fotógrafo. Además, ni de broma me van a elegir ninfa.

–Primero; no lo sabes. Segundo; no soy yo sino Ana, Bego y yo, Tercero; reclamo el favor que me debes.

Violeta pensaba replicar que no actuara infantilmente cuando recordó bien a qué favor se refería. Aquella vez que quiso ir a un concierto, pero sus padres no le dejaron y su hermana no solo le cubrió diciendo que estaba con ella sino que fue a recogerla porque no encontró taxi para volver al pueblo.

–Está bien – dijo resignada –. Pero no me van a escoger posiblemente de ninfa y una vez acabado el asunto el favor queda saldado.

–Te doy mi palabra, pero esfuérate para que te elijan, te pagarán incluso y necesitas dinero para la universidad.

–Ahora va a resultar que casi me haces tú un favor – dijo riéndose.

–Y te haré un conjuro para atraer buena fortuna y un buen novio –dijo Carolina añadiendo lo del novio tras dudar medio segundo.

– ¿Novio? Ni de broma – resopló Violeta observando el ajetreo de la

plaza –. Y no deberías creer en esas bobadas, entiendo que lo digas si quieres vender en esa tienda tuya, pero creer en eso...

–No entiendo por qué estás tan cerrada a esos temas. Cuando eras niña no eras tan escéptica, sino que íbamos a la casa de la bruja a jugar y creías que esa casa estaba encantada.

–Sí, hermana, pero crecí, y no era una bruja, sino una sanadora que usaba hierbas.

– Por cierto, te lo cuento porque te vas a enterar. Luis ha venido al pueblo con su nueva novia – añadió Carolina como si algo le hubiera recordado el dato.

–Vaya, que suerte tengo – dijo disgustada Violeta al recordar a su antiguo novio.

– ¿Qué te pasó con él? ¿Qué te hizo para no querer oír hablar de novios? – preguntó Carolina preocupada. Hacía mucho tiempo que deseaba saber la verdad sobre el tema. El pueblo solo sabía la versión de Luis, y este contaba que era fría, que siempre se quejaba de todo, la describía como alguien poco menos que inaguantable, pero Carolina intuía que había mucho más – Luis siempre cae bien a todo el mundo y cuenta su versión, tú te encierras en ti misma y no dices nada, así que todo el mundo cree que eres la mala.

–No quiero hablar del tema – dijo muy malhumorada, ya que era el motivo por el que cada vez venía menos al pueblo.

El cielo que había permanecido despejado comenzó a nublarse en segundos, unas pocas gotas precedían a lo que en breve se convirtió en un aguacero. Violeta se sobresaltó al oír el primer trueno que debió caer cerca. El fotógrafo que su hermana le había señalado, se estremeció visiblemente dejando caer la cámara al suelo rompiéndose en pedazos. Violeta quedó hipnotizada viendo como el aparato caía y tan solo apartó la mirada cuando el hombre se giró y fijó sus negros ojos en ella. Violeta también se estremeció, por un instante sintió un miedo intenso, sabía que ese hombre era muy peligroso, pero al mismo tiempo esa sensación de peligro le resultó muy seductora. El hombre no tenía intenciones de acercarse a ella, tan solo la observaba como anotando mentalmente algún dato y Violeta no podía hacer más que mirarle hasta que notó que su hermana tiraba de ella y entonces se

dio cuenta de que se estaban empapando. El tiempo que parecía haberse detenido mientras miraba al hombre recobró su marcha y un traqueteo de personas buscando refugio de la lluvia y la tormenta, se dispersaban en todas direcciones. Carolina tiraba de su hermana para buscar algún refugio.

–¡Violeta! – gritó Carolina – ¡Que nos mojamos!

Violeta se dejó llevar por su hermana que buscaba un sitio donde resguardarse que no estuviera ocupado por alguien. Pasaron de largo varios portales y tuvieron que correr recorriendo una calle entera hasta que vieron la iglesia. Empapadas se dirigieron a refugiarse bajo la cornisa del portal. Carolina empujó la puerta, pero estaba cerrada.

–Demasiado temprano para estar abierta – suspiró Carolina –. Con esta lluvia no podemos llegar hasta casa, y la tormenta me da un poco de miedo.

–Estamos empapadas – se quejó Violeta – ¿Cómo se ha puesto así el día? Estaba completamente despejado. No puede ser que esté cerrada la puerta.

–Abren por la tarde cuando va a dar misa el cura – respondió Carolina mientras su hermana intentaba comprobar que la puerta estaba cerrada por sí misma.

–Violeta – dijo Carolina casi con un susurro –. Mira quien viene hacia aquí a resguardarse de la lluvia.

Violeta se giró bruscamente para encontrarse de frente con su ex, Luis. Luis iba mejor vestido que como solía hacerlo cuando estaban juntos. No era muy alto, ni tan siquiera guapo, aun así, poseía ese estilo de sonrisa que le daba un aire cautivador con el que podía conquistar a casi cualquier mujer. De cabello castaño, había dedicado mucho tiempo trabajando en la barra de uno de los pubs del pueblo. A su lado se encontraba erguida y empapada hasta el punto de que el agua caía copiosamente al suelo que pisaba, una joven pelirroja escandalosamente guapa. Su cabello, aunque muy húmedo, se mantenía cuidadosamente recogido, el maquillaje perfecto, debía ser resistente al agua ya que la lluvia no lo había alterado. Luis sentía debilidad por las pelirrojas y era el motivo por el que había estado saliendo con Violeta, solo que Violeta era pelirroja natural y la nueva novia de su ex no. Violeta, por un segundo, sintió que la tierra debía abrirse a sus pies y caer por ella para no tener que sufrir ese encuentro. Después de todo lo que había sufrido

no esperaba volver a encontrarse con él, y menos con una mujer tan hermosa al lado. Ahora no podía simular que no le había visto, ni salir huyendo en medio de esa tormenta que debía estar cayendo justo encima del pueblo. El único recurso que le quedaba era actuar con naturalidad y esperar que su hermana se hiciera cargo de la situación y llevara el peso de la conversación. Violeta lanzó una mirada implorante a Carolina antes de girar la cabeza para encarar a su ex.

–Vaya, qué casualidad – dijo en un tono amistoso –. Cómo me alegro de verte Violeta.

–Hola Luis – contestó fríamente al saludo caluroso de su ex que se acercaba a darle dos besos –. No sabía que estabas en el pueblo.

–Sí, he venido con Laura, mi chica. Quiere hacer el casting para salir en el anuncio como ninfa – explicó mientras miraba al cielo. Un nuevo rayo cayó muy cerca seguido de una intensificación de la lluvia que acabó con una caída de granizos.

–Cariño, mira que mal tiempo – dijo la mujer que había presentado como Laura –. Quiero ir al hotel.

–Cielo, no podemos salir ahora con esos granizos, no llegaríamos hasta el coche – dijo Luis tomando la mano de la mujer y depositando un cálido beso centrando de nuevo su atención en Violeta – ¿Y tú, qué? ¿Tienes novio, amigo o algo?

–No. He estado muy ocupada estudiando.

–Bueno, no me extraña, con ese carácter tuyo – dijo Luis en tono amable que usaría un hermano cuando te hace una crítica.

–Luis, no empieces – atajó Violeta molesta –. No vamos a hablar del pasado, no voy a ir contando lo que pasó.

–Sí, no me gustaría que fueras contando mentiras sobre mí – respondió en un tono que sonó claramente amenazador. Violeta iba a replicar cuando su hermana interrumpió.

–Violeta también se va a presentar al casting – dijo en con voz risueña mientras Violeta le observaba claramente sorprendida sintiendo que le estaba

dando artillería al enemigo para atacarla –. ¡Qué ilusión me hace tener una hermana ninfa en un anuncio!

– ¿De veras? – dijo Luis relajando un poco su gesto agresivo – Mejor que no vayas, te tengo demasiado cariño como para verte hacer el ridículo.

– ¿Sabes, Luis? Eres un cabronazo – respondió Violeta apretando los puños para evitar empeorar más la situación de lo que ya estaba.

–Luis. Vámonos ya, ha dejado de granizar y solo llueve. Podemos llegar hasta el coche – dijo Laura callándose brevemente y señalando al otro lado de la calle donde habían aparcado – ¡Dios, Luis! ¡Mira tu coche nuevo!

Luis giró la cabeza hacia donde la alterada mujer señalaba para observar que el techo del vehículo había sido abollado por decenas de granizos que habían caído sobre él. La luna del coche estaba rota, una de las luces hecha añicos. Parecía como si hubieran caído de todas direcciones centrándose en el coche de Luis, los demás vehículos no parecían haber sido afectados por la lluvia de granizos.

–¡No me lo puedo creer! – gritó Luis – Otra vez tu mala suerte y no sé si el seguro me va a pagar eso. ¡Estar contigo solo es tener desgracias! ¿Sabes qué? – dijo Luis acercándose agresivamente hacia Violeta, la cual se echó hacia atrás instintivamente girando la cara esperando una bofetada mientras escuchaba a su hermana gritar que era un desgraciado y que no se le ocurriese tocarla.

La mano del hombre no cayó en una bofetada como en un principio pareció, sino que lleno de ira la tomó de la pechera para amenazarla.

–¡Suelta a mi hermana o llamo a la policía! – gritaba Carolina mientras Violeta se quedó colapsada de terror sin poder hacer nada.

Violeta trató de decir algo, amenazarle como había hecho su hermana, pero tanto tiempo sufriendo los abusos de Luis y su carácter agresivo la habían bloqueado. Violeta nunca había pensado que sufría malos tratos mientras estuvo saliendo con Luis, una bofetada de vez en cuando, o gritos no podían definirse de esa forma, o al menos eso pensó hasta ahora que se dio cuenta de la magnitud del daño que le había hecho. Logró desengarrotar las manos que tenía apretadas por la tensión para colocarlas donde la tenía Luis

agarrada, aunque sabía que cualquier intento de liberarse sería estéril siendo Luis más fuerte que ella. Justo iba a agarrar las manos de Luis cuando otras manos apresaron a Luis retorciéndole el brazo obligándolo a soltarla por el dolor. Violeta contuvo la respiración cuando vio al fotógrafo que le gustaba a su hermana aprisionando a Luis contra la pared de la iglesia. El hombre miraba fríamente a Luis clavando sus ojos oscuros en él como un cazador peligroso que apresara a un cervatillo. Violeta observó los cabellos del fotógrafo mojados dejando caer gotas de agua por el rostro del hombre. La ropa húmeda se pegaba a su cuerpo como un guante y Violeta entendió por qué a su hermana le gustaba. El fotógrafo era realmente atractivo. Durante un breve espacio de tiempo el silencio se apoderó del ambiente, los dos hombres tan solo se miraban y Luis parecía medir a su opresor hasta que bajó la mirada. Violeta no podía dejar de observar al fotógrafo, como la camisa mojada se pegaba a su musculoso torso y esa mirada apacible que había contemplado cuando lo vio por primera vez se transformaba en una salvaje que amenazaba con desnudar el alma de quien miraba para arrebatarse todo lo que era. Los labios estaban húmedos y las gotitas resbalaban hasta la barbilla cayendo al vacío. Violeta había olvidado a Luis e imaginaba cómo sería saltar en brazos del fotógrafo y besarle. Sacudió levemente la cabeza quitándose esos pensamientos como moscas que ahuyentas a manotazos.

–Creo que se va a calmar un poco – dijo el fotógrafo soltando a Luis cuando se aseguró que no iba a hacer nada.

–No se meta donde no le llaman, amigo – dijo Luis que se giró indignado hacia el hombre vestido completamente de negro con unos pantalones vaqueros y una camiseta negra que en estos momentos estaba tan mojada que Violeta le habría otorgado un veinte en un concurso de camisetas mojadas.

–Mis asuntos son los que yo decida que sean – dijo el hombre lanzando una mirada dura a Luis.

Violeta había recuperado la compostura a pesar de sentirse humillada delante de un extraño y apartó de nuevo su mente de cosas insustanciales como la forma en que la ropa se ajustaba al fotógrafo o cómo le besaría si tuviera la oportunidad. Su hermana se acercó a abrazarla protectoramente y lanzaba miradas furibundas hacia Luis. Cuando salió de su ensimismamiento se dio cuenta de que le habían puesto en evidencia delante del fotógrafo del

anuncio, y además, su hermana quería que se presentara al casting. Solo tenía que ver a la guapa Laura para entender el ridículo que iba a hacer y Luis en el pueblo...Después del lío en el que le metió esperaba no verle jamás.

Luis había estado vendiendo en el pub en el que trabajaba pastillas a los jóvenes y debía dinero a la mafia que se lo vendía. Al final ella, para ayudarle, quiso avalarle y ahora debía ese dinero a esos mafiosos. Tan solo pensar en el lío en el que estaba y que no quería meter a su familia le daba ganas de llorar y más después de haber salido de una fuerte depresión. Le contó a su familia que andaba estudiando mucho, pero la realidad era que había buscado dos trabajos para pagar las deudas y le habían echado de ambos porque no había mucho dinero para mantener tanta plantilla. Ahora que se encontraba en un problema de esa envergadura no sabía qué hacer para solucionarlo. Violeta procuró no parecer muy desgraciada y evitar que se le saltaran las lágrimas a pesar del nudo que tenía en la garganta. Afortunadamente nadie estaba fijándose en ella. El hombre que le había quitado a Luis de encima parecía saber lo que hacía, tenía mucha soltura al moverse y un aspecto intimidante.

Luis iba a replicar al hombre cuando Laura casi se puso en medio nerviosa.

–Espera Luis – dijo en un medio susurro –. Ese es Ezequiel Luna. Es uno de los que van a elegir a las ninfas.

–Esto ha sido un malentendido – replicó Luis con una amplia sonrisa –. No iba a hacerle nada a Violeta, le tengo mucho cariño, pero logra sacar a cualquiera de sus casillas. Tiene la fea costumbre de meterse en líos y de mentir.

–¡Yo, mentir! – gritó Violeta estallando y antes de seguir gritándole la mirada severa de Ezequiel se centró en ella persuadiéndola de no seguir.

–Ya ha dejado de llover – dijo Ezequiel evidenciando un hecho del que no se habían percatado con la discusión –. Será mejor que cada uno vuelva sus asuntos.

Laura le lanzó una agradable sonrisa a Ezequiel mientras Luis se dio la vuelta para irse tras coger bruscamente a Laura de la mano. Violeta se quedó abatida mirando como la pareja se dirigían hacia el coche mientras su

hermana la abrazaba protectoramente. Ezequiel parecía pensativo, silencioso, y tan solo se dirigió a ellas cuando el coche, completamente destrozado, se alejaba de allí.

– ¿Se va a presentar al casting, entonces? – dijo Ezequiel con voz suave a Violeta.

–Sí – respondió sobresaltada al no esperar esa pregunta. Después del espectáculo que habían dado estaba segura de que tomaría nota para que no la eligieran o directamente que no pudiera ni presentarse. Pero para ser honesta, no la iban a elegir de ninguna forma, solo hay que ver a Laura, guapa, despampanante y se sintió avergonzada de que él pensara que era ridícula por sus pretensiones, así qué, se dejó llevar por el deseo de justificarse para paliar su malestar –. Mi hermana y sus amigas les resultó gracioso que me presentara, posiblemente más hermanas hayan apuntado a la mayoría de las chicas del pueblo y... respecto a lo que ha dicho Luis sobre que yo mentía o...

–Usted no mentía – atajó Ezequiel –. Ese tipo es un imbécil, no debe sentirse avergonzada, es él el que debería sentirse mal. Respecto a lo del casting, le sugiero que no se presente, solo hará el ridículo y no le van a elegir.

Violeta se puso roja y miró al suelo avergonzada, sabía que lo pensaba de verdad y que todos se reirían de ella. Pero, ¿quién era él para decir dónde debía presentarse o qué hacer? No era como Laura, que sin duda sería la ninfa perfecta, pero tampoco iba a hacer el ridículo, ¿O sí? Se preguntó deprimida a sí misma. Sea como sea, su comentario había estado fuera de lugar y ya había sufrido bastantes humillaciones por parte de Luis, el cual, siempre tenía una crítica que dirigirle. No iba a pasar otra vez por lo mismo.

– ¿Cómo se atreve? – se quejó Violeta enfadada mientras su hermana refunfuñaba – ¿Quién se cree que es para decirme si voy a hacer el ridículo, si valgo o no?

–Uno de los que van a elegir a la futura ninfa, así que no venga porque no va a ser elegida y lo sabe bien – la voz del hombre era dura, áspera y tremendamente convincente dejando a Violeta casi sin dudas al respecto.

–No – se reveló Violeta tras sobreponerse a una oleada de inseguridad y

malestar que acompañaban a las opiniones del atractivo fotógrafo casi como si sus palabras invocaran esas sensaciones –. Voy a ir y usted es libre de votar en mi contra.

Violeta fijó su mirada en él claramente desafiante. El hombre parecía contrariado y un poco incrédulo ante la reacción, mantuvo durante unos segundos su mirada casi a punto de decir algo, al mismo tiempo que reprimía un gesto de disgusto.

–Bien – claudicó finalmente Ezequiel –. Venga si quiere, yo ya he tratado de advertirle, pero le recomiendo que recapacite.

Violeta suspiró molesta mientras se iba. Él tenía razón, iba a hacer el ridículo y ahora no podía echarse atrás. Lo cierto es que era muy guapo, no obstante, había algo más que no podía identificar. Parecía un hombre que siempre hacía y decía lo que quería y había removido en ella todo tipo de sentimientos sin saber por qué. Desde el miedo, había sentido temor de contrariarlo, inseguridad, nunca se había sentido tan descolocada, y al mismo tiempo su presencia le confería confianza, como si nada malo le pudiera ocurrir. Ahora que le veía marchar sentía un vacío dentro, tenía la necesidad de pasar más tiempo con él para sentir todas esas emociones y algunas más que se abrían paso por ella. Sin duda se había vuelto loca, era el hombre que le gustaba a su hermana, jamás se interpondría en medio y habría que añadir que a ese tipo de hombre le gustaban las mujeres mucho más sofisticadas, como Laura.

–Tenemos que ir a la peluquería y hacer muchos arreglos – dijo su hermana observándola e interrumpiendo sus pensamientos.

– ¿Qué? – respondió Violeta confundida.

–Violeta, hará siglos que no te cortas el pelo, ni siquiera brilla, así debes haberlo tratado. A parte, Mari Luz – dijo refiriéndose a la peluquera – te maquillará y arreglará, vas a parecer una ninfa muy guapa.

– ¿No le has oído, Carolina? No tengo nada que hacer – Casi gritó desesperada volviéndose víctima de todas sus inseguridades.

– ¿Entonces por qué le has dicho que irás?

–No estoy segura, supongo que porque soy estúpida. No me gustó que

pensara así de mí, que era ridícula, pero quizás tenga razón.

–¡Violeta, no digas tonterías! Ese hombre es muy guapo, pero es un engreído que no debe tener ojos en la cara.

–Pues yo le veía dos – dijo risueña tratando de quitarse el mal rato con un poco de humor.

– ¿Y vas a ir y hacer el ridículo demostrando que tiene razón o vamos a intentar que te elijan ninfa? – razonó Carolina que ya tenía un plan en marcha.

– ¿Y si me rompo una pierna? – sugirió Violeta

Carolina suspiró, tomó con una mano la maleta roja de Carolina que tenía ruedas y con la otra cogió la mano de Violeta tirando de ambas camino a casa.

Capítulo 3

Ezequiel había vuelto al hotel en el que se alojaba a las afueras de la ciudad, cerca de la famosa fuente que había dado al pueblo su nombre hasta que el club de costura lo encontró aburrido. Estaba enfocado al turismo rural y era una gran casa acondicionada para ello. Habitaciones simples en dos plantas y en la baja había un comedor, un lugar donde había televisión y sofás cerca de un patio interior con una fuente típica andaluza con azulejos azules y muchas flores que suelen adornar esos jardines, claveles, rosas, jazmines.

Había terminado de cenar y se dirigió al salón donde había algunos hombres del pueblo que se habían reunido para ver el futbol y una vez acabado se quedaron a tomar alguna bebida mientras comentaban el partido. Generalmente, Ezequiel detestaba tratar con la gente, pero su trabajo le llevaba a recabar información constantemente y si ahora no la necesitaba lo haría en un futuro. En este caso había varias rarezas del pueblo que le intrigaban, una de ellas se debía a los sucesos de esta mañana. Unas nubes oscuras aparecen de la nada desatando una tormenta, una granizada destroza un coche sin causar más daños, como si antinaturalmente todos los granizos se centraran en él y a nadie le extraña, no hablan al respecto. En todos los siglos que llevaba tras las señales de brujería, siempre ocurría lo mismo, una serie de sucesos sobrenaturales se da en una zona, los habitantes de la misma

se asustan, se preocupan, solo hablan del suceso sobrenatural. En otros tiempos habrían acudido a la iglesia y al cura local, actualmente habría sido el tema central de las conversaciones. Pero aquí nadie comentaba el asunto, sino que hablaban de futbol. Ni siquiera aquellas chicas se habían alarmado cuando el coche quedó destrozado, tan solo el dueño se enfadó con una de ellas como si hubiera sido la causante. La pelirroja de cara angelical y ojos de color granate que se encendían como el fuego cuando se enfadaba, habría sido una ninfa preciosa, pero dado las circunstancias, era posible que la empresa que estaba operando estuviera relacionada con el Aquelarre Oscuro, lo mejor era que se mantuviera a distancia. Generalmente la habría usado de cebo, pero esos ojos dulces le habían conmovido por primera vez desde hace muchos siglos, así que había reaccionado instintivamente, incluso había usado sus capacidades de cazador de brujas para ampliar sus miedos e inseguridades, no obstante, la chica se había resistido, hecho inaudito que por un instante le hizo creer que la causa de los sucesos sobrenaturales había sido ella, de ser así tendría que matarla no importaba cuan dulce fuera, una bruja era una bruja.

Ezequiel tomó asiento tras coger una cerveza, no solía beber, pero cuando tenía que mimetizarse en el ambiente hacía lo que fuera necesario. Observó brevemente la conversación, no entendía mucho de futbol, pero poseía habilidad para hablar de un tema sacando información a los mismos tertulianos para después usarla. Tras un rato comentando el partido y habiendo bromeado con los lugareños se decidió a abordar el tema de las rarezas.

Se levantó a coger otra cerveza que compraban entre todos cada semana y no permitieron a Ezequiel pagar, se apoyó cerca de la barra y giró de forma causal hacia los hombres que reían una broma.

–Esta mañana casi me quedo sin cámara – comentó Ezequiel mientras abría la cerveza esperando ver si hacían algún comentario acerca de lo raro que fue –. Menuda tormenta y salió de la nada y luego los granizos...

–Eso no es nada – se rio Juan Pedrera, el más anciano de los lugareños –. No ha dejado de ser una ventisca, debiste ver la que cayó en el cincuenta y nueve, eso sí que fue una tormenta.

–No, Juan, no empieces – atajó Mario, un hombre joven que vestía tejanos y camisa oscura –. Más batallitas no.

–¡Maldito mocoso! Ya estamos. Como si no fuera bastante que seas del Barcelona y quieras poner en todas las quinielas que gana.

Ezequiel se apartó de la discusión, parecía imposible tocar el tema de las rarezas sin que encontraran un hecho peor en algún momento o acabara en una discusión de futbol, quizás debería ser más evidente e ir al grano. Pensativo tomó su cerveza, no quería usar sus capacidades de persuasión, prefería recabar información sin hacer de inquisidor. Pero estas personas parecían inmunes a su capacidad de encauzar conversaciones o... como si estuvieran evitando a posta ciertos temas. No sería la primera vez que una población entera se sometía al poder del maligno y era un hecho inquietante, porque a veces había que destruir el pueblo entero si estaba corrupto, una acción que en sus primeros años de inquisidor y cazador no era algo difícil de realizar, en el sentido de que nadie hacía tantas preguntas como ahora.

–Siempre están así – dijo un hombre de mediana edad que se sentó a su lado –. Soy Carlos Sánchez, el arqueólogo local.

–Ezequiel Luna – respondió tendiéndole la mano con un gesto extrañado –. Lo siento, ¿arqueólogo ha dicho?

–Sí, arqueólogo.

–No sabía que hubiera nada especial en este pueblo que requiriese un arqueólogo local aficionado.

–Nada de aficionado, el ayuntamiento me tiene en nómina – dijo el hombre con una sonrisa risueña.

– ¿En un pueblo como esté? – replicó con un tono de extraño – ¿Y qué se supone que investiga?

–La historia de Soledad Muñoz, la Bruja Blanca – contestó el hombre como si eso lo explicara todo.

– ¿Cómo? – preguntó Ezequiel incrédulo. No era posible que un pueblo tan pequeño como este pagara el sueldo a una persona para investigar el mito local que fue sobredimensionado por las señoras aburridas.

–Bueno, también hay restos de un templo cartaginés a la diosa Tanit. Diosa de la fertilidad – dijo el arqueólogo para justificar su trabajo.

– ¿Tanit? ¿La esposa del demonio Baal, al que le sacrificaban niños? – preguntó Ezequiel inquieto porque el pueblo mantuviera algún tipo de secta infernal a un demonio antiguo. Baal era uno de los demonios que aparecían en el Sello de Salomón.

–Baal era el dios principal de los cartagineses, lo demonizaron los cristianos en su afán por acabar con las otras religiones politeístas. Sobre los sacrificios de niños, era muy probable que fuera una campaña de desprestigio llevada a cabo por los mismos romanos.

–Baal, al igual que todos los dioses politeístas es un demonio – insistió Ezequiel –. Pero lo que me extraña es que un pueblo tan pequeño se permita tener a un arqueólogo en nómina.

–Es pequeño pero rico.

– ¿Y qué le hace opulento? – preguntó con mucha curiosidad.

–Sus inversiones en la bolsa.

Ezequiel tomó otra cerveza que le trajo uno de los hombres antes de exponer su siguiente pregunta, pero cada vez estaba más sorprendido.

– ¿Inversiones en la bolsa? – repitió incrédulo.

–Me explico – dijo Carlos Sánchez tras soltar una carcajada –. Los hombres de este pueblo están asociados a la Peña de la Quiniela. Son verdaderos expertos en fútbol y en sacar provecho. Joaquín Fuentes estudió en la capital, Económicas.

– ¿No era agricultor? – preguntó tras hacer un cálculo mental de toda la información que había recopilado sobre el pueblo.

–Sí y antes que él su padre y su abuelo, pero a Joaquín se le daba especialmente bien los estudios y los números, así que fue a estudiar.

– ¿No encontró trabajo de su especialidad? – preguntó Ezequiel mientras bebía.

–Sí, y buenos trabajos, pero el estrés y la forma de vida de allí no le

gustaron y volvió a la Bruja Blanca. Su trabajo en la capital tenía que ver con las inversiones en bolsa y actualmente se dedica, en los ratos que no anda en los campos, a invertir el dinero que ganaban en las quinielas.

Todo lo que le estaba contando el arqueólogo era muy extraño. ¿Qué pueblo vivía de esta forma? Y además, no le producía extrañeza los sucesos ocurridos. Generalmente nunca tiene que preguntar acerca de las rarezas, sencillamente, los mismos lugareños hablan durante horas y gratuitamente sobre los hechos, pero no es el caso, así que se decidió a preguntar al respecto.

–Lo que me ha llamado mucho la atención es la tormenta de granizos que ha caído – dijo Ezequiel invitando a que el hombre hablara y al ver que tomaba otra cerveza sin despertar su interés en el tema continuó –. Vi un coche destrozado por los granizos sin que nada más saliera dañado, como si todos los granizos cayeran ahí.

– ¿Qué quiere que le diga? Cae un rayo mata a alguien... Estas cosas ocurren, el azar.

– ¿El azar hace que todos los granizos que caen se concentren en un coche y no a los de al lado?

–No presencié ese suceso, pero estoy seguro tiene una razón. Personalmente no la sé, no soy meteorólogo, pero en las cuestiones de coincidencias es mejor no prestarle mucha atención o acabaremos creyendo que la brujería existe cuando en este mundo todo tiene una explicación, aunque actualmente no seamos capaces de encontrarla.

–Sí, supongo que tiene razón – claudicó Ezequiel consciente de que ese hombre le mentía. Sus capacidades de cazador le alertaban cuando alguien decía la verdad o mentía. Por supuesto que un mentiroso muy hábil podría engañar ese sentido inicial a menos que hiciera un análisis más profundo. A veces no había que buscar tres pies al gato, sencillamente la gente mentía por miedo a hacer el ridículo dejando en evidencia que creían en cosas insólitas y absurdas.

–Ha sido un placer conocerle, señor Luna, pero debo marcharme ya – se despidió el arqueólogo al mismo tiempo que cogía su chaqueta –. Ya se hace tarde hasta para mí.

–Encantado igualmente, ya nos veremos por aquí.

Ezequiel también se levantó de su asiento dispuesto a irse a descansar, había venido a trabajar y debía mantenerse fresco. Por supuesto, no el tipo de trabajo que todos suponen sino investigar las acciones del Aquelarre Oscuro. Ellos eran el enemigo de Dios, los siervos de Satán que traían corrupción y mal al mundo asociados con demonios y criaturas del averno. Todos esos pensamientos se veían interrumpidos por la imagen de una bonita pelirroja. Nunca, en los cientos de años que había vivido ninguna mujer le había producido esas sensaciones tan fuertes y tan inmediatas. La mayoría de los cazadores habían tenido cientos de relaciones con mujeres, no existía un voto de castidad ni nada así, pero Ezequiel era consciente de que las mujeres podían enturbiar la mente de los hombres y podían distraerle de un trabajo como siervo de Dios.

El aspecto más negativo de esta historia es que ella podía ser una bruja, y de ser así, tendría que matarla, ya que todas las brujas eran criaturas corruptas. Su debilidad por ella solo podía traerle problemas. Culparla era precipitado, el pueblo estaba atestado de personas, cualquiera podría haberlo hecho, incluso alguien con intenciones de desviar la atención de un posible cazador que pudiera acudir al evento. Esa pelirroja con cara angelical no podía ser una bruja, además, era del pueblo y los brujos de la Aquelarre Oscuro venían de fuera.

A pesar de todos los razonamientos, su exceso de interés por la joven no era apropiado. Aunque fuera una joven normal y corriente él era un cazador, un hombre sin ataduras salvo las de su Dios y la dedicación a su trabajo. Acostarse con ella una sola noche, o dos, incluso tres, lo mejor que podía pasar es que se le pasara el fuego que sentía en todo su cuerpo, de ser así, también se le pasaría con el tiempo sin necesidad de complicarse en relaciones fugaces. Pero si eso no ocurría... si no se desprendía de lo que le estaba martirizando el alma, la pondría en peligro a causa de su trabajo

Tenía que alejarse de ella y alejarla del peligro. La bonita pelirroja no podía ser ninfa.

Capítulo 4

Violeta observaba con curiosidad los artefactos que su hermana había acumulado en la tienda. Disponía de todo tipo de artilugios extraños, desde bolas de cristal, barajas de tarot, libros, inciensos. Carolina dejaba que su hermana husmeara mientras ella, sentada en una mesa redonda al fondo de la tienda hablaba con sus amigas, Ana y Bego.

Violeta estaba aún afectada por lo ocurrido con su ex. Luis la había intentado agredir de nuevo. Acostumbraba a culparle de todo lo malo que le ocurría como si ella pudiera intervenir en los sucesos. Esta vez era peor, porque su hermana había presenciado la humillación. Se sintió de nuevo impotente, desgraciada, minusvalorada y encima necesitaba dinero para pagar los líos en los que Luis le había metido. Podría pedir dinero a su padre, pero era mucho dinero, no era como pedir para un viaje fin de cursos, además, tendría que dar un sin fin de explicaciones que expondría su estupidez ante toda la familia. No quería que nadie se enterase de las humillaciones que había tenido que soportar, quería que la siguieran viendo como la Violeta arrojada e independiente que se había ido a seguir su propio camino y no como a una lastimosa víctima, aunque era así como se percibía.

Desde que vio a Ezequiel se había sentido atraída por él de una forma que no comprendía. Ella ya no tenía interés en los hombres, la decepción y el dolor eran demasiado fuertes para experimentarlas de nuevo, no podía correr riesgos. Además, aunque la hubiera ayudado, luego la despreció como había hecho miles de veces Luis. No podía confiar en los hombres, al principio todo era fuego, lleno de momentos bucólicos, pero luego las cosas malas comenzaban a surgir. Pasados esos momentos gradualmente dejaban de prestarte atención, cada día te agradaban menos y en el caso de Luis... Ezequiel había sido muy amable ayudándola, sin embargo, ella no deseaba que un hombre le sacara de un aprieto, aunque este fuera guapo, sino que deseaba poder decirle lo que pensaba a la cara sin miedo y que la Violeta asustadiza que había quedado tras la ruptura muriese por fin dejando pasar a la que siempre quiso ser.

Hacía tiempo que no sentía nada por un hombre, demasiado malos momentos hace que cuando uno se acerca con esa sonrisa que indica “vamos a ligar” tengas ganas de huir. Este no era el caso, Ezequiel no le produjo esa sensación sino la contraria, tuvo deseos de echarse en sus brazos cuando la

“rescató” para luego sentirse muy indignada por los comentarios negativos que le profirió. Era un hombre muy engreído, seguramente acostumbrado a mujeres sofisticadas y a revolotear de una a otra. Además, le gustaba a su hermana y a sus amigas, ellas no deberían entusiasmarse con hombres así, solo utilizan a las mujeres.

Violeta salió de sus pensamientos cuando oyó pronunciar su nombre y comenzó a prestar atención a la conversación que tenía su hermana con sus amigas.

—Ese cerdo de Luis, no podía imaginarme que fuera así – dijo Carolina mientras su hermana miraba con horror que les estaba contando lo ocurrido en la puerta de la iglesia, solo esperaba no tener que dar explicaciones.

—No puedo creérmelo, y el fotógrafo buenísimo le ayudó – repitió Bego, una joven rubia algo rellenita pero de buen ver.

—Sí y teníais que haber visto la cara que pusieron los dos cuando se dieron cuenta de que era el fotógrafo.

—Bah solo es un fotógrafo de revista de modelitos, de esos que hay muchos, muy creído y acostumbrado a que las mujeres le miren – replicó Violeta dispuesta a no dejarse impresionar.

—Te equivocas – dijo Ana, la otra amiga de Carolina que era la más silenciosa del grupo –. Ezequiel Luna es un famoso fotógrafo, no por fotografiar modelos sino porque va a lugares donde hay sufrimiento y recoge las noticias, también ha estado en sitios donde hay guerra para reflejar sus consecuencias.

— ¿Y qué hace aquí? – atinó a preguntar perpleja.

—No lo sabemos, pero es muy guapo – dijo Bego entusiasmada.

—Hay que arreglar a mi hermana, el pelo, el maquillaje, la ropa, todo o no la elegirán ninfa. El pelo parece estropajo no debe haberse puesto una mascarilla en siglos.

—Sí, es verdad – dijo Ana arrugando la nariz– ¡Échale las cartas, Caro! Quiero saber si va a ser elegida ninfa.

—Sí, eso – apoyó Bego – Échaselas.

— ¿Cartas? – se rió Violeta – No hablaréis en serio ¿No?

—Claro que sí – dijo Bego mientras arrastraba a Violeta hasta el asiento en frente de su hermana –. Tenemos que saber con qué obstáculos te vas a encontrar para tenerlos previstos antes de que ocurran.

— ¡Pero eso es infantil!

—Infantil o no te las vamos a echar – dijo su hermana risueña.

—Si no hay otro remedio...

Carolina encendió una barrita de incienso tomando unas cartas de la mesa, comenzó a barajarlas con los ojos medio cerrados.

— ¿Desde cuándo sabes hacer eso? – interrumpió Violeta fascinada por tanta parafernalia.

—Shhh – dijo Carolina abriendo un poco los ojos – No interrumpas.

—De acuerdo – contestó convencida de que no podía escapar.

Carolina comenzó a sacar cartas tras barajar. Las colocó en un pañito de terciopelo negro y miró a su hermana mientras sus amigas pegaban curiosas la nariz.

—Veo un hombre que va a entrar en tu vida. Un hombre muy importante, tu media naranja.

—No creo en las medias naranja, Carol – comentó Violeta resignada a que le sometieran a esa tortura, pero no sin resistirse.

—Que no creas no quiere decir que no existan, y este existe. De hecho, es posible que le conozcas ya.

—Eso sí que creo que es imposible – contestó muy segura de sí misma.

—Bueno, quizás no te hayas dado cuenta – Carolina mantenía una actitud concentrada mientras su hermana le rebatía la posibilidad de que su lectura fuera cierta.

— ¿De que no reconozco a mi media naranja?

—O sí y te engañas – insistió Carolina –. Déjame continuar. Lo conozcas o no o estés a punto de ello, ese hombre es con el que vas a compartir tu vida.

— ¿Y cómo es? – preguntó Violeta siguiendo resignada la corriente a su hermana

—Moreno, misterioso, esconde muchos secretos.

—¡Carolina! Eso no hay quien se lo trague. Cuentas cosas muy vagas. Un hombre moreno y media naranja. Seguro que llamo a una línea de tarot y me dicen lo mismo aunque sea lesbiana – Violeta trataba de acomodarse en la silla para disimular su impaciencia ante las locuras de su hermana.

—Pero no lo eres y te diré algo más, es religioso – Añadió Carolina mientras centraba la vista en las cartas ignorando la actitud de su hermana.

— ¿Religioso como un cura? Porque si la media naranja que me has buscado es un sacerdote vamos bien.

—Quizás ha podido estar a punto alguna vez, pero sin llegar a serlo, lo que sí puedo decirte es que lleva una cruz siempre con él. Otra cosa – dijo Carolina con expresión extrañada–. Te va a ayudar a resolver un problema de dinero muy grave que tienes o vas a tener. ¿Sabes a qué se refiere?

—No, la pitonisa eres tú, no tengo ni idea– Carolina miró hacia el suelo al sacar el tema de dinero. No se le podía haber ocurrido otra tontería a su hermana que por casualidad tocar el tema que le perturbaba.

—Eso va a ser el dinero que nos vamos a gastar en arreglar tu cabello – bromeó Bego mientras las otras reían. Las dos amigas habían estado expectantes y silenciosas durante la lectura de las cartas.

—Bueno, no creo en esas cosas, así que mejor vamos a que me vean el pelo ¿No? – dijo Violeta deseosa de escapar a preguntas relacionadas con deudas de dinero.

Sin esperar la respuesta de las otras tres chicas se puso de pie y comenzó a coger sus cosas obligando a su hermana a recoger las cartas y todas las velas que tenía alrededor.

—Sí, tienes que ser ninfa para que podamos ver de cerca a Ezequiel Luna – comentó Carolina mientras guardaba las velas y los otros objetos que tenía sobre la mesa.

— ¿De veras creéis que os vais a acercar a él o ligar? – indagó Violeta que

ya esperaba a las otras cerca de la puerta – ¿Os habéis fijado en él?

–Ligar no, pero le podemos mirar el trasero – contestó Bego guiñando un ojo –. Y tendremos algo que contar a nuestros nietos, que estuvimos en un anuncio, y tú tendrás dinero para la futura deuda que sale en las cartas.

–Oye Carol, ¿no sale a qué se dedica mi media naranja? – preguntó Violeta desviando el tema de la deuda de nuevo.

–Pues con todos los problemas que salían en las cartas seguramente a protegerte, pero no se lo vas a poner muy fácil – Carolina buscaba la llave entre las muchas que tenía en el llavero mientras contestaba a su hermana.

– ¿Un cura guardaespaldas? – Violeta soltó una carcajada.

–No tiene que protegerte de algo físico – argumentó Carolina –. Puede ser de un problema, o algún lio.

–Te hará religiosa para que entres al cielo – bromeó Ana –. ¿Qué mejor protección que esa?

–Pero antes de que sea tu protector, dudará de ti y te pondrá a prueba – continuó Carolina –. También aparecen muchos peligros y la muerte...

– ¿La muerte? – dijo asustada Bego.

–Bueno, la muerte puede ser una gran transformación.

–Dejemos eso, ya me pone nerviosa tanta videncia – atajó Violeta.

– ¿Vamos con tu pelo? – preguntó Ana.

–Vale, pero esperad que vaya a casa a recoger una chaqueta que hace un poco de frío y luego cuando anochezca bajarán las temperaturas – dijo Violeta que estaba deseosa de pasar un rato a solas lejos de tantas conjeturas y deudas de dinero.

–Date prisa, mientras que Carolina nos eche las cartas a nosotras, a ver si Ezequiel Luna nos va a mirar mucho – dijo Bego entre risas.

– ¿Para eso me habéis hecho recoger todo? – dijo Carolina riéndose y volviendo a la mesa.

Violeta soltó una carcajada mientras salía. Ella una vez fue como las

amigas de su hermana, antes de salir con Luis, incluso tuvieron amigas, pero se alejó de todos porque Luis se sentía molesto cuando alguien le quitaba protagonismo. Cuando comenzó a salir con Luis había estado muy emocionada, era tan atento, tan amable... era impensable lo que ocurría un año después.

Su hermana había sido muy inventiva con las cartas. No sentía ningún deseo de buscar medias naranjas, ni de repetir una situación semejante, además, ¿qué seguridad tenía de que no acabaría como con Luis? Todo era perfecto al principio...

No había acabado de girar la calle cuando un hombre se le acercó hasta casi arrinconarla. La barriada estaba vacía, en esta hora la gente echaba la siesta y Violeta sintió un miedo intenso. Violeta casi no se dio cuenta de la situación hasta que lo tuvo encima. El hombre la arrastró hacia un lugar poco visible y le empujó contra la pared.

– ¿Qué quiere? – preguntó con voz entrecortada cuando el hombre puso una navaja cerca de su cuello.

–Me manda Esteban – dijo el hombre de cabello graso y unos treinta años con voz grave. Esteban era el mafioso que les pasaba la droga a Luis y al que le debía dinero.

–He estado pagando todos los meses el dinero que debía, no sé por qué le manda a usted – dijo en tono de queja y malhumorada. Quedaba poco espacio entre ella y el matón que le oprimía tratando de intimidarla.

–Ya, pero las cosas han cambiado – aclaró el hombre apretando aún más a Violeta contra la pared cerca de un lugar poco visible por si alguien se asomaba a la ventana – Esteban quiere todo el dinero.

– ¿Cómo que todo el dinero? – preguntó Violeta al borde del histerismo.

–Todo – enfatizó el hombre agarrando con más fuerza la ropa de Violeta.

–Pero...Llegamos a un acuerdo, ¿Es que no lo va a respetar? Hasta el momento no me he retrasado en ningún pago, he sido...

–Mira guapa – dijo el hombre apretando la navaja contra el cuello de Violeta obligándola a retroceder hasta aplastarse contra la pared de una casa

–. Me importa una mierda lo que hayas pagado hasta ahora, queremos el dinero ya. Así que ve preparándolo para la semana que viene o te encontraran muerta y violada. ¿Lo has entendido?

– ¿Pero cómo voy a conseguir ese dinero en tan poco tiempo? Es mucho – respondió con voz entrecortada mientras trataba de no temblar.

–¡Me importa una puta mierda! – gritó el hombre en modo amenazante dejando caer saliva.

El hombre dejó a Violeta y desapareció entre las callejuelas para evitar que nadie se percatara de lo sucedido. Violeta cayó de rodillas al suelo llorando en cuanto le soltó.

Estaba perdida, la iban a matar. Ese cabrón de Luis había dejado mucho dinero en deuda y ella le había avalado para que no le mataran. Y ahora ella iba a morir y él estaba paseándose con un coche nuevo. El dinero que iba a sacar, en caso de que le eligieran ninfa, no sería más que unas pocas mensualidades, porque los intereses crecían día a día. Quizás si conseguía ese trabajo podía tentarles con el dinero, valía más viva pudiendo pagarle cada mes que muerta y sin pagar nada. Al menos Violeta deseaba creer eso. Había algo que no le gustaba, Estaban ya sabía que no tenía dinero, presionarla... Quizás quería que su padre le pagara todo con los intereses. Pero ¿cómo le iba a pedir a sus padres esa cantidad de dinero? Se morirían si les contaba todo el asunto, casi prefería estar muerta de verdad.

Quizás era hora de hacer que Luis cargara con sus problemas. Ir a hablar con él para que solucionara el asunto que tenía con Esteban, se le veía con dinero, y si se negaba, amenazarle con contar todo a la gente del pueblo, pero si hacia eso Esteban podría cabrearse mucho, lo primero que le dijo es que si abría la boca era para tenerla cerrada para siempre acto seguido. Empezaba a estar en un callejón sin salida.

Violeta se recompuso como pudo, intentó incorporarse y se dio cuenta que los botones de su camisa habían saltado y estaba un poco rota. Tampoco era un grave problema, se encontraba cerca de casa y podía cambiarse la camisa, papá y mamá no estarían a esta hora.

Cuando concluyó de erguirse se dio cuenta de que estaba siendo observada. El fotógrafo le miraba con interés. Llevaba la cámara encima,

posiblemente estaba sacando fotos del pueblo. En un primer momento pensó que había observado toda la escena, de ser así le daría un infarto. La cara de preocupación del hombre y el hecho de que se acercaba con rapidez le indicó que acababa de llegar.

– ¿Te encuentras bien? – preguntó intentando ayudarla.

–No se preocupe estoy bien, tan solo he tropezado – respondió Violeta buscando una excusa válida.

Ezequiel la sujetó para observar si tenía alguna herida y para que no se tambalease si se encontraba aturdida por la caída. La cercanía del hombre provocó que Violeta se sintiera muy excitada. En un segundo, todas las preocupaciones se habían esfumado de su cabeza, el brazo fuerte que la rodeaba para darle estabilidad le reconfortaba y una de las piernas de Ezequiel estaba pegada a la suya provocando que el calor le subiera por todo el cuerpo. Miró levemente hacia abajo, esta vez mareada de verdad. Esos pantalones eran los mismos que llevaba antes, tan solo que ahora parecían más ajustados, al menos por una parte de su anatomía. No podía creer que el señor Luna estuviera experimentando una reacción como la suya, debía estar imaginándose. Deseaba mirarle a la cara al mismo tiempo que su corazón latía y su cuerpo le pedía acción. La vergüenza hizo que sus mejillas se sonrojaran. Si el hombre se daba cuenta de lo que le estaba ocurriendo... Deseaba acercarse más, sentir el calor del cuerpo del hombre tan cerca que el tiempo se detuviera. Si tan siquiera pudiera mirarle a la cara... pero sabía que si lo hacía se daría cuenta de que estaba tan roja como una granada y que le deseaba.

Tan solo era un hombre guapo muy creído, se dijo a sí misma. No puede tener ese poder sobre mí, ningún hombre lo volverá a tener. Lo cierto era que ninguno había tenido el poder que ostentaba el fotógrafo en este momento. Luis le había gustado pero no le había provocado todas estas sensaciones tan difíciles de controlar y tenía que dominarse, ya estaba metida en suficientes líos para acabar babeando por un guapo que la ignora. Si algo tenía Violeta es orgullo y no lo había perdido ni con Luis.

A pesar de todo, cuando escuchó la voz del hombre llamarla se estremeció, se derritió como un helado en plena plaza del pueblo en agosto.

La vida era una trampa mortal.

–Violeta – repitió Ezequiel –. ¿Te encuentras bien?

Las palabras de Ezequiel sonaban acariciantes en sus oídos. Se acordaba de su nombre y eso le hizo sentir estúpidamente feliz. Si no se controlaba rápido lo que tan solo era un momento de aturdimiento por una simple caída podría parecer un colapso.

–Sí, estoy bien... Solo ha sido un mareo – se excusó cuando se dio cuenta con horror de que los botones rotos de su camisa enseñaban demasiado del sujetador y el escote. Taparse ya no era una opción sin provocar atraer la atención sobre el detalle. Ahora sí que no podía mirarle a la cara sin desmayarse a causa de la vergüenza.

– ¿Quieres que te lleve a urgencias? Tengo el coche cerca – se ofreció Ezequiel. El mero ofrecimiento le hizo imaginar a los dos solos en un coche y eso no mejoraba su situación, lo mejor era alejarse.

–No, gracias – dijo Violeta con una sonrisa forzada –. Estoy cerca de casa, vivo dos calles más abajo. Iré y me tomaré algo.

–Te acompaño – se ofreció Ezequiel amablemente.

–No es necesario – se negó Violeta con más vehemencia de la que pretendía.

–Insisto– concluyó la discusión ofreciéndole el brazo para que no tropezara o cayera si se volvía a marear.

Ezequiel ya se había puesto en marcha vigilando cada uno de los movimientos de Violeta. Esta puso la mano en el brazo de Ezequiel tímidamente casi como si tocara una serpiente. El camino fue incómodo y excitante al mismo tiempo, el brazo de Ezequiel era como una barra de hierro, fuerte y regio. Él la miró un par de veces de soslayo y si pensaba decir algo se calló, cuando por fin llegaron a su casa estaba tan nerviosa que le costó meter la llave en la cerradura.

El camino, gracias a Dios, había sido silencioso, ninguno había comentado nada, tan solo un lacónico gracias a lo que él respondió con una generosa y bonita sonrisa que le dejó estupefacta, era la primera vez que le

veía sonreír. Violeta se paró unos segundos en la puerta de su casa para poder aclarar las ideas. Nunca había conocido un hombre como Ezequiel, con ese magnetismo y esa aplastante seguridad en sí mismo, pero cuando sonrió, pareció regalarle algo que no solía mostrar, una pizca de dulzura. Durante unos instante pensó en quedarse un rato en la puerta reflexionando sobre el suceso, era la primera vez que sentía este hormigueo y casi temía convertirse en una de esas acosadoras que se dedican a perseguir a un hombre guapo que no sentía interés por ella. Miró hacia atrás y vio que Ezequiel la observaba, no se iría hasta que entrara en su casa. Suspiró, le dedico una última sonrisa de gratitud que él correspondió con otra y entró a su casa.

Capítulo 5.

—¡No puede ser que todo esté saliendo mal! — gritó la mujer enfurecida — Hemos invertido mucho dinero en una fragancia para atraer a las jóvenes del lugar y averiguar cuál de ellas es la que tiene el poder del Aquelarre Blanco. Sois unos inútiles incapaces de detectar nada. El asunto debía ser simple, como siempre ha sido. Llegas al lugar donde las ancianas han establecido que aparecerá una bruja blanca, se detecta donde está, discretamente nos la llevamos.

Mary Betila observaba furiosa a los hombres que tenía en frente. Carecía de la paciencia necesaria para soportar contratiempos. No era habitual que naciera una bruja blanca, al menos no ya, después de haber dedicado siglos a su exterminio y reducirla a una. Una sola bruja blanca encerrada, y Betila, no disponía del poder para tocarla y destruir su caparazón protector, pero lo que si podía hacer es mantenerla cautiva, quizás por siempre. Ese pensamiento le perturbaba, por siempre no es un buen arreglo para Betila, necesitaba acabar con la magia blanca y conseguir que los suyos dominaran todas las facetas de la vida. Si algo le inquietaba a Betila más que “disfrutar” de una victoria a medias, era la posibilidad de que aparecieran brujas del Aquelarre blanco que propiciaran a la que tenía retenida su fuga.

—Pero señora — dijo el hombre elegantemente vestido —. En ese lugar no se detecta nada, usted misma lo ha comprobado, ni siquiera su poderosa aura.

–Eso es imposible, algo se les ha escapado en la investigación – la mujer estaba poco acostumbrada a ser contrariada.

Generalmente gastaba muchos recursos en eliminar a cualquiera tan solo por un rumor, y rara vez las ancianas, que solían tener su propia agenda les ayudaban. Sin embargo, esta vez, había determinado el lugar donde encontrarían a una bruja, y las viejas nunca se equivocaban.

–Alteza – dijo el hombre sumisamente –. No será un contratiempo, tan solo que habrá que investigar a las jóvenes del lugar. Dedicarle más tiempo a la investigación, no confiar tanto en...

–Se han presentado más jóvenes de otros lugares que locales– le interrumpió la mujer abruptamente –. ¿Es qué en ese pueblo nadie quiere fama y dinero? Más fácil no lo hemos podido poner. ¿Y cuántas se han presentado locales? ¿doce? ¿quince?

–Una – dijo el hombre tímidamente bajando la mirada esperando escapar de esa forma a la ira de su señora.

– ¿Una sola? – preguntó la mujer en un tono de amenaza que hizo que el hombre retrocediera unos pasos hacia atrás.

–Mi señora – empezó a excusarse el hombre.

–¡Fuera! – gritó la mujer mientras una gran cantidad de electricidad estática se arremolinaba alrededor tirando todos los objetos metálicos a modo de armas arrojadas.

La bruja oscura se sentía muy contrariada, había dedicado siglos a exterminar cualquier pizca de Aquelarre Blanco que apareciera por el mundo, pero nunca acabaría, al menos mientras la última bruja blanca siguiera con vida. Si existía alguna forma de romper sus defensas y matarla, ella lo desconocía y las ancianas se negaban a decirles cómo, en caso de existir una forma. Estaba cansada de sus excusas.

La mujer se dirigió a un ascensor y entró marcando un botón, sentía que era hora de hablar con las ancianas.

El ascensor descendió a uno de los sótanos donde solo la reina del Aquelarre Negro podía entrar. La oscuridad era total, las ancianas que habían

sacrificado sus ojos a la Diosa Negra no toleraban más que la oscuridad absoluta. Ella podía ver gracias a un conjuro que le otorgaba una capacidad semejante a la de los murciélagos.

El lugar se asemejaba a una cueva, hacía frío y humedad, no entendía cómo las ancianas podían vivir como alimañas en ese agujero al servicio de la Diosa alimentándose de carne humana, los sacrificios que ellas mismas hacían a la Diosa. Ella era la reina, la elegida, aún así, las ancianas solo respondían ante la Diosa y no se les podía ordenar, tan solo pedir. Intimidarles era imposible, vivían de la muerte y en una oscuridad absoluta. Tan solo había salido del ascensor y no se atrevió a adentrarse más allá del lugar donde se encontraba. Sabía que ellas disponían de un oído sensible, no necesitaba gritar ni adentrarse más lejos para que las ancianas la escucharan. La cueva continuaba metros y metros bajo sus pies, ser imprudente distanciándose del ascensor no estaba en sus planes. Si bien pudiera tener suerte y no caer en el fango o en algún agujero sin fondo, ellas olerían su miedo, lo cual la rebajaría a una idiota.

– ¿Estáis ahí? – preguntó la reina con voz segura y orgullosa manteniendo la calma.

–Te oímos muchacha – una voz ajada y anciana retumbaba por todo el lugar –. ¿Qué deseas?

– ¿Por qué no podemos localizar a la bruja blanca que ha aparecido en ese pueblo? – preguntó casi exigentemente molesta por el trato de muchacha que le daban.

–Sí, qué curioso – se oyó a otra anciana que hablaba en tono burlón.

– ¿Y dices que el pueblo se llama la Bruja Blanca? – se burló otra.

–Dime muchacha, ¿tu carne es blanda? ¿Podré comerte cuando disgustes a nuestra madre oscura? – dijo la primera.

–¡Basta! – gritó la reina al borde de su paciencia – ¡Responded!

–La luna negra nos da la fuerza, es nuestra madre oscura; la luna llena es la fuerza de las otras, es la madre blanca – canturrearon –. ¿Por qué rompes el equilibrio, muchacha? ¿Acaso crees que una alimaña insignificante como tú puede parar una tempestad moviendo sus patitas?

–Y aún queda una tercera que no conoces, la luna en cuarto creciente, la fuerza de la doncella.

–No es eso lo que os he preguntado, dejad de balbucear – atajó la reina antes de que comenzaran de nuevo.

–Pregunta muchacha, hoy a lo mejor te responderemos.

– ¿Por qué no la localizamos? – preguntó Betila al borde de su paciencia, ella podía perder el control con los subalternos, pero enojar a esas ancianas era una cuestión muy distinta.

–Has roto el equilibrio y ahora el equilibrio se restaura. Las brujas que buscas no son negras ni blancas, por eso no las localizas, son la fuerza equilibradora, la fuerza de la Luna Roja que viene a restaurar lo que has roto.

–Entonces tendré que hacerme con su poder o destruirlas – dijo la reina con voz firme segura de su capacidad obtenida tras siglos de guerra contra las blancas.

–Y con el circo que has formado, ¿cómo esperas esquivar a los cazadores? – dijo una de las ancianas.

– ¿Habéis visto a los cazadores? ¿Cuántos y quiénes acudirán? – la reina sospechaba que los cazadores estaban informados de sus movimientos. Algunos de sus hombres habían sido interrogados por el Inquisidor Negro y habían recibido su extremaunción. Tan solo pensar en ello le enfurecía al mismo tiempo que le atemorizaba. El Inquisidor Negro tenía el poder de volver la consecuencia de los pecados en su extremaunción hacia el pecador. La mayoría de los brujos que habían sido interrogados y recibido la extremaunción quedaron transformados en personas balbuceantes, incapaces de pronunciar una sola palabra, tan solo gritaban aterrados como si tuvieran dentro un infierno personal.

–Uno, el Inquisidor Negro – el susurro de la anciana mostraba una pizca de diversión.

–El más fanático y estricto. No es ni mala opción, sí él la encuentra antes que nosotros la matará, o la interrogará, no soporta a ningún tipo de bruja– dijo la reina satisfecha.

–O no – le contrarió una de las ancianas –. Recuerda que los cazadores son los protectores de esas brujas. Si no has podido obtener el poder de estos que quedan es porque podrían estar ligados a las doncellas, la luna en cuarto creciente es la Diosa guerrera. Han existido a lo largo de la historia, en forma de valquirias, como doncellas guerreras, solo vienen al mundo cuando está en peligro y ahora lo está gracias a ti. Sus protectores, sus guerreros han llegado antes para abrirles camino, si el Inquisidor Negro está ahí podría ser porque su bruja le llama e irá a protegerla de cualquier peligro.

–Ellos están aquí porque les hemos robado el alma – dijo la reina contrariada.

–Tú no has robado nada. Has encerrado a la última bruja de la luna llena, de la diosa blanca, y la diosa roja ha enviado a sus valquirias, sus hechiceras a recuperar el equilibrio, y esos guerreros cazadores, aunque lo desconozcan, son sus guardianes, tan solo han llegado antes que sus brujas y no saben ni lo que son.

–La doncella, la madre y la anciana – dijo otra de las ancianas –. Así es el equilibrio. La única forma de que esto salga bien para ti es liberando a la última bruja blanca que tienes atrapada antes de enfrentarte a la luna de sangre.

–Jamás cederé el poder, hemos vencido, somos más numerosos que nunca, manejamos gobiernos, multinacionales, hacemos leyes y una tercera fuerza entra en juego la aniquilaremos – respondió Betila con una pasión desbordante, se había entregado a su misión, a concluir con el enemigo que durante mucho tiempo había batallado contra los brujos negros, solo había dos facciones, la suya, que iría a la victoria, y la de los oponentes, que aniquilaría sin contemplaciones

–Deberías tener cuidado, muchacha. Si el Inquisidor Negro se encuentra con su bruja ambos acrecentarán sus poderes y ella no será la gacelita indefensa que crees que vas a encontrar.

–A veces me dan deseos de quemar este sitio con vosotras dentro – espetó la reina cansada de que le llamaran muchacha –. Además, si aún me hablarais de otro cazador que no fuera el Inquisidor Negro, pero este es el más estricto y dudo que le interesen las mujeres, mucho menos una bruja, salvo para

quemarla o mandarla a lo que él cree que es el infierno. Es un fanático con el que no se puede negociar, ni se le puede seducir de ninguna forma. He intentado de mil maneras engatusarle, le he enviado una serie de súcubos hermosas como beldades, incluso hermosos muchachos ícubos, nunca se sabe, pero él los ha matado a todos, ni por un instante se ha sentido inclinado a sus conjuros de amor, o de seducción, otros de los cazadores les ha costado deshacerse de dicho encanto, pero él no. Sencillamente, dichas cuestiones humanas no le afectan, solo está casado con su cometido, donde otros ven un rostro bonito, él ve un espíritu del mal.

–Muchacha, eres una ignorante que juzgas a los demás por como tú eres. Careces de la empatía suficiente para discernir lo que se te viene encima.

–Pues hablad, no seáis tímidas. Contadme a qué debo temer – ordenó en un tono autoritario.

–Nosotras solo respondemos ante la Madre Oscura, no ante ti.

La reina se alejó del lugar sin despedirse de las ancianas dirigiéndose hacia el ascensor. El Inquisidor Negro, se dijo. Tenía la capacidad de pasar desapercibido, olvidas su cara, su nombre, incluso su antiguo mentor, Francisco de Navarra, había olvidado todos sus datos. Tan solo deja tras de sí su apodo, Inquisidor Negro y un rastro de muertes a su paso. Quizás por eso lo habían enviado, porque es el único que puede pasar desapercibido, no creía que estuviera relacionado con el hecho de que su bruja le llamara. Ya era suficientemente poderoso, no necesitaba que acrecentara su poder.

Capítulo 6

Ezequiel observó cómo Violeta entraba en su casa. Apenas había podido abrir la boca en todo el trayecto debido a que al caerse debió perder unos botones de la camisa dejando al descubierto parte de sus encantos. Habían tratado de seducirle brujas, súcubos con poderes de seducción sobrenaturales o hechizos, nunca había caído en la tentación, y ahora, una joven aparentemente inexperta le subía la testosterona hasta casi hacerlo doloroso. Lo más violento fue su propia reacción al verla en el suelo, pensó que le

había ocurrido algo realmente malo y su corazón saltó golpeando sus costillas como un resorte. Si no fuera porque eso es imposible pensaría que estaba hechizado. Luego, cuando la sujetó, porque creyó que estaba mareada, vio el escote. En ese momento agradeció no haber hecho jamás los votos de castidad o los de sacerdote, de lo contrario tendría mucho por lo que rezar. Lo que sí tendría que temer es por su alma si esa mujer era una bruja y le producía ese efecto. Debía sobreponerse, no podía mostrar debilidades al maligno. Él era el Inquisidor Negro, hasta sus compañeros cazadores creían que carecía de interés por el sexo. Aunque prefería pensar sobre sí mismo que se debía al cultivo de la voluntad y su dedicación al trabajo. Pero esos rizos rojos como el fuego le apasionaba, hacían hervir en él unas sensaciones de las que creía carecer, los ojos inocentes como de un ángel que te quisiera mostrar el cielo. Se sacudió decidida la cabeza. Debía tener la cabeza clara, así que, apartó bruscamente la imagen de Violeta y trató de centrarse en el problema por el que había salido a la calle, inspeccionar el pueblo. El lugar era muy extraño, era incapaz de detectar nada, al menos nada en concreto, hechos como la tormenta de granizo era como estruendo para sus sentidos, pero si deseaba localizar a una persona con poderes mágicos en concreto, fracasaba.

Le preocupaba que el Aquelarre Negro hubiera ingeniado una forma de pasar desapercibido mágicamente, eso dificultaría su trabajo, pero no lo haría imposible, lo suyo era seguir las señales del maligno. Ahora tendría que investigar al viejo estilo, pensó un poco frustrado. Afortunadamente, tenía mucha información que había extraído del sirviente oscuro.

Apenas se percató de que se encontraba al final del pueblo mientras meditaba y trataba de detectar algo. Comenzaba a dudar de que en ese pueblo hubiera algo más raro que el arqueólogo local.

Un leve ruido detuvo sus pensamientos. Estaba seguro de que detrás había alguien lo suficiente sigiloso como para haberle seguido o en su defecto salir de algún lado cercano sin que Ezequiel le hubiera percibido hasta ahora. Los músculos se tensaron a pesar de que los sentidos de cazador no le advertían de ningún peligro cercano. No obstante, una persona normal no se acercaría en esa forma sin que lo detectara.

Ezequiel sonrió sin girar ni volver la cabeza hacia atrás al sentir un familiar cosquilleo que antecedió a la presencia de uno de los suyos.

–Arnau, ¿qué haces tú por aquí? – dijo mientras esperaba la respuesta.

–Me dijeron que te habías hecho modelo y eso tenía que verlo – contestó una voz masculina en un tono amigable y burlesca.

– ¿Qué yo qué? Yo solo hago fotos – dijo mientras se giraba para ver al cazador rubio que aguardaba a su espalda –. Eso sí, espero ver muchas chicas guapas.

–Mejor no, que eres medio cura. Deja eso para otros – contestó Arnau bromeando.

–Soy creyente, no tengo voto de castidad – aclaró Ezequiel –. Que tú seas un escéptico no quiere decir que los demás no podamos creer en algo.

–Las chicas están de suerte y yo no soy escéptico, yo devuelvo las cenizas a las cenizas – dijo aludiendo al poder que le caracterizaba como cazador, el dominio del fuego.

–Remueves muchas cenizas, pero no me aclaras que te ha traído hasta aquí.

–Cierto, tenemos un informador dentro del Aquelarre Oscuro. Alguien que nos ha informado sobre el lugar donde podría encontrarse el hijo de la reina de las brujas. Era en Inglaterra y Jacques ordenó que un grupo de asalto entrara en el lugar, pero desgraciadamente el líder del grupo dudó lo suficiente como para que el hijo de la reina escapara. Jacques entró en furia.

– ¿Desde cuándo Jacques mantiene gente que no le obedece a la primera? – dijo Ezequiel pensativo.

–Desde nunca. No le gusta que le contraríen cuando da una orden. Es por ello por lo que cuando acabes aquí deberías echar un vistazo al líder del grupo – dijo Arnau mientras se acercaba más saliendo de la oscuridad que lo envolvía.

–Hay muchas cosas raras por aquí – interrumpió Ezequiel dejando a su compañero continuar.

–Podía haber sido hechizado o podían habernos colado un caballo de Troya.

–Sí, tendré que echarle un vistazo, seguro que Jacques lo menciona. Pero

aún no me has dicho qué ha contado el informador para que estés aquí ahora.

–Jacques lo quería muerto y tuvimos que frenarlo entre tres para que dejara algo a lo que interrogues cuando vuelvas. Lo que vengo a decirte es que abras bien los ojos, es posible que el hijo de la reina venga a este pueblo – Arnau se apoyo en un árbol. Tenía el cabello rubio muy corto y era casi tan alto como Ezequiel –. Quizás esté en el jurado para elegir ninfa, espero que no te elijan a ti.

–No creo que tenga el peso adecuado y hay un montón de chicas guapas en el pueblo – continuó Ezequiel la broma consciente de que con ellos es mejor seguirles la corriente que ignorar sus chanzas.

–Qué suerte tienes, a ti te mandan a fotografiar a chicas guapas y a mí a estercoleros – objetó Arnau.

–Sí fueras más creyente... – bromeó Ezequiel.

–Maldita mi suerte. Dios odia a los ateos – se quejó Arnau en un tono de reproche

– ¿Y puedes culparle por ello? Además, no eres tan ateo, eres un ateo selectivo, crees en la magia, en sueños, y no crees en Dios.

–No me queda más remedio. Mi carrera de ateo completo se vio frenada cuando me arrojaron al fuego en Carasona y no me quemé – dijo Arnau recordando ese fatídico día en el que trataron de quemarlo por ser un cátaros hace muchos siglos.

–Eso es porque Dios no quería que murieses – insistió Ezequiel tratando de justificar sus creencias.

–Otra curiosidad. Hay rumores de que existe una mujer cazadora y Jacques quiere que investigue el asunto – interrumpió Arnau cambiando bruscamente de tema.

– ¿Me tomas el pelo? – dijo Ezequiel sorprendido.

–No, es una mujer que caza brujos y dicen que tiene poderes – añadió Arnau divertido ante la cara de asombro de su compañero.

–Será una bruja resentida, no existen mujeres cazadoras – negó Ezequiel con vehemencia.

–Ya, supongo que no sabemos todo, yo me inclino por un sano escepticismo, al menos hasta saber más.

–Volviendo al otro tema, ¿existe alguna descripción sobre el hijo de la reina? – preguntó Ezequiel esperando que le facilitaran el trabajo.

–No, pero parece ser que la supuesta cazadora sí le ha visto, incluso se ha enfrentado a él. Es el motivo por el que sabemos de esos rumores. ¿Y cómo te va por aquí?

–He visto algunas cosas raras – informó Ezequiel –. Pero cuando trato de detectar no encuentro absolutamente nada.

– ¿Es posible que el brujo que capturamos, al que sacaste la información de que tenían interés en este pueblo te mintiera?

–No mentía. Créeme, no suelen mentirme. Debe haber una bruja en esta zona, y el hecho de que ellos estén aquí confirma que deben creer que exista esa bruja – explicó Ezequiel repasando mentalmente los datos de los que disponía

–Entonces, quizás debas considerar interrogar a alguien que pueda caer montaña abajo por accidente.

–No es la amenaza más persuasiva que tengo – comentó Ezequiel con un gesto serio –. Y aprovechando que estás aquí, si quieres ver chicas guapas puedes ayudarme a elegir a la ninfa. Te pasas por las sesiones de fotos.

–Ya veremos, tengo que irme en nada.

– ¿Tan pronto?

–Jacques andaba cabreado porque escapó el hijo de la reina y me dijo que quería a la supuesta cazadora en su presencia o quemada, si es bruja. No me atrevo a contrariarle más – dijo en tono de broma Arnau.

–No podré hacer uso de tu amplia experiencia en mujeres para elegir – dijo en tono desapasionado consciente de que entre los cazadores y sus seguidores él tenía fama de ser poco sociable y poco dado a la diversión.

–Enséñame las fotos que tengas y te digo a cuál escoger – se ofreció Arnau en un tono divertido disfrutando de la situación en la que se

encontraba Ezequiel, en un ambiente frívolo y superficial para los estándares del religioso cazador, aun así, Arnau era consciente del esfuerzo que Ezequiel estaba haciendo para mostrar naturalidad y evitar quejarse del mundillo en el que se veía envuelto a causa del trabajo.

–Vale, acompáñame y te las muestro – dijo Ezequiel guardando la cámara en su mochila consciente de que ya no iba a continuar sacando fotos por ese día.

Los cazadores se dirigieron sin más contratiempo a la habitación de Ezequiel. En otra circunstancia habrían tratado de evitar que se les viera juntos, pero el pueblo estaba demasiado lleno de gente extraña entrando y saliendo continuamente de cualquier lado como para que llamaran la atención en lo más mínimo. Ezequiel entró y cerró la puerta tras Arnau, arrojó la mochila encima de la cama y le tendió a Arnau una carpeta de fotos.

–Esas son todas, al menos las que tengo yo. Revísalas mientras me ducho – dijo Ezequiel mientras Arnau se acomodaba en el sillón que había en la habitación y comenzaba a sacar las fotos.

–Es emocionante – comentó Arnau con un tonillo sarcástico –. Nunca creí que llegara a participar en la creación de un anuncio siendo mis cualidades artísticas cero.

Ezequiel le dedicó un gesto que pretendía ser una media sonrisa en respuesta a su comentario antes de dirigirse hacia la ducha mientras Arnau revisaba detenidamente las fotos. Cuando salió de la ducha con un pantalón de chándal negro y una camisa del mismo color, Arnau tenía una fotografía seleccionada.

– ¿Ya estás listo para ver cuál me gusta? – dijo risueño Arnau que había colocado las fotos en bloques, posiblemente desde la que más le gustaba a la que menos.

–Enséñamelo – dijo Ezequiel mientras se secaba la cabeza con una toalla.

–Esta – señaló Arnau mostrando una foto de Violeta –. Sin duda.

– ¿Estás de broma? – respondió Ezequiel como si le hubiera señalado a su madre como candidata a la silla eléctrica.

–No. ¿Por qué iba a estarlo?

–Porque estás de broma. Cualquiera menos esa – dijo Ezequiel tajante.

–Es la más bonita, mira qué sonrisa tiene. En realidad, miraba sus tetas pero la sonrisa tampoco está mal – bromeó Arnau.

Ezequiel bajó la mirada recordando lo cerca que las pudo ver... y acto seguido pensó en matarlo por hablar de Violeta en esa forma. Recompuso su gesto antes si quiera de modificarlo para evitar traslucir los celos que había sentido. Si todos pensaban igual que Arnau, Ezequiel tendría que matar a mucha gente.

–Te digo que no puede ser ella – insistió Ezequiel tras apartar el recuerdo.

– ¿Y por qué no? – preguntó Arnau más inquisitivamente de lo que pretendía.

–La chica parece tener muchos problemas. No estaría bien meterla en esto – explicó Ezequiel buscando rápidamente una excusa creíble.

– ¿Qué problemas?

–Pues no sabría decirte porque no me ha contado nada, pero cuando la conocí un tipo trató de pegarle.

–Y te quedaste mirando – indagó Arnau que aún observaba la foto de Violeta.

–No, joder – dijo molesto Ezequiel –. ¿Por quién me tomas? Le quité de encima a ese desgraciado y si lo vuelve a hacer se queda sin brazo.

–Le das una paliza al desgraciado y a ella le haces ninfa, todos felices – contestó Arnau acomodándose aún más en el sillón.

–No, no puedo meterla en esto – repitió Ezequiel arrepentido de haberle mostrado las fotos.

–Me he perdido. ¿Por qué no? – dijo Arnau ahora más serio mirando fijamente a Ezequiel.

–Porque creo que debe estar pasándolo mal – reconoció Ezequiel.

– ¿Y desde cuándo el Inquisidor Negro es un caballero andante? – insistió

Arnau mirando atentamente a Ezequiel curioso por la reacción tan poco habitual del cazador.

–Lo dices como si tuviera una novia en cada puerto, ¿no?

–No, ninguna, tú huyes de ellas y ellas huyen de Jacques – dijo Arnau haciendo mención al carácter intratable del líder obsesionado con el trabajo.

–Jacques solo quiere su trabajo y que esté perfecto. Pero además, tiene gracia, la pelirroja me retó a mí. Hay que joderse – dijo Ezequiel en un tono desesperado sabiendo que el asunto de Violeta se le iba de las manos.

– ¿Cómo que te retó? – preguntó intrigado, incluso alarmado.

–Le “sugerí” que no se presentara y me contestó que se iba a presentar y la iban a elegir y ahora, ¿tú me dices que la escoja? ¿Dónde me deja eso a mí?

–Espera, ¿dices que desobedeció una orden de las tuyas? – Arnau elevó una ceja

–Dudó, pero se enfrentó a mí y dijo que pensaba presentarse igualmente.

– ¿En este pueblo funcionan los poderes de cazador? – preguntó Arnau mientras hacía que una llama de fuego apareciera en su mano – Sí, si funciona. No lo entiendo entonces, ¿no será la bruja que buscan?

–No tiene pintas de bruja, precisamente, y no he apreciado ningún tipo de poder en concreto – respondió Ezequiel más atendiendo a su deseo de que así fuera que a la realidad –. Si no ese tipo no le habría tocado.

–Sí, ya sé que presenciaste como tu mentor quemó a una inocente y no estás dispuesto a eso – comentó Arnau arrepintiéndose de lo dicho nada más concluir la frase.

Ezequiel se alejó un poco con desagrado, como si le hubiera quemado con las palabras.

–Eso ha sido un golpe bajo – dijo con disgusto Ezequiel.

–No era mi intención, solo sé que no quieres precipitarte – se disculpó Arnau.

–Dios no querría que matase a un inocente tan solo porque estuviera en el

lugar equivocado, ni yo tampoco. ¿Tienes alguna sugerencia?

–Sí, úsala de cebo.

Ezequiel no parecía convencido. Daba vueltas alrededor de la habitación y negó con la cabeza un par de veces como si lo hubiera reconsiderado y rechazado varias veces en el rato que hacia esperar a Arnau por su respuesta.

– ¿Por qué no? – insistió Arnau – Estarás ahí para protegerla. Si ellos están aquí es para reclutar a una nueva bruja del lugar. No sé muy bien cómo va eso de hacerse bruja pero quizás puedas frenar la “conversión” de alguna forma. Haciéndose cristiana o que se yo...

–No creo que eso detenga a Jacques. Para él una bruja será siempre una bruja.

–Yo no entiendo de eso – reconoció Arnau –. Todos los brujos eran ya brujos consumados cuando los quemé. No sé qué eran antes de ser cabrones o si nacieron siéndolo.

–Esa chica no es como las brujas que han caído en mis manos en caso de serlo. Parecía completamente normal. Tendrías que ver lo resignada que estaba a que ese tipo la golpeará, sabía que no era oponente para él.

–Ezequiel, quizás deberías investigarla a ella. Ya no solo por si es bruja sino porque si es lo que ellos buscan para que no caiga en sus manos. Podría no ser una bruja, sino otra cosa, y ellos quererla – intentó razonar Arnau consciente de los demonios del otro cazador y de su mente cerrada a ideas nuevas.

–Haré indagaciones – dijo finalmente resignado Ezequiel.

–Y yo tengo que irme antes de que Jacques pida mis bolas para colocarlas de adorno en el arbolito de navidad de este año.

Capítulo 7.

Ezequiel se quedó solo en la habitación tras la marcha de Arnau. Tenía que ver los primeros planos de los lugares que había fotografiado cerca del

charco de las ranas. Lugares donde usaría para sacar fotos. En una de las fotos, cerca de la charca aparecía una especie de bruma que un fotógrafo normal achacaría a un error de la cámara, pero Ezequiel no era un fotógrafo al uso, sabía que las cámaras a veces recogían sucesos poco normales, pero reales. Tenía que ir al lugar a investigar. También necesitaba quitarse de la cabeza toda la conversación acerca de Violeta, postergar la posibilidad de que fuera la bruja que buscaban, trabajar en otro ámbito le vendría bien.

Tomó la chaqueta negra que colgaba en el perchero, una cámara y algunos bártulos que le pudieran ser útiles, los soltó en una mochila, se la colgó del hombro y salió a la calle. Tomó el coche y condujo cerca del lugar donde había sacado las fotografías.

El sitio estaba lleno de vegetación y el camino desierto. Ezequiel se adentró por él estudiando el paraje hasta llegar a donde aparecía la bruma. Estudió detenidamente el escenario de la foto, el manto vegetal, la disposición del lugar. Sacó un péndulo del bolsillo y calibró cada elemento hasta dar con un lugar cuya tierra parecía que había sido removida. Se arrodilló y escavó con la mano hasta dejar al descubierto restos de lo que parecía un ritual oscuro. Sacó la cámara e hizo un par de fotos al sitio y a los restos. Dejó de nuevo todo como estaba y se puso de pie. Observó las huellas que había por el lugar, algunas de ellas iban hacia fuera del claro, posiblemente hacia el pueblo, pero otras se adentraban por un camino hecho de manera natural por las pisadas de los transeúntes. Ezequiel siguió las pisadas con sigilo hasta oír a personas hablando. Cuidadosamente se ocultó tras unos matorrales a observar.

Los hombres se dirigían a una cueva y Ezequiel agudizó los oídos.

– ¿Dónde tenemos que tirar la basura? – preguntó uno de ellos con aspecto sudoroso.

–Donde no la vayan a encontrar, es una desgraciada, nadie va a buscarla – contestó el otro hombre igual de sudoroso más bajo que el primero y casi completamente calvo.

– ¿Y la pelirroja? ¿Qué vamos a hacer con ella?

–De momento nada, buscan a una del pueblo, hasta que no descarten quien es nada. Pero Esteban quiere el dinero, se ha hartado de mamoneos de

que le paguen por meses como si fuera un banco. Si no le paga cuando la descarten nos encargaremos de ella – dijo el hombre calvo con una sonrisa sádica.

–Está muy buena ¿No estaría mal que nos divirtiéramos con ella antes, no?

–No creo que le importe a nadie lo que le hagamos antes de matarla.

Ezequiel tenía en la cabeza una pelirroja, pero no se imaginaba cómo podía haberse metido en líos con gente así. Cuando oyó a esas ratas hablar de hacer daño a una pelirroja casi entra en furia y decide matarlos. La prudencia le indicó que lo mejor era permanecer escondido, no sabía si había más hombres en la cueva y debía averiguar de qué iba esto. Podía no tener nada que ver con asuntos del Aquelarre Oscuro, no obstante, si pretendían hacer daño a algún inocente, no se quedaría de brazos cruzados. Para aliviar la tensión que le provocaba la imagen de Violeta en manos de esos dos, se dijo a si mismo que había más pelirrojas, probablemente más proclives a meterse en problemas que Violeta, como la novia del tipo que la amenazó. Pensándolo mejor, esa muchacha acumulaba demasiados problemas para la cara angelical que tenía.

–No me gusta estos nuevos jefes – dijo el hombre más alto –. Todo eso de la magia me da escalofríos, sin contar eso de los sacrificios.

Ezequiel se concentró aún más en lo que decían. El Aquelarre Oscuro a veces contrataba desechos humanos como esos para que les haga el trabajo de limpieza.

–No me malinterpretes – continuó el hombre más alto –. Si hay que matar a alguien se mata, sea mujer, hombre, niño, hasta a mi madre si me dan el dinero suficiente. Pero invocar demonios...

–Nos pagan para que hagamos un trabajo. ¿Qué coño nos importa lo que hagan ellos? ¿O vas a ir a decirle que pasas de sus putos asuntos y ya está? Si haces eso estás muy muerto y yo no quiero morir como ha muerto la basura que nos toca tirar hoy. ¿Tú sí?

–No... – dijo el hombre.

–Entonces, ¡Cierra tu puta boca y sigamos con el trabajo, quiero acabar e

irme a beber algo! – casi le escupió el hombre calvo.

Ezequiel permaneció escondido, habían entrado en una cueva y tarde o temprano tenían que salir, prefería interceptarlos cuando salieran que no en la cueva donde podían tener ventaja y desconocía lo que podía encontrar. Al poco tiempo de haber entrado, los hombres salieron con un bulto del tamaño de una persona envuelto en mantas y atado con cinta americana. Esperó prudentemente a que salieran asegurándose en el proceso que solo fueran dos y no encontrarse con una sorpresa extra. Cuando los hombres llegaron a su altura y le sobrepasaron, Ezequiel se puso ágilmente en movimiento colocándose tras el último de los hombres. Con un golpe contundente alcanza la nuca del hombre haciendo que se desplomara.

El bulto que era llevado por los dos hombres cayó al suelo por uno de los extremos al mismo tiempo que se desplomaba el hombre más alto dejando al primero sujetando el otro extremo solo.

– ¿Qué demonios? – se quejó el que quedaba en pie con un extremo del bulto aún sujeto girando la cabeza para ver qué ocurría.

Antes de que el hombre se percatara de que su compañero yacía en el suelo, Ezequiel le hizo un barrido desestabilizando al hombre que cae sobre el bulto. Moviéndose con una velocidad que rozaba lo no humano hizo una presa al hombre calvo.

– ¿Qué se supone que lleváis ahí? – preguntó Ezequiel con voz desapasionada manteniéndole fuertemente aprisionado.

– ¿Quién diablos eres? No tienes ni idea de con quién te estás metiendo. ¿Sabes qué eres? ¡Un puto fiambre! – escupió el hombre furioso tratando de liberarse de la presa sin éxito alguno.

–Tú tampoco sabes con quien te estás metiendo – dijo Ezequiel en un tono de amenaza velada–. Podemos hacer esto fácil o difícil. Créeme que vas a preferir mil muertes que la difícil – La voz de Ezequiel era tan profunda y fría que el hombre se estremeció.

– ¡Suéltame ahora mismo! – gritó el hombre con más miedo que furia – ¿Qué eres de la poli? Sé mis derechos...

–No soy de la poli y no tengo inconveniente en que te unas a ese bulto en su destino.

– ¿Quién eres entonces...?

–Se acabó mi paciencia.

Ezequiel se acercó al hombre y le miro a los ojos. La mirada de Ezequiel se transformó en una penetrante luz negra que paralizó al hombre, el cual, comenzó a sudar y a gemir de miedo. Ezequiel sabía que el hombre no recordaría lo que le había pasado, por ello nunca hablaría de sus poderes.

–Yo no sé nada, tan solo limpiamos la basura – dijo tratando de articular las palabras correctamente.

– ¿Quién os ha contratado?

–No lo...sé. Yo..., a mí tan solo me pagan.

– ¿Quién es tu jefe? – preguntó Ezequiel apretando más la presa.

–Sí te lo digo me mata...

– ¿Y te da más miedo que yo? – preguntó Ezequiel mirándole más fijamente. Una oleada de gritos de terror, de dolor experimentado por decenas de personas que fueron torturadas por la Inquisición brotó durante unos segundos en la cabeza del hombre como si fuera él todas esas víctimas.

– ¡Nooooo! – gritó sollozando – Se llama Sebastián Hernán.

–Describemelo – exigió Ezequiel consciente de que no sería necesario usar más persuasión para que el hombre le contara todo lo que le pida.

–Es moreno de un metro setenta más o menos. En el pueblo saben quién es, porque aunque no es de ahí compró un par de locales que alquila como bares donde va gente joven.

– ¿Y qué me cuentas de la chica pelirroja de la que hablabais?

–Una perra... – comenzó contando el hombre que fue interrumpido cuando la mano de Ezequiel se hizo tan fría como el hielo transmitiendo junto a la sensación helada una de muerte – Una chica – corrigió el hombre rápidamente temeroso de que pudiera arrebatarse todo el calor corporal y llevarle al mismísimo infierno –. Le debe dinero al jefe.

– ¿Su nombre?

–Se llama Violeta.

Ezequiel sintió una furia inmensa al oír lo que esos dos pensaban hacer con Violeta. ¿Cómo se atrevían tan solo en pensar tocarla? Los mataría ahora mismo a los dos. Cuando logró calmarse se dio cuenta de que el hombre estaba gritando, el pánico era tan grande que había mojado los pantalones. Ezequiel en su enfado había perdido el control de uno de sus poderes de cazador haciendo que el hombre experimentara por mil todo el miedo que podía sentir Violeta gracias a los posibles actos de esas dos escorias.

Nunca antes le había ocurrido nada semejante. El siempre había tenido un dominio casi obsesivo sobre sus pasiones.

El hombre había perdido el conocimiento, ya no le iba a servir para ser interrogado, se dijo a si mismo molesto por su estupidez preguntándose qué le hacía Violeta para volverle incontrolable.

Ezequiel se dirigió a los matorrales donde había dejado la mochila y sus cosas. Acababa de cometer un error de principiantes y si ven en el estado en el que había dejado al hombre sabrán que eso tan solo puede ser obra del Inquisidor Negro, lo cual, pondría en guardia al Circulo oscuro. Tenía que solucionar la pifia, pensó mientras recogía la mochila. Obviamente el hombre no iba a poder articular palabra para delatarle, ni ahora ni nunca, y aunque pudiera, su mente no procesaría cómo era la apariencia de quien le agredió, ese era otro de sus poderes genuinos, si él no quería ser recordado, encontrado o pretendía tan solo ser ignorado, nadie sabría decir por qué no se fijó en él.

Aún no había decidido qué hacer cuando un ruido de matojos rotos le sorprendió. Giró la cabeza para ver qué ocurría cuando una criatura de más de dos metros y medio de altura se abrió paso entre la espesura hacia el camino natural donde había dejado a los dos hombres.

El demonio, una figura grotescamente humana que parecía ciega y usaba su olfato a modo de guía, se acercó a donde estaba los dos hombres caído. Se paró donde el hombre que había sido interrogado por Ezequiel yacía y lo olfateó. El demonio cogió al hombre y le desgarró una pierna con intenciones de comérsela. Justo cuando se la metió en la boca y Ezequiel sacaba de su mochila una espada, el hombre que había dejado Ezequiel inconsciente despertó para ver el espectáculo; su compañero devorado por un monstruo. El hombre aterrado dejó escapar un grito que hizo que la criatura dejara caer a su compañero y se centrara en él.

El hombre, al ver que el demonio le miraba, se puso de pie tan rápido como su aturdimiento y su temor le permitía pero justo se incorporaba, el demonio lo agarró por la cintura arrancándole la cabeza de un manotazo.

Ezequiel tan solo tuvo tiempo de coger su espada bendecida y consagrada al arcángel San Miguel y correr hacia donde se encontraba el engendro. Era demasiado tarde para salvar a los dos hombres.

–Al menos no eran dos inocentes – susurró mientras estudiaba al demonio.

El tamaño del demonio era considerable y estaba dotado de una fuerza que había mostrado al arrancar la cabeza del hombre de un manotazo. Ezequiel rodeo a la criatura buscando un punto débil, quizás lo mejor era desjarretarle y al caer cortar la cabeza.

El demonio se puso en guardia cuando Ezequiel se acercó, a pesar de ser ciego, su sentido del olfato y el cielo sabe cual más hacia que supiera en cada momento donde se encontraba Ezequiel. El demonio levantó el puño y trató de golpear a Ezequiel cuando este trataba de rodearlo. Ezequiel rodó hacia un lateral antes de que el golpe le alcanzara con intenciones de poner en práctica su plan inicial. Cuando iba a cortar los tendones el demonio, este hizo un movimiento más rápido de lo que Ezequiel preveía alcanzándole y arrojándole al suelo.

Ezequiel quedó brevemente aturdido y el demonio se acercó para volver a golpearle. Desde el suelo le fue más fácil aprovechar la confianza del demonio en que su presa era fácil para cortar los tendones de los tobillos. La criatura chillaba, pero no caía al suelo e intentaba agarrar a Ezequiel que no pudo terminar su labor sin que el demonio le alcanzase, así que decidió esquivarle. Ezequiel se levantó hábilmente casi de un salto y gracias a que el demonio no esperaba esta maniobra logró colocarse a su espalda. Ezequiel tomó la espada y concluyó de cortar los tendones tan profundamente que el demonio cayó gritando de dolor. La santidad de la espada provocó que el demonio casi quedara inmóvil al caer.

Ezequiel aprovechó para levantar la espada y dejarla caer sobre el cuello del demonio. El demonio se transformó en un humo negro que se evapora dejando un olor intenso a azufre. Ezequiel sabía que no podrá volver a ser invocado. La espada bendecida en nombre del arcángel San Miguel y con uno de los sellos de salomón grabados en fuego hacía que la desaparición del demonio fuera definitiva.

Capítulo 8.

Ezequiel acababa de llegar a su habitación y tras ducharse no podía dejar de pensar en Violeta y lo que esos malnacidos pensaban hacerle. Una vez se encargó del demonio tuvo que irse de prisa cuando oyó pisadas. De los cadáveres se encargarían los mismos compañeros que llegaban. Probablemente culpen al demonio de lo ocurrido y si no, mala suerte.

Salió de la ducha, puso la televisión y cambió de canal varias veces antes de entender que necesitaba ver a Violeta, saber que se encontraba bien. No debería ni acercarse, pero esa obsesión no se le pasaba de ninguna forma, quizás si la invitaba un par de veces a tomar algo, por supuesto como amigo y dejando clara la situación, se daría cuenta de que era una chica normal y corriente y se acabarían sus deseos.

Arrojó molesto el mando sobre la cama y se puso los zapatos. Esos indeseables tenían pensado hacerle daño a Violeta, tendría que pasarse a ver a ese tal Esteban y dejarle claro lo que le ocurriría si le tocaba un solo pelo, pero antes de hacer planes debía asegurarse que Violeta estaba bien.

¡Maldita sea! Iría a verla ahora mismo.

Ezequiel se terminó de atar los zapatos, tomó una chaqueta y salió a la calle dirigiéndose al lugar donde había acompañado a Violeta.

El pueblo estaba tranquilo, no solía haber mucha gente en la calle desde que llegó.

Se sintió estúpido cuando llegó cerca de la casa de Violeta. ¿Qué iba a hacer? ¿Llamar a la puerta de su casa? ¿Mirar por la ventana como un

adolescente idiota? Y encima estaba dolorido por el golpe que le había propinado el demonio, afortunadamente el moratón lo tenía en el pecho y no visible.

Ya que estaba aquí tenía que hacer algo, aunque fuera unas cuantas fotos por la zona para comprobar que la casa no estaba siendo vigilada, al menos disimularía que era un completo imbécil.

Sacó la cámara y comenzó a mirar la zona a través de la lente, incluso sacó alguna foto a la casa de Violeta y a las de alrededor por si fotografiaba alguna anormalidad. La cámara de Ezequiel no era una cámara normal y corriente, tenía una función semejante a las cámaras kirlian, las cuales fotografían el aura, o las corrientes electromagnéticas, y con ella sacaba muchos datos que sus sentidos de cazador despreciaban.

Llevaba un rato sacando fotos cuando empezaba a dolerle todo el cuerpo, el demonio le había golpeado fuerte, incluso le detuvo brevemente la respiración. Ya llevaba una hora en el sitio y no le encontraba sentido a quedarse a dormir bajo la ventana.

Suspiró profundamente y decidió irse.

Cerró el objetivo de la cámara y se disponía a irse cuando escuchó pasos. A lo lejos vio a Violeta acercarse. El corazón le dio un vuelco, no solo se la veía ilesa, sino que estaba preciosa. Se había arreglado el cabello dejando que el pelo rojizo apagado que tenía sujeto ahora luciera como una cabellera magnífica del color de la sangre. Y su rostro había sido cuidadosamente maquillado. Estudió desde donde se encontraba los gestos de la muchacha que eran realmente naturales y expresivos. Sintió deseos de tomar la cámara y hacerle cientos de fotos, pero no era el momento ni la situación.

Ya era tarde para irse o simular que no la había visto. Violeta le miraba.

Dos horas de peluquería, se dijo Violeta para sí. Si esto es la vida de una modelo y no comer más que unas cuentas hojitas de lechuga debía ser un suplicio. Además, no se decidían, una quería que le rizaran más el pelo, Violeta ya lo tenía ligeramente ondulado de manera natural, otra quería que se lo cortaran y le dejaran una melena, diablos, nadie me iba a cortar el pelo, se prometió Violeta.

Al menos no había tenido tiempo para pensar en las amenazas que le habían proferido esos bastardos. ¡Oh no! Ya comenzaba de nuevo a agobiarse por el problema.

Violeta giró la calle y vio a Ezequiel cerca de su casa guardando su cámara. Aún recordaba lo que ocurrió a medio día y se sonrojó. Sentía deseos de estar junto a él durante horas, pero eso no podía ser, tenía que simular que no le había visto y en paz, entrar en casa y meter la cabeza bajo las sábanas, o no, con el peinado que le habían elaborado temía destrozar horas de trabajo.

Demasiado tarde, Ezequiel le había visto, no podía hacer como si no pasara nada. En cierta forma se alegraba, se alegraba mucho de decirle aunque fuera buenas noches, tan solo tenía que aparentar que le era indiferente, como él era con ella si olvidamos sus comentarios despreciativos.

Se acercó tratando de mostrar indiferencia y escondiendo los rastros de inseguridad que sentía. Iba peinada y maquillada, seguro que Ezequiel opinaba que estaba ridícula. ¡Qué mala suerte! Tenía que encontrárselo en los momentos más bochornosos. Que la viera arreglada cuando estuviera junto a todas en la Charca de las Ranas era aceptable, pero que la viera ahí...

–Buenas tardes – dijo Violeta tratando de no sonrojarse.

–Hola – dijo Ezequiel observándola detenidamente y un poco asombrado –. Terminaba de sacar unas fotos.

–Ya veo – dijo Violeta un poco sonrojada a pesar de todos sus esfuerzos sin saber qué decir. Cada vez que veía a Ezequiel le perturbaba más.

– ¿Todo fue bien? – preguntó preocupado de que no se hubiera metido en otro lio consciente de que de ser así no se lo contaría.

–Creo que sí – respondió Violeta que no podía despegarse del lado de Ezequiel, como si sus pies estuvieran fundidos en el suelo.

Ezequiel le sonrió reprimiendo sus deseos de tocar el cabello tan rojo que parecía que ardería en su mano. Estaba preciosa. Sus ojos celestes casi como el agua cristalina eran grandes, con un leve toque de inocencia que contrastaba con unos labios carnosos y sugerentes hechos para pecar. Debería confesarse después de todo lo que estaba pensando y deseando, pero aún quería llegar más lejos, quería pasar a la acción.

– ¿Y tú? ¿Todo bien? – dijo Violeta devolviendo la pregunta a Ezequiel tratando de sacar una conversación que no brotaba de manera espontánea porque ambos parecían más interesados en mirarse uno al otro y ella no quería que ese momento acabara, sino que se detuviera.

–Sí – respondió al poco Ezequiel que se había quedado absorto viendo como los labios de Violeta se entreabrían levemente mostrando un poco de sus blancos dientes. En este momento no deseaba más que besarla – Hice algunas fotos.

– ¿Algo interesante?

Antes de que Ezequiel pudiera responder, un estruendo como el de una explosión retumbó por la zona. Ezequiel, sin pensarlo, abrazó protectoramente a Violeta mientras observa lo que ocurría.

–Tranquilo, es Santos – dijo Violeta en brazos de Ezequiel –. Experimenta para hacer fuegos artificiales, le gusta innovar.

Ezequiel apartó un mechón de cabello del rostro de Violeta, en ese momento no estaba para pensar y analizar las rarezas de ese Santos tan solo se perdía en los ojos cristalinos de Violeta que le invitaban sugerentemente a que la abrazara más fuerte.

Violeta se estremeció agradeciendo que Santos estuviera haciendo de las suyas. Los fuertes brazos de Ezequiel la envolvían protectoramente. Jamás se había sentido tan complacida. Cada gesto de Ezequiel, cada roce era una sacudida de placer. Esos segundos en brazos del fotógrafo eran más placenteros que todos los encuentros sexuales que había tenido con su ex. Ezequiel le apartó un mechón de la cara y le rozó la mejilla. La sensación fue tan electrizante que creyó que no sobreviviría a un simple beso. El corazón le palpitaba como si se preparara para obtener más, su respiración casi se convertía en un jadeo y entonces... No podía creérselo, Ezequiel se acercó tanto que sus labios le rozaban, pero se detuvo dudoso. No podía dudar ahora, se dijo Violeta al borde del colapso. Casi podía rozarle con la lengua y sentía el leve aliento de su boca entrar en la suya. Se estremeció de placer de nuevo, como si todos sus sentidos disfrutaran del instante y percibió horrorizada que todo su cuerpo estaba húmedo.

Violeta no pudo soportar más la incertidumbre y apretó sus labios contra

los de Ezequiel fundiéndose en un beso que él correspondió. Violeta se sostenía en pie porque Ezequiel la tenía sujeta fuertemente entre sus brazos mientras su lengua exploraba la de ella.

Violeta creyó estallar de pasión mientras le besaba y se apretaba contra él. Ezequiel dejó de besarle en los labios para bajar hacia el cuello donde la besó tiernamente y sus manos recorrían su espalda hasta posarlas sobre sus caderas. Notaba la respiración agitada del hombre y deseó que la desnudara ahí mismo. Ezequiel apretó las manos sobre sus caderas mostrando su deseo de ir más lejos, pero se limitó a estrecharla contra sí para que ella notara cómo estaba de caliente. Violeta no pudo más y colocó las manos sobre el botón del pantalón del hombre cuando oyó un ruido, suspiró como si le hubieran echado un cubo de agua helada y se apartó disimulando, apenas sin poder controlar su respiración agitada cuando un vecino pasó cerca.

Miró a Ezequiel que mantenía el mismo gesto que ella de frustración. Cuando el vecino se alejó del lugar, Ezequiel se acercó a Violeta.

–Este no es buen sitio ni momento – le dijo tras darle un suave beso cerca de los labios – Después de la elección de ninfa, si quieres quedamos para tomar algo.

–Sí – respondió Violeta embobada dispuesta a aceptar cuanto le pidiera.

Ezequiel le dio otro ligero beso y se marchó sin decir nada, dejando a Violeta de pie cerca de su casa. Tardó cinco minutos en reaccionar y poder entrar en su casa. Se sentía feliz, quizás lo que le dijo su hermana en las cartas resultaba ser verdad después de todo. Nunca se había sentido tan viva y satisfecha. Tenía una cita con Ezequiel Luna.

Sacó las llaves del bolso y abrió la puerta de su casa. Sus padres habían ido a cenar a casa de unos amigos, pero debía estar alguna de sus hermanas. Violeta tenía seis hermanas, de las cuales, la mayor era Carolina, ella era la tercera.

Al entrar en el salón, tres de sus hermanas, entre ellas Carolina, pararon una película que estaban viendo en el sofá y se giraron a mirarla.

– ¡Vaya! – dijo Carolina sorprendida –. Alicia es realmente buena en su trabajo. No pareces tú. Has debido estar escondida mucho tiempo tras kilos

de dejadez.

Las otras dos hermanas, las más pequeñas que eran gemelas, se rieron al oír a Carolina e hizo que dos más aparecieran por la puerta a mirar con curiosidad.

– ¿No tenéis otra cosa que hacer? – preguntó Violeta muy roja.

– ¿Más interesante que esto? Lo dudo – dijo Sonia, la cuarta hermana que llevaba un libro en la mano. Debía estar estudiando en su cuarto cuando escuchó a las hermanas reírse y salió a ver –. Estás muy guapa Violeta. Lo que no sé es cómo te has prestados a las locuras de Carolina.

–Era imposible negarse.

– ¡Oh, calla! – se quejó Carolina – Métete en tus asuntos Sonia, la nariz en tus libros. Violeta va a ser ninfa, no me cabe duda. Y tú se lo podrás contar a tus nietos si encuentras marido que te saque de los libros.

–Violeta está muy guapa – dijo una de las gemelas, las más pequeñas de las hermanas que tenían doce años.

– ¿Y esa sonrisa, Violeta? – indagó curiosa Carolina percatándose de que Violeta se había quedado mirando al vacío – ¿Qué te hace sonreír así?

– ¿A mí? Nada – dijo Violeta poniéndose muy roja, hacia mucho que no contaba cosas íntimas a sus hermanas, desde que estaba con Luis y decidió guardar secretos.

–No te creo. ¡Cuéntanos! – insistió Carolina

–Sí, cuenta – dijo Sonia acomodándose en uno de los sofás junto a la hermana que había acudido a cotillear y en frente de las gemelas.

Violeta sonrió, hacía mucho tiempo que no disfrutaba del apoyo de la familia, entre lo que le ocurrió con Luí, su aislamiento a causa de sus celos y más tarde que no quería contar lo que le pasaba. Después se fue a trabajar a Madrid y les contó la mentira de que estaba estudiando. Además, Carolina debía saberlo, dado que le gustaba Ezequiel. Tenía que contárselo.

–Ezequiel me ha besado – dijo sin más.

– ¿Ezequiel Luna, el fotógrafo? – preguntó incrédula Carolina.

–Te llevas a Violeta para ver a un fotógrafo de cerca porque está bueno y va ella y se lo liga – Sonia soltó una carcajada al oír decir eso a Carmen, la quinta hermana de diecisiete años.

– ¡Bah! ¡Callaros! – dijo Carolina – Yo solo quería verle de cerca y disfrutar de su magnífico trasero. Nunca esperé ni que nos mirara. Esto es mucho mejor, ha besado a Violeta. Tienes que contarnos todo. Ve sentándote yo voy a por helado y chucherías para todas. No contéis nada antes de que yo llegue, sino os mataré.

–Yo quiero regaliz – dijo una de las gemelas.

–Vosotras un poco de helado, como os enferméis mamá me mata – dijo Carolina que traía el helado.

– ¿Tú no te habías hecho vegana? –comentó Sonia – El helado que yo sepa no es vegetal.

–A lo mejor sí – dijo Carolina trayendo helado –. Esto debe tener de todo menos leche, sino atrévete a mirar los ingredientes.

Carolina colocó los platos con helados en la mesa, tomó uno y se sentó al lado de las gemelas. Las cinco iban vestidas con el pijama.

–Bueno, cuenta. No me imagino cuando te ha podido pasar todo eso entre que te eché las cartas, te dejé en la peluquería, y volviste – comentó Carolina que no le salían las cuentas.

–Nos vimos varias veces casualmente y de paso – explicó Violeta tomando un plato de helado y sentándose en un sillón –. Lo del beso acaba de pasar.

– ¿Ahora mismo? – preguntó Carmen – ¿Dónde?

–Casi en la puerta de la casa – explicó Violeta.

–Estás loca – dijo Sonia – Peor que Carolina. Te pilla papá dándote el lote con uno en la puerta y mañana estás en la iglesia con el fotógrafo y papá encañonándole.

–Yo no pretendía nada de eso, solo surgió. No pude decir que no.

–Él tampoco te iba a poder decir que no cuando papá le encañonará al pie

de un altar – bromeó Sonia mientras todas se reían.

– ¿Y en qué habéis quedado? ¿Tenemos nuevo cuñado? – preguntó Carolina que tenía las piernas recogidas sobre el sofá.

–Acabamos de conocernos. Hemos quedado para tomar algo después de la elección de ninfa.

–Habrá boda porque aparecía en mis cartas – Carolina estaba muy orgullosa de sus triunfos paranormales, había pasado varios días leyendo libros sobre tarot

–Solo fue un beso – protestó Violeta consciente de que de habérselo pedido Ezequiel habría ido a una iglesia en ese mismo instante.

–Ahora si no te elige ninfa te vas a cabrear mucho – comentó Carmen conociendo a su hermana.

–Y si la elige también porque dirá que tuvo favoritismo – aclaró Sonia –. La única forma de que no se enfade es dejando su puesto de elector de ninfa.

Violeta les arrojó un cojín riéndose.

–No tenéis remedio. Me voy a dormir que estoy muy cansada.

–El fotógrafo le agotó – siguieron las hermanas con la broma.

Violeta sonreía mientras subía la escalera. Sus hermanas habían crecido mucho y echaba de menos sus bromas y el apoyo de su familia, pero no podía contarles lo de Luis o los mataría del disgusto, debía alejarse de ellos para protegerlos.

Capítulo 9.

Trabajar en cazar brujos y mantener una fachada era un trabajo de veinticuatro horas al día, con suerte. Había guardado la cámara y aún se relamía los labios disfrutando del suave sabor a fresa que le había dejado los labios de Violeta. Vio como Violeta se alejaba dirigiéndose hacia su casa. Tuvo que respirar profundamente para recuperar su estado normal. Era un cazador con varios siglos de antigüedad, había torturado de manera

inimaginable a brujos, enviado a demonios al infierno, cuando oían su nombre, los del Aquelarre Oscuro, temblaban de pavor, y estaba ahí, jadeando como un adolescente por un beso.

Acababa de besarla y aún no se lo creía porque eso no entraba en sus planes. Le había besado y le gustó mucho y ahora, ¿qué? Se dijo a sí mismo, además había acordado con ella que saldrían una vez acabado todo el festival de modelos. No sabía en qué había estado pensando para hacer el idiota de esa forma, ¿Ahora qué le decía? ¿Qué iban a anular la cita? Eso era mejor a que la mataran por su culpa, tenía una responsabilidad. Lo que sí pensaba hacer era ir a ver quién era ese Esteban que quería muerta a Violeta. Estaba muy cansado, pero tenía que ir a ese bar del que le hablaron, a partir de mañana su tiempo libre iba a quedar muy reducido, tendría que concentrarse en el Aquelarre Oscuro.

Preferiría pasar el día ocioso dedicándose a otras labores, quizás regando con besos la piel de Violeta, pero el mal nunca descansa, en consecuencia, él tampoco.

Reprimió las ganas de irse a descansar y recuperarse del encuentro con el demonio y se dirigió a la plaza del pueblo. La plaza era circular llena de establecimientos como algún restaurante, tiendas varias, incluso una tienda de esoterismo que iban a inaugurar en breve. Se dirigió al fondo de la calle hasta llegar a un establecimiento que se llamaba “Red Alert” y entró. El pub estaba lleno de gente que no conocía, posiblemente muchos de esos jóvenes eran de pueblos cercanos, dado que no había muchos lugares a los que ir. La música, al igual que en todos los lugares como este, estaba demasiado alta para que se pudiera entender dos personas una en frente de la otra. Se dirigió a la barra tras adaptarse a la baja intensidad de la luz del establecimiento y observó al camarero.

–Un whisky – le pidió Ezequiel al camarero.

El hombre, un joven delgado vestido a la moda servía copas junto a una chica muy guapa y con poca ropa. La había visto anteriormente, era una de las que se había presentado a ninfa, pero no era de este pueblo sino de uno cercano.

Tomó el vaso de whisky que le ponía el hombre cuando la camarera se

acercó con una amplia sonrisa.

– ¡Ezequiel Luna! – dijo la joven dedicándole una generosa sonrisa – ¿Se acuerda de mí?

Por un instante Ezequiel pensó que la circunstancia era un incordio, pero en breve cambió de opinión; tener una aspirante a ninfa en el establecimiento podía ser una ventaja para sacar información.

– Levemente, he fotografiado muchas chicas – explicó Ezequiel para justificar que no recordaba su nombre.

–Soy Ángeles – dijo acercándose para darle dos besos.

Ezequiel le sonrió y se fijó que llevaba un tatuaje de un ángel negro en el brazo para hacer honor a su nombre.

–Encantado, ¿qué tal vas con lo de la prueba? – preguntó sacando un tema en común mientras trataba de sondear levemente con sus poderes de cazador y le hacía susceptible a responder lo que le preguntara creando un ambiente de confianza.

–No sé, me presenté sin expectativas, hay mucha chica guapa, pero será una experiencia para mí aunque no me elijan.

–Esa es la actitud, pasarlo bien – comentó Ezequiel que no había tocado el whisky, quería tener la mente clara, aunque con todos los sucesos del día, en ese instante tomaría no un vaso sino una botella de la dorada bebida –. ¿Trabajas aquí? Creía que no eras de este pueblo.

–No soy de este pueblo, pero vengo los fines de semana a trabajar en este pub.

–Me dijeron que el dueño era un tal Esteban – comentó Ezequiel centrando uno de sus poderes de cazador sobre la chica de manera gradual.

–Sí, Esteban, pero no está por aquí ahora – comentó la chica que de pronto y sin saber por qué se veía muy dispuesta a contar y explicar muchos datos –. Cuando viene suele dirigirse hacia su despacho que está pasando los servicios. A veces viene con clientes, ni idea de que se traen entre manos, quizás tenga que ver con venta de coca.

La chica se quedó callada sin saber cómo había podido contar eso. Se

puso roja como un tomate y su inquietud y miedo era palpable.

–Coca – se rió Ángeles quitando hierro al asunto –. Me refiero a los distribuidores de Coca-Cola y bebidas, es que con tanto niñato que se droga ya no sé en que ando pensando.

–Sí, sí, no te preocupes, te he entendido, es fácil equivocarse en este ambiente – dijo Ezequiel transmitiéndole una emoción de seguridad propiciando que la chica creyera que él pensaba que era un malentendido y no le diera importancia.

–Dijiste que ahora no estaba Esteban, ¿verdad? – preguntó sin esperar la confirmación del dato – ¿Sabes si va a tardar mucho en volver?

–No creo que vuelva en toda la noche.

–Bueno, si no te importa voy al servicio, ¿dijiste que era por allí? – dijo señalando hacia el fondo.

–Sí, allí mismo – dijo la chica que le sonrió agradablemente esperando que Ezequiel se llevara una buena impresión de ella de cara a la elección de ninfa.

Ezequiel se dirigió hacia el fondo del establecimiento. Se concentró en que nadie le prestara atención, si alguno de los que estaban allí se fijara en él no sabría decir qué rasgos tenía, o si era alto o delgado. Los servicios tenían una cola de tres personas esperando, pero cada uno de ellos miraba a un sitio distinto cuando Ezequiel pasó y llegó a la puerta más apartada de los servicios, que no era visible porque había que doblar el pasillo. Había un cartel que decía privado. Ezequiel se fijó en la cerradura, era de calidad, nada que él no pudiera abrir. Sacó algunas herramientas de la mochila y en breve la puerta se abrió. Ezequiel entró y la cerró, encendió la luz y tras esperar unos segundos para acostumbrarse a la nueva luminosidad observó la habitación detenidamente.

Había una mesa de despacho con cajones, husmeó un poco en ella, todo lo que encontró eran papeles legales sobre el bar, facturas de pagos, nada que hiciera pensar que había algo anormal. Era lógico, debía tenerlo oculto. Observó por todo el despacho y miró por los cuadros para descartar lo más obvio. Luego comenzó a trastear si había un doble fondo en algún lado, era

posible que no dejara aquí nada comprometedor. Estaba a punto de rendirse y concluir que no había nada de interés cuando se fijó en un mini bar. En su trabajo los detalles eran importantes, así que se acercó al mini bar para ver si había algo detrás, luego lo abrió y encontró la caja fuerte.

Tan solo necesitaba adaptarse a la poca luz del lugar y fijarse intensamente en los dígitos, sus sentidos agudos le permitían ver que había cuatro dígitos que eran los que más habían sido tocados y era más probable que el más gastado fuera el primero, dado que cuando uno aprieta botones le da con más ímpetu al principio y va disminuyendo. Un par de intentos y la caja fuerte se abrió, la gente siempre era predecible.

Ezequiel estudió el contenido. Varios fajos de billetes, posiblemente dinero que no se contemplaba en la contabilidad del cuaderno que vio en la mesa. Muchos documentos. Comenzó a mirarlos todos, algunos relacionaban a ese tal Esteban con Betila, por supuesto no fueron contratados como asesinos sino como servicio de limpieza, posiblemente esa empresa era legal y verdadera, Esteban debía tener una empresa de limpieza con mujeres contratadas para ello. Pero algunos pagos no justificaban el servicio que se suponía que le prestaban. A Ezequiel todo ello le daba igual, no trabajaba para hacienda, no obstante, fotografió algunos documentos, nunca se sabe para qué pueden ser útiles.

Siguió mirando papeles y se encontró con un préstamo que le había hecho a Violeta por el valor de setenta mil euros. Ezequiel frunció el ceño, el documento no explicaba el motivo del préstamo ni ningún otro detalle. Ni siquiera estaba seguro de que fuera legal.

Mantuvo unos segundos el papel en la mano y al poco lo metió en el bolsillo. Era un riesgo llevarse el papel del préstamo de Violeta, si se dieran cuenta sabría que alguien había estado allí, pero con todos los papeles que había dudaba que vinieran a comprobarlo.

Recolocó todo como estaba antes de entrar y decidió marcharse. No disponía de mucho tiempo para dedicarle a ese problema, debía encargarse de los asuntos de los cazadores.

Se dirigió hacia la puerta cuando escuchó pasos y una llave. No le daba tiempo a salir sin que le vieran y su poder de cazador no podía usarlo delante

de las narices de la gente, podía hacerlo cuando estaban distraídos, cuando había mucha gente, o algún objeto que le cubriera. En esos casos, las personas que había a su alrededor y de las que quería pasar inadvertidos no prestaban atención, y de hacerlo se olvidaban y se justificaban pensando “había mucha gente, no me fijé, “estaba distraído” o “jamás me di cuenta de que hubiera alguien tras ese mueble” Pero no podías pasar por delante de una persona en un pasillo pequeño y desvanecerte cuando te mira fijamente.

Ezequiel observó qué había en la habitación que pudiera servirle para ocultarse y vio un sillón oscuro. Se sentó en el suelo para ajustarse al tamaño del sillón. No importaba cómo de bien estaba escondido, nadie se le iba a ocurrir acercarse a mirar, iban a dar por hecho que todo estaba normal.

Se relajó, deseo que no tardara mucho quien entrara en este despacho porque quería irse a descansar. Se acomodó como pudo y escuchó cómo abrían la puerta con una llave. Alguien entró y se sentó en la silla de la mesa. Se pasó un rato moviendo papeles y al poco hizo una llamada.

– ¿Luis? – dijo un hombre con una voz grave que suponía que sería Esteban. Esperó a que contestara con lo cual se creó un silencio

– Sí ya sé que no debía llamarte, pero Mario y Lucas han aparecido muertos – dijo en un tono preocupado y quizás nervioso.

–No te alteres –dijo Esteban tras escuchar lo que le decía Luis –. Ha sido el bicho que invocaron, les dije que arreglaran el asunto, que se deshicieran de la basura antes de las seis. Pero no te preocupes, eran dos desgraciados que nadie va a echar de menos y ya mandé a otros que se encargaran del problema.

–No. ¿Cómo voy a decirles a los nuevos que ocuparán ese trabajo que a los anteriores se los ha comido un demonio? Les dije que había lobos hambrientos en la zona, que llevaran armas y estuvieran pendientes. De todas formas, Mario y Lucas sabían demasiado, el demonio nos ahorró quitarlos de en medio.

– ¿La chica? ¿Violeta? – preguntó tras otra pausa – Yo mismo le amenacé con matarla si no nos pagaba. No entiendo por qué no hemos resuelto eso antes. El plan era bueno, elegimos una joven con familia adinerada, te casabas con ella, luego resultó tener seis hermanas y decías que quizás no

compensaba, le contaste el cuento de que me debías dinero para sacarle algo por las molestias que hemos tenido y el tiempo que nos ha hecho perder siendo una don nadie. Al menos la elegiste idiota, es el único requisito que cumpliste. Que se tragara que me debías mucho dinero y que la única forma de que no te matara fuera pagando ella...El problema es que yo aún no he visto más que el dinero que nos paga ella misma mes tras mes trabajando. Dijiste que su familia, al menos, disponía de dinero suficiente para darnos setenta mil.

–Ya claro – dijo tras otro silencio un poco largo –.Pero yo no soy un puto banco, y o bien paga o será alimento para las “mascotas” de nuestros nuevos socios. Si vuelve a hablar contigo convéncela de que lo mejor para ella es pedirles el dinero a sus padres y se deje de problemas.

Ezequiel controló el deseo de matarle en ese mismo instante. Así que eso es lo que le habían hecho a Violeta. Le habían engañado, intimidado, amargado... Bueno, él estaba para dismantelar toda esa red, pediría a Jacques un par de ayudantes que tuvieran vigilados a estos tipos y se juró a si mismo que pagarían por lo que habían hecho, les sometería a su extremaunción.

El hombre no tardó mucho en irse, de hecho, nada más acabar la llamada, Ezequiel esperó un instante, cuando se aseguró de que ya estaba vacía la sala, se movió hasta la puerta y agudizó los oídos para constatar que fuera no había nadie y salió. No quería que se fijaran en él, así que mantuvo su poder para pasar desapercibido activo. Pasó cerca de la barra y Ángeles se mantuvo ocupada fregando algunos vasos mientras se acercaba. Echó un último vistazo al lugar y entonces vio que un hombre le miraba fijamente a pesar de que mantenía su poder activo y nadie debería percatarse de que estaba allí. Era posible que estuviera mirando en su dirección por casualidad pero sin fijarse en que estaba. Sí, eso era lo más posible, se dijo a sí mismo hasta que el hombre le dedicó una sonrisa y con un gesto le indicó que se acercara.

Ezequiel se tensó, no era normal que lo detectaran de esa forma, ni siquiera los brujos oscuros eran capaces. Sus sentidos no le mostraron ningún tipo de peligro, pero se encontraba en medio de un pub, entre tantos testigos era difícil que ocurriese nada pernicioso. Ezequiel sentía mucha curiosidad y decidió acercarse.

Capítulo 10.

El hombre que le invitaba a acercarse rondaría los cuarenta años. Iba elegantemente vestido, al contrario que la gente que frecuentaba este pub. Una camisa blanca con algunos encajes discretos y un chaleco gris, le daban un toque antiguo. El cabello oscuro lo llevaba recortado y mantenía en todo momento un tono de distinción que lo separaba del ambiente del establecimiento como si se tratara de una nebulosa lejana.

Ezequiel se acercó manteniéndose calmado pero atento a cualquier peligro.

–Supongo que me hablaba a mí – dijo sin esperar respuesta.

–Le invito a una copa – dijo el hombre sin más –. Supongo que deseará tomarse el whisky que aún no ha probado.

Ezequiel asintió con la cabeza mientras el hombre pedía al camarero un whisky y tomaba asiento. Se sentía como un cazador cazado, había confiado tanto en sus capacidades que no había concebido la posibilidad de que se fijaran en él, o que él pasara desapercibido un detalle como un hombre vestido de esa forma en medio de un pub de jóvenes con vaqueros. Demasiados años haciendo lo mismo le habían convertido en confiado, debía solucionar eso en el futuro.

El camarero les llevó las bebidas y se alejó discretamente dejándolos solos.

–Mi nombre es Gerardo – dijo extendiendo la mano para estrecharla.

–Yo soy Ezequiel Luna – respondió a modo de saludo –. Un placer.

–Sí, sé quién es usted, pero no me lo imaginaba en un lugar como este.

Ezequiel se estremeció, cuando el hombre apuntó a que sabía quién era lo remarcó de tal forma que parecía que supiera más de lo que su pantalla de fotógrafo mostraba. Le estudió detenidamente. Sus maneras eran impecables, carecía de tic y posturas que mostraran atisbos de emociones o que trasluciera cualquier nerviosismo que indicara si mentía. Su rostro era acorde con su

cuerpo, sereno, sus ojos especialmente brillantes mostraban una aguda inteligencia. La conversación prometía, nunca se había encontrado con un oponente digno que estuviera a la altura de un experimentado inquisidor con poderes de cazador.

Ezequiel tomó asiento mostrando una postura relajada y vigilando sus emociones, no estaba dispuesto a transferir ningún dato a su supuesto oponente.

–Usted tampoco parece un elemento que encaje en este lugar – respondió esquivando dar explicaciones de sus intereses sobre el sitio. Le devolvió la pelota esperando que él diera el primer paso, dado que había sido el que le había invitado a acercarse.

–Correcto – respondió el hombre cordialmente –. No estaría en este lugar de no ser por Carlos, el camarero. Quiere ser mi aprendiz y vine a hablar con él.

Ezequiel se fijó en que la intensidad de la música había descendido justo cuando empezaron a hablar, de tal forma que no tenían que dar gritos para entenderse.

– ¿De qué profesión pretende aprender?

–De alquimia – dijo escuetamente como si fuera una profesión normal.

Ezequiel quedó un poco impactado, pero evitó mostrar cualquier mínimo rasgo de extrañeza. La inquisición había matado a muchos alquimistas, a su parecer injustamente dado que eran hombres de ciencia y nada tenía que ver con la brujería. Había conocido algunos alquimistas que incluso fueron sus amigos, pero de eso hacía ya un par de siglos, al menos.

– ¿No es una profesión un poco pasada de moda? – dijo fijándose en los gestos del hombre tratando de atisbar cualquier dato que pudiera ofrecerle.

–Sí, no solo la profesión está pasada de moda, nosotros también parecemos “pasados de moda” y aún así este mundo necesita personas como nosotros.

– ¿A qué se refiere cuando dice “como nosotros”? – preguntó Ezequiel que no estaba acostumbrado a ser dirigido en una conversación sino al

contrario.

–Personas que no encajan en un lugar con este – dijo Gerardo esquivando hábilmente responder de forma directa a qué era lo que quería decir exactamente –. Aunque quizás lo que esté fuera de lugar sea este sitio en un pueblo como este.

–Si han abierto este negocio es porque es rentable supongo.

–Usted es muy observador, supongo que se ha dado cuenta de que hay poca gente del pueblo en este pub, incluso los que trabajan aquí son de fuera.

–Sí, me di cuenta, pero aún no tenía una respuesta. Supuse que era una tapadera de algo – dijo tratando de no mostrar que conocía que mantengan tratos en ese local con el Aquelarre oscuro.

–Todos los lugares, todas las personas, son una tapadera, la verdad está tan escondidas en kilos de mentiras e ilusiones que habría que ser un mago cabalista para poder ver. En este caso, no todos estábamos de acuerdo en permitir que se abriera este lugar. Ya verá que somos muy peculiares y celosos de nuestros secretos y no nos suelen gustar los extraños. Pero algunos tenían sus planes, y cuando esto ocurre acudimos al club de costura, nadie se opone a los consejos de las “damas” del pueblo, pero en este caso no dieron ninguna respuesta, ni positiva ni negativa y para evitar un enfrentamiento que nos perjudicaba a todos permitimos que se abrieran estos negocios y que viniera gente de fuera.

Ezequiel analizó cuidadosamente cada detalle y palabra. Le estaba ofreciendo mucha información que no le daría a nadie tras confesar que eran muy celosos de sus secretos. Tenía que fintar de alguna forma para sonsacarle el motivo de que le diera toda esa información. Lo que ya era evidente es que este pueblo no era normal y le inquietaba no saber la relación que guardaba con el Aquelarre Oscuro. Gerardo podía estar tendiéndole una trampa dándole la información que sería para él como una zanahoria. Descubrir qué había tras todos esos kilos de mentiras y tapaderas de las que hablaba Gerardo comenzaba a ser un reto. Hacía mucho tiempo que no encontraba una situación que no le resultara transparente y repetitiva. Además, los gestos del hombre eran tan neutrales que le era casi imposible discernir si lo que decía era verdad o mentira. No podía fiarse de sus capacidades de cazador en

este caso, tan solo de su instinto y de la lógica.

– ¿Y a los que estaban a favor no le importa qué tipo de negocios “secundarios” puedan tener?

–Ellos tienen sus propias ideas, y sus propios planes, a veces es difícil saber lo que pretenden.

– ¿Lleva mucho tiempo viviendo en este pueblo? – preguntó Ezequiel con ánimo de saber algo más de Gerardo.

–Bastante, pero posiblemente quien más sabe de este pueblo es el padre Jorge.

–Sí, ustedes parecen un pueblo celoso de sus secretos, por eso me llama la atención que hayan permitido que gente de fuera hagan un anuncio como el de “Ninfa” – comentó queriendo sonsacar cualquier tipo de pacto que tuvieran con el Aquelarre Oscuro –. No se les ve necesitados de dinero, ni de fama y tan solo se ha presentado una chica del pueblo para la elección de ninfa.

–Nos hicieron la propuesta y nuestra votación fue rehusar que se rodara unánimemente. Entonces, sorprendentemente, el club de costura dijo que debíamos aceptar, el motivo que daban es que nuestra Violeta debía volver al pueblo y sería una ninfa perfecta.

– ¿Acordaron con Betila que elegirían ninfa a Violeta a cambio de rodar el anuncio?

–En absoluto. Tan solo que iría a la final, porque el club de costura dijo que Violeta vendría al pueblo, pero no daba tiempo a que realizara las otras pruebas. Realmente no había avisado de que vendría, hacía tiempo que no pisaba el pueblo, un año de hecho.

– ¿El club de costura adivinó que Violeta iba a venir al pueblo?

–Sí, más o menos – dijo Gerardo observando a Ezequiel detenidamente.

A Ezequiel comenzaba a no gustar el matiz que tomaba la situación. Demasiadas rarezas en un solo pueblo, no era la primera vez que se encontraba con una situación en la que una población entera, incluido el párroco, habían vuelto la cabeza hacia el Maligno. Tendría que ir cuando

tuviera tiempo a la iglesia a hablar con el padre Jorge y averiguar qué ocurría en ese pueblo.

–Ya sabe como son las mujeres, se les va un hijo y parecen que están conectado a él, saben hasta lo que cena todas las noches sin necesidad de verlo – Interrumpió Gerardo sus pensamientos.

Ezequiel recompuso la compostura. Debía haber dejado traslucir algún gesto por mínimo que fuera para que Gerardo quisiera tranquilizarle sobre las rarezas y quizás tuviera razón, y estuviera imaginando más de lo que debía, pero lo que sí era cierto es que era Gerardo quien estaba desconcertándole y haciéndole bajar la guardia y no al contrario.

–Sí, claro. Todas las madres son iguales – contestó Ezequiel aceptando la explicación –. Supongo que para la madre de Violeta no fue fácil dejarla marchar como no lo debió ser dejarla en manos de un hombre que la maltrataba como ese tal Luís, el instinto de madre debió estar reñido con el hecho de que hay que dejar a los hijos cometer sus propios errores.

– ¿Por qué dice que la maltrataba? – preguntó Gerardo visiblemente molesto e indignado.

–Porque cuando llegó al pueblo se encontraron durante la tormenta refugiados bajo la iglesia, yo estaba allí cuando quiso pegarle y le detuve. No parecía que fuera la primera vez que le levantaba la mano, y créame que yo entiendo de intenciones.

Esta vez parecía ser Gerardo el descolocado, desconocía el dato que le estaba dando y por un instante su rostro fue interpretable. No le agradaba que maltrataran a una de las niñas del pueblo a la que había visto crecer y si era tan inteligente como parecía deduciría el motivo de que Violeta huyera del pueblo. Ezequiel dudó sobre enseñarle el papel que llevaba sobre el supuesto préstamo, pero decidió que era una carta que jugar en otro momento y que a quien debería enseñárselo era al mismo padre de la joven para acabar con la situación. Aunque a estas alturas Ezequiel estaba seguro de que Luís no viviría mucho, él mismo acabaría con la situación tarde o temprano. Violeta no tenía por qué pasar por la humillación de dar explicaciones a por qué se había dejado engañar y maltratar, después de todo, ella era la víctima y ya había sufrido bastante con ese asunto. Ezequiel siempre protegía a los

inocentes.

–Sí sus intuiciones son ciertas a nadie del pueblo le va a agradar lo que cuenta – dijo Gerardo rompiendo finalmente el silencio –. Nosotros protegemos a nuestros niños y a mi parecer, dejar que viniera gente de fuera fue un error. Bueno, ha sido un placer, tengo que marcharme.

El hombre se puso de pie y le estrechó la mano dirigiéndose a la salida tras despedirse del camarero.

Ezequiel trató de analizar los datos mientras se acababa el whisky, ya no tenía por qué tener la cabeza despejada, es más, iba a irse a dormir en cuanto acabara.

Capítulo 11.

Alba estaba nerviosa. Daba vueltas cerca de los focos, entre las chicas que habían llegado para las pruebas y la elección de ninfa. La cabeza le iba a estallar desde que las ancianas le habían hablado. Aparecían en sueños y generalmente solo a las personas que habían decidido sacrificar a la diosa y alimentarse después de ellas.

Al principio creyó que le habían designado para tener el honor de servir de sacrificio. El miedo que sintió al verlas en el sueño fue tan desproporcionado que una vez concluyó acudió a un centro de salud a que le tratarán el pánico. Pensó en arrastrarse, suplicar, implorar, era muy joven. No quería adentrarse en la oscuridad total donde las ancianas aguardaban, donde sería asesinada, bueno, la palabra era sacrificada, aunque decían que las ancianas te devoraban viva. Te sacaban los ojos para poder ver con ellos en la oscuridad total. Alba no suplicó a las ancianas, ni se derrumbó, sintió una fuerza inquebrantable que la mantenía firme, fue después de despertar cuando se entregó al pánico. Las ancianas estaban complacidas con su actitud y así se lo hicieron saber, si le hubieran encontrado un rastro de temor le habrían reclamado para que se entregara a la diosa en forma de sacrificio.

Vas a ser una de las nuestras, le comunicó una anciana como el que ofrece el mejor de los prestigios, y en cierta forma así era. Ellas no

respondían más que ante la Diosa, hasta la misma reina les temía, y si un día las ancianas llamaban a la reina a ser el próximo sacrificio, ella debía abandonar todo y adentrarse en la oscuridad. Alba no podía ser una de ellas, hacía siglos que no elegían más anciana y si hay algo que era más aterrador que ser devorada viva era vivir con ellas en la oscuridad, en el frío de la muerte, sin ver jamás la luz del día, necesitando los ojos de sus víctimas porque los suyos dejaron de servir, viviendo como bestias sin ropa, sin comodidades, durmiendo en el helado suelo y aún peor, sin poder morir.

Ellas supieron cuáles eran sus inquietudes en el momento en que fue informada del honor que le brindaban y se rieron como viejas sin corazón y burlonas. Le advirtieron que no se quitara la vida porque a ellas eso les daba igual, la traerían de vueltas a cumplir su destino. Alba se mantuvo firme, no se dejó intimidar y una vez que las ancianas se habían divertido bastante le confesaron que no le iban a pedir que se adentrara en la oscuridad, algún día Alba estaría preparada y acudiría sola, hasta entonces, que se convertiría en una auténtica anciana, debía servirles, ya no respondía ante la reina, sino ante las ancianas.

Tampoco mostró alivio ante esas palabras, se mantenía firme y estoica. Ellas le dieron el primer encargo. Le instruyeron para crear un tipo de poción que debía conseguir que una de las chicas bebiera, una pelirroja, Violeta. La curiosidad le invadió, pero Alba se mantuvo firme y no preguntó. Aún así, las ancianas le dieron una respuesta; Violeta es la bruja que busca la reina y si la encuentra la matará. Su mente racional le impide usar su magia y sin su magia, no podrá defenderse. ¿Por qué querrían las ancianas ir en contra de la Diosa Negra? Tampoco lo preguntó, pero las ancianas respondieron “Porque cumplimos la voluntad de la Diosa”

Alba estaba confusa, las ancianas le habían indicado quien era la bruja que la reina buscaba, pero sus labios estaban sellados, no podía decirlo. ¿A quién estaba traicionando? Solo podía cumplir con la tarea que le habían encomendado. Debía hacer que Violeta bebiera el brebaje.

El lugar estaba lleno de gente, no era el charco de las ranas, sino un lugar más apartado por el motivo de la luz, era el lugar donde habían sacado muchos planos para ver cómo las posibles ninfas encajaban. Alba miró a un lado y a otro. Era la primera vez que iba a tratar con una bruja que podría ser

blanca, o distinta. Siempre le habían dicho que las brujas blancas se unieron a la iglesia y a la inquisición para destruir el paganismo y la magia que no consideraban unida a rezos. Pretendían un mundo sin magia, eso le habían contado.

Luchar contra la intolerancia y la libertad era su obligación. No entendía cómo podían las ancianas desear lo contrario, darle una oportunidad a la bruja que podría ser blanca de crecer aumentando sus poderes que dirigirían contra ellos acusándoles falsamente de tener tratos con demonios. La magia oscura no tenía nada que ver con ese tipo de corrupción, era una magia renovadora, purificaba. Había oído, obviamente, los rumores de que algunos se habían dejado tentar por los demonios, incluso la reina y que era el motivo por el que las ancianas no la miraban bien. La muerte es necesaria, el fin de toda miseria. Un ciclo, eso se dijo como si de una voz le viniera a la cabeza en ese instante, casi como si las ancianas aún le respondieran. Y si era un ciclo, ¿cuál era la otra parte? Pensar en todo ello no le beneficiaba, debía realizar su misión. Buscó entre las posibles ninfas hasta encontrar a Violeta que estaba sentada hablando con otra. No pretendía interrumpirlas, así que se acercó aguardando el momento oportuno.

Violeta estaba muy nerviosa, no había dormido apenas por muchos motivos, la elección de ninfa tan solo era uno de ellos. Su aspecto era magnífico y sabría sonreír a la cámara, se repetía para apartar la mente del beso de Ezequiel. Le había buscado con la mirada nada más llegar. Deseaba verle. Estaba rodeado de chicas guapas que le hacían preguntas. No quiso acercarse, se quedó lejos y los celos la corroían. Tenía muchas dudas, ¿y si solo había jugado con ella y no había sido la única? ¿Por qué iba a fijarse en ella con todas las que había? Las ilusiones que había concebido se hicieron añicos al verlo ahí en medio de todas.

Se sentó alicaída en un sitio apartado, no quería saber más, tenía que anular la cita, no iba a permitir que se riera de ella. Violeta se sentó en una de las sillas de director que habían llevado apartada de las demás cuando vio acercarse a Laura, la novia de su ex. Intentó mirar hacia el suelo como si estuviera pensativa con la esperanza de que ni le saludara, pero sus expectativas eran vanas. Laura tomó otra silla de director y se sentó al lado de Violeta.

–Hola Violeta – saludó Laura con una sonrisa –. No hemos tenido tiempo de hablar desde que nos vimos el día que nos conocimos.

Laura estaba impresionante, con el cabello completamente alisado y recogido elegantemente. Vestía una falda corta y una camisa de seda rosa que debía costar una fortuna. Violeta no dudaba de que fuera a ser elegida ninfa. Laura no solo era guapa, tenía estilo.

–Sí – contestó Violeta pensando en cómo decirle que la dejara en paz sin ser grosera.

–Me alegro de que decidieras venir. No estaba segura de que lo hicieras.

Violeta no sabía si había un tono condescendiente en la mujer. No creía soportar ningún tipo de burla en ese momento. Laura no parecía tener intención de saludar e irse dado que tomó asiento a su lado.

–Bueno, no pierdo nada. Aunque no me elijan será una experiencia.

–Claro, no debes desanimarte. Ser modelo no es fácil, requiere unos estudios en academias, experiencia... Yo siempre quise ser modelo y creo que tengo vocación. Considero haber pasado a la final de la elección de ninfa una gran oportunidad.

– ¿Cómo que final? Yo solo he venido a esta prueba – dijo nerviosa Violeta pensando que podía estar perdiendo el tiempo dado que debía haberse presentado a las anteriores pruebas. Su hermana le había asegurado que estaba en la lista, pero Carolina era un desastre para todo.

–Sí, no debes preocuparte. Las chicas del pueblo van directas a la última prueba por permitir el ayuntamiento que se ruede en la zona, lo cual no quiere decir que os escojan, las anteriores pruebas fueron muy duras y echaron atrás a más de trescientas chicas, quedando solo veinte y de esas, tres serán ninfas

– ¿Tantas? – Violeta ya no le quedaba duda de que iba a hacer el ridículo, ella creía que tan solo se habían presentado las que estaban allí. Se sintió estúpida e ingenua, ¿cómo iban a presentarse solo veinte?

–No te agobies, lo harás muy bien, aunque no sepas nada sobre cómo moverte o cómo mirar a la cámara. Tú solo trata de ser natural – aconsejó Laura que se mantenía sentada con las piernas cruzadas y la espalda tan recta

que parecía estar posando.

–Te agradezco los consejos – dijo Violeta con intenciones de zanjar la conversación.

–Estoy un poco preocupada porque el encuentro entre Luis y Ezequiel Luna repercute en mi contra en la elección. Yo he trabajado muy duro para llegar aquí – dijo Laura preocupada –. Tú estabas allí, ¿viste a Luna muy molesto? ¿Qué opinas?

Violeta se estiró ligeramente disgustada en su silla. Ese era el motivo por el que Laura estaba sentada a su lado. Quería que la tranquilizara sobre ese asunto, parecía muy preocupada. Violeta no tenía muchas ganas de calmarla, de no ser por ese motivo no se habría acercado ni a decirle hola. Estaba cansada de ser utilizada.

–Opino que podrías tener razón y que estuviera influenciado, estaba muy enfadado.

– ¿Tú crees? – casi gritó Laura espantada – Tienes razón, no sé cómo puedo confiar en la suerte con todo lo que he trabajado y que ahora por no solucionarlo no me escojan... es echar por tierra mi carrera. Esta es mi gran oportunidad.

–Bueno, realmente no hay mucho, quizás no le haya dado ninguna importancia – Violeta estaba arrepentida de haberle dicho eso, no era su estilo ser mezquina ni cruel, tan solo tenía un mal día.

–Sí, pero no puedo dejar mi destino a la suerte o a Dios sabe qué. Iré a hablar con Ezequiel Luna para disculparme.

– ¿Qué? – preguntó Violeta casi a punto de caerse de la silla. Ya era bastante malo que estuviera rodeado de chicas guapas y más sofisticadas que ella. Posiblemente se habría olvidado de la cita, pero que Laura le hablara a solas para disculparse... Sabía qué tipo de disculpas iba a ofrecerle, era su sueño y estaba dispuesta a cualquier cosa – Yo no creo que eso sea necesario, va a parecer que quieres influenciarle y eso podría verlo mal.

–No te preocupes, yo soy muy sutil.

Violeta le dedicó una sonrisa forzada. Laura ya venía con esa idea en la

cabeza, tan solo necesitaba justificarse y para eso pretendía la aprobación de Violeta, para sentir que hacía lo adecuado y que era lo que debía hacer para conseguir su sueño. No le dio más respuestas, tan solo se encogió de hombros.

–Gracias por tus consejos. No eres para nada como te describió Luis.

– ¿Y cómo me ha descrito? – preguntó molesta al borde del enfado. Luís continuamente hablaba mal de ella, posiblemente para justificar lo cabrón que había sido y seguía siéndolo.

–No te molestes – dijo Laura quitando importancia al asunto –. Ya sabes cómo es Luis, a veces es un capullo.

– ¿Si sabes que es un capullo por qué sigues con él? – indagó curiosa porque hubiera problemas en el paraíso.

–Me da seguridad y me ha ayudado mucho. El creyó en mi sueño y me pagó cursos muy caros de modelo.

– ¿Y ya está? ¿Él no ha sacado nada de ello? – preguntó extrañada de que Luis hiciera algo altruista.

–Bueno, ha sacado algunos contactos. Conoció a gente de la marca Betila, por eso nos enteramos que había un casting.

– ¿Y conociendo a gente te preocupa si vas a ser ninfa? – Violeta suponía que Luís le había conseguido el puesto, las intenciones que pudiera tener... las desconocía.

–No. Yo soy buena, mejor que las demás, el puesto es por mi valor, Luís dijo que se encargaría de que nadie fuera elegida a dedo para quitarme el puesto. Pero temo que Luna hable mal de mí por aquel malentendido y no quiero que arruine mi carrera.

–Entiendo – contestó escéptica Violeta. Conocía bien a Luis y sabía que ese cuento de evitar que otra fuera colocada a dedo era mentira, que le había comprado el puesto con alguna de sus artimañas. Le daba un poco de pena Laura, se veía muy insegura y perdida. Quizás la había juzgado mal y era una buena chica víctima de Luis. Posiblemente tan solo quería disculparse con Ezequiel y tranquilizarse creyendo que sus cualidades es lo que le iban a

colocar como ninfa –. Espero que tengas buena suerte.

–Gracias por tu apoyo, también espero que seas elegida. Será divertido participar contigo en el anuncio.

Violeta le sonrió y la observó irse con la mirada, esperaba que todo le fuera bien. Luis solo buscaba gente de la que poder aprovecharse, medía a las personas según lo útil que le iban a ser. El motivo de que quisiera ser su novio es que sabía que su padre tenía tierras en el pueblo, pero cuando se enteró que había seis hermanas más con las que compartir la herencia se enfrió la relación. Recodaba aún el día en que le presentó a su familia. Se quedó mudo al ver a sus seis hermanas, aún así, sacó el tema de los negocios para saber qué posesiones tenía la familia. Su padre siempre era hermético acerca del dinero que tenía la familia o el valor de las posesiones, ni tan siquiera Violeta sabía muy bien de que dinero disponían, tan solo sabía que nunca les había faltado nada y que siempre que había sido necesario cambiar alguna cosa o reponer algo roto se había comprado sin pegas ni prestamos, y ahora parecía que habían subvencionado el negocio absurdo de su hermana porque al club de costura le había parecido una genial idea.

Cuando le pidió que le avalara le dijo que iban a matarle, que debía ayudarle porque la quería e iban a tener un futuro juntos. Violeta en ese momento le aterró que pudieran hacer daño a Luis, estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario. Ella negoció pagar a plazos y a los días Luis le preguntó que por qué no pagaba todo y se quitaban la deuda de encima. Violeta le respondió que ella no poseía ese dinero y que no podía pedirle a su familia. Eso lo interpretó como que no tenían nada y puso cara de decepción, a partir de ahí cambió de ser el hombre adorable, perfecto y detallista que la mimaba, a transformarse en alguien que se pasaba el día gritándole, y a veces, incluso le había propinado una bofetada. Violeta quedó destrozada por todo aquello, y con una carga en dinero que era imposible de soportar, pero si no lo hacía la matarían. Tuvo que abandonar el pueblo y buscar dos trabajos, para que nadie supiera lo que le había ocurrido.

En el fondo Laura era otra víctima, Luis solo deseaba usarla y Violeta no sabía qué podía hacer o decir para que huyera si aún estaba a tiempo. Tan solo se dedicó a observarla mientras iba a hablar con Ezequiel. Estaban los dos hablando animadamente mientras Violeta pensaba en todo eso. Cuando

parecía que se iban a despedir Laura se lo llevo a un lugar apartado. Violeta no entendía qué iba a contarle en privado, por qué necesitaba apartarse de la mirada de todos. La curiosidad le pudo, se levantó de la silla y se dirigió hacia donde habían ido. Esquivó a varias personas hasta colocarse en un lugar donde no fuera visible por ellos y donde ella pudiera ver qué pasaba y entonces...

Laura estaba besando a Ezequiel. Por unos instantes se quedó silenciosa, sobrecogida por el sentimiento devastador que le azotaba. La mujer acariciaba con la mano la cabeza del moreno hombre y sus labios parecían querer devorarlo. No fue capaz de seguir mirando, la mente se le nublaba y no entendía cómo alguien que apenas acababa de conocer le producía ese efecto tan intenso.

Capítulo 12.

Ezequiel miraba atentamente a la modelo principal Verónica Reyes a través de la cámara. La rubia modelo era muy hermosa, pero era sumamente engreída y superficial. Habían llegado un rato antes de que las chicas aspirantes a ninfa lo hicieran para hacerle fotos a la modelo, la cual, estaba encantada de que alguien como Ezequiel, famoso por sus fotos en zonas de guerra o donde había penurias, le fotografiara. Su humor, después del día de ayer, no era muy bueno para soportar los continuos coqueteos de la modelo que se creía la reina de todos. A pesar de su estado de humor, Ezequiel debía aprovechar cualquier situación para indagar. Cualquiera podía ser un brujo del Aquelarre Oscuro o alguno de sus secuaces, en su defecto, podía tener información útil dado que trataban con ellos día a día.

Se esforzó por ser amable y dejar que ella hablara, a veces hacía alguna pregunta que la recondujera hacia un tema que tuviera relación con la empresa de Betila. Ya le había hecho unas cuantas fotos y la modelo se acercó a sentarse junto a Ezequiel que preparaba la cámara.

– ¿Crees que saldré bien? – preguntó Verónica coquetamente.

–Posiblemente – respondió Ezequiel observando detenidamente a la

mujer –. He sacado muchas fotos y la luz era perfecta, deben salir muchas buenas.

– ¿Has decidido ya a quien vas a votar de ninfa?

–No, aún no – le informó Ezequiel pensando en Violeta y la cita que tenían pendiente –. ¿Y tú?

–A Laura Infante seguramente, creo que es la que tiene más clase.

Ezequiel percibió un poco de desagrado en la mujer, parecía que la veía una posible rival, y dudaba de que una mujer como Verónica eligiera de ninfa a alguien que pudiera hacerle sombra. Había algo extraño en esa elección, y precisamente la novia de Luís, el exnovio de Violeta, el socio de Esteban que hacía trabajos para la gente del Aquelarre Oscuro.

–Aunque sé que la mayoría van a votar a Violeta, la pelirroja – continuó la mujer.

– ¿Y eso por qué? – preguntó Ezequiel observando fijamente a Verónica.

–Porque quieren una ninfa del pueblo, va a salir elegida, de hecho, yo la pondré como mi segunda opción.

– ¿Y por qué no la primera? – preguntó Ezequiel tratando de sonsacar el motivo de que eligiera a una modelo que creía que podría hacerle sombra.

–Es indistinto, voto a las dos realmente, el orden da igual – respondió la mujer mostrando claramente que ocultaba motivos.

–No sé, a mí nadie me ha dicho a quién votar. No creo que esté elegido de antemano, sino sería absurdo montar todo esto – expresó Ezequiel a modo de anzuelo a ver qué cazaba.

–Ni yo – respondió Verónica tan vehementemente que hasta un idiota se daría cuenta de que mentía.

Ezequiel trató de usar sutilmente uno de los poderes de cazador sobre ella, debía ser cuidadoso porque aunque el Aquelarre Oscuro mostraba no disponer de recursos contra sus capacidades, siempre se podía encontrar una sorpresa como la de anoche. El trabajo se le iba complicando y eso provocaba que durmiera poco. Anoche cuando se echó a dormir, con todos los huesos como si le hubiera atropellado un tren de alta velocidad, trataba de encajar

piezas del rompecabezas, incluso se tuvo que levantar dos veces para tomar un papel y escribir la relación de cada elemento mediante flechas y faltaban tantas piezas que empezaba a sospechar que se enfrentaba a varios misterios y no a uno solo. Generalmente, a esta altura de la investigación ya habría encontrado a la bruja, y averiguado cómo y cuál era la infraestructura, cómo desmantelarla, entonces Jacques se encargaba del resto. En este caso, cada vez que investigaba se encontraba más incógnitas, incluso un alquimista. Era muy posible que el alquimista no tuviera nada que ver con el Aquelarre Oscuro, pero realizaba actividades que podía desconcertarle o contaminar su investigación. El pueblo era muy raro, cada vez que trataba de justificarlo como normal lo sobrenatural resaltaba. La tormenta de granizos, que a nadie le extrañaba, el Club de la Quiniela, las mujeres de la costura, que era posible que tuvieran dotes precognitivas. Luego estaba Luís, el exnovio de Violeta, ese era el que mejor encajaba. Un idiota ávido de dinero y poder sin escrúpulos que se prestaba a hacer el trabajo sucio del Aquelarre Oscuro.

Ezequiel dejó de divagar y se concentró en la mujer para transmitirle una sensación de confianza suficiente como para que deseara contarle mucha información.

– ¿De veras? – preguntó Ezequiel invitándola a dar más detalles.

– Bueno – dijo la mujer sonriéndole –, quizás tengo un amigo que me pidió que ayudara a su novia. Pero solo porque ella merece ser ninfa, es buena.

– Déjame adivinar, esa novia es Laura. ¿De qué conoces a Luís?

– Pues de lo típico, fiestas, diversión...

– No parece el hombre del que una mujer tan hermosa como tú se enamoraría – dijo Ezequiel alimentando el ego de la mujer y al mismo tiempo el orgullo para que tratara de negarlo y le diera un motivo.

– ¿Bromeas? – se quejó la modelo – ¡Ni de broma! Pero ya sabes, es el típico que siempre tiene lo que necesitas.

Ezequiel sabía qué significaba eso de “el que siempre tiene lo que necesitas”, lo que necesitas suelen ser cosas ilegales, como drogas. Parecía que Verónica le debía favores a Luís y este se los cobraba.

–Entiendo, y tú le presentaste gente importante, supongo, del mundo de la moda.

–La marca Betila tiene muchos negocios, no solo en el mundo de la belleza. Ellos tienen una gama de cosmética, ropa, joyas...

– ¿Sabes por qué rodamos en este pueblo? – interrogó Ezequiel tratando de aprovechar cada pizca de información que le diera – ¿Qué tiene de especial?

–No estoy segura – dudó Verónica mintiendo, algo sí sabía, pero para sacarle esa información debía debilitar sus defensas y eso en esta situación era imposible –. A Mary Betila no le caía nada bien Luís, ni siquiera lo miró cuando se lo presenté, para ella era invisible, un don nadie. Esa noche en la reunión, Luis presumió de vivir en un pueblo donde ocurrían cosas extrañas, donde había vivido una bruja, de hecho, el nombre del pueblo era Bruja Blanca. Betila cuando escuchó el nombre del pueblo interrogó detalladamente a Luís en un lugar apartado de todos, incluso coqueteó con él sutilmente. Mary Betila dijo que el lugar le había inspirado e iban a crear una fragancia “mágica”, incluso sugirió un eslogan “Dentro de cada mujer existe una hechicera, percibe la fragancia de la magia”. No sé qué le pudo parecer al equipo de marketing, pero dudo que contraríen a Mary.

–Una historia conmovedora – comentó Ezequiel cuyas atenciones de Verónica hacia él se hacían más continuadas potenciadas por el efecto que le provocaba su poder de Cazador.

Iba a hacerle una nueva pregunta cuando una de las maquilladoras se acercó a Verónica justo cuando esta se había colocado coquetamente junto a Ezequiel con intenciones de mostrarse seductora.

–Verónica, hay que retocarte el maquillaje – le dijo la maquilladora.

–Lo siento – se disculpó Verónica –. Podemos salir esta noche a cenar y te puedo seguir contando.

–Depende del tiempo de que disponga – se disculpó Ezequiel sin negar la cita, no sabía si iba a ser necesario sonsacar más información –. Ya sabes que acabaremos tarde y que tengo que recoger todo el equipo. Yo te aviso si podemos.

–De acuerdo – claudicó la modelo un poco frustrada.

Ezequiel observó aliviado cómo se alejaba la modelo. Le esperaba un día duro de trabajo y le dolía todos los huesos desde ayer. Las chicas se acercaban continuamente a hacerle preguntas y debía aprovechar para obtener la mayor cantidad de información posible. Les sonreía, era amable, la gente no era proclive a dar información a personas que no consideraban “simpáticas”. No obstante, no había sacado más información interesante que la que le había dado Verónica.

Había observado un par de veces a Violeta, de hecho, debía hacer esfuerzos por no mirarla todo el tiempo. La cita había sido una locura, pero comenzaba a no poder resistirse a esos impulsos. Aún recordaba el cabello rojo sedoso entre sus dedos, y los labios carnosos. Sino aparcaba pronto todas esas emociones le iba a ser difícil desentrañar la madeja que a cada paso se liaba más.

Violeta hacía poco que había llegado, a Ezequiel no le agradaba que la novia de Luís estuviera hablando con ella. Tenía mucho trabajo pendiente respecto a solucionar su “deuda”, pero aún no había decidido el método. Lo que sí opinaba es que no debía estar hablando con la novia de ese Luís. Según lo que le había contado Verónica había sido el causante de atraer al Circulo Oscuro hasta el pueblo y probablemente no hubiera ninguna bruja que buscar, tan solo sospechas, si el pueblo era tan raro podría vivir allí alguna posible bruja.

Mientras las chicas se acercaban a hablar o hacia fotos mantenía cada cierto tiempo un ojo pegado en Violeta, por eso se extrañó mucho cuando Laura, la novia de Luís, dejaba a Violeta y se acercaba hacia él. En circunstancias normales habría ignorado a alguien como ella, pero estaba trabajando, no sabía qué quería decirle y nunca se sabe cuando alguien pueda ofrecer una buena información.

Laura se acercó y le sonrió exageradamente.

– ¿Podemos hablar un instante? – le abordó Laura.

–Claro. ¿Qué quieres?

–En privado por favor, es algo que no deseo que sea de dominio público.

Ezequiel estudió a la mujer detenidamente, por un instante tuvo dudas. No imaginaba qué podría querer confesarle en privado. Asintió casi automáticamente, no podía desperdiciar cartas con los pocos datos que aún tenía. Dejó su cámara en la mochila y siguió a la mujer hacia un lugar tranquilo donde no había nadie.

–No he tenido la oportunidad de disculparme por lo ocurrido el otro día con Luís – dijo Laura sin más preámbulos.

–No importa, no fue culpa tuya.

–Ya, pero quizás me juzgues mal por el mero hecho de estar con Luís y por lo que él hizo... Nuestra relación no es sólida.

–Lo lamento – dijo Ezequiel esperando que la mujer contara algo más de interés.

–Quiero decir, que entiendo por lo que ha tenido que pasar Violeta. Luís tiene un carácter difícil – dijo la mujer más cerca de Ezequiel de lo que él desearía –. A veces me hace sentir mal.

Ezequiel intuyó que la mujer pretendía coquetear con él, pero estaba seguro de que podría manejar la situación. Laura debía saber mucho acerca de Luís, sus actividades y quizás del Aquelarre Oscuro, tenía que aprovechar para tratar de conseguir información útil. Así que aumentó la confianza de la mujer para que ésta le contara algo que no diría usualmente.

–Sí, supongo que lo has tenido que pasar mal con Luís – contestó Ezequiel en un tono compasivo.

–Ni te lo imaginas – dijo la mujer interrumpiendo a Ezequiel que pensaba hacerle una pregunta concreta para centrarla en los datos que deseaba saber –. Muchas veces me ha hecho sentir muy mal, hasta el punto de dudar. El otro día me sentí muy abochornada, me sentí como si fuera Violeta porque sabía que teníamos mucho en común.

Ezequiel comenzó a sentirse incómodo cuando vio a la mujer llorar. Ella se había acercado mientras hablaba y se abrazó a él. Ezequiel sabía que no estaba fingiendo, al menos a primera vista. Debía ser una mentirosa profesional para engañarle, lo cual no era imposible, pero si muy improbable, a menos que fuera una bruja.

–Lo que no deseo es que destruya todo lo que me importa.

– ¿Y por qué sigues con él? – preguntó Ezequiel esperando que se encontrara mejor dado que no le parecía apropiado hacer preguntas en este momento que no tuvieran que ver con su estado de ánimo. Ezequiel sabía que se sentía vulnerable y era fácil que se sincerara, pero había que aprovechar el momento oportuno.

–Porque tengo miedo – explicó la mujer bañada en lágrimas.

Ezequiel comenzaba a sentir compasión por la mujer. Parecía genuinamente vulnerable. Ella se abrazó más fuerte, sentía su arrítmica respiración cerca y entonces se acercó más y le besó.

Capítulo 13.

Violeta se giró y se dirigió al asiento que había dejado abandonado. Sentía deseos de huir, de correr y no mirar atrás. Se prometió no dejarse engatusar jamás y había caído de nuevo en las mentiras de un hombre. Por supuesto, Ezequiel no le había mentado dado que no comentó nada sobre qué tipo de relación tenían de tener una, tan solo le había besado como besó a Laura y a saber a cuántas más. La película se la había montado ella solita. Por un instante creyó que había sido especial para él, y había creído las locuras de su hermana Carolina y sus cartas absurdas.

Se sentía ridícula con ganas llorar amargamente, pero debía quedarse en ese absurdo porque necesitaba el dinero, y aunque no la iban a elegir, ya sabía que Ezequiel se reía de ella y pensaba que era presa fácil, dudaba que nadie le votara.

Se le escapó una lágrima y con un dedo se la secó con deseos de derramar más, entonces se dio cuenta de que podía estar echando a perder el maquillaje. Solo le faltaba posar delante de Ezequiel con la cara negruzca por el lápiz de ojo. Ese pensamiento casi le hizo perder la compostura y salir corriendo sin importar si Esteban le mataba o no.

–Espera, no te muevas – dijo la voz suave de una mujer que se acababa de

acercar –. Yo lo arreglo, me llamo Alba.

La mujer llevaba un maletín de maquillaje y sacó una esponjita y un pincel y se puso a arreglarle.

–Tienes unos ojos muy bonitos, deberías sacarle provecho. Son brillantes y mantienes un gesto de inocencia difícil de imitar. Permíteme que te quite un poco de color de sombra. A mi parecer cuanto menos sombra de ojos les pongas más acentúas el brillo natural de los mismos.

–Gracias – dijo Violeta un poco más tranquila –. Me has salvado, me llamo Violeta.

La mujer estaba atareada con un pincel, esponjas y todo tipo de instrumentos de maquillaje.

–Sí, yo trabajo por aquí de ayudante de todo – comentó Alba mientras trabajaba –. Supongo que estás nerviosa, no deberías estarlo, vas a hacerlo muy bien.

–No lo creo – suspiró Violeta alicaída –. Todas son modelos, han estudiado para ello, saben posar, son bonitas.

–Espero que no sea por eso por lo que llorabas – comentó Alba mientras continuaba sus arreglos –. Yo no te he hecho ninguna foto, pero estoy segura de que la cámara te va a adorar.

–No, no lloraba por eso, el concurso me da igual. Me hace mucha falta el dinero, pero vengo sin ninguna expectativa – se sinceró Violeta consciente de que era una desconocida.

–Entonces, ¿un hombre? – apuntó Alba certeramente.

–Algo así. Tengo tendencias a dejarme engañar o a engañarme a mí misma. Estaba muy ilusionada, hacía mucho tiempo que no me pasaba nada bueno y creí que por fin me tocaba.

–Vale, pero no llores de nuevo – dijo Alba sonriendo dulcemente –. Con los hombres hay que equivocarse mucho para encontrar algo valioso, no merece la pena llorar por los que no lo merecen, tan solo mirar adelante. Dame un instante y te traigo una infusión que te calme, no quiero que te destroce el maquillaje antes de las fotos y por un hombre que posiblemente

no merezca eso.

Alba se dirigió hacia una de las caravanas para preparar una infusión. Violeta le había caído bien, carecía de la falsedad y la superficialidad de la mayoría de las chicas que se habían presentado a este evento. Era una bruja, no le cabía duda, pero no podía imaginar a Violeta quemando a otras brujas como ella ni rezando rosarios, como le habían pintado a las brujas que no pertenecían al Aquelarre Oscuro. Alba sabía leer, leía en la naturaleza, en los ojos de las personas que le mostraban el alma. Era consciente de que en el Aquelarre había muchos brujos con exceso de crueldad, pero nada que no haya visto en la población normal. Violeta mostraba otros valores y le gustaba.

Quizás las ancianas tuvieran razón, y ellos estaban cayendo en la misma maldad que había llevado al Aquelarre Blanco a exterminar a todos los que no creían en su religión. Se encontraba confusa, era cuestión de tiempo que alguien se percatara de que Violeta era bruja y posiblemente lo único que la pudiera salvar era su propia magia.

Preparó con cuidado la infusión sin entretenerse y cuando la mezcló con la pócima que despertaría en ella el poder, sonrió.

Tenía muchas preguntas sin respuesta que esperaba que las ancianas le resolvieran poco a poco. Salió de la caravana y se dirigió hacia Violeta que no se había movido del asiento, pero al menos ya no lloraba.

–Aquí tienes – dijo Alba tendiendo la infusión a Violeta –. Tómatela entera, te va a servir de mucho.

Violeta le sonrió y tomó la infusión y comenzó a beberla. Se sentía aún confusa y estaba disgustada después de ver a Ezequiel con Laura. Todo había sido un engaño de nuevo, creía que iba a ser diferente, aunque para qué vamos a negarlo, ella sabía que ese tipo de hombre juega con las mujeres.

–Gracias por tu amabilidad, Alba – dijo Violeta recuperando la compostura –. Si no hubiera sido por ti habría salido a fotografiarme con la cara parecida a la de un indio.

–No te preocupes, me pagan para esto. Espero que te sientas mejor y hagas un buen trabajo delante de la cámara.

–Eso lo dudo, no tengo ni idea de qué tengo que hacer, al contrario que las demás no he sido modelo nunca y estoy aquí porque mi hermana y sus amigas les pareció buena idea – explicó Violeta mientras bebía la infusión.

–Tan solo sé natural, sonrío mucho y haz caso a lo que te diga Ezequiel.

– ¿Ezequiel? – dijo casi sobresaltándose.

–El fotógrafo, no te preocupes, no te va a comer, te dirá cómo colocarte y qué quiere que hagas.

Violeta iba a agradecerle los consejos cuando vio que Ezequiel se acercaba y se puso seria. ¿Qué podía querer ahora? Le miró de soslayo y pensó que quizás pasaría de largo pero se paró cerca.

–Violeta, vamos a hacer fotos – le dijo dedicándole un gesto amable.

Violeta se puso de pie y le siguió hacia una zona donde había vegetación con la infusión aún en la mano. Se sentía indignada, no sabía cómo iba a soportar toda la sesión sin propinarle una fuerte bofetada. Se cruzó de brazos enfurruñada y dejó que Ezequiel le diera instrucciones de dónde ponerse o qué hacer. Una vez le hubo colocado como quería se alejó y tomó la cámara para sacar fotos.

– ¿Por qué tan seria? – preguntó Ezequiel deteniéndose.

–No estoy seria – se excusó Violeta –. No sé por qué te lo parezco.

–Porque es mi trabajo, mostrar emociones en una foto.

–Quizás un poco, no he tenido buen día – dijo Violeta sintiéndose cada vez peor.

Ezequiel se movió para tomar un par de ángulos distintos y comenzó a sacar fotos.

–Estás preciosa de todas formas – dijo Ezequiel mientras la fotografiaba.

–Ya, preciosa – contestó Violeta en un tono seco –. Todas están preciosas solo hay que verlas. Se lo habrás dicho a veinte esta mañana.

–A ninguna – puntualizó Ezequiel –. Tú eres la única que estás preciosa, y de hecho, no sé si votar por ti. Vas a convertirte en el centro de muchas miradas y voy a tener que pensar en matar a todos los que te miren.

Violeta sonrió levemente. Por un instante le gustó que Ezequiel coqueteara con ella. Daba la impresión de que le gustaba de verdad, pero solo era una impresión. Luis también parecía muy atento y le regaba de palabras que quería oír, al menos al principio, luego llegaron los malos tratos. Y aunque era cierto que Ezequiel le miraba de una forma que Luis jamás llegó a hacer, y cuando había estado pegada contra su pecho notaba su respiración muy agitada, no debía dejarse engañar de nuevo, hacía un instante que estaba besando a Laura sin ningún remordimiento, sencillamente, Ezequiel era más hábil que Luis.

– ¿Esperas que me crea eso? – respondió con acritud.

– ¿Qué te ocurre conmigo, Violeta? ¿He hecho algo que te ha disgustado?

–No. ¿Por qué ibas a hacer algo que me disgustara? – respondió esquivando el tema.

–Por tu actitud, se te ve enfadada.

–No tengo motivos para estar enfadada contigo.

–Pero lo estás – insistió Ezequiel–. Estás demasiado hostil conmigo.

–Es posible, porque no me gusta que jueguen conmigo – dijo en tono enfadada –. Quizás estés acostumbrado a mujeres que les encanta coquetear con todos y disfrutar del momento.

–Violeta – atajó Ezequiel apartando la cámara de fotos –. No te andes por las ramas y dime qué es exactamente lo que te ha molestado.

– ¿En serio no lo sabes?

– ¿Quieres jugar a las adivinanzas o quieres decirme qué pasa? – dijo Ezequiel esperando aclarar cualquier cuestión que le comentara.

–Te vi besando a Laura – confesó finalmente Violeta –. Estas jugando conmigo como estás acostumbrado a jugar seguramente con todas y probablemente al resto les dé igual, o jueguen a lo mismo que tú, pero ese no es mi caso. Ya he pasado por una relación muy mala para soportar que me traten así.

– ¿Estabas espiándome? – preguntó Ezequiel algo molesto.

– ¿Espíándote? ¡Claro que no! ¿Por quién me tomas? ¿Tan importante te crees que piensas que todas, absolutamente TODAS viven por y para ti?

–Baja el tono de voz o nos van a oír todos – dijo en un medio susurro.

–Estamos muy lejos, nadie nos va a oír. ¿Y qué si nos oyen? ¿No quieres que sepan el tipo de persona que eres?

–Violeta, cálmate y déjame que te explique todo – dijo Ezequiel en un tono tranquilizador.

– ¡No quiero que me expliques nada! Tan solo, déjame en paz – casi llegó a gritar en un estado de nerviosismo inusual en ella.

Violeta salió corriendo alejándose hacia la espesura del campo.

Capítulo 14.

Se encontraba mareada y confusa. Había perdido el control, había gritado. No entendía cómo pudo ocurrir, podía achacarlo a los nervios de la prueba. La infusión no había hecho ningún efecto, a lo sumo le había trastornado y bastante, le costaba mantener la calma por su agitada respiración y su mente que parecía ir de una idea a otra casi sin detenerse en ninguna.

Ahora se sentía una boba celosa montando un espectáculo, tantos esfuerzos para no ser elegida debido a ese ataque inesperado de nervios que había padecido. Y lo peor era que le había vuelto a engañar y ella quedar como la estúpida.

Había corrido sin rumbo fijo hasta que se dio cuenta de que estaba en la charca, se paró y se echó cerca del agua a llorar. El ruido del agua formaba una extraña cacofonía. Se secó las lágrimas e intentó escuchar, oía su nombre repetido sin cesar. Tenía que estar mal, el agua no podía decir su nombre.

Pegó las rodillas cerca del pecho en una postura protectora y sujetó con las manos la cabeza más confusa que antes. El agua seguía diciendo su nombre, pero Violeta no quería mirar hacia la charca, tenía miedo de lo que pudiera ver. Debía estar drogada o algo peor porque su mente estaba un poco nublada, le costaba pensar y no lo entendía, ella solo había tomado la infusión

que le había dado Alba.

Continuaba sin querer mirar hacia la charca cuando gotitas de agua le salpicaban la cara no dejándole otra opción que levantar la cabeza. Violeta soltó una carcajada, las gotas de agua estaban bailando, ahora sí estaba segura de que algo le había sentado mal.

Se puso de pie y se acercó al agua para contemplar mejor el espectáculo y las gotas comenzaron a girar en una extraña danza alrededor de Violeta. Giraba y se arremolinaron y en un instante formaron un puente de agua cuyas gotas se escapaban cayendo suavemente e impidiendo ver bien debido a la humedad.

La mente racional de Violeta le decía que todo era una alucinación, pero esa voz era cada vez más débil dando paso a la sorpresa y a disfrutar de la belleza del espectáculo.

Cientos de pequeños arcoíris se formaban cuando la luz incidía en las gotas que caían. Violeta se acercó a tocar las gotitas que se deshacían en forma de agua al rozarlas. Alzó la mano para acariciar el techo del puente y un rocío de gotas cayó sobre su cabeza, aún así, el puente se mantuvo intacto como si se alimentara continuamente del agua de la charca.

Por un instante había dejado de pensar en el ridículo que había hecho y todos sus problemas se esfumaron. Su piel se estremecía al percibir la electricidad del ambiente y la variedad de temperaturas que iban oscilando según se acercara al lago o se alejara.

Intentó mirar a través del puente de agua, pero la humedad le impedía percibir el otro lado de la charca y de pronto le pareció divertido saber qué había al otro lado.

Se acercó poco a poco temerosa de que todo ese acumulo de agua le cayera encima de golpe. Cuando estuvo bajo el puente, respiró profundamente y miró hacia arriba. El agua permanecía inmóvil, la estructura parecía todo lo sólida que puede parecer una construcción fluvial. Violeta dejó de mirar y caminó hacia el otro lado.

Un bosque muy espeso se abrió paso ahí donde tan solo debía haber unos pocos matojos. Se giró asustada y la charca ya no era una charca sino un lago

profundo cuya extensión cubría el tamaño de un pequeño mar. Violeta gritó asustada y se decidió a travesar el puente de nuevo volviendo atrás, pero antes de que diera el primer paso el puente cayó en una cascada de agua mojándola por completo. Durante unos segundos se quedó quieta, estupefacta, tratando de mantener la calma y no gritar.

Logró reaccionar y se pasó una mano por la frente para quitarse el agua que le caía en los ojos. Si no fuera por lo mojada que estaba creería que era un sueño. Pero, ¿en qué tipo de sueño te mojabas de verdad? Quizás en algún tipo, pero no era el caso. Violeta apartó las ideas absurdas que le venían a la mente y se preguntó dónde diablos podría encontrarse. Ese sitio ni por asomo era la charca de las ranas, por el tamaño en vez de ranas debían vivir cocodrilos. Esa idea le inquietó mucho, no sabía dónde estaba, ni si el lugar era peligroso. A modo de respuesta a sus miedos escuchó un rugido que provenía de su espalda.

No quería darse la vuelta, ni saber qué había allí, pero su instinto de supervivencia le instaba a vivir un día más y le hizo caso. Un león de un tamaño descomunal le observaba agazapado entre los matorrales. Los leones que Violeta había visto en los circos cuando era niña palidecían ante el colosal tamaño del felino que le observaba como un depredador que observa su cena.

Violeta no se atrevió a moverse, apenas podía respirar, en la charca de la rana no había leones, esto era España. No había ningún zoo, ningún circo, es más, el lugar no parecía ni la charca, así que podía haber cualquier cosa, se repitió como si olvidara a cada momento que todo se había vuelto extraño.

El león la observaba fijamente en una postura depredadora, los músculos los tenía tensos dispuestos a dar un salto sobre ella a la primera señal de movimiento. Violeta no estaba dispuesta a complacerle, así que se mantuvo quieta un instante, pero era consciente de que necesitaba un plan, no podía quedarse en frente del animal inmóvil de por vida, uno de los dos cedería antes y fuera cual fuera, el final sería el mismo.

Violeta lo único que deseaba era salir corriendo, estaba temblando de miedo. Ya no sabía si las gotas que caían de su frente eran a causa de la ducha que se había dado en el lago cuando cayó el puente o a causa del terror.

Buscó con la mirada algún objeto que pusiera servirle de arma improvisada, pero ni tan siquiera estaba segura de ser capaz de usarla y enfrentarse al león. Vio una rama grande, quizás podía asustarle si la interponía entre ella y su depredador, pero habiendo superado el deseo de salir corriendo tan rápido como sus piernas le permitieran, sus pies se habían quedado sellados en el suelo y apenas era capaz de mover los ojos para pestañear.

No está tan lejos, se dijo a sí misma para animarse, quedarse aquí no era buena idea, acabaría en el estómago del animal, era mejor apostar por una posibilidad de salir viva. Violeta decidió moverse lentamente hacia la rama, sin mostrar ningún gesto amenazante. Primero movió un pie, luego otro, sin quitar ojo del león que le observaba acechante. Cuando estuvo tan cerca de la rama que casi la podía tocar, el león rugió helando el corazón de Violeta de miedo y saltando hacia ella con las fauces abiertas.

Violeta gritó ciega de terror, su mente se nubló y se encogió sobre sí misma cubriéndose con los brazos protectoramente. Las garras del león iban a alcanzarla e iba a morir. Se cubrió la cabeza con los brazos y notó que algo húmedo le rozaba. El león no llegó a tocarle, así que levantó la cabeza que había agachado para protegerse y vio que alrededor de los brazos que le cubrían había un escudo de agua lo suficientemente sólido como para repeler a la bestia. Increíblemente observó al animal que la estudiaba tras haber chocado con un muro de agua que le arrojó unos metros. El animal parecía estar dudoso tras la primera embestida, pero su hambre era suficiente para decidir intentarlo de nuevo.

Adoptó de nuevo una posición de ataque. Violeta no sabía qué había ocurrido y no creía tener tanta suerte esta vez, aún así, aprovechó el aturdimiento del felino para agarrar la rama, una vez en sus manos era consciente de que no serviría de nada frente a ese animal, no obstante, pensaba asustar al león con ella. El escudo de agua que se había formado se rompió cuando abandonó la postura defensiva para alcanzar la rama mojándola de nuevo.

El león rugió, tensó los músculos y saltó de nuevo. Violeta sujeto fuertemente la rama, pero el peso del animal hizo que se rompiera. Desesperada miró a todos lados buscando algo que poder usar, esta vez no tenía tiempo de hacer nada. El león iba a caerle encima de nuevo.

Casi percibía el aliento del animal cuando pensó que quizás lo más sensato era esquivarle y correr todo lo que pudiera. Se dio la vuelta para hacerlo cuando escuchó un rugido de dolor a su espalda. Se giró de nuevo y vio al animal muerto atravesado por una lanza dorada.

Buscó a su alrededor al dueño de la lanza y entre la espesura vio la figura de una mujer abrirse paso. La mujer era muy alta, debía rondar los dos metros, quizás todo en este paraje fuera colosal. Estaba vestida como una guerrera antigua con una armadura de oro. Era esbelta a pesar de su tamaño y en su brazo izquierdo reposaba un escudo que brillaba como un espejo. La mujer se acercó, colocó el pie sobre el león muerto y sacó la lanza del cuerpo.

Ahora que la veía de cerca, Violeta se percató de que la piel de la mujer tenía un tono luminiscente. Los cabellos de color cobrizo claro caían en bucles sujetos por una diadema de oro de una tonalidad parecida al cabello.

–Gracias por salvarme la vida – dijo Violeta mostrando una leve sonrisa aliviada de encontrarse con alguien que pudiera ayudarla.

La mujer terminó de sacar la lanza de la bestia y la colocó a modo de bastón en el suelo observando detenidamente a Violeta.

–Regresaste – dijo por fin la mujer –. Recordaste el camino hasta aquí.

– ¿Qué yo recordé qué? Yo no he recordado nada, de hecho, es la primera vez que estoy aquí. Me debe haber confundido con alguien que no soy yo – objetó Violeta sorprendida por la reacción de la mujer.

–No, no te he confundido, eres una de mis protegidas.

–No te entiendo. ¿Quién eres?

–He tenido muchos nombres y me he manifestado de muchas formas. Soy muy antigua, tanto como la vida, soy la Doncella, si me quieres conocer de alguna forma – explicó la mujer pacientemente observando detenidamente a Violeta.

– ¿Por qué dices que he regresado? – interrogó curiosa Violeta.

–Porque así es, tu alma es muy antigua y se ha reencarnado muchas veces, estás conectada conmigo, te alimenta mi esencia. No eres exactamente humana, tu origen es distinto, pero te consagraste a mí – explicó la mujer

pacientemente mientras observaba a Violeta.

– ¿Y por qué no recuerdo nada?

–Porque te has reencarnado, una parte de ti lo sabe todo, pero es una parte que no recuerdas. Aún así, has recordado el camino hasta mí – dijo la mujer en un tono de orgullo.

–No he recordado nada, no sé cómo ha pasado.

–Instintivamente lo sabes – insistió la Doncella.

– ¿Y dónde me encuentro ahora? – indagó curiosa Violeta consciente de que no estaba en la charca y que probablemente estuviera alucinando.

–En el único sitio donde me puedes encontrar, en el pasado.

– ¿Es broma, verdad?– dijo Violeta que comenzaba a inquietarse.

–No, no lo es – continuó la Doncella en su explicación –. Hace mucho tiempo los hombres adoraban y respetaban las fuerzas de la naturaleza. Existían poderes que abusaban, otros que equilibraban. Pero un día algo ocurrió, y casi todo fue destruido. Todos los poderes, energías, espíritus que habían guiado a la humanidad desaparecieron dejándoles huérfanos con un poder muy destructivo. Pero nosotras sobrevivimos.

– ¿Quiénes son “nosotras”?

–Nosotras somos la Doncella, la Madre y la Anciana. Energías muy antiguas y ancestrales. Guiábamos a los hombres antes de que otras aparecieran en juego. No sé qué los devastó de esta forma, pero la Anciana lo había anunciado y me encargó buscar el alma de las personas dignas, guerreros hombres y mujeres que se habían sacrificado por otros en vida y las guardara como un preciado don. Cada una de mis doncellas, las mujeres que se habían consagrado a mí, eligió una de esas almas, guerreros que serían sus protectores. Grandes héroes, personas que habían entregado su vida a un bien mayor. Merecían vivir más allá de la muerte.

– ¿Y yo me consagré a ti? – preguntó Violeta que no podía dejar de observar a la mujer.

–En cuerpo y alma – contestó la Doncella –. Por eso tienes poderes y dones.

–Pero fue el agua la que me trajo hasta aquí – objetó Violeta.

–El agua es tu elemento. Tu poder proviene de ahí, siempre que haya agua, instintivamente sabrás qué hacer porque lo has hecho miles de veces – explicó la mujer con voz clara.

Violeta estuvo analizando brevemente lo que había ocurrido cuando se dio cuenta de que el mundo comenzaba a cambiar. El agua volvía a danzar, al principio suavemente luego de forma más obvia.

– ¿Qué ocurre? – preguntó inquieta Violeta.

–El hechizo que has formulado para llegar hasta aquí se desvanece, vas a volver. Búscame de nuevo, hay muchas cosas que aún debes saber.

El agua comenzó a rodear a Violeta casi cubriéndola. Violeta reprimió un grito de sorpresa y comenzó a andar casi instintivamente hacía él. Cuando parte del agua cayó tras haber formado un puente de nuevo, se encontró mojada, empapada. Se estiró levemente para mirar el lugar, estaba de nuevo en la charca, o en cómo es actualmente la charca si era verdad que solo se movió en el tiempo, se quitó el agua de los ojos y vio que Ezequiel estaba allí, mirándola.

Capítulo 15.

El hombre le observaba de forma fría e implacable. Violeta jamás había visto antes esa mirada en Ezequiel que siempre le había contemplado con ojos amables incluso ardientes en alguna ocasión. Se percató de que estaba empapada de agua, no estaba segura de si lo que había sucedido no era más que una alucinación provocada por algo que le sentara mal y sencillamente cayó a la charca.

Trató de leer en el rostro de Ezequiel lo que había visto, pero su cara era una máscara indescifrable y por un instante temió que todo lo ocurrido fuera verdad.

Ezequiel la observó serio. Violeta se mostró muy rara cuando le estuvo haciendo las fotos, pero lo achacó a los nervios y después al beso con Laura.

Laura le había besado ardientemente, pero él no había sentido nada, no le interesaba esa mujer. La apartó y le advirtió que no lo volviera a hacer. Cuando Violeta se fue enfadada creyó que era ese el motivo. Por un instante, se sintió absurdamente bien al entender que estaba celosa, creyó que era importante para Violeta. Intentó seguirla, alcanzarla para decirle que todo había sido un malentendido y confesarle que solo podía pensar en ella. Tuvo que esquivar algunas modelos por el camino que le preguntaron si ya les tocaba su sesión de fotos. Al llegar hasta Violeta lo entendió todo, era una bruja.

El agua danzaba a su alrededor como si de hábiles bailarinas se tratara y ya no le quedaba duda de que la tormenta, el chaparrón de agua que provocó que el coche de Luis quedara destrozado, lo había provocado ella. Esas no eran habilidades de una joven posible aprendiz con capacidad para la magia, era el poder de una bruja capacitada y experimentada.

Una bruja le había embaucado, le había hecho comportarse como un idiota adolescente tras una falda, a él, al Inquisidor Negro. Estaba enfadado y furioso, como todos los cazadores odiaba a las brujas y a esta que había hecho perder la cabeza más.

–No sé qué me ha pasado – dijo Violeta esperanzada de que todo hubiera sido una alucinación.

– ¿No lo sabes, bruja? – respondió Ezequiel escupiendo la palabra bruja como si fuera el peor insulto que se le pudiera proferir a una persona.

–No, no lo sé – repitió Violeta asustada por la actitud de Ezequiel –. Sea lo que sea lo que haya pasado no lo he hecho conscientemente.

–Seguro que no – dijo Ezequiel en un tono irónico –. Ahora que sé que mientes tan bien no te molestes en lanzarme mentiras, no hay nada que digas que me haga creer en tus palabras hasta que no te someta a un interrogatorio intensivo.

– ¿Interrogatorio? ¿Qué quieres decir? – susurró Violeta intimidada

–Soy un inquisidor y tú una bruja, no te va a ser difícil imaginar cuál va a ser la naturaleza de nuestra relación.

El tono helado angustió a Violeta que no entendía qué quería decir

cuando se describía como inquisidor. Era posible que Ezequiel fuera una persona trastornada que creía en lo sobrenatural y pretendía...No sabía qué podía pretender hacerle si se creía un inquisidor. Pensó en los artefactos que había visto en algún museo sobre elementos de tortura que usaban y su ansiedad aumentó.

–No eres un inquisidor y yo no soy una bruja – se reveló Violeta tratando de confrontarlo a la realidad –. Solo soy una mujer. La época de quemar brujas porque se querían deshacer de mujeres que molestaban ha pasado.

–Claro que soy un inquisidor y nombrado por la misma iglesia, por el Inquisidor General. Pero a partir de ahora no soy yo el que debo responder a tus preguntas sino tú a las mías – dijo en un tono calmado y seguro de sí mismo –. Así que ahora mismo vas a llamar a tu familia y le vas a explicar que no pasarás el fin de semana en tu casa, la excusa me da igual.

– ¿Y si no lo hago? – preguntó Violeta dudosa.

–Llévate a interrogarte es una gracia que te doy. Yo sé que eres una bruja, no necesito más pruebas que lo que ya he visto. Si rehúsas, te mataré aquí mismo – le advirtió Ezequiel en un tono seco.

–No puedes estar hablando en serio – dijo Violeta al borde de las lágrimas –. Lo que dices es una locura, la magia no existe ni la brujería. Por favor dime que todo es una broma.

–No es una broma. Haz esa llamada y no me hagas perder la paciencia.

Violeta le miró a los ojos y vio que hablaba en serio. Su mirada era implacable, cumpliría su amenaza. Sacó su móvil tan nerviosa que casi lo dejó caer. Las lágrimas caían por las mejillas, incapaz de reprimirlas por más tiempo. A pesar de toda la rudeza, Ezequiel le seguía gustando y eso le lastimaba más. Marcó el número de sus padres pensando en pedir socorro o hacer algo para que supieran que debían llamar a la policía, pero no se le ocurría nada que no hiciera sospechar a Ezequiel. Cuando su madre contestó tan solo le dijo que pasaría el fin de semana con una amiga, oyó de fondo a sus hermanas burlarse e insinuando que lo que tenía es una cita. Sí menuda cita, se dijo a sí misma mientras lloraba más y apagaba el móvil. Levantó la cabeza para observar a Ezequiel, permanecía seguro de llevar a cabo el plan que tuviera.

–Desconecta el móvil y dámelo – dijo Ezequiel de forma autoritaria.

Violeta dudó un instante, el móvil podía ser su única vía de escape. Ezequiel parecía no tener mucha más paciencia que gastar en ella así que extendió la mano y se lo dio. Tras guardar el móvil en el bolsillo, le cogió la muñeca bruscamente, sacó algo metálico y le colocó una pulsera con forma de aro de oro.

–Esa pulsera repele la magia negra, así que no te molestes en realizar ninguno de tus conjuros o caerás al suelo presa del dolor – le informó Ezequiel.

– ¿Magia negra? ¿Me tomas por una especie de lunática adoradora del Diablo? – replicó Violeta con los ojos llenos de lágrimas aún – Eso es una locura completa, no puedes creer en eso.

–Ahora sígueme y no trates de huir ni hacer nada extraño – le ordenó Ezequiel ignorando sus comentarios.

Violeta le siguió. Ezequiel esquivó el sitio donde estaban las modelos atajando por el campo hasta salir al lugar donde tenía aparcado el coche. Abrió la puerta contraria al piloto y miró a Violeta.

–Entra – dijo esperando para cerrar la puerta.

Violeta entró sin rechistar, tenía que escapar aprovechando una buena ocasión, no una en la que le mataran. Observó a Ezequiel mientras entraba en el coche, no le miraba fijamente en ningún momento, se mantenía serio. No entendía qué le podía pasar a Ezequiel, por qué se comportaba como un trastornado, parecía un hombre muy razonable antes de esto. Debía ser una broma, un error, no podía estar loco, debía hacerle entrar en razón.

–Ezequiel – dijo tímidamente mientras ponía el coche en marcha –. Yo no creo en la brujería. Me burlo de mi hermana por sus ideas supersticiosas, el tarot.

–No me interesa lo que tengas que decir, ya te dije que no escucharía tus mentiras. Lo único que vas a conseguir es que me enfade más porque trates de tomarme el pelo de nuevo. Ya tendrás tiempos de responder a muchas preguntas y te aseguro que sabré cuánto hay de verdad en cada una de las palabras que salgan de tu boca.

– ¡Maldita sea! No te estoy mintiendo – dijo con lágrimas en los ojos – Yo no sé hacer magia.

Ezequiel continuó conduciendo sin dirigirle una sola palabra en todo el camino que duró media hora hasta una casa. Violeta trató de hablar, de decirle algo para que le viera como a una humana y no una bruja, igual que la Violeta de ayer, pero fue inútil, Ezequiel solo conducía, no le miraba ni le contestaba.

La casa a la que llegaron era en un lugar apartado, una finca, no estaba segura de donde se encontraba debido al nerviosismo y a que se había centrado en hacer entrar en razón a Ezequiel sin éxito porque lo único que logró es reafirmarle más en su locura.

Ezequiel salió del coche y abrió la puerta de Violeta, no por caballerosidad sino para asegurarse de que no trataría de escapar. Violeta comenzaba a entender que la persona que le gustaba no era lo que creía que era, sino un loco, y había oído muchas historias de lo que le ocurrían a las mujeres que caían en manos de tales hombres. Se agarró fuertemente al sillón del coche y se puso a llorar copiosamente.

–Por favor, no me hagas daño – dijo Violeta llorando –. Mi familia me buscará, mis hermanas, no sé qué he hecho para desagradarte.

–Sal del coche – dijo Ezequiel en tono profesional dando la impresión de haber hecho lo mismo muchas veces.

– ¿Me vas a matar? – preguntó Violeta angustiada –. No he tenido mucha suerte en mi vida.

–Sal del coche – repitió Ezequiel.

Violeta se secó las lágrimas y trató de calmarse, tenía que escapar, no era muy distinta la situación en la que se encontraba que cuando se vio cara a cara con aquel león en ese extraño sitio, solo que Ezequiel era mucho más inteligente y no había una Doncella que la protegiera. Asintió débilmente, observó el lugar y aprovechando que Ezequiel bajó la guardia salió corriendo con todas sus fuerzas hacia la maleza.

Ezequiel no tardó en atraparla y Violeta se resistió golpeándole tan fuerte como le era posible sin mucho efecto, era como chocar con una pared de

granito. Al final, Ezequiel la inmovilizó en una presa quedando los dos cuerpos completamente pegados uno al otro.

–No te quiero hacer daño – aclaró Ezequiel casi en un susurro –, al menos, no de momento.

Violeta levantó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas y asintió débilmente. Recordaba cuando ayer habían estado juntos, igual de pegados que ahora. Este no era el encuentro con el que había soñado y muchos menos el que su hermana le había augurado en las cartas, pero ella no iba a tener tanta suerte, pensó resignada mientras Ezequiel la llevaba casi inmovilizada como si fuera un saco a la casa. Su mirada helada, la forma deshumanizada en la que la llevaba, en ese instante la figura de Ezequiel le parecía aterradora, era fuerte, inteligente y estaba loco

Capítulo 16.

La gente iba y venía llevando todo tipo de objetos, desde kits de maquillaje, sillas, comida, *etc.* Muchas de las chicas se habían ido del lugar donde se estaban haciendo las fotos y los vídeos, a pesar de eso, Carolina, Ana y Bego estaban paseando por allí mientras recogían todo. Carolina tenía mucha curiosidad por saber cómo iba el idilio de su hermana con Ezequiel, quería averiguar más datos sobre su supuesta fuga con una amiga, que por supuesto, no era una amiga. Carolina no nació ayer, al menos eso pensaba ella.

– ¿Estás segura de que tu hermana se ha fugado con Ezequiel? – preguntó Ana observando el montaje.

–Muy segura – dijo Carolina –. Vino a hacer las fotos, llama a casa y le dice a mi madre que se va el fin de semana con una amiga. Y ya has escuchado a las modelos, recogen porque Ezequiel tiene un asunto personal muy importante que atender, solo hay que sumar un poco.

–No va a tener el descaro de dejar a todos tirados para irse con Violeta, ¿verdad? – conjeturó Bego mientras paseaban por el sitio.

– ¿Y por qué no? – respondió Ana – Es un fotógrafo famoso, es como las actrices divas que no salen de su camerino sino les da la gana.

–Venga ya, Ana – contestó Bego –. Esa gente, aunque famosa son muy profesionales

– ¿Y tú nunca has hecho novillos?

–Eso sí – dijo Bego claudicando el asunto.

–Chicas – dijo Carolina silenciándolas –. ¿Veis esa pelirroja de allí? Es la novia de Luis, el ex de mi hermana, la chica con la que iba cuando quiso pegar a Violeta.

–Luis nunca me ha caído bien – comentó Ana –. Es un prepotente engreído, tu hermana estaba ciega.

–Shhh – susurró Carolina – Viene hacia nosotras.

Carolina observó a Laura acercarse sin estar segura de si se dirigía hacia ellas o estaban accidentalmente en su recorrido. Había mucha gente y era difícil discernir hasta que Laura se paró en frente de Carolina.

– ¿Viste a tu hermana? – preguntó Laura sin saber Carolina a qué venía la pregunta, que ella supiera, Laura y Violeta no se trataban.

–No. ¿Por qué? – quiso indagar Carolina.

–Creo que ha discutido con Ezequiel, el fotógrafo, no sé el motivo y salió corriendo.

– ¿Sabes si está bien? – preguntó Carolina preocupada

–La vi irse con Ezequiel, luego más tarde. No sé a dónde iban

–Pero, ¿se encontraba bien? – insistió Carolina con un leve tono de preocupación.

–No lo sé, yo los vi irse juntos. Pero tuvieron una fuerte discusión durante la sesión de fotos y estaba preocupada por ella. ¿No llegó a tu casa?

–No – dijo Carolina pensativa –. Supongo que habrá sido una discusión tonta, habrán aclarado el asunto y en breve estará en casa.

–Eso espero, estaba muy disgustada y parecía agobiada antes de ir con

Ezequiel a la sesión de fotos. Quizás se ve un poco superada por la situación, dile de mi parte que lo hace genial y posiblemente la elijan, yo la elegiría.

–Gracias Laura, a mi hermana le encantará saber que cuenta con tu apoyo – dijo Carolina sin saber si sus propias palabras eran sarcasmo o verdad.

–Espero que todo vaya bien – dijo Laura a modo de despedida.

Carolina observó cómo se alejaba Laura antes de coger el móvil del bolso para llamar a Violeta. Tras varios intentos lo guardó de nuevo y observó a Bego y Ana que le miraban expectantes.

– ¿Qué ocurre? – preguntó Ana antes de que Carolina dijera nada.

–Tiene el teléfono desconectado – dijo preocupada Carolina.

– ¿Y eso es malo? Si está dándose el lote con Ezequiel no lo va a dejar conectado para que tú la llames y le fastidies la fiesta.

–Cierto – reconoció Carolina –. Y yo siempre he pensado que tras la máscara de calma de mi hermana hervía una fiera. Quizás se pelearon, se reconciliaron, y ahora lo celebran.

– ¿Por qué no miramos las cartas a ver qué dicen? – sugirió Ana – Además, yo quiero saber si voy a ligar con uno de esos guapos que han venido al pueblo.

–Vale – aceptó Carolina –. Vamos a la tienda y de paso luego me ayudáis a colocar algunos pedidos que me han traído.

–Vamos – contestó Ana mientras pasaban entre la gente que ya recogían todo.

Carolina pensaba en su hermana de camino a la tienda. Se sentía orgullosa de su pericia con las cartas, el negocio le podía ir muy bien y de paso hacer una buena labor con Violeta, la cual, necesitaba cambiar su opinión nefasta de los hombres. No todos eran iguales, lo que ocurría es que uno tiene una media naranja y si no es la persona con la que estás no eres feliz, al menos eso pensaba Carolina.

Abrió la puerta de la tienda y entró junto a Bego y Ana. Las amigas tomaron sitio rápidamente y esperaron a que Carolina fuera a por las cartas tomando asiento frente a ellas.

– ¿Qué preguntamos primero? – consultó Carolina.

–Primero por Violeta. Quiero saber qué pasa con la historia – respondió Ana –. No todos los días viene un fotógrafo famoso y se lía con una bruja.

– ¿Bruja? – interrumpió Bego – ¿Eso qué diablos significa?

–Nunca hemos hablado de cómo deberíamos denominar a los de la Bruja Blanca. Podría ser bruja, o brujablanca.

– ¡Qué tontería! – opinó Ana – Pero está bien podemos ver lo que pasa con Violeta.

Carolina tomó las cartas y comenzó a barajarlas. Tras cortar colocó sobre un paño negro de terciopelo varias cartas y miró fijamente pensativa.

– ¿Qué dice? – preguntó Bego impaciente.

– ¡Habla! – insistió Ana al ver que no decía nada

–Es que es un poco complicado –explicó Carolina al fin –. Aparece una pasión muy fuerte por parte de los dos. Él tiene un pasado muy tenebroso.

– ¿Cómo tenebroso? ¿Ha sido traficante o algo así? – preguntó Bego.

–Ni idea, a mí me parece que es o ha sido muy religioso – contestó Carolina mientras levantaba más cartas.

–Sí, esos suenan muy tenebroso – opinó Ana entre risas –. Pero ve a lo importante, ¿acaban juntos?

–Eso sin duda, aparece una pasión desbordante, posiblemente en este momento estén dando rienda suelta a esa pasión.

Capítulo 17.

Violeta estaba atada a una silla. Comenzaba a entender que no era ninguna broma, que iba en serio, Ezequiel debía estar trastornado, no encontraba ninguna otra explicación. Ya no sabía cómo hacerle ver que estaba equivocado. Las presillas que le había colocado en las muñecas hacían

que apenas pudiera moverlas, afortunadamente no estaban tan apretadas como para cortarle la circulación.

Miró a su alrededor, estaban en una casa, al menos no era un zulo mugriento donde hubiera ratas. Cuando llegaron a la casa Ezequiel le llevó a esa habitación casi sin muebles y le ató a la silla. Ella gritó y quiso saber a dónde iba cuando parecía que la dejaría sola en la sala. Ezequiel no le contestó, tan solo salió de la habitación.

En un principio creyó que era su oportunidad de huir, pero había visto muchas películas de espías en los que los agentes se largaban escondiendo una horquilla en la manga. Ella no tuvo esa opción, intentó una y otra vez mover la muñeca pero solo consiguió que se enrojeciera y le escociera. Después de esta experiencia era mejor olvidarse de volver a ligar, sin duda no era lo suyo. Por supuesto, en caso de salir de esta, probabilidad que cada vez veía más remota.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, debía tener una pinta horrible porque había llorado hasta quedarse sin fuerzas y se encontraba aterrada. Estuvo mirando en la habitación qué es lo que podía usar de arma, la habitación estaba casi vacía y sus buenas ideas concluían ahí. Cuando oyó el ruido de la puerta no sabía si alegrarse o asustarse más de lo que ya estaba. Por un instante se estremeció, no sabía qué le esperaba ni por qué le estaban haciendo eso. Ella no podía acabar así, era muy joven.

La puerta se abrió y Ezequiel entró silencioso, no sabía si volver a suplicarle, no servía de nada pero, ¿qué otra opción le quedaba? Le miró a los ojos, eran severos y le gustaría pensar que ya no sentía por él más que ira y resentimiento, pero no era así, el recuerdo del beso estaba fresco en su memoria, creyó que había sido sincero, que por una vez había tenido suerte, pero suerte no era la palabra para definir su situación. Violeta creía que todo sería más fácil si le odiara, sin embargo, aún se estremecía cuando le miraba, incluso con esa frialdad. Deseaba que se arrepintiera, que la desatara y le abrazara reconfortándola. Debía poner los pies en la tierra, esto no era una novela romántica como las que leía Carolina, esto era la vida real y aquí mataban a la gente por motivos inentendibles.

Ezequiel se acercó a ella tras coger una silla en la cual se sentó quedando

frente a su rostro. Violeta temía mirarle a los ojos directamente, no quería encontrar locura en ellos, aún mantenía la esperanza de que fuera todo un malentendido.

–Voy a proceder a enumerar los cargos por los que le interrogo, usted tan solo debe contestar a lo que se le pregunte. Si lo ha entendido tan solo haga un gesto afirmativo – explicó Ezequiel en tono muy formal.

Violeta le miró durante un instante y asintió con la cabeza, esperaba que todo se solucionara.

–Violeta Fuentes se le acusa de realizar actos de brujería. Yo mismo fui testigo de ellos en la charca de las ranas. Movié el agua formando con ella formas imposibles de imitar por la naturaleza.

–Yo no sé hacer esas cosas – protestó Violeta.

Ezequiel no le contestó, tan solo le dedicó una mirada dura que le invitaba a callarse hasta que él le permitiera hablar.

–Los hechos han ocurrido hoy mismo – continuó Ezequiel con la misma formalidad –. Y no había en el lugar otra persona a la que poderle atribuir los sucesos salvo usted. Puede contar su versión de los hechos, pero procure no mentirme, sabré si lo hace.

Violeta asintió levemente, era su oportunidad de convencerlo de que todo había sido un error. Trataba de organizar sus ideas para crear una historia coherente de todo lo que le había ocurrido y de lo que no tenía explicación. Cerró los ojos tratando de recordar los sucesos pero le costaba trabajo porque se encontró muy confusa. Su aturdimiento comenzó cuando tomó esa infusión que le dio Alba, quizás estaba en mal estado.

–Yo... –comenzó Violeta dudosa – Estaba muy nerviosa por la prueba, y bueno no importa por qué otra cosa más.

–Será mejor para ti que no omitas nada – aconsejó Ezequiel rodeado de un aura que inspiraba temor e intimidaba más que cualquier acto de violencia explícita. No parecía la misma persona, ahora veía a un desconocido sin sentimientos que iba a cumplir con su misión.

–Está bien – aceptó Violeta –. Te vi con Laura y me puse nerviosa,

bueno, esos nervios se sumaban a los que ya padecía por la prueba y empeoró mi estrés. Una chica llamada Alba, que trabajaba para el equipo, se acercó y habló conmigo, vio mi estado y se ofreció a darme una infusión. Fue entonces cuando comencé a marearme y a ver cosas raras.

– ¿Una infusión? ¿De qué tipo? ¿Te, manzanilla, tila? – indagó Ezequiel.

–Ni idea, no la había probado antes.

– ¿Cómo era el sabor?

–Amargo, y muy azucarado – contestó Violeta tratando de recordar bien.

– ¿Te dieron una infusión amarga y no sospechaste que era algo raro? – preguntó Ezequiel abandonando el tono formal y por un instante, Violeta creyó ver aparecer de nuevo al Ezequiel que conocía.

–No. ¿De qué iba a sospechar? No soy nadie importante para que me quieran envenenar y de hecho estoy viva.

–Si te sabía muy amargo lo normal es que no te lo quisieras beber, ¿no?

–Me sentía muy ofuscada y ni me di cuenta que me lo estaba bebiendo ni del sabor amargo hasta que dejé el vaso y me llegó el regusto a la boca – explicó Violeta tratando de recordar todos los detalles posibles.

– ¿Cómo se llamaba esa mujer? ¿Te lo dijo?

–Alba – respondió Violeta pensativa.

– ¿Y luego? – quiso saber Ezequiel tras quedarse unos instantes pensativo.

–Luego...discutimos y me fui a la charca y todo se volvió extraño, pensé que había tomado sin saberlo algún alucinógeno, todo era irreal; el agua, el león...

– ¿Qué león? – preguntó sorprendido Ezequiel dejando de tomar notas.

–Entre las supuestas alucinaciones había un león que trataba de atacarme, incluso me llegó casi a arañar.

– ¿Te ha herido? – dijo Ezequiel con evidente preocupación.

Violeta se observó, aún estaba húmeda del baño, por lo que no se había

dado cuenta de que la ropa cercana al brazo estaba un poco teñida de rojo y al ser oscura apenas se distinguía la mancha. Ezequiel se acercó un poco aprehensivo y estudió el lugar donde los ojos de Violeta, atada como se encontraba, se detenían. Rompió la manga de un tirón seco y fue a por un botiquín. Por un instante se había mostrado muy alterado por lo que le pudiera pasar a Violeta y eso le agradó. Quizás no fuera el monstruo loco que parecía hace un rato. Debía haber algo de cordura en él.

Ezequiel limpió la herida ante la mirada atenta de Violeta, no parecía más que un rasguño, quizás no se lo hubiera hecho ni el león sino alguna rama y no estaba segura de si no tendrían que inyectarle la antitetánica o algo así.

–No es nada grave – concluyó Ezequiel.

–Ezequiel, he pasado el peor día de mi vida – dijo con lágrimas en los ojos –. Y es difícil decidir un día malo entre muchos que he tenido. Te juro que no te estoy mintiendo.

–Sé que no me mientes – dijo Ezequiel en un tono casi amable

–Entonces, déjame ir a casa – suplicó Violeta –. No volverás a verme, no me voy a meter en líos, o en brujerías.

–Lo siento Violeta – dijo Ezequiel en un ligero tono apesadumbrado –. Pero aún no puedes marcharte. Aunque sé que dices la verdad los hechos siguen estando ahí y hay muchas posibilidades.

–Entonces, ¿qué vas a hacer conmigo?

–Investigar todos los detalles hasta llegar a una conclusión.

–Pero no tengo nada que ver en lo ocurrido – insistió Violeta.

–Te he traído ropa seca. Voy a desatarte para que te puedas cambiar de ropa – comentó ignorando la súplica mientras sacaba unos vaqueros y una camisa que parecían de su talla.

Ezequiel cortó las presillas de las muñecas y los tobillos que la apresaban a la silla dejándola libre. Violeta se tocó las muñecas que tenía irritadas de las veces que había tratado de liberarse infructuosamente. Parecía una mejora en su situación, ahora debía decidir si Ezequiel le creía y le iba a dejar marchar o tendría que escapar. Por supuesto, le juraría no ir a la policía.

–Cámbiate – le dijo en tono aún seco.

– ¿Contigo delante? – pregunto Violeta dudosa.

–No te voy a mirar – dijo Ezequiel girándose y mirando hacia la puerta llenando a Violeta de decepción al notar con cuanta indiferencia se dio la vuelta sin ánimo ni curiosidad por verla desnuda. Ya no sentía interés por ella, tan solo repugnancia por creer que era una bruja.

– ¿Me vas a matar? – preguntó Violeta dudosa.

Ezequiel no respondió a la pregunta, se mantuvo observando la pared mientras Violeta se vestía y el silencio de Ezequiel le produjo mucho temor. No respondía porque no le quería engañar, la iba a matar. El nerviosismo hizo que tuviera problemas para vestirse, la camisa se le cayó dos veces al suelo y su mente estaba en blanco, incapaz de pensar en un plan.

–No me mates, por favor – suplicó Violeta con voz triste –. No quiero morir y no creo merecerlo.

Ezequiel mantuvo su silencio ante las súplicas de Violeta que comenzaba a entender que estaba en un buen lío y no sabía salir de él. Si le mataba no iba a poder despedirse de su familia y lo que es peor, vivirían creyendo que estaba viva, porque dudaba que encontrarán su cadáver. La buscarían y sería un continuo sufrimiento para ellos.

–No puedes dejar que crean que he desaparecido, que me busquen para siempre – imploró de nuevo Violeta –. Júrame...

– ¡Basta ya de hablar de muertes! – le interrumpió Ezequiel un poco molesto – ¿Acabaste de vestirme?

–Sí, ya estoy – respondió Violeta nerviosa y triste.

Ezequiel se acercó a Violeta y le tomó de una muñeca. La calidez de la mano del hombre produjo en Violeta un estremecimiento, a pesar de todo, se sentía muy atraída por él. Ezequiel llevaba algo en la mano que acababa de coger e ignorando las rojeces de la muñeca le colocó una especie de pulsera extraña.

–Esa pulsera es mágica, no podrás separarte de mí más de unos pocos metros – le informó Ezequiel – Vamos a ir al pueblo, quiero que identifiques a la mujer que te dio la infusión y recuerda que tu familia puede estar en peligro si haces una estupidez.

–Se llama Alba – insistió Violeta sobre el dato.

–No hay ninguna Alba trabajando ahí – dijo Ezequiel tras revisar la información que le habían enviado a su móvil sobre las personas contratadas para el anuncio.

Capítulo 18.

Luis miraba al hijo de Betila, la mujer que era dueña de la marca. No soportaba a ese engreído acostumbrado a salirse con la suya, Bram se llamaba y aunque su madre era italiana, su padre, un importante hombre de negocios, era norteamericano. Hasta ahora, Luis no había creído en la magia, al menos hasta que no les vio invocar un demonio, toda la mala suerte que tuvo estando con Violeta lo había achacado a tan solo mala suerte, ahora sabía que esa perra era una bruja que le había jodido, y le quería hacer pagar por todo, pero de momento debía esperar.

Se acomodó en el asiento del sillón de su bar mientras bebía una copa. El lugar estaba vacío, no abrían hasta más tarde. Tenía asuntos que tratar con ese

imbécil que se creía un dios porque sus padres eran ricos, sin olvidar que invocaban demonios.

– ¿Y dices que nuestro demonio se ha perdido? – preguntaba Bram con voz cínica recostado de manera relajada. El hombre, alto y esbelto, mantenía una apariencia desenfadada. Posiblemente las mujeres le encontraban atractivo, debió heredar algo de la belleza de su madre.

–No sé si se ha perdido – respondió disgustado –, digo que no sé dónde está. ¿Tengo cara de entender qué hace un demonio? También he perdido dos de mis hombres.

– ¿Y ese detalle no nos lo ha contado hasta ahora? – preguntó el hombre mientras se quitaba de la frente uno de sus mechones rubios.

–Claro que no. No sé qué puede tener de importante que dos cabrones que trabajan para mí se hayan largado de putas, posiblemente.

–No sé, tú me dirás. Desaparece mi demonio y dos de tus hombres que casualmente andaban por la zona. ¿Quizás una plaga? – comentó Bram sin perder el tono de ironía.

–Quizás el demonio se descontroló y mató a mis hombres – respondió enfadado Luis –. Es posible que quien debiera estar reclamando fuera yo.

–Si no fuera porque los demonios no se descontrolan, este en particular se desconvocó y eso solo puede pasar si alguien de alguna forma lo manda al infierno de nuevo.

– ¿Y cree que los dos desgraciados que trabajan para mi pudieron hacer eso? – preguntó Luis cada vez más cansado del insolente hombre.

–No, pero se te paga porque todo esté en orden y si algo extraño ocurre, como que un demonio y dos hombres desaparezcan, se nos informe. ¿Qué esperaba? ¿Qué nos enteráramos por las noticias de los telediarios? – contestó con voz dura y carente de cinismo.

–Ahora tengo que ser adivino, hay que joderse – se quejó Luis enfadado –. No tengo bastante con limpiar vuestra mierda...

–Y se le paga muy bien por ello – interrumpió Bram –. Por eso queremos resultados. Si no los tenemos, podría decidir que será el próximo en ser la

comida de una de nuestras mascotas.

–Está bien – dijo Luis claudicando. Era consciente de que esta gente era muy peligrosa, más que los traficantes con los que solía tratar –. Dime qué quieres que haga.

–Buscamos una bruja en este pueblo – explicó Bram abandonando el tono desafiante y duro por uno más jovial –. A eso hemos venido, no es tan difícil.

–Ya le he dicho que esa bruja es Violeta. Las cosas raras ocurren a su alrededor.

–Su antigua novia ¡Qué conveniente! – dijo Bram tomando su whisky de la mesa – ¿Y tiene datos concretos? ¿O solo son tonterías?

–Échenle un vistazo, verá que tengo razón. Hagan lo que sea que hagan para saber si es bruja.

–Ya se está encargando mi hermana de eso – le informó Bram –. Veremos si tiene razón o es usted un exnovio capullo.

– ¿Su hermana?

–Sí, mi hermana. Lleva tiempo en el pueblo sacando datos, es ella quien se va a encargar de todo.

– ¿Y quién es? – preguntó Luis deseando tratar con otro miembro de su familia que no fuera él.

–No voy a desvelar su tapadera. Cuando ella quiera lo hará. Es alguien más cabrona que yo, que carece de mi paciencia para soportar idiotas y una capacidad muy fuerte para la magia. Yo de usted no le tocaba las narices cuando sepa quién es.

– ¡Oh estupendo! Da gusto hacer tratos con ustedes – dijo Luis cínicamente.

–Ya lo creo. Pagamos muy bien – respondió Bram a su cinismo y se levantó de la mesa tras arrojar un billete de cien euros –. Por las copas, quédese con la vuelta.

Bram se dirigió hacia la puerta, antes de tocarla se giró.

–Ah, otra cosa – dijo Bram antes de poner la mano en el pomo –. Es muy

posible que quien mandara a nuestra mascota al infierno fuera un cazador de brujas.

– ¿Cómo que un cazador? – preguntó Luis extrañado – ¿Eso existe?

–Si existen brujas... No creo que nadie más que un cazador pueda encargarse de un demonio y podríamos haber tomado medidas de haberlo sabido.

–Bueno, supongo que podréis hacer algo al respecto.

–Sí, pero no me haría gracia que le contara todo a un cazador. Si ve algo anormal nos informa.

–Yo no sé nada de cazadores ni de demonios. Si hay un tipo molesto me lo dice y le pegamos un tiro, no creo que sea inmune a las balas. ¿No? – sugirió Luis molesto por la situación al borde de sobrepasar su paciencia.

–Si supiéramos quien es ya estaría muerto.

– ¿Y a qué esperan? – dijo Luis en un tono desafiante tratando de romper la jovial compostura del hijo de la reina del Aquelarre oscuro.

–No sabemos quién es – replicó Bram con el tono en el que se dirigiría a un niño un poco lerdo.

– ¿Con toda esa magia y no saben quién es? – insistió Luis en su provocación soltando una carcajada.

Bram le miró serio y con un gesto de la mano comenzó a extraer el aire de los pulmones de Luis. Luis cayó al suelo agarrándose el cuello con las manos mientras su rostro se enrojecía. De pronto, cuando la situación estaba al límite para Luis, Bram hizo un gesto con las manos volviendo todo a la normalidad. Luis tosía tirado contra el suelo con el rostro aún enrojecido.

–No, no lo sabemos – respondió amablemente como si fuera un gato que hubiera jugado con una presa –. Es el Inquisidor Negro, y aunque no hacen magia tienen poderes. Este en particular pasa desapercibido y que un inútil sin poderes como usted le pegue un tiro, podría no ser buena idea. Así que le diré lo que hará. No tomará iniciativas propias por mucho que sobreestime sus escasas capacidades e inteligencia. Vendrá a contarnos cada cosa que ocurra que no le parezca normal o medio normal. Deje que nosotros

piensemos. No creo que tenga que contarle la consecuencia de una posible negligencia por su parte. ¿Correcto?

Luis asintió levemente aún en el suelo jadeando. Bram se dirigió a la puerta y salió sin mirar atrás. Luis aún observaba con odio al apuesto hijo de la reina cuando Esteban salió de la otra sala en la que se había mantenido.

–Odio a ese detestable engreído – dijo Luis mientras se ponía de pie.

–Te dije que no era buena idea trabajar con esta gente. Un demonio posiblemente se ha comido a dos de nuestros hombres o a saber qué ha hecho con ellos. Nuestros negocios estaban bien.

–En tu vida vas a ganar vendiendo drogas en los pubs lo que ganaremos con ellos – le respondió Luis mientras se ponía de pie.

–No me gustan, son muy peligrosos.

–Nosotros también somos peligrosos y estoy cansado de trabajos de poca monta

– ¿Y eso de los cazadores con poderes? – preguntó Esteban preocupado – No sonaba nada bien.

–Ya, pero son cazadores de brujas y ni tú ni yo somos brujas, así que, si un cabrón jode a ese rubio engreído le invitaré a una copa.

–Es posible que paguen bien, pero el peligro es muy alto. Demonios, brujos, cazadores de demonios, esto no es como engañar a Violeta para hacerle creer que te voy a matar si no me pagas un supuesto dinero que me debes – dijo Esteban tratando de hacer entrar en razón a Luis.

–Y hablando de Violeta – dijo Luis observando al hombre delgado que a pesar de no llegar a la treintena ya tenía entradas de calvicie – ¿Te va a pagar todo lo que supuestamente yo te debo?

–Dudo que vaya a pagar nada, como dudé que su familia tuviera dinero y de tenerlo no creo que ella lo pida. Deberíamos dejar las cosas como están, que siga pagando a plazos, es un dinero seguro todos los meses y fácil.

– ¿Qué lo deje como está? – preguntó Luis casi escupiendo las palabras y elevando la voz – Esa zorra me ha estado jodiendo la vida con su brujería. Recuerda toda la mala suerte que he tenido estando con ella.

– ¿Cómo sabes que es bruja? – cuestionó Esteban ya cansado de la obsesión de Luis por la chica.

–Por favor, Esteban, no me cabrees, claro que es bruja. ¿O es que te la quieres follar y por eso no quieres que la matemos?

–Creí que querías sacarle dinero no matarla – contestó Esteban alarmado –. No podemos ir matando a todo el mundo porque acabaremos en la cárcel.

–No, no acabaremos en la cárcel porque es una puta bruja que están buscando nuestros nuevos socios para matarla. Lo harán ellos y no se enterará nadie.

–Está bien, lo que tú digas.

Capítulo 19.

Ezequiel entró en el coche tras acomodar a Violeta en su asiento. Acababa de hacer un par de llamadas antes de poner el coche en marcha y dirigir la palabra a Violeta.

–No hay ningún circo cercano, ningún sitio donde podría escapar un león. Pero no fue una alucinación porque tu rasguño es real – dijo Ezequiel sin girar la cabeza.

–Ezequiel, yo no sé qué me pasó – dijo Violeta angustiada – Todo parece una pesadilla.

–No te preocupes, si eres inocente y alguien ha pretendido hacerme creer que eres una bruja lo descubriremos y pagará por eso – replicó Ezequiel en tono duro.

–Pero yo no creo en las brujas. Es una locura.

–Si no lo eres no debes preocuparte – le comentó Ezequiel sin ánimo de consolarla –. Lo que ocurrió en el lago era un caso de brujería, el agua haciendo extrañas formas. Bien podrían haberte drogado y ser otra persona la que estuviera haciendo magia con intención de desviar mi atención de la verdadera bruja.

– ¿Y si fui yo sin saber que puedo hacer esas cosas? ¿Sería culpable de poseer esas capacidades? – preguntó Violeta tratando de saber todas sus posibilidades.

Durante un instante el rostro de Ezequiel mostró un rasgo de amargura. A Violeta le encantaría saber realmente qué estaba pasando por la cabeza del hombre. Averiguar cómo llegar a él, no solo por salvar su vida sino porque comenzaba a entender la soledad en la que ese hombre se encontraba. Los tormentos que podía tener en la cabeza. Podían haberse ayudado mutuamente. El beso que se dieron fue electrizante. Existía una sintonía entre ellos difícil de explicar y entender. Lo percibió el primer momento en que lo vio, pero quiso negarlo, incluso antes de verle llegar a la iglesia el día de la tormenta sintió que todo su ser se estremecía. Nunca había sentido nada igual, despertó su mente y sus pasiones. Sintió mucho miedo de que esos sentimientos le llevaran a la ruina y quiso huir, pero no pudo, no podía escapar, incluso si Ezequiel resultaba estar loco y el fin era su muerte, ella no tenía salidas. Deseaba fundirse en un último beso antes de morir.

Durante unos segundos Violeta rememoró y saboreó esos instantes en los que se había sentido más viva que nunca. Luis le había estrujado tratando de anularla, hacerla a su imagen y semejanza, como si te quisieran meter en un traje que no es tuyo y pretender que quepas y te quede bien. Ezequiel, sin embargo, no había tratado de anularla y esconder lo que ella era, había cogido una mecha y la había encendido para que toda su esencia saliera y brillara, sus sentimientos fueran libres para recoger la euforia que le producía la libertad de ser ella misma. Violeta observó el rostro de Ezequiel mientras conducía. Cualquier cercanía con ese hombre, lejos de producirle rechazo, aun habiendo estado atada y amenazada de muerte, le producía una excitación que se alejaba en mucho a la normalidad. Tenía que desterrar esos pensamientos, lo que sentía era enfermizo, tanto como la locura de Ezequiel que se creía un inquisidor y podría ser peligroso, incluso matarla. Apartar las emociones que Ezequiel le producía era como arrancarse el cerebro y arrojarlo a la basura. Era obvio que ni siquiera era mutuo, porque de ser así, no le habría atado, o sí lo habría hecho, pero en otro contexto y a Violeta el deseo le estaba nublando la razón. Ella debía centrarse, tratar de escapar, buscar una forma de detener a Ezequiel. Iban a ir al pueblo, debía haber una forma de solucionar todo sin que su familia saliera perjudicada, de momento

no se le ocurría más que seducir a Ezequiel y lo que comenzó siendo una absurdez concluyó siendo la única salida que le quedaba. Pero, ¿cómo iba a seducirlo? Violeta no era el estilo de mujer que se lanzaba a por los hombres, más bien de las que sonreían agradablemente y él era el que atacaba.

No debía ser tan complicado, muchas mujeres lo hacían y les iba muy bien, francamente mejor que a ella. Lo único que debía hacer es despertar su deseo como él despertaba el suyo, pero Violeta desconocía cómo le había ocurrido a ella y desconocía qué debía decir o hacer sin parecer obvia.

Le observó mientras conducía y le dedicó una sonrisa agradable, ese sería un buen comienzo si no fuera porque Ezequiel miraba la carretera. Violeta suspiró levemente, alguna fórmula debían tener las mujeres que siempre conseguían sus propósitos con los hombres. Solo tenía que llamar su atención de alguna forma, ya le gustaba, le había besado, tenía ese terreno recorrido.

–Ezequiel – le llamó Violeta tratando de que prestara atención a su sonrisa –. Me gustaría colaborar contigo en todo lo que necesites, porque soy inocente. Debe existir alguna explicación a todos los sucesos. Como bien dices, alguien puede querer implicarme.

Ezequiel la miró brevemente sin decir nada. Violeta había usado un tono de voz dulce y se había girado hacia él de tal forma que podía ver parte de su escote.

–Tú no harías daño a alguien inocente, ¿verdad? – continuó Violeta mostrándose encantadora.

Ezequiel la observaba de reojo y cuando dijo que no haría daño a un inocente, Violeta creyó ver en su rostro una mueca de desagrado, parecía que tenía algo de conciencia. No podía demostrar su inocencia sin creer en las locuras de Ezequiel, casi era mejor seducirle que seguir por ese camino, probablemente ya lo había hecho una vez, puesto que se habían besado, tan solo debía seguir los mismos pasos que entonces. Cuando se besaron ella no tuvo que hacer mucho, surgió, no pudo decir que no, tan solo la cercanía lo provocó. Violeta se acercó bastante a Ezequiel y colocó la mano suavemente sobre el volante. Él la miró levemente de nuevo, pero no hizo nada por apartar su mano, ella le volvió a dedicar una sonrisa dulce.

–Ezequiel, tengo miedo. Hay muchas cosas que me han ocurrido en las

últimas horas – confesó Violeta optando por la sinceridad como arma –. Eres un hombre inteligente, ¿de veras crees que yo te podría engañar si fuera la bruja malvada que dices? Me besaste, te gustó y a mí.

–Y creíste que iba por ahí besando a todas – contestó Ezequiel a modo de queja.

–Tenía miedo de que jugaras conmigo, no me puedes culpar de tener miedo e inseguridad cuando tú ahora mismo estás haciendo lo mismo, no confías en mí y temes que te esté engañando.

–No es lo mismo, yo te vi haciendo magia – le acusó Ezequiel que no había apartado la mano de Violeta del brazo.

–Y yo te vi besando a otra, una gran evidencia.

–Yo no la besé – se defendió Ezequiel –. Las cosas no son como parecían, tú solo viste una parte.

–Y tú también, llegaste justo para sacar conclusiones precipitadas, las cosas no son lo que parecen – dijo Violeta percibiendo que Ezequiel dudaba ante el razonamiento –. Me besaste, te gustó, algo dentro de ti confió en mí y algo dentro de mí confió en ti y de pronto vinieron los miedos, las inseguridades, comenzamos a pensar y todo se fue al traste.

Ezequiel miraba dudoso a la carretera, Violeta observaba su gesto, parecía ablandarse. Su mano se posó sobre la de ella y la acarició levemente, casi amorosamente durante unos segundos. Violeta se estremeció, percibió a través de esa caricia la pasión controlada del hombre, deseó que dejara de resistirse, que parase el coche y la liberase hasta que ambos se consumieran en sus deseos.

–En realidad, me cuesta mucho creer que seas una bruja a pesar de las evidencias – confesó Ezequiel con una voz ronca y entrecortada cargada de deseo reprimido –. Si lo eres ... no quiero saber cómo me va a afectar la situación y si no lo eres, después de todo lo que estoy haciendo y a lo que te voy a someter para comprobarlo, me vas a odiar y con razón.

– ¿No hay un tercer camino?

– ¿Cuál, Violeta? – preguntó Ezequiel mirándola brevemente sin dejar de

tener un ojo en la carretera.

–Yo no sé qué me ha pasado, no creo en la brujería, pero, aunque me enterase mañana que soy una bruja, yo seguiría siendo la misma persona. La Violeta que le encantan los niños y los animales. Que se metió en un lio tremendo por ayudar a un supuesto novio para que no le hicieran daño. No soy mala, soy imbécil – dijo Violeta observándole con unos ojos grandes y brillantes –. Si fuera una bruja, no sería una bruja mala como las que tú pintas, sería una bruja imbécil.

–No existen brujas buenas, la brujería corrompe. Si hubiera la posibilidad de que fueras bruja deberías renunciar a ello o seríamos enemigos, enemigos mortales.

– ¿Y cómo se renuncia a algo que uno es? – preguntó Violeta.

Ezequiel apartó bruscamente la mano de Violeta de su brazo y volvió a su postura fría y distante. Violeta se sintió como si le hubieran arrojado agua fría en la cara. Por un instante creyó que podrían entenderse, incluso continuar con el romance que apenas habían comenzado. No sabía en qué había metido la pata y parecía que Ezequiel no estaba dispuesto a explicar nada. Violeta le observó con tristeza, sentía un vacío grande, deseaba llorar, ya no solo por el secuestro y las acusaciones a las que le había sometido sino porque se habían distanciado de nuevo cuando por un segundo creyó que se volverían a besar. Ya se había resignado a soportar el mutismo de Ezequiel cuando éste giró la cabeza para hablar.

–No vuelvas a intentar una treta semejante – dijo con voz dura –. Llegaré al fondo de todo y no dudes que seré estrictamente justo. Soy un inquisidor y tú una sospechosa de realizar brujería, no olvides el abismo que en este momento nos separa.

Violeta miró casi llorando por la ventanilla. Había quemado la mejor carta que tenía para salir de esa situación tan mala, incluso de hacer recapacitar a Ezequiel. Pero quizás había sobreestimado a Ezequiel, le había creído una buena persona y no un psicópata asesino como lo que podría ser. ¿A cuántas mujeres habrá matado bajo la supuesta sospecha de brujería en su locura? Y ella creía estar enamorada de ese monstruo. Lo único que le quedaba hacer para salvarse era luchar con todas sus fuerzas contra él,

escapar, hacer lo necesario para sobrevivir, incluso, si no le quedaba otro remedio...matarlo.

Capítulo 20.

Violeta bajó del coche cuando Ezequiel le abrió la puerta, estaban de nuevo cerca de la charca de las ranas. Ya no quedaba ninguna de las chicas que habían ido a la prueba, pero aún había mucha gente recogiendo y preparando focos. Ezequiel observaba detenidamente la escena y se pegó mucho a Violeta para hablarle en voz baja. Violeta sintió un estremecimiento al sentirle tan cerca y tuvo que decirse a sí misma que era un loco asesino que deseaba matarla. No podía huir, al menos no cuando estaba tan cerca y con una amenaza sobre su familia. No, huir solo provocaría que matara a la gente que quería, la única solución era matarlo antes. Tan solo pensar en esa posibilidad se estremeció más que con la cercanía de Ezequiel. Ella no era capaz de matar ni a una alimaña, cuanto menos a un hombre que le gustaba tanto como Ezequiel, pero ¿qué iba a hacer? ¿Ser una víctima y dejar que la matara o amenazara a su familia?

–Observa bien a todos – le susurró Ezequiel manteniéndose pegado a ella
– Cuando la veas me dices quien es.

–Me dijo que se llamaba Alba...

–Si te dio una infusión, ¿qué hiciste con el vaso? – preguntó Ezequiel tratando de evitar a la gente.

–Eso sí lo sé – contestó Violeta tras pensar brevemente –. Tenía la taza en la mano cuando te acercaste a decirme que ibas a hacerme fotos, debiste verla, estaba a mi lado.

–No me fijé, hay mucha gente a mí alrededor cuando trabajo. ¿Qué hiciste con la taza?

–Ella esperaba que se la diera, pero yo aún no la había terminado así que te seguí hasta el claro donde ibas a hacerme las fotos. Debí dejarla en algún lado en esa zona.

Violeta se dirigió hacia el lugar donde fue a hacerse las fotos, seguida muy de cerca por Ezequiel. Se agachó próxima a los matorrales y buscó hasta que encontró la taza.

–Mira, aquí está – dijo Violeta tras buscar un rato tendiéndole la taza a Ezequiel.

Ezequiel tomó la taza y la inspeccionó con cuidado. Primero; se la acercó para olerla y luego; mojó un dedo en lo que quedaba de líquido. Pasó el dedo por la lengua tratando de averiguar qué ingredientes eran.

–Esto es una pócima. Lleva beleño y mandrágora – afirmó Ezequiel.

–Entonces, ¿soy inocente? – preguntó Violeta esperanzada con que pudiera volver a casa, aunque no podía evitar que una parte de sí misma deseara pasar mucho tiempo con el hombre, aunque no de la forma en la que él pretendía actualmente.

–No, aún no hemos verificado tu historia, y aunque esto sea una pócima, y alguien, como tú afirmas, te lo haya dado ignorando tú misma lo que estabas bebiendo, desconozco lo que hace esta poción o si fuiste tú la que hizo magia.

–Y, ¿cómo vamos a demostrar eso? – preguntó inquieta Violeta.

–Investigando – contestó Ezequiel que estaba hablando en exceso con una acusada de brujería, lejos de su costumbre –. Empezando por encontrar a la mujer que afirmas que te lo dio y analizando qué es esta pócima.

Violeta observaba a cada persona que iba de un lado a otro recogiendo algunas cosas, dedicándose a buscar planos más interesantes para el anuncio y se encogió de hombros.

–No la veo, quizás se haya ido ya.

–Es posible, pero pon interés, de eso depende lo que decida hacer contigo, de las pruebas.

– ¿Y si no son concluyentes? ¿Existe la presunción de inocencia o eres de los que queman preventivamente? – le preguntó Violeta en tono desafiante.

Ezequiel se quedó silencioso unos segundos, Violeta percibía que había dicho algo que le afectaba. Quizás era el hecho de hacer daño a inocentes.

Debía aprovechar cualquier ventaja, llorar y suplicar no le había servido de nada.

–Siempre acaban apareciendo pruebas concluyentes – acabó diciendo Ezequiel.

–Sí, supongo que es una buena excusa para asesinar a inocentes – continuó Violeta en el mismo tono desafiante –. Las supuestas “pruebas concluyentes” ¿A cuántas personas has matado así?

–Ya basta de discutir – atajó Ezequiel a punto de perder la paciencia –. Los que yo ajusticio pueden ser de todo, pero jamás inocentes.

–Lo que tú digas – respondió Violeta insolentemente –. Tú te crees mejor que nadie y digno de juzgar a quien quieras en base a tus locuras. ¿Qué mal he hecho yo bruja o no para que merezca la muerte? Lo peor que he hecho en mi vida es quitar caramelos a mis compañeras de guardería, y si es verdad que disciernes la verdad de la mentira sabes que lo que digo es cierto. Me matas y luego qué. ¿Apareceré en tus pesadillas todos los días de tu vida preguntándote por qué me robaste la vida? ¿No es un pecado matar en tu religión?

– ¡Violeta! Me vas a hacer perder la paciencia.

Ezequiel estaba muy cerca de Violeta y le miraba con severidad. Violeta estaba a punto de alzar un dedo para replicarle cuando Verónica Reyes se acercó. La mujer llevaba un vestido que le daba un aspecto etéreo con su cabello rubio ondeando en bucles. Violeta pensó que había debido pasar un infierno entre peluqueros. Ezequiel se acercó un poco más a Violeta cuando vio llegar a Verónica.

–Recuerda lo que te he dicho –susurró casi al oído de Violeta –. No intentes escapar ni decir ningún inconveniente.

Violeta se limitó a dedicarle una mirada furibunda mientras Verónica llegó hasta ellos.

– ¿Interrumpo algo? – preguntó Verónica dedicándole a Ezequiel una sonrisa coqueta.

–No, discutíamos sobre unas fotos que tengo que sacar a Violeta.

–Hazle caso en todo – dijo Verónica con voz agradable –. Es el mejor fotógrafo que haya conocido.

–Sí, todo lo hace muy bien – dijo Violeta en tono sonriente –. Es una suerte que esté entre nosotros.

–Bueno, ¿qué hay de la cena, Ezequiel? – preguntó Verónica cambiando abruptamente de tema.

–Hoy no puede ser, tengo muchas cosas que concluir aún – respondió Ezequiel con una sonrisa amable hacia Verónica que provocó celos en Violeta. Ezequiel exhibía un rostro radiante y cautivador que le hacía parecer muy atractivo, lejos de su actitud seria e inquisitorial.

– ¿Eso quiere decir que otro día o que nunca? – preguntó Verónica coqueteando descaradamente.

Ezequiel soltó una leve carcajada respondiendo con la mirada al coqueteo de Verónica. Violeta no podía evitar sentirse celosa. Verónica era muy hermosa, cualquier hombre querría pasar una noche con ella y solo le detenía un asunto de brujería. Violeta debería estar contenta con que mirara a cualquier otra, pero se sentía mal y triste.

–Eso quiere decir otro día, no puedo rehusar esa invitación sin estar loco – dijo Ezequiel devolviendo el coqueteo.

– ¡Genial! Como vamos a estar mucho tiempo por aquí será fácil quedar.

–Sí, habrá huecos en nuestras apretadas agendas. Por cierto, Verónica, ¿conoces a una mujer que trabaja por aquí que se llama Alba? – preguntó Ezequiel en tono casual.

–Sinceramente, yo veo a uno y a otro pasar, un peluquero, una maquilladora, un ayudante de lo que sea, pero desconozco nombres y suelo ser despistada, si me preguntas si me ha peinado una mujer o un hombre no sabría decirte.

–Es lógico – respondió Ezequiel justificando a Verónica –. Bueno es un placer pasar tiempo contigo, pero debo acabar de hacer las fotos a esta señorita antes que se vaya el sol.

–Entonces, quedamos en que me debes una cita – dijo Verónica

coquetamente guiñándole un ojo.

–Claro que te debo una.

–O dos – continuó Verónica con el coqueteo que parecía que no iba a acabar nunca.

Ezequiel se rio y no contestó. Violeta estaba al borde de estallar. Eran descarados. Al final el tópico iba a ser verdad, todos los hombres eran iguales, tan solo les gustabas para pasar un rato, te engañaban haciéndote sentir especial cuando eras un mero objeto sustituible. Ya había sufrido bastante con Luis para repetir con un casanova.

– ¿Vamos a ver si encontramos a esa Alba? – preguntó Ezequiel en un tono más abrupto dirigiéndose a Violeta.

Violeta no se dio cuenta de que Verónica se había ido. Debía mantener la boca cerrada, después de todo no era su novio, de hecho, no era nada, si acaso su secuestrador psicópata, pero la tensión le aprisionaba y no pudo callarse.

–Veo que ligas con todas – dijo Violeta finalmente.

–No, no ligo con todas, hago mi trabajo – respondió el hombre con un gesto serio que le confería un aire atractivo.

–Y en tu trabajo... ¿entra lo de engañar a mujeres haciéndoles creer lo que no es?

–En mi trabajo entra buscar a esa Alba que dices que te dio la pócima para demostrar que no te has vendido a poderes infernales.

El comentario acerca de los poderes infernales le devolvió de nuevo a la realidad. Tenía que olvidar los celos y los sentimientos que le causaba Ezequiel para encontrar una solución a su situación, dado que él no razonaba.

Capítulo 21.

El tiempo se le echaba encima y se sentía disgustado dejando a Violeta sola encerrada como si fuera una rehén, pero si quería ayudarla, y ya no solo a salvar su vida sino a alejarla de las tramas del Aquelarre Oscuro que podía

arrastrarla hacia un camino tenebroso sin vuelta atrás, debía demostrar su inocencia y para ello necesitaba analizar la pócima, motivo por el que se había citado con Jacques. Aun así, estuvo en conflicto interno todo el camino; Violeta parecía decir la verdad en todo, lo detectaba y hasta ahora ninguna bruja había podido engañarle. Las evidencias decían otra cosa muy distinta, le había visto realizar un conjuro, uno muy elaborado, no podía ser un acto de una novata que jugaba con sortilegios de un libro que apenas sabe leer porque está en latín. Sin embargo, le decía la verdad y aún recordaba aquella otra mujer que su mentor quemó sin pruebas concluyentes. Jamás olvidaría los ojos de la mujer aterrada, apenas de la edad de una de sus hermanas, había depositado su fe en Dios y en los siervos de Dios y estos la habían entregado a la muerte tan solo guiados por la palabrería de vecinas que le guardaban envidia y rencor. Ezequiel no podía dañar un inocente, se lo juró a sí mismo, él no era su mentor que además, resultó ser un siervo del maligno infiltrado en las filas de Dios. Debía apurar todas las pruebas y datos. Respiró profundamente, Dios le ponía a prueba. Al principio, cuando supo lo que posiblemente era se sintió traicionado y engañado, deseaba hacer daño a Violeta, pero conforme se fue relajando la situación se dio cuenta de que la seguía deseando, incluso con más ímpetu que antes. Tuvo que controlar varias veces la tentación de liberarla y decirle corre y no mires atrás, o sencillamente abrazarla y besarle, su vulnerabilidad le afectaba, sus llantos, sus peticiones, para él era una mujer indefensa que deseaba proteger. Su cercanía le excitaba mucho, hubiera deseado ir con ella de la mano o abrazado, poder jugar con sus bellos rizos, hacerle millones de fotos que pegaría a un mural que contemplaría durante horas. Su espíritu se estaba debilitando, no podía hacerle daño y la única alternativa que le quedaba era que fuera inocente, porque si no lo era él estaba acabado y su alma perdida. El implacable Inquisidor negro, pensó irónicamente, dedicado a su trabajo durante siglos, acabando con los planes del maligno una y otra vez, incluso a las brujas novatas le decían, sé discreta o el inquisidor negro te arrastrará hasta el peor de tus infiernos. Él era el hombre del saco de los que iban por mal camino abusando de la magia. Al que no le importaba sus llantos o sus excusas y una vez declarado culpable, nadie te eximiría de un tormento inimaginable. Y ahora se derretía por una de sus acusadas de brujería a la que no era capaz de hacer el más mínimo daño, y quería confiar en que era porque su capacidad de cazador le alertaba sobre su inocencia, a parte de sus

sentimientos personales. Le costaba creer que sería tan idiota de enamorarse de una bruja negra, su intuición le habría alejado de ello, él solo podía enamorarse de alguien bondadoso.

Giró el volante para llegar al restaurante de carretera que había junto a una gasolinera en el que había quedado con Jacques. Sentía temor de hablar del caso con él, dado que Jacques era muy perspicaz y se iba a dar cuenta de sus dudas y quién sabe si no percibiría su debilidad por Violeta y lo atractiva que la encontraba. Temía que le quitara el caso y se lo diera a otro. Debería sentir alivio ante ese evento, pero no era así, no quería que un cazador menos preciso que él se encargara de Violeta y con los datos que había sobre ella la declarara culpable. Y, por otro lado, sentía la necesidad de estar cerca de Violeta, a veces incluso de consolarla, pero eso no era posible, debía mantener la distancia. Aunque algo dentro de Ezequiel le decía que Violeta era inocente, no era una opinión muy fiable ante los demás porque no era objetivo y si Jacques detectaba eso le sacaría del caso.

Si alguien era capaz de esconder sus sentimientos era él, y debía tener cara de póker, tratar el tema como si fuera un caso cualquiera. Violeta podía ser una gran mentirosa y una bruja experimentada capaz de combatir sus poderes de cazador evitando el escrutinio. Cuando la vio en la charca fue lo primero que pensó y se enfureció, no soportaba la idea de haber sido engatusado por una bruja, haber creído que era un ángel de ojos bonitos y mirada tierna cuando tras ella ocultaba una bruja. Ahora muchos datos encajaban, le habían suministrado una infusión dudosa, quizás la querían culpar y distraer su atención de la verdadera bruja.

Aparcó el coche en un hueco entre otros, no era una carretera muy transitada, así que no esperaba que estuviera el lugar lleno de gente. Guardó las llaves tras cerrar el coche y se dirigió al establecimiento. Al entrar visualizó varias mesas ocupadas y pudo localizar a Jacques sentado al fondo en una zona más oscura. Jacques era el líder indiscutible de los cazadores, de temperamento explosivo y poca paciencia, era temido y apreciado al mismo tiempo. Ezequiel a veces se preguntaba cómo había adquirido Jacques todas esas cicatrices, pero a este no lo gustaba hablar de su pasado, esquivaba el tema y podía llegar a enfadarse si insistías.

Jacques clavó su mirada en Ezequiel, este saludó secamente y se sentó.

Ezequiel tenía fama de ser excesivamente taciturno entre los mismos cazadores, así que una reunión entre Jacques y él, a menos que fuera de trabajo, podría ser un rato muy silencioso.

– ¿Qué tal va todo, Jacques? – preguntó Ezequiel a modo de saludo mientras se sentaba.

– Supongo que Arnau te ha puesto en antecedentes – dijo el líder de los cazadores.

– Me habló de una mujer que cazaba brujas y que tenía poderes de...

– Sí tiene poderes es una bruja – atajó Jacques cuyo odio visceral hacia las brujas excedía al de los demás.

– ¿Una bruja que caza brujas? – preguntó con extrañeza mientras miraba una carta de restaurante que no iba a leer porque ya sabía lo que pediría.

– Lo raro es que no se hayan matado entre ellos mismos antes. ¿Crees que no se traicionan unos a otros en su escalada hacia el poder? – replicó Jacques con gesto amargo.

– Es posible. ¿A quién has encargado el asunto al final?

– A Arnau – contestó Jacques observando a Ezequiel –. ¿Y qué hay de lo tuyo?

– Aún no tengo pruebas concluyentes, tan solo una joven a la que le dieron una poción y actuó rara a consecuencia de ello – le informó Ezequiel tratando de restar importancia al suceso.

– ¿Rara? – preguntó Jacques pidiendo más explicaciones.

– En la zona hubo signos de brujería, pero era el lugar donde estaban todas las modelos y equipo de Ninfa. Cualquiera podía haber sido y a la modelo sobre la que recaían las sospechas le dieron una infusión a base de mandrágora – Ezequiel le miró serio tratando de ocultar la cantidad de emociones que le provocaba todos esos sucesos.

– ¿Qué poción? – indagó Jacques.

– Esta – dijo Ezequiel sacando la muestra que había guardado en un tarro.

Jacques la tomó con curiosidad. Primero giró un poco el bote donde la

llevaba para discernir el color y la espesura. Luego la abrió con cuidado y olió el contenido y finalmente la probó.

–Esta pócima no es para embrujar a nadie sino para potenciar las capacidades que se tienen innatas. Se usa mucho para iniciar a jóvenes en un ritual – dijo Jacques con mucha familiaridad sobre el asunto.

– ¿En el ritual de iniciación? Eso requiere un aquelarre, en una fecha determinada – indagó Ezequiel que estaba más versado en brujas veteranas que en iniciadas.

–Exacto – aclaró Jacques –. No tiene sentido que se lo den así sin más, a menos que lo que deseen es potenciar capacidades que ya se tienen.

Ezequiel se quedó silencioso y pensativo, no tenía muy claro qué tipo de persona era Violeta y si debía contarle lo que pensaba a Jacques, después de todo, aún no tenía pruebas definitivas.

– ¿Qué ocurriría si le dieran esa pócima a una mujer normal? ¿O si tuviera algún poder dormido de bruja? – preguntó Ezequiel tratando de buscar otras alternativas – Si ella fuera una bruja voluntariamente no necesitaría que le dieran esa pócima en medio de un casting con efectos impredecibles....

– ¿A dónde quieres ir a parar? – Atajó Jacques tratando de que se centre en el problema.

– Lo que quiero decir es que debe haber millones de mujeres con ciertas capacidades que nunca desarrollan ni quieren hacerlo. ¿Si está pócima se la dan a la fuerza a una de estas mujeres qué pasaría?

– Supongo que se convierte en una bruja – concluyó Jacques tras pensarlo un rato.

– ¿Y ya está? ¿Te tomas una poción y te transformas en una adoradora del diablo? No puede ser tan fácil como eso – objetó Ezequiel revelándose contra la determinación hacia el mal.

– Puedo admitir que si le dan esa pócima a una mujer que tenga “dones” dormidos, temporalmente desarrolle un episodio de “brujería”, es probable que lo que haga a una bruja corrupta es el uso de un poder para conseguir sus

finés. Al final, hasta el alma más cándida acaba corrupta cuando le das un poder infinito o el suficiente para cumplir todos sus deseos – conjeturó Jacques –. Pero tan solo es una idea, lo más probable es que sea corrupta desde que nace y por eso tiene el don.

– Según esa teoría, es como la adicción a las drogas, si no las consumes no eres drogadicto – concluyó Ezequiel que nunca antes se había encontrado en un caso semejante; una bruja que no quisiera ser bruja voluntariamente.

– Demasiado simplista, tan solo busca a la bruja y destrúyela. Deja la filosofía para los filósofos. Nunca hasta ahora te has planteado si lo que hacemos está mal – contestó Jacques irritado –. Por qué no lo está, tú mejor que nadie sabes las consecuencias de la brujería.

– Oh vamos Jacques, no estoy cuestionando nuestro trabajo, tan solo pretendo averiguar datos que podemos desconocer. Como qué convierte a una bruja en los monstruos que hemos conocido o si hay más tipos de brujas.

– ¿Estás perdiendo objetividad en este caso? Puedo encargárselo a otro si necesitas unas vacaciones.

Ezequiel refrenó sus argumentos, había ido demasiado lejos y Jacques comenzaba a sospechar que podía existir una implicación personal entre sus motivaciones. Si no reconducía el asunto le asignaría la labor a otro.

– No – respondió con seriedad –. Tan solo me interesa saber esas respuestas para conocer a nuestro enemigo y cumplir mejor con la misión que Dios nos ha encomendado.

Jacques soltó una carcajada sonora.

– Por un segundo pensé que te habías unido a una ONG para la protección de brujas.

– Eso está tan lejos como de hacerme ateo – respondió Ezequiel tratando de restar seriedad a las sospechas de Jacques

– ¿Qué más me puedes contar?

– Este pueblo es... extraño. Sucesos insólitos que no le llama a nadie la atención, pero cuando les interrogo al respecto sé que ocultan sus verdaderas opiniones. Parece que son muy buenos jugando a las quinielas, incluso llegué

a conocer un alquimista...

– Bueno – interrumpió Jacques –. Hoy en día cualquiera que se haya leído varias webs de internet sobre los homúnculos de Paracelso se cree alquimista

– Es posible, pero en este pueblo no se mueve ni una hoja sin que el club de costura dé el visto bueno. Un grupo de damas del pueblo que parece ser que, o bien son muy listas haciendo estimaciones del futuro, o poseen ciertas cualidades precognitivas.

Para un hombre criado en un ambiente medieval como Ezequiel, el hecho de que las mujeres manden en un lugar casi sin ser cuestionadas podría suponer uno de las señales más claras de brujería.

– A veces la brujería se confunde con casualidades o hechos explicables – razonó Jacques mientras se tomaba la cerveza que le habían puesto.

– Ya, por eso es una misión complicada.

– ¿Y tu próximo movimiento?

– Iré a la iglesia a meditar – contestó Ezequiel apurando su bebida – Quiero averiguar más datos sobre el pueblo para saber la implicación que tienen todos con el Aquelarre Negro y recabar más pistas. Es posible que el sacerdote esté informado de muchos asuntos del pueblo.

–Sí, es lógico. Ese siempre suele ser tu primer movimiento, visitar iglesias locales, ¿qué te ha hecho cambiar tu rutina?

–Los sucesos se han precipitado, incluso tuve que deshacerme de dos demonios que habían sido invocados, lo cual, no me dejó duda de que el hombre que interrogué nos dijo la verdad, el Aquelarre Oscuro está en el pueblo y pretende algo. Por eso, no es tan simple como encontrar una novata y decidir si es bruja porque una novata no invoca demonios, y está el dato que me dio Arnau sobre el hijo de la reina oscura. No puedo precipitarme, si lo hago se me escaparán todos – razonó Ezequiel satisfecho de su explicación a Jacques, que no dejaba de ser la verdad, al fin y al cabo.

–Espero que lo resuelvas pronto – concluyó Jacques mientras Ezequiel se levantaba de la mesa para continuar con su trabajo.

Capítulo 22.

Violeta trataba de quitarse las presillas de las muñecas estirándolas todo lo que le era posible, pero lo único que conseguía era hacerse daño. Molesta gritó de rabia aunque sabía que nadie la oiría, estaba sola y Ezequiel no había regresado aún, al menos no oyó el sonido de ningún coche.

Cerró los ojos unos segundos, respiró pausadamente para evitar un ataque de pánico, bueno uno más. Necesitaba la mente serena para urdir un plan. Liberarse de las presillas era impensable, lo más que conseguiría era hacerse una herida. Intentó mover la silla pegando pequeños saltitos, quizás si conseguía algo afilado cerca de la mesa podría cortar la presilla y salir corriendo. Nunca fue una gran gimnasta, pero ahora no podía fallar, dio un par de saltitos con la silla cuando al tercero se cayó casi de bruces al suelo bocabajo. Volvió a gritar, esta vez de dolor y giró el cuerpo para quedarse colocada bocarriba.

Frustrada estudió la sala, era un sótano con humedad, vacío salvo por la silla y una mesa vieja de madera podrida. Ezequiel había tenido la atención de dejarle una luz encendida para que no tuviera miedo y no era de extrañar, el sitio estremecía los huesos, suerte tendría sino se topaba con ninguna rata. Ezequiel sí que sabía preparar una cita romántica.

Trató de pegarse bien a la silla para no rozar con la piel el suelo que estaba lleno de agua debido a alguna gotera que había logrado que se enfangara todo el sótano. ¡Qué asco! Pensó para sí misma “Y encima dos horas de peluquería echadas a perder” Bueno, el pelo en este momento era el menor de sus problemas, pasar de ninfa a rata de alcantarilla no era un problema siempre que se mantuviera viva. En un principio Ezequiel la había llevado a una habitación en la primera planta limpia y bien amueblada, pero debió pensar que dejarla sola ahí no era buena idea si se ponía a gritar y por casualidad un coche llegaba a la zona inhóspita donde estaban y la escuchaba, así que la bajó al cochambroso sótano.

Violeta volvió a estremecerse, pero esta vez ante la idea de las ratas. Giró la cabeza cuanto pudo para mirar hacia el agua turbia, no sabía si sería capaz de discernir una alimaña entre tanta suciedad y tan poca luz, pero debía al

menos intentarlo.

Conforme miraba en el agua, esta se hacía cada vez más cristalina hasta parecer que miraba en un espejo. Se asustó levemente, aun así, mantuvo la calma. Quizás seguía bajo el efecto de la droga que le dio Alba. Esa maldita lianta que le había metido en todo este lío, y encima ni tan siquiera trabajaba para Betila. Violeta se sentía estúpida por haber confiado en esa mujer. Todo iba bien en su vida, incluso tenía una cita apalabrada con Ezequiel que rápidamente pasó de un restaurante de moda a un sótano mugriento por culpa de esa “infusión”, pero por otro lado, Ezequiel tampoco había resultado ser lo que parecía. ¿Qué tipo de hombre cree en brujas y las asesina? Por un tiempo incluso llegó a fiarse de las cartas de Carolina, “tu media naranja”, si Ezequiel era su media naranja quizás era hora de meterse a monja, y respecto a eso, en lo único que Carolina había acertado es en que Ezequiel era religioso, un fanático y psicópata religioso.

Conforme Violeta maldecía su suerte con los hombres el agua comenzaba a moverse de manera extraña y vio imágenes que se formaban. Al principio creyó que era un efecto óptico hasta que tomaron tanta nitidez como si lo estuviera viendo en una pantalla led de alta definición. “No me lo puedo creer” pensó para sí misma mientras miraba perpleja. A los segundos de mirar la imagen, el agua formó una cúpula alrededor de ella y la imagen se tornó en tres dimensiones, como si estuviera allí mirando.

El lugar era un restaurante de carreteras donde suelen parar camiones, autobuses y demás viajeros que desean reposar de las arduas horas al volante. Violeta sabía cuál era, “La Venta Carrasco” y ella estaba en la puerta de su tridimensional imagen, sin ataduras ni silla. Se miró a sí misma y se vio con la misma vestimenta e igual de magullada. Se acercó al restaurante y entró.

Violeta observaba el lugar con perplejidad, las paredes, los asientos, parecía todo muy real pero cuando pasó la mano por una de las sillas se transformó en neblina y tan pronto como la quitó se volvió a formar con nitidez. Sonrió sorprendida, sin duda era efecto de la bebida. ¿Qué otra explicación habría? Quizás una especie de LSD y ahora estaba teniendo la alucinación más real de su vida, la parte positiva era que ya no tendría que pasar el tiempo en el sótano, al menos mentalmente.

Se adentró por el establecimiento hasta que se fijó en que Ezequiel estaba en una de las mesas más apartadas. No estaba solo, un hombre alto que sería bien agraciado si no fuera por las muchas cicatrices que tenía estaba tomando una cerveza con él.

Se acercó tímidamente temerosa de que no fuera una alucinación y la vieran hasta ponerse en frente de Ezequiel. Parecía evidente que no se fijaban en ella, incluso llegó a poner la mano sobre el brazo de Ezequiel y sonrió cuando parte del hombre se transformó en neblina y se rehízo al quitar la mano. Mientras tanto, las dos figuras continuaban hablando ajenas a cualquier cosa que Violeta hiciera

Hablaban sobre la poción que le dio Alba. Claramente la charla iba sobre ella y sobre si era bruja. Al parecer esos dos estaban juntos en la misma secta de locos que buscaban mujeres supuestamente brujas para quemarlas. Hasta en su alucinación le aparecía esa locura.

Escuchar atentamente la conversación que estaban teniendo era un poco complicado cuando tenía a Ezequiel delante sin sentir ningún tapujo por mirarle de arriba a abajo. Los pantalones se ceñían sobre las piernas al estar sentado y se fijó que estaba musculoso, debía hacer mucho ejercicio. Se tuvo que recordar varias veces que era un psicópata y aún así, no podía dejar de mirarle. Se había enamorado como una estúpida.

Volver al pueblo tan solo le había acarreado problemas; encontrarse con Luis, las amenazas de Esteban, enamorarse de un psicópata. Violeta se comenzaba a preguntar si la vida de todo el mundo era tan complicada como la suya o tenía un imán para los problemas. Trató de dejar de mirar a Ezequiel para centrarse en la conversación de locos que estaban teniendo y rezaba a Dios para que este no fuera el turismo esotérico que esperaba su hermana. Quizás fuera hora de contarles todo a sus padres, llorar, implorar indulgencia y que le ayudaran a resolver su deuda. Pero, ¿cómo metía a su familia en ese lío? Iba a decepcionar a todos, pero mejor eso a acabar muerta, si no era ese su destino ya.

Estaba divagando de nuevo, y recordar los sucesos que habían torcido su vida no le hacía bien. Trató de enfocarse en el lugar, en cómo era su alucinación, la cual, más que una alucinación parecía un mundo hecho de

agua que se cristalizaba para dar forma a personas, objetos. En la venta había poca gente, un par de familias que habían parado en el camino sentados en mesas rústicas, y dos hombres en la barra, no parecía hora punta. Mientras estudiaba lo que le estaba ocurriendo vio a Ezequiel levantarse y dirigirse a la puerta. Tuvo la tentación de ir detrás suya para averiguar cuáles eran sus intenciones, pero titubeó unos segundos, quizás lo mejor era esperar a que la “alucinación” se le pasara, solo que entonces estaría agobiada en un sótano que daba mucho miedo, así que corrió hasta la puerta, traspasó el marco y se vio con un pie en el vacío, el lugar, la venta, todo se había esfumado, incluso Ezequiel. Violeta había dado una buena carrera hasta la puerta y el lugar desapareció justo daba ese último paso cayendo a lo que era un torbellino de agua. El miedo se apoderó de ella, pero no tuvo mucho tiempo para analizarlo, el agua estaba dando vueltas y ahora sabía cómo se sentía la ropa en una lavadora. No tuvo muy claro si gritó o tan solo pensaba hacerlo cuando el agua comenzó a estabilizarse y formar otra imagen. Una catedral blanca semiderruida emergía del caos. Violeta ya no sabía si estaba asustada o es que se estaba acostumbrado a la rareza en la que se encontraba, tan solo suspiró y se acercó hacia la catedral. El agua se cristalizaba dando forma a la visión como había ocurrido en el anterior escenario. La catedral era estilo románico con un gran rosetón con formas de aspas semidestruido, al igual que casi toda la parte superior. Conforme se acercaba a la puerta observaba como el agua formaba como si fueran ondas los arquivoltas de la estructura, la puerta estaba abierta así que no tenía que empujarla.

Se adentró por las columnas que apenas sujetaban una bóveda casi inexistente hasta el lugar donde debía estar el altar y en su lugar vio una mujer flotando rodeada por un globo de luz que la protegía. La mujer iba vestida de novia, lo pudo deducir por las flores blancas que bordeaban su cabeza, el vestido blanco, que no era el típico de una novia actual, sino que estaba ceñido y ajustado con largas mangas al estilo medieval. La mujer poseía una bonita melena negra que lucía suelta con algunos rizos que enmarcaban un bello rostro sereno. Violeta se percató de que conforme contemplaba a la mujer el lugar dejó de poseer la cualidad semitraslúcida que le infería el agua y parecía tan tangible como cualquier lugar real. Sorprendida tocó una columna que no se deformó como si fuera agua, esta vez era sólida con la textura y la frialdad del mármol.

Tan absorta se encontraba con el cambio de situación que se sorprendió mucho cuando la mujer abrió los ojos y la miró. Apenas pudo reprimir un grito de alarma y distanciarse un poco de la novia, no sabía qué pensar, ni que decir, tan solo mirarla con los ojos abiertos como ventanas.

– No puedo moverme sin romper el conjuro que me guarda, por favor acércate – suplicó la mujer casi sin mover los labios en un tenue susurro.

Violeta un poco más confiada se acercó lentamente con precaución hasta llegar al lugar donde estaba originalmente antes de que la mujer abriera los ojos.

– ¿Qué me está pasando? ¿Quién eres? – preguntó Violeta confusa esperanzada de que alguien tuviera respuestas lógicas.

– Me llamo María y como tú soy una bruja. Lo que te ocurre es que estás sintonizando con tus poderes que guardan relación con el agua.

– La brujería no existe. Solo me dieron algo en la infusión. Posiblemente cuanto me ha pasado desde que Alba me trajo la bebida hasta ahora es un delirio, me debo despertar en algún lugar en un rato y hasta Ezequiel será una persona normal – aseveró Violeta con deseos de que su razonamiento fuera verdad.

– Sabes en el fondo que lo que te cuento es verdad. A la única realidad a la que vas a despertar es a esta. Necesito tu ayuda, debes salvarme – suplicó la mujer que decía llamarse María –. No pierdes nada por escucharme y si tienes razón y no es realidad nada de lo que te cuento, pues no será más que un sueño como otro.

– Está bien, cuéntame lo que necesitas decirme.

– Soy la última bruja del Aquelarre Blanco. Antes, cuando la magia estaba en equilibrio, existían muchas brujas blancas, dedicadas a la curación, al bienestar de las personas, pero llegó un momento en el que nuestro celo en la lucha contra el mal nos llevó a una guerra sin cuartel contra el Aquelarre Negro que concluyó con nuestra casi destrucción. Soy la última que queda y si muero, el equilibrio quedará roto para siempre.

– ¿Y qué ocurrirá entonces? – Violeta sabía que no debía preguntar, cuando despertará posiblemente se reiría de este cuento, pero la curiosidad

pudo con ella.

– El mundo cada día será más corrupto y habrá pocas opciones para luchar contra ello, además de sucesos sobrenaturales negativos impredecibles. Nada podrá impedir a los que practiquen la magia negra que hagan su voluntad.

– ¿Qué pinto yo en esto?

– Eres una bruja roja, una guerrera, una sierva de la Doncella que aparece cuando el equilibrio está en peligro. Perteneces a mi estrella. Cinco brujas, cinco elementos, el tuyo es el agua. Dos doncellas, dos ancianas y una madre. Las doncellas pertenecen al Aquelarre rojo, las ancianas al oscuro y la madre, que soy yo, al blanco – María continuaba hablando casi sin mover los labios en un susurro que era complicado de escuchar.

– Pero dijiste que el Aquelarre Oscuro se había corrompido.

– No todo y no más de lo que se llegaron a corromper algunos de mi Aquelarre cuando acusaron a muchas brujas negras de hacer tratos con Satán y comenzar esta locura. Debemos purificar la magia y restituir el equilibrio.

– Eso no suena muy fácil – objetó Violeta que aún no había asumido que lo que le estaba ocurriendo era real.

– No lo es, pero antes de hacerlo tengo que salir de aquí, estoy prisionera del Aquelarre Oscuro en su mayor parte corrupto. Llevo siglos aquí encerrada protegida por mi magia, pero tarde o temprano me agotaré y mis protecciones caerán.

– ¿Siglos? – casi gritó Violeta – ¿Aquí? ¿Sin hacer nada más estar en esa especie de burbuja?

– Si, solo puedo concentrarme en mi escudo, y no me queda mucho tiempo. Debes encontrar a las otras y ayudarme a salir de aquí para purificar la magia.

– No veo cómo puedo encontrar a las otras, si apenas sé nada de magia. Creo que es muy posible que en un rato despierte de una alucinación que me ha provocado algo que me han echado en una infusión, y aún, si todo esto fuera verdad, seguiría encerrada con un psicópata que se cree inquisidor y me

quiere quemar por bruja – Violeta enumeró tan solo una ínfima parte de sus dudas.

– El destino os irá uniendo, estamos enlazadas por un vínculo místico, las reconocerás, porque al igual que tú dominas el agua, ellas dominan a la perfección su elemento.

– Bueno, en caso de que todo esto no sea un sueño aún estoy encerrada con un psicópata que dificulta que pueda encontrarme con nadie.

María se mantenía suspendida en el aire rodeada de su esfera de luz sin apenas moverse más que un leve gesto en los labios al hablar. No obstante, cuando Violeta le habló sobre Ezequiel podría jurar que la mujer había sonreído como si supiera algo que no deseaba contar.

– Ya has escapado, estás aquí. Tan solo debes acercarte al agua y pensar en el lugar donde quieres ir y llegarás. Ahora debes marcharte, no pueden descubrirte, no puedo ocultar tu presencia por más tiempo.

Violeta no discutió, entendía cuál era el final del sueño, como todas las pesadillas acababan cuando caías por un precipicio, en este caso sería cayendo al agua. Inspeccionó detenidamente el lugar hasta dar con la pila donde los sacerdotes echan el agua bendita, eso debía servir y se acercó a mirar.

Capítulo 23.

– No sé por qué se me da tan mal la costura – se quejó Carolina tras pincharse de nuevo con la aguja –. Si fuera la Bella Durmiente ya estaría frita por mil años.

Las mujeres reunidas en el salón de la casa de Clara, la abuela del alcalde, sonreían ante el comentario de Carolina. El club de costura se reunía un par de tardes a la semana en casa de la anciana mujer cuya edad hasta el nieto ignoraba. En esta ocasión Carolina había ido con la intención de aprender el arte de la costura y de paso explicar a las mujeres cómo iba la puesta en marcha de su negocio.

– No todos hemos nacidos para realizar la misma tarea– contestó Clara –. Algunas personas pasan la vida creyéndose inútiles porque no han encontrado cual es su tarea o simplemente porque sus padres les han metido en la cabeza desde niños que su trabajo es lo que ellos les indican o lo que más dinero les aporta y así nunca hacen bien nada y se sienten desdichados. ¿Pero de verdad alguien cree que la naturaleza malgasta recursos en crear especímenes inútiles?

– Pues está confirmado que coser no es la mía porque resulta que soy un espécimen inútil en coser.

– Tampoco hagas mucho caso a mi madre – contestó Nieves, la hija de Clara – No hay tarea que no se pueda aprender si uno se esfuerza lo suficiente.

– Y aunque parezca que mejora seguirá siendo una labor mediocre de la que no se sentirá satisfecho.

– Señora Clara y, ¿cuál se supone que es mi labor? – preguntó Carolina mientras se peleaba con una hebra de hilo para ensartarla en la aguja – Hasta el momento he resultado poco útil en nada de lo que haya hecho.

– Tu padre, Joaquín Fuentes, tiene un manzanal y siete hijas. Desde que correteaban por ahí, las niñas regaban asiduamente los manzanos. Esas manzanas son vendidas a mi hijo, el cual. hace la mejor sidra de la región.

Carolina se quedó mirando a la anciana esperando que acabara la historia o que le explicara para qué era buena, su destino, su karma.

– ¿Y? – dijo finalmente al ver que la anciana había abandonado la conversación y se dedicaba a dar puntadas. – ¿Mi labor es regar un manzano?

– A veces, Carolina, no es lo que hacemos sino lo que somos lo que nos define – contestó Clara – ¿Y tu hermana? ¿Cómo le va en el teatro ese que hemos consentido?

– ¡Oh genial! Está muy contenta y feliz. Va a ser una ninfa muy guapa.

– ¿Creen que se quedará en el pueblo? – preguntó Ángeles, la madre de Carolina en tono preocupado – A parte de mi marido y yo es la única que ha salido del pueblo en varias generaciones, fuera de aquí no está segura.

– ¿En serio madre? – dijo Carolina sorprendida – No puede ser, todo el mundo se va de sus pueblos. Dalia por ejemplo, yo estuve con esa niña en el colegio y cuando cumplió los doce se fue.

– Esa niña no era del pueblo – contestó Jimena, otra de las mujeres del club de costura –. Su madre fue la profesora y se marchó cuando concluyó su contrato, no nos gustaba mucho. Decía que estábamos llenos de supersticiones y no encajaba en el sitio.

– Si me acuerdo perfectamente – dijo otra de las mujeres –. Mi Paquita no daba leche cuando se acercaba, eso es muy mala señal

– Tu hija ha venido para quedarse – contestó Clara interrumpiendo un acalorado debate sobre las cualidades de la antigua maestra –. Es el motivo por el que hemos consentido que vengan todos esos forasteros a molestar con sus juegos infantiles y el motivo por el que hemos declarado un ciclo lunar de tregua entre las dos facciones.

– ¿Qué facciones? – preguntó Carolina ingenuamente.

– En este pueblo hay dos facciones, cada uno elige en cual debe estar – dijo María.

– ¿En la liga del fútbol? – preguntó Carolina, cuyas únicas facciones que conocía eran las de la liga de la quiniela y las discusiones de los hombres a causa del fútbol.

Las mujeres soltaron una carcajada y se miraron unas a otras para ver si alguna debía hablar y explicarle a Carolina.

– El mundo siempre ha girado por energías contrarias y contrapuestas – explicó finalmente Clara –. Aunque no las veas en guerra siempre lo están. Nuestro pueblo no es muy diferente en eso al resto del mundo, la diferencia es que a nosotros nos une un objetivo común por el cual ambas fuerzas están dispuestas a colaborar.

– ¿Y yo estoy en algún bando? – preguntó Carolina sin entender nada.

– No, tú siempre serás neutral igual que mi hija, mi nieta y yo. No podemos tomar partido. Pero tus padres sí tienen una facción.

– ¿Y de qué van las facciones? – trató de indagar Carolina.

– Cosas del pueblo – respondió Nieves mientras daba una puntada con suma destreza –. Historias que no son para contarlas todas seguidas o tendrás demasiado en qué pensar y ahora es necesario que te centres en tu negocio y en ayudar a tu hermana.

– Odio cuando la conversación se pone misteriosa y nadie va a desvelar mis dudas – suspiró Carolina mientras destrozaba el trozo de tela que tenía en las manos.

– Déjame que te ayude – se ofreció Ángeles –. Observa como lo hago yo y repite la puntada. No es tan complicado, mucho más fácil que hacer sidra.

– Y hablando del grupo de forasteros que tenemos en el pueblo. ¿Cuándo se van? – preguntó la señora Adelaida, la tendera del pueblo mientras se afanaba en su costura.

– Supongo que en cuanto nos hartemos de ellos o hagan algo que nos desagrade – aclaró Nieves.

– Yo ya estoy harta de ellos – expresó Adelaida –. Son altivos, te miran por encima del hombro como si fueras una cucaracha inexistente para ellos, no tienen educación, actúan sin respeto a la naturaleza ni hacia las personas y encima traen criaturas desagradables a las que alimentan con personas.

– ¿Qué tienen bichos que alimentan con humanos? – preguntó Carolina casi en un grito mientras la señora Adelaida recibía una serie de miradas de reproche por parte de las demás.

– Es una metáfora Carolina – explicó su madre esperando que la respuesta le satisficiera.

– Pues menuda metáfora – resopló Carolina pensando qué habrá querido decir con los bichos que comen humanos.

– Lo que quiero decir es que son muy molestos – insistió Adelaida dejando su costura a un lado en un taburete que había al lado de su butaca –. Rompen nuestra tranquilidad y encima creen que nos hacen un gran favor.

– Ya no les queda mucho en el pueblo, pero el destino de nuestra Violeta depende de lo que ocurra aquí y de momento no podemos intervenir – contestó Clara.

– ¿El destino de mi hermana? – preguntó Carolina de nuevo intrigada.

– Se refiere a su posible carrera como modelo – aclaró de nuevo su madre evitando que le diera vueltas a una segunda opción.

– Violeta sería una gran modelo, no me cabe duda, y encima cae bien al fotógrafo – reveló Carolina en una sonrisa amplia.

– El fotógrafo – repitió Ángeles con disgusto –. Esa parte no me gusta nada. Así no es como hacemos aquí las cosas.

– Así es como hacemos aquí las cosas, dejamos que el destino ponga todo en su lugar. No podemos interferir – dijo Clara mientras cose.

– Quizás las demás no, pero yo soy su madre y debería al menos aconsejarla.

– Tus consejos no servirían más que para que acabarais disgustadas porque ella hará lo que le dé la gana como han hecho todas las hijas antes, cuando necesite tu consejo te lo pedirá.

– Bueno yo le eché las cartas y le salieron geniales – dijo Carolina tratando de calmar a su madre –. Salió un novio y una boda.

– No deberías meter pájaros en la cabeza de Violeta, ella ya tiene bastante problemas consigo misma – le regañó su madre.

– Yo no le meto pájaros en la cabeza, solo le leí las cartas, necesitaba que la animaran, siempre se toma todo muy en serio y hace que los problemas sean más grandes de lo que son. Además, no suele confiar a nadie lo que le pasa – se defendió Carolina.

– Sí, Violeta es más compleja de lo que debería ser, igual que su vida – dijo Nieves en tono conciliador –. Haces bien Carolina estando al lado de tu hermana, quizás sea tu frescura y tu buen humor lo que le anime a resolver sus problemas.

– ¿Y que su madre le pegue un sopapo de vez en cuando no ayuda? – preguntó Ángeles con una sonrisa socarrona dando una puntada.

– Bueno eso no va en tu naturaleza, siempre le has dado libertad a tus hijas para que sigan su camino y las has apoyado – le respondió Adelaida.

- Pero quizás con Violeta me haya equivocado.
- O no, cuantas más piezas tiene un rompecabezas más complejo es colocarlas. Hay que darle tiempo – respondió Clara.
- ¿Y después? – indagó Jimena.
- Después ajustaremos las cuentas a los forasteros al estilo a cómo hacemos aquí las cosas – respondió Nieves con una sonrisa.

Capítulo 25.

Ezequiel se despidió de Jacques y se dirigió pensativo hacia el coche. El caso era muy complejo, no solo la cuestión de Violeta sino su entorno. Necesitaba una excusa para exculpar a la muchacha y no solo porque le gustara sino porque percibía que le decía la verdad, por asombroso que pareciera no le mentía, y aunque en un principio dudó de sus propias capacidades de inquisidor, cuando razonó llegó a la conclusión de que nunca le había fallado, no debería hacerlo ahora. Pero si su don estaba en lo correcto, ¿qué fallaba en Violeta? Todo se complicaba, hasta ahora las brujas con las que se había topado en sus misiones no eran buenas y su magia las corrompía cada vez que la usaban. ¿Debía juzgarla por su posible capacidad para la magia y no por el uso que hiciera de tales cualidades? No era ese el camino de un buen cristiano, eso le convertiría en algo peor que su mentor que quemaba a mujeres inocentes tan solo porque molestaban.

Tenía que meditar en un lugar tranquilo, rezar para que le iluminara Dios. La iglesia era un lugar idóneo donde contactar con el Señor y hacia allí se dirigió.

Entró casi sin fijarse en quién se encontraba en la iglesia, un error de novato, generalmente un inquisidor debía ser un buen observador y un cazador una persona precavida siempre alerta a los peligros del entorno. Cuando salió de su ensimismamiento ya se encontraba cerca del altar en un banco, en la iglesia no había nadie, era demasiado temprano para la misa del día. La madera con la que estaba construido los bancos y la tarima del suelo chirriaba como si quisiera gritar de dolor cada vez que ponías un pie sobre

ella, apenas se había fijado en la decoración de la iglesia, tan solo había entrado como un autómata absorto en sus pensamientos. Casi como si saliera de un trance se arrodilló, cruzó las manos para rezar hasta que se dio cuenta de que sobre el altar reposaba un crucifijo de madera marrón muy parecido al que siempre había llevado alrededor del cuello, el mismo que se le cayó de las manos y que le delató ante su tutor. Tomó la cadena alrededor de su cuello y la soltó para dejar ver el crucifijo que tan bien conocía. Era de madera oscura, caoba, con un tipo de grabado que había deslucido el tiempo y que por ello pensó que era un tipo de adorno. Se acercó a la cruz del altar que podía medir un metro y medio de altura para compararla con la que él tenía en su cruz. En la de la iglesia, el supuesto grabado aparecía como un tipo de extraña escritura que en su cruz, al ser de un menor tamaño, unos pocos centímetros, tan solo se identificaba como borrones.

Su interés por el suceso fue tan profundo que no se dio cuenta de que no se encontraba solo hasta que oyó la voz de un hombre tras de sí. Ezequiel estaba cometiendo muchos errores, demasiados para encontrarse en un pueblo extraño con actividad de brujería.

–No imaginaba encontrar en la iglesia a uno de los que trabajan para el anuncio – dijo una voz suave, bien modulada que se extendía como un pequeño eco por la vacía iglesia – Es una grata sorpresa.

Ezequiel se giró sin mostrar nerviosismo hasta dejar a su espalda el altar y encontrarse en frente de un hombre casi tan alto como él, aunque bastante más delgado y menos corpulento con una sotana puesta. El hombre esgrimía una sonrisa apacible que suavizaba un enjuto rostro con una nariz desproporcionada. El brillo de los ojos mostraba más juventud de lo que su escaso cabello revelaba y sus gestos serenos hacían complicado el cálculo de su edad.

–Lo siento padre, no le había oído llegar, estaba... absorto – explicó Ezequiel con la cruz en la mano aún con la palma abierta comparándola con la de la iglesia.

El cura dio unos pocos pasos silencioso y sereno hasta encontrarse a casi un metro del cazador y observó brevemente la cruz. Sonrió con un leve gesto, un pequeño movimiento de las comisuras de los labios y se acercó para

contemplarla mejor quedando cerca de Ezequiel.

–Es curioso que tenga una réplica de nuestra cruz de la fuente. Todas se hicieron de la misma madera hace siglos – informó el sacerdote a Ezequiel tras inclinarse levemente para fijarse en los pequeños detalles que no pudo discernir en la lejanía–. Por cierto, soy el padre Jorge – se presentó alargando la mano para estrecharla.

Ezequiel tomó la cruz con la mano izquierda y extendió la derecha para estrecharla. Por un instante evaluó levantarse para estar a la altura del sacerdote, pero luego decidió esperar a saber si el padre Jorge deseaba una extensa charla o era tan solo un cordial saludo, con lo cual podría continuar con sus rezos.

–Mi nombre es Ezequiel Luna y soy el fotógrafo de Betila – respondió Ezequiel a la presentación de padre Jorge.

– ¿Y cómo es que tiene usted esa cruz? Es extraño que aún quede alguna de las pequeñas, deben haber sido tallada en el siglo catorce como muy tarde.

–Bueno... es una herencia de familia, yo mismo me he asombrado al ver la similitud de ambas. ¿Esas inscripciones son runas vikingas? – indagó levantándose y abandonando su propósito de rezar.

–Supuestamente sí, dicen que inicialmente fue un martillo de Thor que fue tallado hasta convertirlo en una cruz, de la misma madera que sobró se hicieron las réplicas en pequeño, del tamaño de la suya. Debió ser enorme para poder hacer la cruz – contó el padre Jorge mientras se acercaba a la cruz del altar para observarla de cerca mientras hablaba.

– ¿Y no es un poco pagano un martillo de Thor reconvertido a cruz? – preguntó Ezequiel que se acercó también a la cruz del altar para observar más detalladamente las runas.

–Todas las creencias se sustentan en otras más antiguas, el ser humano evoluciona y sus dioses con él – aseguró el párroco ante la perplejidad de Ezequiel.

–Esa aseveración es un poco atea, ¿no le parece? – contestó Ezequiel no dejando traslucir su incomodidad ante la afirmación del padre Jorge.

–Solo si realmente no crees en dios sino en los disfraces que el ser humano le da. Si miras solo la apariencia y no lo esencial. El ser humano limita a Dios porque no puede abarcarlo. Lo pinta a su imagen y semejanza para entenderlo.

– ¿Y cómo llegó esta cruz a este pueblo? – dijo Ezequiel desviando el tema de una discusión teológica en la que no estaba dispuesto a participar con un sacerdote medio pagano, a su parecer.

–Reliquias que trajeron los vikingos. Con la madera sagrada de los árboles que cortaron en su tierra hicieron la cruz más adelante.

–Cuando los vikingos invadieron el Sur de España – dijo Ezequiel.

–No fue una invasión, simplemente un grupo de ellos vinieron y se asentaron aquí. Aún tenemos guardados algunos de los objetos que trajeron consigo ¿Desea verlos? – ofreció el padre Jorge con amabilidad.

–Sí, ¿por qué no? – aceptó Ezequiel pensando que quizás pudiera entender lo que ocurría en ese pueblo, incluso averiguar si todo el pueblo en si no estaría en manos del maligno, principalmente el párroco.

–Sígame, por favor.

El padre Jorge salió de la iglesia por lo que parecía una puerta trasera que daba a un patio con una arboleda y una pequeña fuente. Los naranjos en flor eran los que desprendían ese ligero aroma que ya había percibido cuando se encontraba dentro de la iglesia. En el mismo patio de losas grises, en frente de la puerta trasera de la parroquia, se erigía una especie de cripta de cúpula redondeada lo suficientemente grande para ser otra iglesia en sí, el estilo barroco de la construcción delataba cuando fue construida. El padre Jorge sacó de su sotana un llavero y abrió la puerta de la cripta.

La pesada puerta de forja negra que chirriaba al abrirse dejó pasar a una estancia con un ligero olor a humedad y cerrado, el lugar no debía disponer de un buen sistema de ventilación.

El padre Jorge encendió una luz que iluminaba completamente la sala, en ella había frescos en las paredes, pero no de motivos religiosos sino paganos. Ezequiel se acercó a verlos detenidamente. El fresco mostraba una gran batalla, un campo lleno de muertos y guerreros aun combatiendo. En un cielo

rojizo, unas mujeres en caballos inspeccionaban el campo de batalla.

–Valkirias – detalló el padre Jorge interrumpiendo los pensamientos de Ezequiel –. Recogían a los mejores guerreros del campo de batalla ofreciéndoles de esta forma la inmortalidad y uniéndolos a sí mismas.

–Sí, sé que son valkirias – respondió en tono seco sin dejar de mirar el mural y sin percatarse de los objetos que guardaban esa estancia.

– ¿Sabe qué es para mí Dios? Para mí es el principio del bien, aquello que nos hace fuertes, valientes, íntegros y esas son las almas que esas valkirias recogían.

–Pensaba que recogían a hombres violentos que morían en la guerra – contradijo Ezequiel.

–Contésteme a una pregunta, ¿cree usted en lo sobrenatural? – preguntó el padre Jorge sorprendiendo a Ezequiel con esa cuestión.

–Curiosa pregunta en un pueblo donde a nadie le extrañan los sucesos insólitos – contestó Ezequiel con un poco de ironía –. Sí, al menos en algunos hechos.

– ¿Y cree que todo lo sobrenatural es obra del maligno? ¿O cree en los milagros? Esos hechos fortuitos que nacen del bien.

–Difícil cuestión, porque en todo el tiempo que llevo vivo jamás he presenciado un milagro, todo lo que he vivido sobrenatural era malo y corrupto.

–Sin embargo, usted cree en Dios – continuó el padre Jorge–. Quizás él también tenga algo que decir ante esos hechos corruptos de los que hablan, un momento en el que se harte de escuchar los llantos de los inocentes y decida actuar poniendo en juego sus milagros, o a aquellos que pondrán el mundo de nuevo en equilibrio.

– ¿A qué se refiere padre? –preguntó Ezequiel con un tono de curiosidad, aún en frente del mural de las valkirias.

–A que no todo lo singular que se encuentre en esta vida va a ser malo. El bien y el mal se definen por los actos, una persona buena usa sus dones para el bien, es el corazón lo que separa un milagro de un maleficio.

– ¿Por qué cree que tengo un conflicto ético? – preguntó casi evitando reírse ante la audacia del párroco.

–He visto a muchas personas rezar a lo largo de mi vida – contestó el padre Jorge dándole a la frase largo de mi vida un matiz de extensión –, y usted lo hacía como si deseara una respuesta de Dios. Usted es una persona buena y sabe perfectamente qué está bien y qué está mal, no se convierta en aquello que caza.

– ¿A qué se refiere con cazar? – preguntó Ezequiel en un tono serio.

–Una metáfora simplemente – concluyó el padre Jorge – ¿Quiere ver el resto de los objetos?

El párroco se giro hacia otra parte de la sala para mostrar algunos objetos que se mantenían en vitrinas cerradas impolutamente limpias, alguien debía encargarse de la limpieza frecuentemente. Cuando contempló la sala, tras haber dejado de fijarse en los frescos, se dio cuenta de que era amplia y no parecía un sótano abandonado, sino que era extensa y cuidadosamente construida, aunque no podía ver el final porque el padre solo había encendido las luces cercanas a ellos. Intentó mirar hacia el fondo habituándose a la baja intensidad de la luz que llegaba desde donde estaban.

– ¿Qué hay al fondo?– preguntó rindiéndose al no poder discernir qué había.

–Todo tipo de objetos –contestó el sacerdote.

Ezequiel pensaba indagar más cuando la pulsera que llevaba en su muñeca se encendió. Maldijo en latín y la contempló incrédulo. Había quitado a Violeta la otra pulsera que le impedía alejarse de él pero esta le indicaba que se encontraba relativamente cerca y eso era imposible porque la dejó a varios kilómetros en coche. Miró al padre Jorge disimulando su inquietud.

–Lo siento padre, pero debo marcharme – se disculpó Ezequiel mirando de nuevo la pulsera.

Capítulo 26.

Bram iba mal de tiempo, debía revisar a todos, recabar información, escuchar las quejas de su hermana y encima había recibido un extraño aviso, las ancianas querían verle. Había ocurrido mientras conducía, durante unos segundos cerró los ojos y soñó que le llamaban, abrió los ojos a tiempo para no tener un accidente en la carretera. No entendía qué podían querer de él, las ancianas no hablaban más que con su madre, más o menos, y apenas la invocaban. Pero lo que sí sabía es que su madre les tenía un miedo atroz. Bram no les tenía miedo, se deshizo del miedo la primera vez que disgustó a su madre, y esta, perdiendo la paciencia invocó un perro del infierno para persuadirle de que se comiera la cena y se fuera a dormir sin rechistar. De hecho su madre le odiaba desde que era niño y habría seguido así de no ser porque las ancianas le habían advertido de que le esperaba un gran destino al servicio de la anciana, a partir de ahí se convirtió en su hijo preferido, incluso le enseñó personalmente magia, circunstancia que provocó los celos de su hermana, sobre la cual, las ancianas jamás habían hablado y de ahí nació su mala relación con esta.

Aún tenía tiempo de hacer una visita antes de usar el ritual que le teleportaría al agujero en el que las ancianas vivían, aún así dudaba sobre anular esa visita, y posponer todo lo demás que había en su agenda, pero no le tenía miedo a su madre, no le iba a tener a las ancianas, prefería que lo cocieran vivo a que llegaran a pensar que era su perrito que corría hacia su amo a lamerle la mano. Eran ellas las que deseaban algo de él, que esperaran,

Bram llegó a su destino y examinó el lugar antes de entrar. Una tienda de esoterismo llamada “La bruja Blanca”. Bram sonrió para sí mismo, menudo susto se había dado su madre al saber que existía un pueblo con tal nombre. Había dedicado siglos a acabar con brujas blancas, parido decenas de hijos que carecían de la supuesta inmortalidad de la madre, que habían vivido y muerto por esa causa, y en el proceso, su madre había adquirido un miedo atroz a que alguna de esas brujas blancas naciera con el poder suficiente como para destruirla. Había un dato más, Bram sospechaba que esa bruja ya había nacido hace mucho, tan inmortal como su madre. De hecho, era posible que ya se hubieran enfrentado en alguna ocasión, a Betila a veces se le escapaban detalles cuando hablaba.

Bram observó la tienda desde fuera. Parecía más una tienda de suvenires sobre las peculiaridades del pueblo que una tienda esotérica en sí misma y había tres chicas sentadas alrededor de una mesa. Era hora de comprar una de esas brujitas blancas del escaparate para su madre como recuerdo.

Bram sonrió y entró con determinación.

– Buenas tardes – saludó Bram sobresaltando a Carolina, Bego y a Ana,

Carolina dejó caer las cartas de la sorpresa y fijó la mirada en el recién llegado. Se puso de pie casi corriendo, alegre de que pudiera haber entrado su primer cliente. Bueno, su primer cliente de fuera, medio pueblo ya le había comprado cosas, aunque Carolina no sabía si lo hacían porque realmente necesitaban el conjuro de la bruja blanca para mantener las alimañas fuera de sus casas o por ayudarla. Se levantó de la silla y se dirigió al mostrador con una amplia sonrisa que aumentó al ver al chico guapo que estaba en frente.

– Hola, buenos días – respondió Carolina con su mejor sonrisa.

– Hola, he observado que esas estatuillas blancas de la bruja están huecas.

– Oh si – dijo Carolina con una sonrisa mostrando que la estatuilla estaba hueca por abajo con un tapón de silicona. La estatua era una bonita bruja con aspecto alegre en una escoba y bajo la barriga estaba el hueco –. Si quitas el tapón puedes meter las hierbas para un conjuro de la Bruja blanca, todo magia blanca, aquí no hacemos daño a nadie.

– ¿Y cómo funciona? – preguntó Bram tratando de hacer amistad con Carolina.

– Bueno, dime qué deseo te gustaría que se cumpliera – dijo Carolina ignorando lo comprometida que podría ser la pregunta.

– ¿Cualquier deseo?

– No sé, no puedes pedir matar a alguien o hacer algo malo, eso se volvería en tu contra por el karma y porque está mal.

Bram sonrió ante la ingenuidad de la muchacha mientras inspeccionaba la estatuilla. De ser eso así, el karma hacía siglos que habría volatilizado a su querida madre.

– Vale, deseo encontrar a una persona – dijo Bram pensando en la bruja

que deseaba encontrar para irse de una vez del pueblo. Por supuesto, él no creía en los conjuros de tienda de esoterismo, pero era lo que tenía en mente en ese momento y es lo que dijo.

– ¿Cómo encontrar a alguien? ¿Alguien que se ha perdido? – preguntó Bego que se había acercado al mostrador con Ana y ahora tenían las tres la mirada fija en él.

– Bueno, no exactamente – explicó Bram dándose cuenta de que era una petición que requería que les diera más información de las que quería dar. No les podía decir que buscaba una bruja.

– Oh, ya entiendo – dijo Carolina con una sonrisa –. Buscas al amor de tu vida, un conjuro para atraer a tu alma gemela. No te preocupes, no debes sentirte avergonzado por ello, aquí somos profesionales y tenemos secreto profesional sobre lo que los clientes nos cuenten.

– Sí, eso – respondió Bram esquivando el tema de sus intenciones.

Carolina sonrió agradada, no solía conocer hombres tan sensibles que desearan buscar a su alma gemela y que lo reconocieran, porque ese hombre no debía tener problemas para ligar, pero estaba claro que buscaba algo profundo.

Carolina le dio un papel de seda rosa y un bolígrafo.

– Escribe ahí “deseo encontrar a mi alma gemela”.

Bram la miró dudoso sintiéndose estúpido y deseando que realmente existiera el secreto profesional entre los tenderos. Luego tomó el bolígrafo y escribió lo que Carolina le dictaba. Cosas peores había hecho en su vida por el bien de su madre que escribir ñoñadas en papeles rosas.

Carolina tomó el papel y lo metió dentro de la estatuilla junto a varias hierbas. Luego encendió una vela blanca que colocó en un espacio que había en la escoba para colocar una vela y un poco de incienso y sonrió.

– ¿Y ahora? – preguntó el hombre que observaba fascinado el breve ritual.

– Ahora la bruja blanca te concederá el deseo en breve – dijo Carolina feliz de ayudar a los demás.

Bram tomó la estatuilla y acercó la mano a la cartera, pero aún no quería marcharse, había venido a indagar sobre Violeta, la hermana de la chica que tenía en frente.

– Por cierto, ¿tú no eres la hermana de la chica pelirroja que se presenta para ser ninfa? – dijo mientras le daba un billete en tono casual.

– Violeta – dijo casi en tono alegre Carolina –. Claro que soy su hermana. ¿A qué es una ninfa perfecta?

– Sí, a mi me lo parece al menos. Tuve esa misma discusión con un tal Luis, un tipo que no me cae nada bien, muy prepotente. Dijo que tu hermana no merecía la pena, yo le contesté que era la mejor de todas, incluso mejor que Verónica.

– ¿Eso dijo ese idiota petulante? – preguntó con enfado Carolina.

– Sí, en breves palabras – contestó Bram satisfecho por la provocación.

– No debes hacerle caso, ese está molesto porque es el ex de mi hermana. Parece que anda buscándole las cosquillas todo el tiempo y a mí personalmente ya comienza a hartarme.

– Sinceramente, a mi me dio la misma impresión – contestó Bram convencido de que ese idiota tan solo quería echar basura sobre su ex haciéndole creer que era la bruja que buscaban.

– Te agradezco mucho que defendieras a mi hermana, no puedo cobrarte la brujita después de eso – dijo Carolina en tono amable.

– No, debes cobrarme o no harás negocio – respondió Bram observando las tres mujeres molestas ante el comentario sobre Luis.

– No puedo cobrarte después de que hayas defendido a mi hermana.

– Si, pero temo que si no me cobras no se cumpla mi deseo – adujo Bram que no le gustaba irse sin pagar.

– Es buen motivo, al menos déjame que te eche las cartas gratis – ofreció Carolina sonriendo.

– De acuerdo – aceptó Bram pensando que era una buena excusa para indagar más –. ¿Dónde me siento? ¿En la mesa esa?

Bram esperó a que las chicas se acercaran a la mesa y tomaran sitio casi en una forma ceremonial. Cuando acabaron de sentarse traspasó el mostrador y se dirigió hacia la mesa redonda de madera cubierta por una tela gruesa de color verde y tomó el único sitio que quedaba libre. El lugar no era muy grande, una pequeña estancia tras el mostrador donde estaba la mesa, y la decoración pretendía ser esotérica, pero constaba de estatuas sobre la bruja blanca y cuadros pintados sobre el lugar donde supuestamente la bruja del pueblo vivió.

A Bram toda esa parafernalia supersticiosa le divertía. Él hacía magia real y nunca había usado una daga ritual salvo para matar a alguien de verdad. El hecho de que esas chicas que jamás habían presenciado la magia creyeran en ello le resultaba refrescante, especialmente cuando su “magia” se basaba en la supuesta ley del karma que él jamás había visto en acción.

Se acomodó en el asiento y las observó como el lobo que mira a tres corderitas inocentes, le dedicó una sonrisa a Carolina cuando esta le pidió que barajara el tarot y observó cómo colocaba cartas una tras otra esperando que le dijera alguno de los datos clásicos que suelen soltar las timadoras del negocio tras sonsacarte información, ella ya tenía un dato, bueno supuesto dato, porque se lo había inventado, que estaba soltero y buscaba novia, solo lo primero era real. Su vida dedicada a servir a su madre, con los peligros que entraña, su corta esperanza de vida y los demonios que giran a su alrededor, solo daría para tener una novia o esposa que le traicionara en cuanto le conviniera, así que nunca se preocupó por esos detalles, solo vivía el momento. Y ahora, bueno, su vida se iba a complicar más porque las viejas decrepitas que vivían en el pozo del infierno comiendo, Dios sabe qué, le habían llamado. A veces pensaba que su vida hubiera sido mejor siendo un playboy normal y corriente, pero claro, él también era demasiado complicado para contentarse con una vida vulgar y vacía.

Bram estaba tan distraído con sus pensamientos que se sobresaltó al oír a Carolina hablar, esperaba que antes de decirle su futuro le preguntara algo o le sonsacara, pero nada de eso ocurrió.

– Has tenido una vida muy dura – afirmó Carolina –. Trabajas en el negocio familiar, posiblemente a las órdenes de tu madre.

Bram asintió y sonrió, era posible que se hubieran enterado de que es el hijo de Betila y deben creer que se dedica al mundo de la moda.

– Pero en breve vas a recibir una oferta de trabajo que no vas a poder rechazar y vas a dejar de trabajar para tu madre. Esta tarde noche concretamente.

Bram arqueó una ceja ligeramente dudoso, no había forma de que supiera lo de las viejas y el hecho de que dejara de trabajar para su madre, debía ser casualidad, nunca iba a dejar de trabajar para su madre salvo que tuviera un pie en la tumba y prefería que eso no ocurriera en breve.

– Hay muchos secretos que se te ocultan y hoy vas a averiguar varios de ellos que van a cambiar tu vida por completo y te harán replantearte muchas cosas. Nunca has sido tú mismo, pero a partir de esta noche vas a tener la oportunidad de serlo.

Carolina barajó las cartas concentrada para sacar unas cuantas más. Mientras, las otras chicas tenían la nariz puesta en las cartas y en el hombre que no mostraba emoción alguna, si estaba impresionado o si Carolina estaba completamente equivocada no lo dejaba traslucir.

– Por el amor no debes preocuparte, el conjuro de la bruja ha funcionado y te encontrarás en situaciones complicadas antes de que se resuelva a tu favor. Tu alma gemela ya ha aparecido pero aún no sabes que es ella y vuestro primer encuentro fue desastroso.

– ¿Le hiciste también un conjuro a tu hermana para que llegara a ser modelo famosa? – preguntó Bram con una sonrisa esperando aprovechar la situación para sonsacarle. No es que creyera las estupideces de Luis, pero no era tan descuidado como para dejar que sus ideas preconcebidas le guiaran, prefería eliminar la posibilidad con datos y no presuponiendo.

Las chicas se rieron rompiendo la seriedad de la situación.

– No que va, el club de costura me dijo que podíamos presentar a Violeta que era perfecta para el trabajo, yo solo me dediqué a convencerla de que viniera al pueblo. Luego le dijimos que nos gustaba uno de los fotógrafos y necesitábamos una excusa para ir a las sesiones. Resultó que había uno muy guapo y nos cuadró la historia, menos mal – dijo Carolina mientras todas se

reían de nuevo –. Esta mañana estuve de nuevo en el club de costura tratando de hacerme un vestido.

– Menudo plan, tú cosiendo – contestó Ana.

– ¿Y a tu hermana le agradó la idea? – preguntó Bram centrando de nuevo la conversación.

– No que va, nos costó convencerla.

– Bueno ya imaginaba, no encaja en las cosas que contó su ex sobre ella, supongo que no quiere que sea modelo y la describe... bueno como sea– dijo Bram lanzando el anzuelo.

– ¿Cómo la describe? – dijo Carolina un poco acalorada.

– Es supersticioso, cree que hace brujería y que es por ello que ha llegado a la final – mintió Bram.

– Pero, ¿qué dice ese loco? – dijo Carolina casi gritando – Lo que le pasa es que es un acosador que molesta a mi hermana porque esta le dejó y ahora va ensuciando todo lo que hace.

– Nadie le cree, se le nota resentido y que tan solo desea empañar su nombre – comentó Bram molesto porque ese idiota le hubiera puesto en una pista falsa haciéndole perder el tiempo –. Bueno, chicas, muchas gracias por las cartas, espero ese cambio de trabajo y esa novia que voy a encontrar, pero debo irme.

Bram se puso de pie con una amplia sonrisa que disimulaba su mal humor por perder el tiempo en estupideces en vez de hacer algo útil, encima estaba haciendo esperar a las ancianas, las cuales no disponían de la mayor paciencia del mundo.

– Ya me pasaré de nuevo si necesito otro conjuro o comprar algún souvenir de recuerdo – dijo saliendo del establecimiento dedicando una última sonrisa antes de relajar el rostro y mostrar su enfado.

– Ese también es lindo – comentó Bego cuando el hombre se fue –. Tenemos el pueblo lleno de guapos.

– Que esperas, así es el mundo de la moda, guapos, y superficiales, perfectos para mí – respondió Ana mientras las otras se reían.

Carolina recogió las cartas y miró a las otras

– Ese es tan raro como el futuro novio de mi hermana, tiene un futuro muy turbulento

– ¿No es el fotógrafo al final? – preguntó Ana mientras ayudaba a recoger las tazas de té.

– No lo sé, supongo que sí – respondió Carolina.

– No veo yo al fotógrafo como un hombre religioso, muy religioso según dijiste y tu hermana creo que es atea.

– Nunca se sabe. Están juntos, de eso estoy casi segura, les vieron marcharse tras una discusión, si discutieron es porque hay algo y las cartas lo confirmaron – comentó Carolina como si las cartas dijeran siempre la verdad absoluta.

Capítulo 27.

Bram llegó a una de las casas del pueblo que habían habilitado para que se establecieran los trabajadores de la campaña. Debido a que el pueblo suele tener poco turismo reducido prácticamente a un hotel rural, no podían alojar en el mismo a todas las personas necesarias para el rodaje, así que habilitaron algunas casas para algunos y la mayoría debía alojarse en los pueblos y las zonas de alrededor.

Bram entró en la pequeña casa de dos plantas. Nunca había invocado a las ancianas, pero era algo que les enseñaban a hacer, aunque improbable, las ancianas podían convocarte en cualquier momento y uno debía saber cómo llegar a ellas.

Tomó una vela negra, la encendió y recitó el portal de apertura. En breve cerró los ojos y vio como se separaba de su cuerpo, en frente había una puerta oscura aguardando.

Se acercó hacia la puerta y se adentro en la más absoluta oscuridad.

El olor a podrido le inundó los sentidos y la absoluta oscuridad le

incomodaba. Nunca había visto a las ancianas, y posiblemente nadie lo había hecho, pero las pocas personas que habían tenido contacto con ellas las describían como muy inquietantes. Su madre era una de esas escasas personas, de hecho, ella podía bajar directamente al lugar donde habitan cuando quisiera, pero le guardaba el mismo temor que todos los demás, y por ello prefería no tratar con ellas, además, las ancianas no le obedecían y si le desagradabas podían exigir, aunque fueras la misma reina, que bajaras a su oscuridad y de ahí jamás nadie ha salido

A pesar de todo, Bram no estaba nervioso, aún cuando llegaba tarde a la llamada de las ancianas. Desde niño había asumido que los hijos de su madre vivían el tiempo que le agradaban a la reina, cuando esa circunstancia desaparecía, y solía ser pronto porque su madre era difícil de contentar, los mataba. Morir en manos de su madre o de esas viejas era indiferente, de hecho, ya le había desagradado cuando era niño lo que le salvó precisamente fue que las ancianas le habían advertido a su madre de su supuesto gran destino que aún no ha ocurrido, y Bram dudaba de que se diera, al menos antes que su madre dejara de creer en él.

Se adentró más en la oscuridad sin darle vueltas a qué podían desear las ancianas. No veía absolutamente nada y el mal olor cada vez era más sofocante, en alguna ocasión llegó a pensar que algo le había rozado la piel, sin embargo, era una sensación tan leve que la desechó, era fácil que la imaginación se desbordara en esa circunstancia.

Empezó a escuchar susurros que provenían de la oscuridad, en un acento tan extraño que más que un lenguaje parecía un siseo de serpientes. Se concentró para entender qué le decían.

– ¿No nos tienes miedo? – preguntó uno de los siseos que provenían de la oscuridad – Pues deberías.

Bram trató de no sorprenderse ante la pregunta de la anciana. Responderle que ya había acumulado suficiente miedo a lo largo de su vida era una invitación a que le respondieran que aún no había conocido el miedo y hablaba desde su ignorancia, lo cual, probablemente era cierto. Así que mantuvo un prudente silencio esperando saber qué más tenían que decir, no creía que le hubieran llamado para comprobar si le aterraba la oscuridad

– Adéntrate más en la oscuridad, no te vemos bien – ordenó uno de los siseos y Bram se movió más aún hacia lo que consideraba el centro del lugar donde estuviera, dado que no veía dónde estaba ni qué pisaba cuando sus botas hacían crujir algo en el suelo.

– ¿Para qué he sido convocado? – preguntó finalmente evitando mostrar impaciencia.

– ¿Sabes que tu madre te mataría si supiera qué eres?

Bram vaciló unos segundos. La pregunta le había pillado por sorpresa y no tenía ni idea de a qué se refería y dado que su madre ya le habría matado, una excusa más no le impactaría.

– Mi madre ya me habría matado hace mucho – respondió, no sabía si en un ataque de sinceridad o de cinismo – tan solo por ser yo, aunque teniendo en cuenta todos los hermanos que ha matado ya no creo que sea nada personal.

– Pero no debe matarte, a nosotras nos conviene lo que eres – siseó otra de las voces –. Así que tu secreto está a salvo con nosotras.

– ¿Y cuál es mi secreto? – preguntó sin molestarse en simular indiferencia.

– ¿No lo sabes? – preguntó otra voz – ¿No te diste cuenta de que eres distinto, que tu magia es distinta, que todo en ti es diferente?

Bram se paró a meditar, realmente sí lo había pensado. Cuando comenzó a hacer magia era incapaz de aprender, ese fue el primer motivo por el que su madre le habría matado, sin embargo, en realidad no necesitaba las parafernalias ni los ritos que los demás sí requerían, a él le salía natural. Especialmente su afinidad con el aire. Desde niño se dio cuenta de que la diferencia no era una virtud en su entorno y comenzó a disimular sus capacidades con los ritos y palabras. Buscó en libros cada conjuro que coincidía con sus capacidades y lo camufló, si no había un conjuro para su capacidad sencillamente no la usaba, al menos en público o de manera obvia. No sabía hasta que punto era peligrosa esa diferencia, por si acaso la escondió y también, porque llegó a comprender que tener ases en la manga que nadie espera era una ventaja.

Ahora tenía que calibrar hasta que punto esas ancianas lo tenían en un puño, pero desconocía las consecuencias de que difundieran su defecto, cuánto le podría disgustar a su madre.

– Si esto es un chantaje no era necesario – dijo finalmente Bram molesto –. No habría tenido opción más que obedecerlas desde que llegué.

– No es un chantaje, queremos que medites y entiendas que tendrás que enfrentarte a muchos peligros por lo que eres y quizás traicionar a tu familia.

– Traicionar a mi familia no es una opción – respondió Bram sabiendo las consecuencias de una traición.

– Sí que lo es, porque tu traición va a comenzar en el momento en que nos obedezcas, y según acabas de apuntar no te queda más opción que acatar nuestras órdenes.

– ¿Y cuál es esa traición que no me queda más remedio que cometer? – preguntó resignado comenzando a entender que la cuenta atrás del reloj de su vida comenzaba a activarse. Se encontraba sin duda en un duelo de poder entre las ancianas y su madre y probablemente para las dos, él era solo un peón y eso le llevaría inevitablemente a la muerte.

– Debes encontrar a la bruja que busca tu madre.

– No veo cómo puedo traicionar a mi madre en lo que me ha ordenado que haga.

– Porque nosotras no la queremos muerta, ni siquiera que tu madre sepa quién es. Deseamos que la encuentres y la protejas. Si la bruja muere te reclamaremos para que te adentres en la oscuridad para siempre.

A pesar de los años de preparación que tuvo para concienciarse de que morir era cuestión de tiempo se estremeció. Adentrarse a la cueva de las brujas de donde nadie que había sido reclamado llegó a salir. Le estaban dejando pocas opciones.

– ¿Sabes quién es la bruja? Eso facilitaría que no muriese – preguntó Bram resignado a obedecer y asumir las consecuencias de que su madre se enterase.

– Esperamos que la encuentres. Usa esas capacidades tuyas que escondes

tan bien. Eres un gran rastreador, probablemente el mejor que existe en caso de que te decidieras a usar todas tus aptitudes.

Bram asintió levemente, la vida de playboy que hubiera tenido junto a su padre ahora le resultaba apetecible.

– En ese caso deberé encontrarla antes que mi madre y que los cazadores, ambos la quieren muerta. No va a ser una labor fácil,

– Especialmente cuando hay un cazador que ya se ha mezclado con ella – susurró una de las ancianas.

– ¿Y sigue viva? – preguntó Bram extrañado.

– Sí, no te habríamos enviado a una misión para proteger una muerta.

– Entonces debo salvar a una bruja que prácticamente está en manos de un cazador, como robarle un cervatillo a un león que está a punto de cazarlo – comentó resignado Bram.

– El cazador al final no será el problema, después de todo no es una bruja oscura, es por ello que tu madre la quiere muerta y no unida a sus filas ¿No?

– Ya, pero en su simpleza los cazadores jamás han discernido entre tipo de brujas y menos el Inquisidor. Serían capaces de matar a una santa rezando por la sencilla razón de que es bruja.

– Esos tiempos van a llegar a su fin, esa es tu labor, reconducirlo a un equilibrio – susurraron a la vez varias brujas.

– Pensé que solo querían que salvara a la chica.

– De momento, pero eres lo que eres. Una nueva perspectiva.

– Está bien, no tengo otra opción, nunca he tenido muchas y fastidiar a mi madre tiene incentivo extra. Encontraré a la bruja y la salvaré.

–Puedes marcharte – dijeron varias voces– Si necesitamos algo más de ti te invocaremos de nuevo ante nuestra presencia.

Capítulo 28

Violeta se sentía dolorida y casi agotada física y anímicamente. Sentía un leve dolor en la espalda posiblemente a causa de la caída con la silla, no necesitaba verlo para imaginar que debía tener varios moratones. No estaba segura de dónde se encontraba, tan solo pensó en salir de ese infierno mirando al agua, y ahora, un poco aturdida, observaba el lugar con detenimiento. No se sorprendió de encontrarse cerca de una fuente de agua, no muy lejos de la charca de las ranas, pero en la zona donde había más vegetación, lo cual era un paseo hasta su casa, hecho que le frustró. Observó el camino entre la arboleda y se alejó del pequeño riachuelo donde había llegado, anduvo una breve distancia, y decidió que sentía demasiado dolor como para seguir el camino, el cual, era la manera más larga de llegar a su casa. Desanduvo el pequeño trecho y se decidió a internarse cerca de donde estaba las cuevas, creía conocer la zona lo suficientemente bien como para no perderse atajando hasta su casa. Se abrazó levemente para mitigar el frío, a pesar de que se había cambiado de ropa tras el chaparrón de la charca no había podido evitar la humedad que le provocó la supuestas visiones de agua que tuvo, si es que algo que te empapa puede llamarse visión en vez de realidad extraña. Subió una empinada cuesta y al llegar a la zona donde los pinares se abren en un claro que deja vislumbrar una de las cuevas, tuvo un severo estremecimiento que no guardaba relación con la humedad de la ropa. Se detuvo levemente asustada desconociendo el motivo de su inquietud que iba aumentando gradualmente al ritmo de su respiración. Sentía haberse alejado de la fuente de agua, ya que, comenzaba a sentirse segura cerca del cristalino elemento. Escuchó un ruido cerca de un árbol y por un instante casi decidió salir corriendo, tras tranquilizarse a sí misma repitiéndose que debía ser alguien del pueblo que podría llevarle a su casa en coche y de esa forma concluir ese mal día, se dirigió hacia el ruido. Cuando estuvo cerca tuvo que mitigar una leve exclamación de sorpresa al encontrar a una persona atada a un árbol y amordazada. Tras controlar su asombro se acercó un poco más para ver de quién se trataba. El hombre debía tener más de sesenta años, un aspecto terrible y estaba claramente muy asustado. La barba y el pelo abandonados durante mucho tiempo a su suerte y a la forma que la naturaleza le diera delataban el estado de miseria en el que el hombre debía vivir. Violeta le quitó la mordaza y el hombre que hablaba español a duras penas comenzó a gimotear.

–Por favor, desátame y sáqueme de aquí, señora– imploró en un tono lastimoso.

– ¿Quién es usted y qué hace ahí atado? – preguntó Violeta que comenzaba a resignarse a no concluir el extraño día aún.

–No sé cómo he llegado aquí, estaba en la calle dormía y...

No llegó a concluir la frase, un sonido como un aullido que helaba la sangre se dejó oír en la lejanía.

–Por favor, desátame – le apremió el hombre visiblemente aterrado.

Violeta comenzó a desatar rápidamente el nudo de la cuerda que lo mantenía atado al árbol tratando de asociar el sonido a algún tipo de animal salvaje de la zona sin éxito. El sonido que inicialmente era distante comenzaba a acercarse y cuando logró desatarlo estaba lo suficientemente cerca como para verlo en breve si deseara quedarse a ello.

–Vamos, sígame – dijo Violeta ayudando al hombre a incorporarse.

Violeta casi arrastraba al hombre que parecía tener problemas de movilidad, aún desconocía qué era lo que emitía esos aullidos y no deseaba saberlo, tan solo decidió correr hacia el riachuelo cerca del camino. El hombre temblaba agarrado al brazo de Violeta y apenas emitía más sonido que leves sollozos. Violeta podía ver y oír claramente el riachuelo cuando unas sonoras pisadas retumbaban a su espalda. Asustada se giró para mirar y vio lo que en la sabiduría popular se denominaba un demonio. Grande con unas fauces enormes llenas de dientes afilados, cuernos puntiagudos sobre la cabeza. Abrió y cerró los ojos un par de veces para asegurarse de que las sombras del atardecer no le jugaban una mala pasada o su clara imaginación que resultó ser más activa de lo que Violeta necesitaba, no le engañaba. Suspiró agotada al mismo tiempo que el hombre gritó casi enloqueciendo. Los gemidos del hombre junto al olor de sangre de una herida que parecía tener en una pierna pareció excitar al supuesto demonio que agilizó el paso para llegar hasta ellos. Tenía que llegar al riachuelo y repetir el truco del agua para llegar a otro lado, aunque este fuera la casa en la que la retuvo Ezequiel, pero esta vez con un pasajero.

Tomó al hombre con más fuerza y tiró de él hacia el riachuelo, este se

dejaba llevar como un muñeco aterrado, apenas se resistía pero su poca capacidad de movimiento hacia que Violeta tuviera que emplear todas sus fuerzas para llegar hasta el agua. Cuando alcanzó el paraje, esos escasos metros que había desde la parte superior donde estaba la cueva hasta donde se encontraban ahora le había resultado un maratón, especialmente con el peso del hombre. Violeta miró el agua sin dejar de sujetar al hombre, no sabía qué hacer, la magia no existía pero claro, los demonios tampoco, o al menos eso pensaba ella hasta hoy. El gañido gutural de la criatura, ya muy cerca de ellos, apremió a Violeta al mismo tiempo que enloquecía su ritmo cardíaco, el cual parecía sintonizado con el estado de ánimo del hombre que si no fuera porque le tenía sujeto habría caído al suelo como un niño gimoteando. La realidad estaba desbordando a Violeta, eso que estaba a su espalda era un demonio, si seguía en la resaca de la poción que le dio Alba quizás los efectos se hubieran vuelto permanente y estaba loca de atar.

Relajó la mano que sujetaba el brazo del hombre como una garra y observó de nuevo el agua sin tener ni idea de qué hacer, se acercó un poco más evitando piedras resbaladizas y algún cardo del camino, el sonido del demonio era ya muy cercano y en breve tendrían su respiración en la nuca, o quizás sus garras sobre ellos.

El miedo fue un buen estimulante porque en breve notó la humedad del riachuelo a su alrededor, el agua giraba alrededor de ellos hasta que formó una pequeña cúpula. El hombre trastrabilló y cayó al suelo quedándose en una posición fetal llorando mientras Violeta se giraba a encarar al demonio, este intentó atravesar la cúpula de agua sin éxito, lo que provocó un suspiro de alivio en la joven. Durante unos instantes se sintió segura al ver al demonio darse la vuelta e irse, pero su alivio duró poco tiempo, ya que este se alejó lo suficiente como para cargar contra el muro de agua. Violeta fijó su mirada en el demonio casi conteniendo la respiración cuando chocó frontalmente con el muro. Sofocó un grito de espanto cuando el agua se desperdigó por todo el lugar y vio una garra acercarse peligrosamente hacia ella cuando el demonio quedó inmovilizado. La garra que parecía querer acariciarla en un golpe letal rozaba una nueva cúpula de agua que había resurgido de la anterior, no obstante, no había sido lo suficientemente rápida como para haber podido esquivar ese golpe que le dirigía, sencillamente, el demonio se había quedado quieto, congelado en la posición en la que se

encontraba.

Violeta se quedó estupefacta mientras el hombre lloriqueaba a sus pies hecho un ovillo, no entendía de demonios, ni siquiera de brujería, y ahí estaban los dos; el demonio y la brujería mezclados en la misma salsa.

–No te hará daño – oyó decir a un hombre que se acercaba y que no había visto debido a la espesura.

Violeta dirigió su mirada hacia el hombre rubio y bien parecido que se acercaba. Llevaba unos tejanos y una camisa que se ajustaba a su musculoso cuerpo como un guante. No era del pueblo y el hecho de acercarse al lugar donde se encontraba el supuesto demonio quieto le hacía desconfiar de él.

– ¿Quién eres? – preguntó Violeta con gesto hastiado mal disimulado. El día aún podía empeorar.

–Mi nombre es Bram Betila – se presentó haciendo gala de su afamado nombre.

–El hijo de Betila, supongo – Violeta no sabía mucho acerca de los asuntos de sociedad, pero era imposible desoír los cotilleos que volaban en el pueblo y este era el hijo rico de un multimillonario americano y su también rica madre Betila, la dueña de la marca de perfume que estaba revolucionando su vida en estos días.

–Baja el muro de agua, conmigo estás segura – prometió Bram acercándose al demonio que permanecía quieto.

– ¿Por qué iba a confiar en ti si ni siquiera parece afectarte ese bicho que tienes cerca? Pareces muy en sintonía con la situación en la que nos encontramos. ¿También buscas brujas para matarlas? – indagó Violeta enfatizando la palabra bruja.

–Si te quisiera muerta ya lo estarías, esa garra estuvo muy cerca de tu cuello – dijo Bran en un tono desenfadado tocando la garra del demonio –. Pero dime, ¿quien más busca brujas para matarlas?

–Primero responde a una pregunta, ¿ese bicho es tuyo?

–Mío, mío, no. Ni siquiera me gustan, huelen mal, comen mucho, son sucios y requieren sacrificios y pactos que a veces no quieres cumplir, como

mascotas yo soy más simple, prefiero los gatos – respondió Bram que a pesar de que parecía que le tomara el pelo a simple vista, en realidad había un deje de cinismo y realidad en lo que contaba.

– ¿Y cómo lo has congelado? – persistió Violeta que no estaba dispuesta a confiar en un hombre que no tenía miedo a los demonios.

Bram sonrió, le guiñó un ojo, recitó una letanía en latín y el demonio se evaporó.

– ¿Eso es brujería? – preguntó Violeta dispuesta a mantener la mente abierta tras todo lo acontecido.

–Precisamente no, es una de mis raras habilidades que no encajan bien con la brujería, pero como hay un cazador de brujas en el pueblo achacarán lo que ha ocurrido a él y no a mí.

– ¿Un cazador de brujas? – dijo Violeta sorprendida recordando a Ezequiel, parecía que la historia se extendía y ya no era posible calificarla de locura tras ver al demonio y su muro de agua, quizás era realmente una bruja y acabaría haciendo cosas terribles como invocar demonios.

–Ese hombre necesita asistencia médica. Será mejor que quites ese muro de agua y lo llevemos a mi coche si no quieres que acabe siendo un cadáver.

– ¿Y por qué iba a confiar en ti? – preguntó Violeta que comenzaba a entender que se movía en un ambiente muy turbio.

–Porque no te queda más remedio. Los brujos del Aquelarre Oscuro te quieren muerta, los cazadores también. En estos momentos soy tu único amigos, por llamarlo de algún modo, porque si las ancianas no me hubieran ordenado protegerte ya estarías muerta y yo marcándome este tanto ante los del Aquelarre.

–Sí, eso que has dicho es alentador, me hace confiar en ti – dijo claramente irónica.

– ¿Quieres salvar a ese viejo o no? – interrumpió abruptamente Bram – Porque no puedes hacerlo si no te ayudo.

Violeta miró al hombre que temblaba como una hoja a sus pies y se estremeció al pensar que pudiera morir ahí mismo sin hacer absolutamente

nada. Lo agarró tranquilizándole y miró a Bram.

–Está bien, pero si intentas algo me defenderé, ya has visto que puedo hacerlo – amenazó llevando al hombre con ella fuera de la cúpula de agua que se deshizo cuando salió, esta vez sin empaparla como las otras veces.

–Es la mejor decisión que hayas tomado hoy – opinó Bram exhibiendo una sonrisa caustica y se acercó a coger al hombre y ayudarlo a llevarlo –. Mi coche está cerca.

El coche estaba a unos escasos metros en el camino, aún así el trayecto se hizo difícil debido a que el hombre tenía problemas para caminar y estaba tan asustado que apenas balbuceaba y a veces había que llevarlo casi a rastras.

– ¿Sabes quién es? – preguntó Violeta que comenzaba a estar muy agotada.

–Ni idea, algún pobre diablo que cogieron para alimentar al demonio, suelen tener adicción a la sangre, especialmente a la humana – explicó Bram que sujetaba al hombre con un brazo y con el otro sacaba las llaves del coche –. En un principio había dos, pero parece ser que el cazador se encargó de uno de ellos, debió matarlo y desinvocararlo. Aun así, estos idiotas han dejado al segundo ahí, por si el cazador vuelve a indagar más.

– ¿Qué tienes que ver con esos idiotas?

–En cierta forma soy unos de los líderes de esos idiotas – explicó Bram sin tapujos.

– ¿Me cuentas todo esto porque me vas a matar? – preguntó angustiada Violeta.

–No, ya estarías muerta. Tengo que mantenerte a salvo por eso te cuento todo esto, para que no te mueras – explicó Bram que comenzaba a estar cansado de repetir lo mismo –. Mira, eres una bruja, ya debes haberlo deducido.

– ¿Cómo las que invocan demonio? – preguntó Violeta que comenzaba a temer que Ezequiel podría llevar razón y ser una persona malvada.

–No, como esas no – contestó Bram mientras dejaban al hombre en la parte de atrás del coche y se dirigían a los asientos de adelante –. Ser bruja no te

hace técnicamente mala y tú no perteneces al Aquelarre Oscuro siquiera, de hecho, las brujas que buscamos para matarlas son blancas, suelen ser piadosas y ocuparse absurdamente de los demás, pero tú tampoco eres blanca.

–Entonces, no me buscáis a mí en concreto.

–Desgraciadamente nuestro punto de vista no es tan flexible, todas las brujas que no son de las nuestras son nuestras enemigas – dijo Bram tras subirse al asiento del conductor y esperar que Violeta subiera, está dudó un poco y por un instante Bram pensó que saldría corriendo y tendría que ir tras ella, pero al poco subió y cerró la puerta –. Desgraciadamente para ti, los cazadores, que también son nuestros enemigos, gozan de la misma falta de flexibilidad, incluso son extremadamente acérrimos, cualquier fanático del que hayas oído hablar es un hombre liberal en comparación con ellos. Así que, si voy a protegerte debes decirme si ya te has encontrado con alguno.

–Sí – dijo Violeta tras un instante de silencio sin intenciones de dar detalles acerca de Ezequiel.

– ¿Él sabe qué eres una bruja? – preguntó Bram consciente de que le tendría que sacar la información a cuentagotas porque no confiaba en él y no podía culparla por ello.

–Sí, sí lo sabe – contestó mirando seria por la ventana.

– ¿Y cómo has escapado del Inquisidor Negro? – pregunto mientras conducía.

– ¿Quién?

–Supongo que no le conoces por ese nombre. El cazador con el que te has encontrado se le llama así. De los cazadores es el más fanático. Un cazador despiadado y extremadamente eficaz.

–A mí me pareció buena persona hasta que me habló de la brujería, pensé que estaba loco. No tiene claro aún que sea una bruja porque me dieron una poción. Me tenía atada hasta que su investigación concluyera – dijo evitando contar el miedo que había pasado y el deseo que tenía de que todo concluyera.

–Parece que no lo tenemos muy fácil – dijo el hombre que le obsequió

con una sonrisa agradable –. El inquisidor acabará averiguando que eres una bruja y te matará y si no, el imbécil de tu exnovio contará a todo el mundo que eres una bruja hasta que alguien se fije en ti y lo crea de verdad.

– ¿Luis? – preguntó incrédula Violeta pensando que no podía caer más bajo.

–Eso me contó a mi nada más verme, de hecho fui a la tienda de tu hermana a indagar sobre ti. Afortunadamente ese idiota se desacredita solo.

– ¿Fue a la tienda de mi hermana? – dijo casi dejando escapar un grito – ¡No meta a mi hermana en esto!

–No te preocupes, solo hice unas pocas preguntas, nadie la va a molestar – le dijo Bram en un tono tranquilizador mientras aparcaba cerca de un centro de urgencias –. Voy a llevar a este hombre adentro, posiblemente tarde un poco. No te muevas del coche, tienes que alejarte del pueblo, del cazador y del Aquelarre, ya pensaremos qué hacer cuando vuelva. Es peligroso que te dejes ver, no salgas del vehículo, ¿entendiste?

Violeta asintió casi automáticamente, se encontraba agotada y demasiado confusa como para contradecir al hombre que se acercó lo bastante como para tenerla a unos pocos centímetros de su cara. Violeta se preguntó por qué un hombre tan guapo y rico necesitaba adentrarse en un mundo tan turbio, al menos no la había atado ni tratado de intimidar tan solo le había dicho que pretendía ayudarle porque no le quedaba más remedio. Durante unos segundos estudió su rostro, había heredado la belleza de su madre, sin duda, y sus ojos eran tan fríos como los de ella. No pudo evitar compararlo con Ezequiel, los dos eran atractivos en su estilo, ambos desprendían un aura de seguridad y peligro, sin embargo, Ezequiel hacía temblar cada poro de su ser cuando estaba cerca y lo racional dejaba de tener sentido. El hombre muy cerca de ella le dedicó una sonrisa.

–Eres muy guapa y valiente. Yo te daría mi voto como ninfa, aunque no sé si es buena idea que sigas en el concurso que mi madre promociona para buscarte y matarte – dijo Bram que le acarició el rostro en un gesto amable que indicaba que todo saldría bien.

– ¿Por qué no te revelas? – preguntó Violeta cuando el hombre se giró para irse.

–Porque mi madre me mataría – dijo sin desviar la mirada del cinturón de seguridad que estaba desabrochando.

–Entonces, ¿porque la disgustas ayudándome?

–Porque hay cosas peores que mi madre y estas te quieren viva y lejos del alcance de mi madre.

– ¿Y me das información sobre tu madre que podría ponerla en peligro?

El hombre soltó una sonora carcajada y se giro con un gesto divertido apartando un mechón de pelo de la cara de Violeta.

–Si un cazador o alguien acabara con mi querida madre me haría muy feliz. Ya hace tiempo que ella debió haberme matado dado que le disgusto tanto. No lo olvides, si yo, siendo su hijo, ando con pies de plomo, tú deberías mantenerte tan lejos de ella como un cubito de hielo del fuego. ¿Lo entendiste?

Violeta asintió levemente mientras Bram salía del coche llevando al hombre que tenían en el asiento de atrás.

Capítulo 29

El sonido de la madera se hacía más intenso al ritmo en que Ezequiel aligeraba el paso atravesando la iglesia al tiempo que conectaba su móvil. Odiaba esos aparatos modernos pero no podía negar que tenían mucha utilidad en este momento para detectar a Violeta.

El lugar que señalaba donde se encontraba la chica era el mismo donde se enfrentó hace unos días al demonio. Entró en el coche y condujo rompiendo claramente los límites de velocidad. Por su mente pasaban muchas ideas, entre ellas que se la hubieran entregado como sacrificio a algún demonio, pero de ser así, su señal ya no estaría en su radar, o sí, dado que podía haber quedado la pulsera en el suelo junto al cadáver de Violeta. Esa idea le estremeció bruscamente, había sido descuidado, todo lo que le ocurrió desde que conoció a Violeta había sido un desastre. Debió haber explorado cuidadosamente el lugar para asegurarse de que no hubiera más demonios o

pudo encontrar a alguien más que interrogar, sin embargo, corrió a investigar el bar para averiguar qué pasaba con Violeta y ahora, ella misma podría estar muerta por su incompetencia. Ezequiel pisó el acelerador en cuanto salió del pueblo, ese coche había sido trucado para que corriera bastante más que uno que pudieras comprar en el mercado. No se imaginaba cómo pudo Violeta escapar del lugar y llegar a un otro tan distante, pudieron haberla sacado los del Aquelarre Oscuro o escapar con magia, en este momento, tan solo le importaba encontrarla viva. Si hubiera sido más razonable desde el principio, ahora ella no estaría en un aprieto o muerta. En ningún momento le mintió, él era un cazador muy experimentado, se habría percatado de ello, por lo que debió darle el beneficio de la duda desde el principio y haberla tratado mejor.

Condujo con pericia por el camino lleno de curvas que subía hasta el lugar que señalaba el móvil, o el que mostraba hace un rato, en estos momentos estaba pendiente de no estrellarse por ese camino de cabras. Afortunadamente, la inmortalidad te daba tiempo para adquirir todo tipo de habilidades y perfeccionarlas, conducir era una de ellas.

Aparcó descuidadamente el coche y corrió hacia el lugar casi sin mirar el móvil. Sus instintos de cazador estaban agudizados y el olor a sangre pronto le sofocó ligeramente. Bajó una cuesta hasta una especie de riachuelo y se agachó a ver restos de sangre. Un leve temblor se apropió de él cuando junto a la sangre percibió huellas de un demonio similar al que mató. No había ningún cadáver, lo cual no era una buena señal, los demonios a veces no dejaban restos. Miró de nuevo el móvil y vio la señal de Violeta activa, pero ya no estaba allí sino que se movía. Observó huellas humanas que se alejaban del lugar, tres personas, una de ellas sangraba. Intentó relajarse pensando que al menos podría estar viva e intentó obviar que estaba herida y asustada.

Subió de nuevo al coche manteniendo su móvil a la vista para conducir hacia la señal de Violeta. Rozó su cruz de madera antes de coger el volante y poner de nuevo el coche en marcha a la velocidad que le permitiera el motor, rezó una leve plegaría para que Violeta estuviera sana y condujo a lo largo de la carretera.

No tardó mucho en llegar cerca de lo que parecía un ambulatorio o centro de salud. Aparcó en el primer sitio que encontró y buscó nervioso por el parking pero no logró encontrar a Violeta. Se dirigió hacia el centro de salud

y esperó un poco hasta que pudo acercarse a hablar con la enfermera sin que la gente se quejara mucho de que se estaba colando. No dejaba de tener esa sensación de que había un cazador cerca, no obstante, no tenía humor para las bromas de Arnau, si había vuelto por algún motivo.

–Señorita – dijo dando a entender que iba con un poco de prisa –, ¿ha visto a una mujer de un metro sesenta y cinco de estatura, más o menos, pelo pelirrojo...

–¿Se refiere a Violeta? – atajo la enfermera mirándole con un amplia sonrisa.

–Olvidaba que en este pueblo os conocíais todos.

–Hace un rato, trajo a un hombre mayor que estaba perdido en el monte.

–¿Iba sola? – preguntó consciente de que en el lugar donde había ocurrido todo había tres pares de huellas no solo dos, pero se sintió aliviado al saber que no era ella la herida.

–No, iba con Bram Betila – dijo como si todo el mundo tuviera que conocer quién era y ante el gesto de incertidumbre de Ezequiel, la enfermera sacó una revista del corazón y le mostró una página donde salía el famoso playboy en una fiesta. Debía estar presumiendo con sus amigas sobre un famoso que acababa de ver, ya que tenía la revista a mano y por la página donde aparecía el famoso.

–¡Ah! Betila, el hijo de Betila – repitió Ezequiel pensando que estaba en las nubes desde que perdió a Violeta y supo que podía estar en peligro – ¿Y qué hacía con él? – preguntó disfrazando el tono de molestia por el de simple curiosidad.

–Pues...

Ezequiel comenzaba a ponerse nervioso, había perdido a Violeta que resultaba que estaba con un play boy famoso, había estado en un lugar con un demonio del que había resultado un hombre herido. Y si, había tres pares de huellas... Podría ser que Betila hubiera llegado por casualidad y ayudara a Violeta a llevarse al hombre, lo cual, de por sí, era un problema si había visto al demonio; o bien, Violeta estaba en sumo peligro porque Betila, que no parecía un play boy senderista, trabajaba para el Aquelarre Oscuro. Ezequiel

pensó en Violeta en manos del Aquelarre Oscuro, miró la revista con el play boy rodeado de mujeres hermosas, y vio a la enfermera que titubeaba si decirle algo. Ezequiel respiró hondo y decidió usar uno de sus dones en la enfermera para animarla a contarle todo lo que pensaba.

–Pues parecían muy juntos, incluso se acercaba uno a otro a cuchichearse al oído muy íntimamente. No pretendo ser cotilla pero diría que hay algo ahí. Sinceramente detesto a Violeta, siempre consigue ser el centro de atención. Primero; se va del pueblo y todos andan tratando de que vuelva y cuando regresa, la inscriben para el puesto de ninfa cuando a las demás, el club de costura nos prohíbe que no nos acerquemos a la charca de la rana, y ahora, está ligando con el hijo de Betila, guapo, rico y con clase, mientras las demás estamos atrapadas en este pueblucho de... – La enfermera se tapó la boca al darse cuenta de que había dicho cuanto pensaba sin poder evitarlo mientras las demás la observaban con cara de espanto.

–¿Y dónde creéis que está? Yo solo quiero sacarle fotos – dijo Ezequiel esperando no echar más leña a ese fuego.

–Les oí decir que se iban del pueblo y que ya encontrarían un hotel por el camino – respondió la otra enfermera.

–¿Qué? – atinó a preguntar Ezequiel cuya cabeza estaba a punto de estallar. Violeta se iba del pueblo y buscaba un hotel con un famoso playboy que bien podría pertenecer al Aquelarre oscuro – ¿Seguro que les escuchaste decir eso? Porque tenía una prueba de fotografía conmigo.

–Si a mi Bram Betila me pidiera irme a un hotel y largarnos del pueblo también aceptaría sin dudarlo. Está buenísimo – dijo la primera enfermera en un ataque de sinceridad producido por el poder del cazador que aún actuaba en ella.

–Sí, estoy segura de haberlo oído – confirmó la otra enfermera ignorando el comentario de su compañera.

–Gracias – dijo Ezequiel.

Ezequiel salió del centro de salud mientras las dos enfermeras discutían sobre lo apropiado o no de todas las inconveniencias que había dicho la que afectó con su poder de cazador. Su humor era pésimo y algo estaba

interfiriendo en el dispositivo mágico que le había colocado a Violeta para seguirla. Era probable que el hijo de Betila, si pertenecía al Aquelarre oscuro, supiera como anularlo. A pesar de todo, si quería salir del pueblo solo había una salida hasta una carretera convencional que luego llevaba a una autopista y allí comprobar si recuperaba la señal.

Violeta miraba por la ventanilla del coche de Bram. No estaba muy segura de su decisión, y más sin avisar a su familia. Suspiró profundamente, abrió de nuevo la ventanilla y medio sacó la cabeza para mirar hacia atrás, hacia las últimas casas del pueblo. Se encontraba muy estresada y confusa, no sabía ya qué creía o qué era cierto, después de todos los sucesos casi descabellados que le habían ocurrido. Daría cualquier cosa por irse a casa darse un baño, ponerse un pijama, un chocolate caliente y llorar sobre una almohada, pero estaba ahí con un completo desconocido confiando de nuevo en alguien que no era de fiar dado el lugar donde la encontró y su capacidad para eliminar una cosa rara que se podría llamar demonio.

–Necesito pensar, no podemos irnos, no así – dijo Violeta con aire ausente.

–Ya lo hemos hablado. Mi madre y su aquelarre te buscan para matarte o algo peor, están en el pueblo, como el Inquisidor negro. Si ellos no te cazan lo hará él, y créeme que no quieres que ese tipo use sus dones sobre ti. Si fuera otro cazador, podrías convencerle de que eres un alma inocente, y podrían concederte el beneficio de la duda, pero el Inquisidor jamás ha negociado con una bruja, es el más implacable. Tendrías que ver lo que queda de cada miembro del aquelarre que cae en sus mano y es interrogado por él, directamente no queda mente coherente ahí dentro, tan solo llora por todos los “pecados” que ha cometido. Preferimos encontrar un cadáver dejado por cualquier otro cazador, que un miembro del aquelarre vivo abandonado por el Inquisidor.

–¿Y tú no le tienes miedo?

–¿Yo? – dijo Bram disimulando una leve sonrisa – Si mi madre se entera de que la estoy traicionando me matará tras torturarme, si le fallo a las ancianas me devorarán vivo en medio de una oscuridad absoluta, el

Inquisidor puede pelearse con ellas por mis huesos, que será lo único que quede.

–No entiendo cómo estás tan tranquilo en esta situación. Yo estoy a punto de estallar. No puedo irme sin despedirme de mi familia o así sin más – dijo cambiando de tema.

–No puede ser, Violeta. Pondrías en peligro no solo a ti, si no a tu familia – adujo Bram.

–Debe haber alguna forma, no puedo permitir que crean que me ha pasado algo malo.

–Cuando pase todo un poco le mandaremos un mensaje.

–Bram, nadie de tu aquelarre, como lo llamas, sabe quién soy yo y a mi ex no le van a creer. Ir a verlos no va a suponer nada malo.

Bram suspiró ligeramente y la miró de refilón, titubeó un poco antes de contestar.

–Mi aquelarre, como yo lo llamo, no me preocupa, si no el Inquisidor, que ya sabe quién eres, y por cierto, ¿cómo lo averiguó?

Violeta se puso un poco nerviosa ante la pregunta que le hizo. ¿Qué le iba a decir? ¿Fui tan tonta que caí en las garras de un desaprensivo loco?

–Me sedujo – dijo finalmente un poco azorada –. Jugó con mis sentimientos, me prometió que tendríamos una cita, nos besamos, y cuando vio mis rarezas, cambió por completo, se volvió loco y me llevó a una casa donde me tuvo aprisionada.

–¿El Inquisidor? – preguntó en un tono incrédulo – ¿Estás segura de que era quién dices que es?

–Sí, ¿por qué?

–Porque el inquisidor es un fanático religioso. Mi madre le ha enviado todo tipo de súcubos a seducirle, pero él tan solo acaba con ellas, y te aseguro que si eres inmune a una criatura como esas, de extrema belleza que te la ponen dura tan solo con pestañear quieras o no, es que no eres humano, al menos en ese aspecto. Y tú dices que te sedujo y te planteó una cita. No es por desmerecerte, Violeta, eres preciosa en todos los sentidos, si no

estuviéramos en esta situación ligaría contigo, pero una súcubo es un demonio del sexo.

–Ligarías conmigo – repitió tras mirarle levemente –. Soy un imán para los raros psicópatas, sin duda, no es por desmerecerte Bram, pero te conocí cuando un “demonio” me atacaba y perteneces a un aquelarre de asesinos del que tu madre es la reina. De hecho, no sé qué hago aquí contigo en vez de huir.

–Sí, yo pensaría lo mismo en tu situación, pero el Inquisidor no juega a eso, no va ligando con nadie, se dedica por entero a su trabajo.

–¿Insinúas que si me dijo que quería salir conmigo lo dijo con sinceridad? –preguntó Violeta esperanzada – ¿Que luego se pudo sentir mal porque creyó que era una bruja y por eso hizo lo que hizo?

–No, yo lo que he insinuado es que a lo mejor no era el Inquisidor quién te llevó al sótano a torturarte.

–No me torturó – dijo medio defendiéndole –. Él me prometió que me daría todo tipo de oportunidades, que no iba a dañar a un inocente, y yo lo soy. Y si no daña a inocentes no haría nada a mi familia para encontrarme, ¿no?

Bram la miró molesto, protegerla no iba a ser fácil.

–¿Y por qué quieres exponerte? – preguntó Bram – Es un riesgo incensario.

–Avisar a mi familia no me lo parece. Da la vuelta y llévame a casa.

–Está bien – claudicó Bram –. Te llevaré a tu casa yo recogeré algunas cosas, tampoco quiero levantar sospechas con el aquelarre, y te recogeré en una hora. Espero que para entonces le hayas contado lo que te dé la gana a tu familia y estés lista para un largo viaje.

Violeta asintió levemente y esperó pacientemente a que Bram diera la vuelta y la dejara en su casa.

Violeta sonrió a Bram al salir del coche, esperó a que se fuera y en vez de entrar en su casa y dar la voz de alarma con una camisa llena de sangre, se escabulló por una de las callejuelas esperando no ser vista por nadie.

Necesitaba un instante para pensar. Ezequiel no era un desaprensivo que ligaba con todas, si no todo lo contrario. En unas pocas horas había visto como un hombre era arrojado a algo que parecía un demonio, ella también habría acabado con esos desalmados si tuviera la oportunidad, y Ezequiel parecía que estaba capacitado para eso. No podía culparle de que la tomara por una bruja como las que hacen esas maldades, porque a estas alturas ya no dudaba de que era rara, y no en el sentido que diría Carolina, si no en el sentido de que podía cambiar de lugar a través del agua, o crear escudos de protección. No, Violeta no pensaba escapar más, quería enfrentarse a Ezequiel y que juzgara qué tipo de persona era, porque no quería convertirse en un ser malvado que hacía cosas como matar gente, antes prefería morir. No iba a escapar de su destino y no lo deseaba.

Ezequiel llevaba un rato conduciendo casi sin saber muy bien hacía dónde buscar. Posiblemente el hijo de Betila pudiera anular de alguna forma el localizador mágico que le colocó a Violeta. Llegó al final del pueblo y volvió dando un rodeo hasta que de pronto localizó la señal. Suspiró aliviado, giró bruscamente el coche casi en una maniobra digna de un especialista de cine y puso el coche a todo gas dirigiéndose hacia la señal.

Ezequiel se dirigió de nuevo hacia el pueblo, dio varias vueltas para esquivar calles en dirección contraria o sin salida hasta que vio a Violeta andando sola en una calle donde no había nadie. Parecía cansada, dolida y sin rumbo.

Bajó del coche, lo cerró bruscamente y se dirigió apresuradamente hasta ella. No estaba muy seguro de cómo le iba a recibir, ni sabía cómo hacer que confiara de nuevo en él, pero debía conseguirlo si quería ayudarla. Llegó hasta ella y le rozó levemente el brazo tratando de no asustarla

–Tenemos que hablar – pidió Ezequiel en un tono amable –. Te prometo que no te voy a hacer daño ni ahora ni nunca.

Violeta observó fijamente a Ezequiel, Bram le había contado lo que era y no sabía si debía tener miedo, pero en cierta forma se sintió aliviada al verle. El demonio le había aterrorizado hasta actuar como una autómatas sin emociones, y el rato que había estado en ese coche sola, esperando que Bram volviera, el hijo de una bruja negra que invocaba demonios, su determinación

a permanecer junto a él había disminuido. Ver el rostro familiar de Ezequiel le reconfortaba y al mismo tiempo le había echado de menos, deseaba no ser una bruja, como dijo Bram que era, porque quería gustarle al cazador. Además, había tomado la determinación de afrontar su destino fuera cual fuera.

Ezequiel la miró angustiado y se acercó a abrazarla mientras revisaba que estuviera bien.

– ¿Te encuentras bien? ¿Estás herida? – preguntó muy preocupado.

–No, la sangre no era mía –dijo mientras trataba de evitar el llanto –. Tenían un pobre hombre atado y había una especie de...

–Vámonos.

–No, Ezequiel, creo que a lo mejor soy una bruja. Sé que me vas a odiar por eso pero he hecho cosas muy raras desde que me tomé la poción aquella, ojalá nunca lo hubiera hecho, pero no quiero convertirme en un ser miserable que hace ese tipo de cosas a un hombre inocente, o invoca ese tipo de monstruos – explicó Violeta llorando copiosamente.

–Tú nunca harás algo así – contestó Ezequiel –, lo solucionaremos juntos, te lo prometo.

Ezequiel la abrazó más fuerte, alzó un poco su mentón para secarle algunas lágrimas con un dedo y le dio un ligero beso. Luego la llevó hasta el coche y le abrió la puerta para que entrara, después subió al asiento del piloto.

– ¿Dónde vamos? – preguntó Violeta angustiada.

–Estoy tentado de coger la carretera e irnos tan lejos que nadie nos pueda encontrar, pero solo te pondría en peligro, más de lo que ya lo estás. Por el momento necesitas descansar y me tienes que contar todo lo que ha pasado para evaluar nuestra situación.

–Dijiste que si era una bruja me matarías.

–Pero no puedo hacer eso y cuando supe que podría haberte matado ese demonio casi me volví loco – dijo Ezequiel mirando levemente a Violeta mientras conducía –. Tú, por el motivo que sea, no eres como las otras brujas

a las que me he enfrentado, que invocan demonios o sacrifican personas.

– ¿Y si me convierto en eso? Yo prefiero estar muerta a...

–No digas eso – le interrumpió Ezequiel –. Nunca te vas a convertir en una de ellas, lo arreglaremos juntos.

Ezequiel la miró de nuevo y se dirigió a un andén de la carretera, paró allí y sacó un pañuelo y le limpió la cara que estaba llena de sudor, lágrimas y suciedad, luego miró su cabello mugriento y sonrió levemente.

–Dos horas de peluquería a la basura – dijo Violeta tratando de buscar un lado cómico a la situación.

–Esta mañana estabas preciosa y ahora también lo estás. Sinceramente, hubiera preferido despeinarte yo – dijo jugando con uno de los rizos que aún mantenían su forma y no parecía un nudo bañado en barro.

Violeta miró a Ezequiel tímidamente. Mientras estaba con Bram en el coche creyó que sería enemiga de Ezequiel porque ya aceptaba que era una bruja y eso le llenó de dolor, casi había decidido ir a cualquier lado donde la llevara el hijo de Betila. Pero el roce de su mano acariciando su pelo le reconfortaba, no pudo evitar observar sus ojos oscuros profundos que resaltaban en una piel muy pálida, los labios carnosos que se acercaban a ella, deseaba que la besara. Él parecía no tener prisa y eso la mataba de impaciencia, acarició de nuevo su mejilla y se acercó rozando los labios de Violeta con los suyos. Primero un roce ligero, casi como si quisiera saborear el momento, y luego selló los labios con los suyos explorando su boca hasta alcanzar la lengua. Violeta sintió un estremecimiento de placer por todo su cuerpo, acercó la mano a la mejilla de Ezequiel para acercarle más hacia sí. Ezequiel dejó de ser comedido para besarle con verdadera pasión, como si necesitara su aliento. Jadeante frenó en seco, le dio un beso más cortés.

–Tenemos que parar o no podré contenerme – dijo Ezequiel –, y estamos en medio de una carretera. Buscaré algún hotel donde podamos descansar, ¿te parece bien? No es buena idea que te lleve a tu casa.

–Sí – dijo Violeta que no podía dejar de mirarle con deseo.

–Pero por favor, no me mires así. Quiero hacer las cosas bien y me estás poniendo difícil no dejar el coche parado y desnudarte – dijo Ezequiel que la

miró con resignación antes de poner de nuevo el coche en marcha.

– ¿Qué quieres decir con hacer las cosas bien?

–Una cena, hablar un poco, pero creo que en el momento en que nos duchemos toda mi determinación se irá por el desagüe de la ducha. Siempre he creído que si encontraba a la mujer apropiada, sería un caballero medieval, pero contigo el amor cortés me durará medio minuto – dijo irónicamente mientras conducía.

–Los caballeros medievales se casaban en matrimonios concertados y lo más romántico que hacían eran hacer el amor vestidos – dijo Violeta que no había dejado de mirarle.

–Bueno, tú no viviste esa época. Pero también me parece que para hacer bien las cosas se necesita un cura.

– ¿En serio? – preguntó Violeta sorprendida.

–No te asustes, me conformo con la cena y si no logramos llegar a ese punto, al menos que estemos en el hotel – dijo dedicándole una sonrisa que provocó de nuevo el deseo de besarle en Violeta.

– ¿Dónde vamos, entonces? – preguntó Violeta que se estiró en el sillón del vehículo claramente dolorida, aún así, no deseaba renunciar a la promesa que le había hecho Ezequiel sobre lo que harían en la habitación.

–A las afueras del pueblo, a un hotel. Vi uno al llegar, suelo hacer esquemas mentales de los recursos de una zona cuando llego, nunca sabes cuándo te pueden ser útiles. ¿Con quién estabas cuando llegué? Las huellas indicaban que te fuiste con dos personas – dijo ocultando que ya sabía con quién estaba en el hospital.

–El hijo de Betila me salvó del demonio, prácticamente lo evaporó. Dijo que su madre me quería muerta porque no era una de ellas y destruyen a todas las brujas que no son oscuras.

– ¿Su madre? – preguntó Ezequiel sorprendido.

–Sí, dio a entender que su madre era una bruja muy influyente que tenía poder sobre los suyos y que a él, no le disgustaría que muriese, parece que no se llevan bien.

–No te puedes fiar de lo que diga un brujo, suelen mentir o retorcer la verdad para conseguir sus fines. Habíamos averiguado que el hijo de la reina de los brujos podría estar en el pueblo, pero explícame cómo evaporó al demonio.

–Recitó unas breves palabras en latín y desapareció en humo, dijo que culparían al cazador que está en la zona, así que no corría peligro de que lo relacionaran con él. ¿Por qué? – preguntó al ver el gesto desconcertado de Ezequiel.

–Para un brujo invocar a un demonio es más fácil que desinvocarlo y para lo primero requieres sacrificios humanos. Yo tendría que matarlo con una espada bendita y luego mandarlo al infierno, con unas frases en latín, y él solo necesitó unas pocas palabras. Es un poder de cazador no de un brujo.

– ¿Qué es exactamente un cazador? ¿Cómo te conviertes en uno?– preguntó Violeta llena de dudas.

–No te conviertes, naces – explicó Ezequiel –, pero somos muy pocos, que aparezca uno es un acontecimiento importante.

– ¿Y cómo sabes quién es un cazador?

–Estamos conectados, si veo un cazador sé que lo es, así es como nos hemos encontrado – dijo Ezequiel que continuó al ver en el rostro de Violeta miles de dudas –. Tenemos poderes, pero no provienen de la magia, cada uno de nosotros tiene dones especiales.

– ¿Y Bram es un brujo?

–No lo sé, eso que usó es un don de cazador. Si es un cazador la situación ha cambiado totalmente. Además, estuve un rato buscándote, en el centro de salud percibí brevemente la presencia de uno de los míos, pero estaba muy centrado en encontrarte y lo ignoré. ¿Un cazador hijo de una bruja que podría ser la reina? No podemos marcharnos. Tengo que concluir mi trabajo, limpiar el pueblo y averiguar si es un cazador.

– ¿Y si lo es? – preguntó con curiosidad Violeta.

–Entonces es uno de los nuestros y somos demasiado pocos como para ignorar el hecho. Si la Divina Providencia le ha puesto ahí debe ser por un

motivo.

–Déjame que te ayude, yo le conozco, me dijo que quería protegerme de su madre – suplicó Violeta.

–Ni hablar, te vas a mantener en la habitación hasta que considere que ya no estás en peligro.

– ¡Oh, vamos! – dijo Violeta en tono de queja frunciendo el ceño levemente – Nadie sospecha de mí y estarás cerca.

–Él sabe quién eres – dijo escuetamente mientras conducía.

–Pero si me quisiera muerta ya lo estaría, y me llevó en el coche sin atarme tan solo me explicó todo, de mentirme no me contaría nada y tú mismo lo has dicho, podría ser un cazador.

–Podría no quererte muerta si no que te unieras a ellos, o simplemente mantenerte viva para acabar contigo en un ritual, y si fuera un cazador, probablemente no sabe que lo es, podría estar engañado – dijo Ezequiel que giró el coche cerca de un hotel en medio de la carretera –. ¿Y a cuento de qué quería protegerte de su madre si se supone que ni te conocía?

–Alguien a quién tiene más miedo que a su madre le ha encomendado que me mantenga viva.

–Jacques tiene razón, si no se han matado ya con la de traiciones que se tienen entre ellos mismos es un milagro – comentó Ezequiel tras dedicarle una mirada amable que suavizaba todos los malos recuerdos que tenía del momento en que le dijo qué era y quién era ella.

– ¿Quien es Jacques?

–El líder de los cazadores, te lo explicaré todo en su momento pero ahora vamos al hotel.

Ezequiel aparcó y le dio a Violeta una de sus camisas de repuesto que llevaba en el coche.

–Póntelo encima que no te vean la camisa llena de sangre

Violeta se puso la camisa que le quedaba bastante larga sobre la que ya llevaba, y salió tras Ezequiel dirigiéndose hacia el hotel.

Capítulo 30.

Violeta apenas escuchaba el breve intercambio de palabras que mantenía Ezequiel con el recepcionista del hotel mientras este le asignaba una habitación. El hotel era de estilo rústico, con un gran salón donde la gente podía comer comida casera, y que los fines de semana se llenaban de domingueros con sus familias que buscaban pasar el día en la naturaleza. Afortunadamente, estaba lo suficientemente lejos de su pueblo como para que nadie la reconociera. Ezequiel explicaba al hombre que habían estado haciendo senderismo en una zona resbaladiza, para justificar el estado lamentable que llevaban, pero Violeta no era capaz de apartar la mirada de Ezequiel. El hombre poseía mucha seguridad en sí mismo y las palabras bailaban de tal manera alrededor del recepcionista que habría hecho cuanto quisiera Ezequiel. Violeta no olvidaba el trabajo violento que desempeñaba, debería tener miedo, sentirse intimidada, pero el aura de peligro que desprendía era muy excitante. Apenas se dio cuenta cuando Ezequiel le tomó de la mano para conducirla por la escalera hacia la habitación que les había asignado. Sintió un leve estremecimiento al contacto con el hombre, las camisas un poco anchas que llevaban disimulaban su musculoso cuerpo, pero todo ello se podía intuir cuando se movía o se le pegaba un poco la camisa al cuerpo.

– ¿Tienes hambre?– preguntó Ezequiel en la puerta – Puedo pedir que nos traigan algo.

–No – dijo escuetamente –. Lo que necesito es una ducha.

–Siento mucho por todo lo que te he hecho pasar – se disculpó Ezequiel aún en la puerta.

–No puedo negar que este ha sido el día más emocionante de mi vida. Necesito contarte todo lo que me ha pasado pero no quiero que te pongas de nuevo en mí contra si digo algo que te disguste.

–No te preocupes, eso no va a volver a pasar – dijo mientras abría la puerta.

Ezequiel esperó a que Violeta hubiera entrado y cerrado la puerta para agarrarla de la camisa, atraerla hacia sí y besarla. Violeta colocó las manos en los anchos hombros del cazador para sujetarse por el impulso y devolverle el beso, subió las manos y recorrió los dedos por el cabello del hombre enredándose entre los hilos negros que lo formaba bajando para rozar su cuadrulado mentón hasta pasar los brazos alrededor de su cuello al tiempo que él la sostenía entre sus brazos mientras ella pasaba las piernas alrededor de la cintura del hombre. Él la sujetó entre sus brazos dirigiéndose con ella entrelazada hacia la ducha. Violeta comenzó a desabrochar los botones de la camisa de Nicolás mientras este la llevaba en brazos hasta que se dejó ver su pecho blanco con poco vello y muy musculoso. Apartó la camisa todo lo que pudo para acariciarle mientras le observaba. Ezequiel abrió el mango de la ducha dejando a Violeta en el suelo y comenzó a quitarle la ropa. Los almendrados ojos negros de Ezequiel se detuvieron con deseo en cada parte de su piel que estaba descubriendo conforme le quitaba la ropa, dejándola en ropa interior. En ese instante, pareció dudar levemente dejando denotar un leve sentimiento de timidez que le resultó a Violeta muy atractivo. Ese hombre tan peligroso y guapo parecía un poco intimidado por la situación. Violeta sonrió y llevó la mano del hombre hacia su sujetador que desabrochó con un poco de dificultad dejando al descubierto sus redondos pechos.

–Lo siento, no tengo experiencia desabrochado... ya sabes – se disculpó Ezequiel que parecía un poco más seguro tras vencer el cierre del sujetador.

Violeta le dedicó una suave sonrisa comprensiva mientras él la observaba detenidamente, deleitándose en sus redondeces. Pasó las yemas de los dedos por sus pechos casi sin tocarlos como si no quisiera profanar la suavidad de su piel. Esa leve insinuación que no terminaba de concretarse en una caricia comenzaba a mortificar a Violeta que deseaba sentir el calor de la mano en su pecho y más. Finalmente, no puedo aguantar más y acercó la cabeza de él a sus pechos. Ezequiel los besó suavemente y la miró con una sonrisa.

–No vamos a llegar ni a la cena ni a la ducha – dijo entre beso y beso.

Violeta sonrió traviesa y le apartó suavemente. Ezequiel emitió un gruñido de disgusto pero luego le devolvió la sonrisa al verla entrar en la ducha y comenzar a enjabonarse delante de él. Violeta le contemplaba mientras pasaba la esponja por todo su cuerpo de manera sensual

deteniéndose en los pechos para dejar caer la espuma por ellos y se fijó en los pantalones que aún no se había quitado, un bulto sobresalía claramente recordándole lo caliente que estaba el hombre.

Ezequiel se quitó los pantalones con ansiedad y luego la ropa interior. Violeta miró el miembro duro del hombre durante un instante, era grande y bien proporcionado y sus ojos brillaron con deseo, se mordió levemente los labios mientras el hombre entraba en la ducha, dejó la esponja a un lado y lo atrajo para besarle; al principio suavemente, y luego de forma apasionada mientras su mano se deslizaba por el cuerpo de Ezequiel hasta tocar su entrepierna mientras le besaba. Violeta percibió el ligero estremecimiento que tuvo el hombre ante ese contacto íntimo y profundizó más en sus caricias notando la dureza de su excitación. No podía creer que el mismo hombre que hace un rato le llamaba bruja con odio y la tenía atada amenazándola de muerte ahora fuera completamente tierno y dulce en sus caricias y besos. La lengua de él se entrelazaba y buscaba la de ella con timidez hasta que el ansia de poseerla se hizo más intensa. Ezequiel bajo su mano hasta la de ella alejándola de su pierna mientras su boca se entretenía en su oreja y le susurraba.

–Estoy cerca de perder todo mi control, amor, y nunca me ha pasado antes. Me gustaría ir lento pero...

–No quiero que vayas lento. Estoy demasiado caliente para eso – le contestó Violeta acercando la mano de nuevo a su miembro y llevándolo hasta ella que se acomodó en brazos de él para favorecer el acto sexual.

El cazador no pudo más y tomó a Violeta en brazos para embestirla, al principio de forma suave hasta aumentar un poco la velocidad, luego notó como el ritmo de ella aumentaba insaciable y se desenfrenó dejándose llevar completamente por la pasión y acabar en movimientos frenéticos que concluyeron en un estallido casi al unísono. Ezequiel hubiera querido ir más despacio, saborear cada centímetro del cuerpo de la mujer, acariciar y besar hasta el último rincón de Violeta, pero su estado alterado le impedía apenas contenerse.

Violeta aún jadeaba cuando sonrió a Ezequiel y le arrojó la esponja.

–Yo ya me enjaboné – dijo Violeta aún sonriendo.

–Sí, y fue espectacular, deberías repetirlo más a menudo, pero solo conmigo – respondió rectificando el final.

Violeta escurrió el agua del cabello rojo y salió de la ducha para observar a Ezequiel ducharse. Ahora le resultaba incluso más atractivo que cuando lo vio por primera vez. Los rizos negros azabaches caían por la espalda por el peso del agua, no es que los tuviera excesivamente rizado pero sí lo suficiente como para que mojado pareciera considerablemente más largo. Los ojos negros era lo primero que le había llamado la atención, de un oscuro tan intenso y brillante que parecían antinaturales. Lo que no había visto antes es su cuerpo desnudo, musculoso, con algunas pequeñas cicatrices. Ezequiel cerró el agua y la miró levemente mientras tomaba un par de toallas para secarse.

– ¿Qué miras? – preguntó con curiosidad observándola de refilón mientras se secaba el pelo con la toalla

–A ti. Eres muy atractivo desnudo. ¿Nunca te lo han dicho?

–Bueno – dijo tras titubear un poco –, nunca me ha visto ninguna mujer desnudo siendo adulto, creo.

–Entonces, ¿siempre que has hecho esto ha sido a oscuras o vestido? – dijo sorprendida. Había creído que cuando dijo lo de amor medieval era una broma.

–Es que nunca he hecho esto antes – dijo Ezequiel dejando la toalla a un lado y atrayendo a Violeta hacia él.

– ¿El qué? – preguntó mientras él la rodeaba con sus brazos por la cintura.

–Lo que acabamos de hacer – contestó con timidez mientras le daba un beso en el cuello.

– ¿Me estás diciendo que eras virgen? – preguntó incrédula.

–Sí, claro que sí. Llevo más tiempo vivo del que imaginas y soy de otra época, me crié en un entorno muy religioso.

– ¿Cuánto tiempo? – preguntó Violeta con curiosidad.

–Los cazadores no morimos de la misma forma que los demás, quizás

estemos malditos.

–Te burlas de mí – dijo Violeta con una sonrisa divertida.

–En absoluto, ya has visto un demonio, incluso brujería, no debe costarte creer que yo, en cierta forma, también soy sobrenatural. Mira esto – dijo señalando su pecho a nivel donde tiene el corazón. Una mancha oscura se extendía en forma de estrella –. Me lo hizo la reina de las brujas a mí y a los otros cazadores, es el motivo por el que ella es inmortal, nos roba nuestra energía, lo cual nos debilita y es extrañamente doloroso.

– ¿Doloroso en qué forma?

–Cada vez que extrae energía padezco dolor físico y las pesadillas son continuas, siento que me ha robado el alma en cierta forma – dijo en tono de lamento –. Es uno de los motivos por el que nunca me he implicado en ninguna relación, aparte de que no he encontrado a la adecuada hasta ahora.

Violeta sonrió cuando le dijo que era la adecuada y colocó los dedos en la marca negra. Sintió furia al verla, le habían marcado como si fuera ganado, peor aún, para robarle su energía, entendía por qué odiaba tanto a las brujas. Acarició el pecho molesta mientras él la observaba atentamente aún rodeándole la cintura. Escuchaba el corazón del cazador latir con más brío de lo normal, percibía su excitación casi como si fuera la suya, podía sentir impresiones que él transmitía y de pronto, colocó la mano encima del pecho de manera más violenta dejándose llevar por una intuición. Ezequiel se sobresaltó y gritó de dolor. Una energía de color azul que partía desde el pecho de Violeta atravesó la oscuridad de Ezequiel mientras este caía al suelo de envuelto en sufrimiento. Violeta le abrazó asustada sin poder frenar el suceso. La energía brotaba como una fuente de ella a él y luego al contrario hasta que dejó de oír los gritos de Ezequiel. El cazador se incorporó con dificultad casi apoyándose en Violeta que estaba profundamente consternada, se tocó el pecho y contempló que la mancha negra había desaparecido.

– ¿Estás bien? – preguntó Violeta asustada abrazándole con cuidado – ¿Te he hecho daño? Te juro que no sé qué me ha pasado.

–La garra de bruja ha desaparecido.

–Por favor, no te enfades, no sabía lo que hacía – dijo intentando no

sollozar.

–Tranquila, no pasa nada – dijo tras darle un ligero beso –. La garra de bruja era el conjuro por el que la reina me atormentaba. No sé cómo lo has hecho pero me has librado de ella.

– ¿Cómo te encuentras? – preguntó Violeta mientras le acariciaba el pelo.

–Muy débil, ayúdame a llegar a la cama, pero me siento muy ligero, ya no tengo esa maldita opresión – dijo acercándose a la cama con ayuda de Violeta que no estaba acostumbrada a ver a ese fuerte hombre vulnerable –. Acércame el péndulo que encontrarás en el bolsillo del pantalón, por favor, cariño.

Violeta sonrió ante la palabra cariñosa de Ezequiel, no estaba acostumbrada a escucharle hablar así y se sentía como en una nube. Se acercó a sus pantalones y rebuscó en ellos, en uno de los bolsillos había un péndulo y una foto doblada, cuando la sacó vio que era ella, arrugó levemente la nariz, no estaba segura de si llevaba la foto porque le gustaba o por alguno de sus trabajos de cazador, después de todo, hasta hace poco era una sospechosa de brujería oscura. Dejó de nuevo la foto donde estaba y se giró para volver a la cama.

–Es porque me gustabas mucho, no pude evitar llevar esa foto, salías especialmente guapa – explicó Ezequiel sin que Violeta dijera nada.

– ¿Cómo sabes...?

– ¿Lo qué pensabas? – dijo concluyendo la frase –. Te dije que los cazadores nos sintonizamos unos con otros de alguna forma muy primitiva, pues después de lo que nos acaba de pasar me ocurre algo similar contigo pero mucho más fuerte. No oí tus pensamientos pero en cierta forma sabía lo que estabas pensando.

–A mi me ocurrió antes, sentí tu corazón, la opresión, rabia, era como si algo no estuviera bien o equilibrado, y de pronto esa luz brotó, pero no solo desde dentro de mí también desde ti – dijo Violeta que había llegado a la cama y le tendió el péndulo a Ezequiel y se acomodó a su lado.

Ezequiel tomó el péndulo y cerró levemente los ojos para hacer una plegaria, al poco el péndulo comenzó a vibrar y a girar. Ezequiel abrió los

ojos y soltó el péndulo en el aire que comenzó a moverse solo, incluso variar a un color azul claro.

–Pero se mueve solo...– dijo Violeta sobresaltada sin llegar a acabar la frase.

–shhh – respondió Ezequiel haciendo un gesto de silencio y fijando la mirada en el péndulo que había dejado de oscilar e iba de él a ella en una especie de arco – Necesitaría más datos, pero creo que nuestras energías están alanzadas de alguna forma.

– ¿Es por lo que he hecho? – preguntó tímidamente Violeta.

–No, no creo que tú hayas hecho nada. Pienso que simplemente tu energía al enlazarse de manera natural con la mía ha deshecho la garra de la bruja –. Ezequiel dejó el péndulo sobre la mesita y se estiró en la cama atrapando a Violeta para que se echara sobre él –. No te imaginas todo el tiempo que llevo esperando deshacerme de esa bruja y de su maleficio.

– ¿Quieres contármelo? – preguntó Violeta que se sentó sobre Ezequiel y tomó su cruz como si intuyera que había sido una silenciosa testigo de muchos de los acontecimientos en la vida del cazador.

–No, creo que quiero enterrar esos recuerdos. Desde que me encontré con ella y me hizo aquello... – dijo Ezequiel como si ese aquello significara algo muy malo y traumático – No soy al único al que se lo ha hecho, todos los cazadores que conozco les ha ocurrido lo mismo. Ninguno habla de esa experiencia, pero todos soñamos con el día en que nos liberemos de su garra y también con el día en que la enviemos al infierno.

Violeta dejó de jugar con su cruz y se echó sobre las piernas arqueadas del hombre colocando los pies cerca de su hombro.

–A pesar de los malentendidos, y los problemas que hemos tenido creo que esto ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo – dijo Violeta cerrando los ojos y suspirando.

–No te imaginas lo que ha sido para mí en todos los sentidos – respondió Ezequiel que acariciaba el pie de Violeta –. Sé que esto va a sonar muy precipitado y yo soy un hombre complicado metido en asuntos muy peligrosos, pero te quiero y nunca he dicho estás palabras a nadie, creo que lo

he hecho desde que te vi la primera vez refugiándote de la lluvia, mojada con ojos de ángel y cuando vi a ese Luis hablando contigo, pensé que erais novios y sentí disgusto.

–Oh vamos, no pudiste pensar eso, Luis es lo último que yo quiero tener cerca a menos que sea para meterlo en una incineradora – dijo dándole un golpecito con el pie en el hombro.

–Bueno, supongo que es irracional.

–Yo también te quiero – dijo inclinando el cuerpo para besarle al mismo tiempo que doblaba las rodillas para ponerse de cuclillas sobre él.

Ezequiel la tomó de la cintura y le besó muy apasionadamente colocando la mano tras la cabeza de la mujer enredando los dedos entre sus cabellos rojos, luego giró el cuerpo dejándola a ella debajo de él, apartó lentamente la toalla para besarle el cuello, y descender lentamente hasta alcanzar sus pechos. Finalmente, no pudo más y entró dentro de ella dejando escapar un jadeo de placer. Nunca hasta ese instante había estado con una mujer, dedicó su vida a su trabajo, incluso calibró hacerse sacerdote, y ahora que disfrutaba de los placeres de la carne no pensaba volver atrás. Violeta apenas podía moverse bajo el peso del hombre que actuaba de una forma desmesurada y frenética. Le besaba sin apenas saborearla como si deseara calmar un deseo largo tiempo insatisfecho, era difícil de creer que esta fuera la primera vez para Ezequiel, no creía que existiera ningún hombre en esa situación en este planeta y mucho menos que estuviera tan bueno como él. A Violeta le costó frenar brevemente al impetuoso cazador para cambiar de postura y colocarse ella arriba para cabalgarle. Cuando acabaron sudorosos de nuevo y jadeando los dos a la vez, Violeta se sintió exhausta y se dejó caer sobre el hombre que colocó sus brazos alrededor de ella.

–Creo que tendré que pedir tu mano a tu padre – dijo Ezequiel mientras le daba un suave beso.

– ¿Cómo? – atinó a preguntar Violeta casi como un resorte al oír los planes de Ezequiel – Acabamos de conocernos.

–Eso no nos ha impedido acabar en la cama juntos. ¿Tienes dudas? – preguntó el hombre que inclinó la cabeza para verle el rostro.

–No he tenido mucha suerte con los hombres – dijo Violeta justificando sus dudas.

–Yo tampoco con las mujeres. La mayoría con las que me he tropezado eran unas brujas, literalmente – apostilló Ezequiel sin que Violeta pudiera discernir si estaba bromeando –. Aún así, lo tengo claro. Ni siquiera me importa si eres una bruja. Si trabajaras para la reina del Aquelarre Oscuro, en este momento estaría bien jodido.

–Si fuera eso no te habría quitado la garra, ¿no?

–No, por eso no tengo dudas de lo nuestro.

Violeta se mantuvo un instante en silencio observando al cazador. Nunca antes había sentido algo como lo que sentía por Ezequiel en toda su vida. Había sido mágico, magnético y dudaba de que esos sentimientos le desaparecieran algún día, habían llegado para quedarse y si los ignoraba, para torturarla cada segundo que estuviera lejos de él.

–Yo tampoco tengo dudas de ti – contestó finalmente –, tan solo tengo inquietud porque tú eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, y tengo miedo de que desaparezcas de alguna forma.

–No te imaginas lo persistente que soy. Es improbable que desaparezca, además, me tomo mis compromisos muy en serio, no te diría lo que te he dicho de no estar absolutamente seguro.

Capítulo 31.

Ezequiel había salido disgustado de la habitación del hotel. Le hubiera gustado quedarse todo el día allí con Violeta explorando cada centímetro de su cuerpo y olvidándose por primera vez en cientos de años de una vida dedicada al servicio, sin más motivación que la destrucción del Aquelarre Oscuro, tan solo disfrutar de las cosas básicas de las que cualquier ser humano es proveído. Estaba inquieto, el día anterior no había tomado todas las medidas que su don le confería para evitar que le siguieran, ni tan siquiera había tenido en cuenta las medidas básicas normales, tan solo había creído

que Violeta podía morir y había salido a su rescate como un elefante pisoteando todo a su paso, más bien, poniendo a prueba la potencia de su coche. No era propio del cuidadoso y meticuloso Inquisidor Negro dejarse llevar tan impetuosamente por las emociones, ni siquiera Arnau que era el más impulsivo de ellos habría cometido tantos errores ayer, claro que a Arnau no le importaba, él siempre resolvía los problemas según surgían, guiándose por lo que él llamaba su intuición de cazador. Pero Ezequiel actuaba impecablemente con un plan, sin dejar hilos sueltos y encontrarse en el limbo de la incertidumbre le molestaba. Tenía que arreglarlo, cambiar de lugar y esta vez hacerlo de la manera adecuada, no podía dejar mucho tiempo a Violeta allí y menos sola, pero era imperativo que hablara con Jacques y conseguirle algo de ropa a Violeta. Por la mañana, que había recuperado su temple pensaba con más calma, y tras analizar todo lo que le contó Violeta acerca de lo que le ocurrió, trazó un plan sobre qué contarle al líder de los cazadores. Durante un rato barajó huir con Violeta y esconderse de los cazadores y del Aquelarre Oscuro, pero si hacía eso los cazadores no iban a parar hasta encontrarlos. Debía negociar con Jacques y tenía una carta importante que jugar; por el motivo que fuera, Violeta había sido la causa de que la garra de la bruja hubiera desaparecido de su pecho. Ese conjuro unía el alma y el poder del cazador a la reina del Aquelarre Oscuro, le dotaba a ella de la inmortalidad de los cazadores y de un poder inimaginable, mientras tuvieran la garra eran más débiles y lo que era aún peor, no podían matarla. Ella a cambio, les suministraba a los cazadores dolor, sufrimiento y un tormento insoportable al sentir que le hubieran arrancado el alma. Era una carta demasiado buena para que los cazadores la desdeñaran sin más. Y prácticamente era lo que le había expuesto a Jacques tras contarle todos los datos sin saltarse ni un solo detalle, incluso el asunto del hijo de la reina y sus extraños poderes.

Ahora aguardaba silencioso en el mismo lugar donde se encontraron la última vez, esperando el dictamen de su líder. Jacques permanecía callado también, actitud que preocupaba a Ezequiel. Habría preferido un estallido de furia, pero el mutismo era una actitud que no esperaba en Jacques cuando le contara que no solo había dejado vivir a una bruja sino que pretendía protegerla, incluso cuando la excusa de que podían encontrar la solución a la garra de la bruja fuera tan buena. Jacques hizo muchas preguntas cuando le

contó el encuentro de Violeta con la supuesta bruja blanca encerrada y capturada por el Aquelarre Oscuro, muchas de esas respuestas no se las podía dar él, apenas había averiguado que pudieran existir otro tipo de brujas, incluso algunas relacionadas con la religión y el bien. No se había planteado si creer todo lo que había descubierto, él no era impulsivo en sus conclusiones y honestamente, en este momento lo que le importaba era la seguridad de Violeta, y si para ello debía esgrimir la teoría de que existieran brujas buenas, lo haría, incluso lo creería.

–Yo pensaba que el Aquelarre Blanco había sido destruido por completo – dijo finalmente Jacques sacando a Ezequiel de su incertidumbre.

– ¿Ya sabías que existían otro tipo de brujas? – preguntó Ezequiel con un toque de perplejidad.

–No, ya no existían, esa era la cuestión. Habían sido aniquilados hasta el último de ellos. Y lo del Aquelarre de la luna roja es nuevo para mí.

Ezequiel se acomodó en su silla preguntándose cuántas cosas no les había contado su líder, ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba vivo, o atormentado por la reina del Aquelarre Oscuro. Encontraba razonable que tratara el tema de una bruja con capacidad para acabar con el poder que la reina ejercía sobre los cazadores con calma. Ezequiel no estaba dispuesto a ceder si le exigía algo drástico.

– ¿Y ahora? – preguntó tratando de discernir entre las emociones del líder.

–De los cazadores, incluido yo, eres el último del que esperarí que se enamorase de una bruja. No voy a cuestionar tu trabajo, o pretender que yo sé más que tú de la situación cuando no he estado en ella. Esa bruja es responsabilidad tuya, si te equivocas y va hacia el mal, tendrás que encargarte de ello. Mi consejo es que si la quieres le pongas un talismán inhibitor de su poder y que viva como una humana normal, pero necesitamos saber cómo se ha deshecho de la garra de la bruja y averiguar todo lo posible sobre esa magia roja en caso de existir.

– ¿Existe una forma de bloquear su poder y que sea una humana normal?

–Existen muchas cosas y nosotros necesitamos que su poder esté activo y

controlado para saber qué es y cómo acabó con la maldición de la reina, pero si decides que no quieres arriesgarte te conseguiré el talismán – explicó Jacques con una mirada expectante sobre Ezequiel. La posibilidad de acabar con la garra de la bruja habría nuevas esperanzas para todos ellos, pero ponía a Violeta en peligro.

–Yo no puedo tomar esa decisión. Aunque no quisiera correr ningún riesgo y protegerla colocándole ese talismán la decisión debe tomarla ella, es su poder después de todo. Me gustaría tener más datos y encontrar la forma de liberar a todos, no solo a mí.

–Es comprensible, y el hecho de que los del Aquelarre Oscuro la quieran muerta es una razón buena en sí misma para protegerla.

–La está buscando todo el Aquelarre Oscuro por el pueblo, yo no la quiero usar de cebo y Bram Betila, el supuesto hijo de la reina sabe quién es – apuntilló Ezequiel que se mantenía en su silla en el lugar apartado que habían elegido para hablar sin que se les molestara.

–Según tú, un posible cazador. Si es un cazador dudo que su madre sepa lo que es o estaría tan jodido o más que nosotros. Lo habría usado como su pila personal. Si no fuera porque de alguna forma, cada vez que me he acercado a la zona presiento la presencia de un cazador que no es ninguno de nosotros habría desdeñado la posibilidad de que fuera uno de nosotros – Jacques se llevó la mano a la barbilla, gesto que solía hacer cuando pensaba –. Esta misión se ha complicado mucho, necesitamos saber si es un cazador y limpiar esta guarida de brujos al mismo tiempo que averiguamos cómo se ha deshecho Violeta de la garra de la bruja. Saber el nombre que la reina del Aquelarre tiene en este tiempo ya en sí es una victoria, pero no lo será si sabe que lo sabemos, fingiría su muerte, cambiaría de lugar y tendría una identidad nueva en un chasquido. y no puedes recibir ayuda de ningún cazador en este momento. Todos están comprometidos en otra misión y aunque les hiciera venir, tardarían. Sabes que yo no me puedo alejar demasiado de mis protecciones, ni en el tiempo ni en el espacio, puedo ofrecerte una ayuda limitada – Ezequiel sabía a qué se refería Jacques. La reina captaba la presencia de Jacques de una manera inusual y cuando se alejaba de sus protecciones ella le atacaba, le absorbía la energía hasta dejarlo en el suelo tirado casi gimiendo de dolor. Debía deshacerse de la garra casi de una

manera imperativa.

–Sí, yo he pensando también en todo ello. Creo que puedo arreglármelas yo solo y llevo la espada bendecida por el arcángel san Miguel que me regalaste, los demonios no serán un peligro serio.

–Yo estaré en la zona, en el lugar que he habilitado para mí cerca del pueblo, por si me necesitas. Te daré todo el apoyo que requieras y si no quieres poner a tu bruja en peligro puedes pensar en dejarla a mi cargo.

Ezequiel frunció levemente el ceño, por un lado no era mala idea dejarla con Jacques, el líder de los cazadores protegería a Violeta mientras él cumplía su trabajo sin más distracciones, no obstante, no deseaba alejarse de ella, ansiaba protegerla él mismo, y, no quería reconocerlo, pero estaba ansioso por continuar por donde lo dejaron esa mañana muy temprano. Se sacudió todos esos pensamientos ardientes que comenzaban a emerger de su mente y que surgían de una parte de si mismo que desde niño había tenido atada, casi anulada. Esperaba que la telepatía no fuera uno de los dones de Jacques, como algún cazador aseguraba dada su perspicacia.

–Meditaré tu propuesta – concluyó finalmente Ezequiel –. Debo marcharme, dejar a Violeta sola tanto tiempo no es buena idea.

–Ve con sumo cuidado – respondió Jacques despidiéndose de Ezequiel.

Una ducha de casi una hora podría no ser calificado de ducha sino de spa casero aromatizado con jabón, pensó Violeta cuando cerraba la ducha por fin y salía de la bañera. Se lió la toalla y una segunda toalla para el pelo y suspiró observando las chocolatinas que le había traído Ezequiel, con deseo. Decían que el chocolate era sustituto del sexo, pensó Violeta mientras mordía uno de esos chocolates tras observar con una leve sonrisa que al lado había dejado una caja de bombones con una nota. Tomó la nota con una sonrisa y la leyó “Te quiero, mi brujita”, y una mierda que el chocolate sustituye al sexo. Violeta sonrió más y abandonó los chocolates dejándose caer en la cama. Ezequiel era increíble, y tras esa fachada de dureza y frialdad inicial había un alma romántica que no tenía miedo de mostrar sus sentimientos y dejarte una cajita de bombones con una nota que te diga te quiero. Necesitaba una dosis de realidad para no creer que estaba viviendo un sueño del que iba a despertar

y todo se esfumaría. Una dosis de realidad se repitió, había olvidado llamar a Carolina para que no se preocupen por ella. Probablemente con los mensajes tan escuetos debían creer que se había fugado o estaba en peligro. Carolina era muy exagerada y muy dada a lo fantasioso, podría haber pensando algo surrealista. Tomó el móvil sin dejar de sonreír, estaba deseosa de contarle a alguien todo lo ocurrido, bueno lo que no guardaba relación con secuestros, brujos y demonios. Marcó el número de Carolina y se acomodó mientras oía el sonido del teléfono dando la llamada.

–Por fin llamas – dijo Carolina en un tono divertido – ¿Cómo te ha ido con el fotógrafo?

– ¿Cómo sabes? – dijo en un tono de sorpresa.

–Porque mis capacidades paranormales han aumentado mucho – dijo en un tono serio –. Bueno, en realidad todo el mundo contaba que tuvisteis que anular el día de fotos porque Luna había tenido que marcharse y luego me enteré que se fue contigo. Laura estaba muy preocupada por ti, por cierto.

– ¿Se rumoreó algo raro? – indagó casi en un tono asustado.

– ¿Raro como que Violeta se había liado con el fotógrafo más deseado del pueblo? – bromeó Carolina atormentando un poco a su hermana –. No que va, eso ni lo sospechan, pero yo si fuera tú tendría mucho cuidado, Luna tiene muchas admiradoras detrás como moscas y algunas, que serán las que voten a las ninfas, te van a odiar si se enteran. Guarda el secreto hasta que te elijan.

– ¿Ahora eres mi representante?

–Algo así, yo he manejado los hilos detrás de la modelo. Pero ve al grano, dónde estás, qué ha pasado y si volverás algún día.

–Pues – comenzó Violeta titubeante, no sabía cómo ordenar sus ideas para explicar lo ocurrido –, nos hemos liado, mucho más que eso, estamos en un hotel.

–Jolín, eso requiere una noche entera de explicaciones con helado. ¿Pero es en serio o un rollito?

–Él ha comentado que pedirá mi mano a papá, no sé si iba en serio o bromeaba, pero me dejó...imagínate.

–Por fin un hombre de los que le gusta a papá, que pida la mano de su hija decentemente – bromeó Carolina –. Pero eso yo ya lo sabía, salía en las cartas, os casaréis bien prontito y tendréis hijos.

– ¡Carolina! – casi gritó Violeta asustada – Si acabamos de conocernos, no sé si él va tan en serio como parece, recuerda mi suerte con los hombres, no podemos acostarnos una vez y que se quiera casar.

–Así es el amor verdadero, no sé en qué idioma más explicártelo. Algunas personas están unidas desde que nacen con otra, no importa donde estén ni las circunstancias que tengan, tarde o temprano se encuentran y es para siempre. Él parece que lo ha aceptado antes que tú.

–No digas sandeces, Carolina – contestó Violeta que ni de niña se había tragado el mensaje Disney sobre el príncipe azul y el amor verdadero –. Pero reconozco que es muy fuerte la sensación, al menos para mí. Ha salido a hacer unos cuantos recados y me siento como si se hubiera ido a Marte, casi me muerdo las uñas con la espera y no sé como distraerme para no agobiarme.

– ¡Maldita sea, Violeta! Cómo comiences de nuevo a comerte las uñas me voy a enfadar. He invertido mucho en ti para que seas ninfa, no puedes ir con las uñas como si hubieras escapado de un torturador chino que te hubiera llenado de palillos los dedos – le regañó Carolina que comenzaba a creer que Violeta era su proyecto ninfa.

–No, no me las he mordido – mintió Violeta que se miró de refilón una que había mordisqueado un poco, limándosela no se notaría, al menos no mucho –Volviendo al tema original, debes guardarme las espaldas con mamá.

–Siempre has subestimado a mamá. Ella tiene un radar de peligro con nosotras, lo sabe todo, nos lee el pensamiento, incluso a veces sabe qué haremos antes que nosotras mismas. Si no toma medidas es porque nos da libertad para que cometamos nuestros errores, pero ganas no le han faltado de ir a por ti más de una vez y devolverte al pueblo a base de sopapos.

–Sí, tú asústame.

–No te preocupes, les diré que andas con amigas, o algo así, pero mamá lleva tiempo haciendo tu ajuar a la antigua desde que llegaste – se burló

Carolina –. Cuando vuelvas quiero detalles de todo.

–Te dejo, que he pedido algo para desayunar y debe estar al llegar el camarero – se despidió Violeta tratando de no pensar en las posibles sospechas de su madre.

–Llámame para darme nuevas noticias, si las hay – contestó Carolina acabando la llamada.

Capítulo 32.

Violeta dejó el teléfono en la mesita y apartó la toalla de la cabeza para cepillarse el pelo. De niña odiaba su cabello rojo y sus pecas que con el tiempo se fueron difuminando. Ahora, de adulta, los rizos se habían suavizado dejando el cabello con unas ondulaciones que quedaban espectaculares en la peluquería y encrespadas si se arreglaba ella el pelo. Quería estar perfecta y trataba de recordar e imitar a una peluquera profesional para que Ezequiel la encontrara deseable. Finalmente, decidió dejar que el cabello se secara solo permitiendo que los rizos tomara la forma que quisieran, siempre había sido mejor que luchar contra ellos. Sobre la ropa no tenía mucho que elegir hasta que Ezequiel le trajera ropa nueva, debía ponerse lo de ayer, al menos para abrir al camarero. Había limpiado todo lo mejor que pudo y estaba medianamente visible, al menos ya no parecía que acabara de escapar del infierno.

Al poco tiempo de terminar de vestirse llamaron a la puerta. Violeta se acercó a abrir aún con una sonrisa bobalicona que trataba de disimular para evitar que el camarero no creyera que era tonta. Se miró brevemente en el espejo cercano a la puerta y se dio cuenta de que se había dejado un par de botones de la blusa desabrochados, los abrochó rápidamente antes de abrir la puerta, sonrió brevemente al que creía que le traía su desayuno cuando su sonrisa se trancó en un gesto de horror.

– ¿Qué haces tú aquí?– atinó a decir observando con desagrado al hombre que tenía en frente.

–Hace tiempo te morías por verme – dijo Luis entrando sin ser invitado y

casi sin poderlo evitar Violeta –. Todo el mundo me toma por loco cuando digo que eres una bruja y, ¿sabes una cosa? Hace meses yo mismo me habría reído de la brujería, pero ya no.

–Sal de aquí, ahora – dijo Violeta en un tono imperativo.

Luis, iba bastante desaliñado cuando él acostumbraba a cuidar su aspecto escrupulosamente, parecía que había estado bebiendo toda la noche. Se movió un poco por la habitación hasta que vio la cámara de Ezequiel.

–Serás puta, así quieres conseguir un puesto en el anuncio acostándote con el fotógrafo – dijo con un tono de desprecio –. Pero realmente me da igual con quien te acuestes. La gente para la que trabajo busca una puta bruja y esa eres tú. Yo lo cuento y no me creen.

–Luis deberías irte a descansar. No sé con qué gente te estás tratando ahora pero sin duda son mucho peores que con los que te hayas tropezado en el pasado. Déjalo ahora que estás a tiempo – le aconsejó Violeta que aún se mantenía en la puerta calibrando si debía gritar o echar a correr.

–Ni se te ocurra salir corriendo, Violeta – le dijo casi leyéndole el pensamiento –.Tengo a Carolina en el maletero.

–Es un farol, acabo de hablar con ella hace menos de una hora y estaba bien.

–Hace casi una hora cuando estaba abriendo la tienda – informó apoyando su argumento con una foto de Carolina en el maletero del coche.

–¡Te voy a matar! – amenazó Violeta en un tono duro al borde de perder los estribos.

–Ah no, ni se te ocurra usar magia ni nada semejante. Vendrás conmigo pacíficamente y soltaré a Carolina sin más problema.

– ¿Es que has perdido el juicio, maldito psicópata?

–Dímelo tú, ¿lo he perdido? ¿O eres realmente lo que yo digo que eres, una bruja?

–Te repito que no sé de qué me estás hablando y no sé qué te has metido para estar tan pirado.

–Su jodido hermano, el arrogante engreído se mofó de mí cuando se lo conté, y su hermana me achaca que trato de utilizarlos para saldar viejas rencillas contigo. La muy jodida estaba ahí cuando tú destrozaste el coche, ¿cómo me dice que estoy perturbado por la venganza?

–No sé de qué puñetas me hablas. Suelta a Carolina, vete a dormir la mona de lo que sea que te hayas tomado y quedará la cosa sin repercusiones – le instó con vehemencia Violeta esperando hacerle entrar en razón, aunque con lo colgado que parecía estar comenzaba a ser una misión imposible.

– ¡Deja de tomarme por loco tú también! – gritó Luis sacando un arma y apuntándola.

–Pero, ¿te has vuelto completamente loco? ¿De dónde has sacado el arma?

–Muévete ahora y ve hacia el coche sin llamar la atención o te juro que te pego un tiro aquí ahora y luego bajo a matar a Carolina.

–Está bien, pero guarda el arma y cálmate, ¿de acuerdo?

–Recuerda que si gritas, corres, huyes o haces algo imprudente, Carolina lo va a pagar.

–No haré nada, lo prometo.

Violeta salió de la habitación con el corazón agitado, ella sabía lo violento que era y de lo que era capaz Luis, esperaba que lo de Carolina fuera un farol y estuviera sana y salva en el pueblo. Observó al recepcionista cuando salían como deseando dejarle un mensaje mental de peligro, pero tan solo se despidió con un lacónico: Que tengan un buen día, mientras se dirigían a la calle.

El coche estaba aparcado lejos de la vista de los transeúntes, en un lugar discreto, abrió la puerta del coche para que entrara.

–No pienso entrar hasta que vea a Carolina – dijo Violeta muy molesta.

–Como desees – replicó Luis abriendo el maletero un poco para que Violeta pudiera echar un vistazo.

Violeta no podía creer lo que estaba viendo, llevaba realmente a Carolina allí atada y con una cinta americana en la boca. Ese psicópata loco había

trascendido los límites de la locura ampliamente. Antes de que pudiera hacer nada cerró la puerta trasera del coche.

– ¿Has perdido el juicio? ¡Suéltala ahora mismo o no entraré contigo ahí!
– ordenó Violeta con intenciones de usar la violencia si fuera necesario para salvar a su hermana – Me tienes a mi ya, átame, haz lo que quieras, pero suéltala a ella.

–Ni hablar, si la suelto contará a todo el mundo que te tengo. Ella viene y cuando esto acabe se irá tranquilamente a casa, contigo o sin ti ya veremos, eso no depende de mí. Cuando sepan que eres la bruja que andan buscando me aceptarán en el grupo.

– ¿Por qué me haces esto? ¿Tanto me odias?

–No es nada personal. Estoy harto, cansado de trabajar para no llegar a mucho. Solo tienes que ver el estilo de vida que llevan los que han venido al pueblo, incluso el fotógrafo que te has tirado. Y a mí me miran como si fuera una alimaña, por encima del hombro. Yo quiero formar parte de eso, y para ello necesito méritos que tú me vas a dar. Entra al coche.

–Eres tonto, ellos no te van a dar nada, solo te van a usar para que limpies, o para lo que sea y cuando acaben te matarán, porque no querrán gente que vaya contando lo que hacen.

–Entra al coche y deja de parlotear – dijo Luis casi empujándola a empellones para que entrara.

–Está bien ya entro.

Violeta entró asustada en el coche, Ezequiel le había hablado de esos brujos oscuros y el asunto no pintaba bien, al menos para ella. En ese instante echaba de menos esa brujería que le achacaban constantemente, o a Ezequiel, que sabría qué hacer en esta situación. Fue una estúpida cuando no creyó al principio en lo que le contaba Ezequiel sobre la brujería, existía y eran gente muy peligrosa, y ahora, habían metido a su hermana en este lio tan turbio. Trató de calmarse para trazar un plan al mismo tiempo que se fijaba a dónde le llevaba Luis, se dirigía a las afueras del pueblo pero sin salir del límite, a un gran caserón reformado que fue alquilado por la gente del anuncio. Se llevó un gran sobresalto cuando aparcó de forma violenta y abrió su puerta.

–Sal del coche.

– ¿Y Carolina? – preguntó cuando vio que no pretendía abrir el maletero.

–Tú hermana está segura ahí de momento.

Violeta obedeció a regañadientes. Le siguió tratando de no culparse de nuevo por meter a Carolina en sus líos, o sencillamente, por haber vuelto al pueblo llevando todos esos problemas consigo. Estaba poniendo a todos en peligro, no solo a su hermana, y Ezequiel no tendría ni idea de dónde se encontraba, podría creer que se había fugado o algo peor, o que realmente era una bruja oscura de esas que suele meter en una pira de fuego.

Cruzó a un pequeño patio a modo de porche que poseía la casa y Luis abrió una puerta instándole a ella a que entrara. Violeta entró tímidamente tras Luis esperando una oportunidad de hacer algo.

–Luis, ¿qué estás haciendo? –preguntó una voz suave que reconoció como la de Laura.

Violeta maldijo, no solo les había metido a ellas en ese problema sino que no tuvo escrúpulos en enredar a su propia novia, pero ella podría ser una oportunidad si era lo suficiente lista como para salir de la casa y pedir ayuda, claro, si lograba decirle lo que pasaba sin ponerla en peligro.

–Esta es la bruja que buscáis – dijo escuetamente mientras la mujer que acababa de bajar la escalera miraba la escena atónita.

–No sé de qué estás hablando o si estás loco, será mejor que sueltes a Violeta – dijo Laura ligeramente enfadada, lo cual fue un alivio para Violeta al encontrar una potencial aliada.

– ¡Oh, venga ya! – insistió Luis con gesto de enfado – Tu madre cree que no soy suficiente para ti, es mi manera de demostrarle que soy valioso, esta de aquí es la bruja que buscas.

–Deja de decir tonterías – dijo Laura que cambió su gesto cuando percibió que Violeta comenzaba a desconfiar de ella –. Eres rematadamente tonto, mi madre tiene razón. Dejé muy claro que no se interfiriera en los asuntos del pueblo y ahora tendremos que matarla.

Violeta miró con un gesto de horror a Laura al entender que era una de las

brujas.

–Haré lo que me pidáis, os contaré todo, que soy una bruja, lo que digáis pero dejad a mi hermana fuera de esto – suplicó Violeta que comenzaba a entender el problema en el que estaba envuelta.

– ¿Tienes también a la hermana? – preguntó casi con un grito Laura.

–En el maletero, si no, no habría venido por las buenas. Ya has oído que te contará todo sobre su brujería.

– ¡Jodido imbécil! Claro que lo hará, estás amenazando a su hermana, te dirá lo que quieras punto por punto y ahora tendremos que matar también a la hermana llamando más si acaso la atención, vas a arruinarme toda la operación.

Violeta comenzó a ponerse muy nerviosa cuando oyó a Laura decir que matarían a Carolina. Observó si había algo que pudiera usar de arma improvisada cuando escuchó una risa masculina.

–Te has lucido – dijo Bram saliendo de unas de las habitaciones –. Mamá te va a matar, literalmente y dará tu cuerpo a sus mascotas para que se alimenten.

El hombre que parecía disfrutar de la situación se apoyó en una de las paredes cruzando los brazos con una sonrisa sarcástica.

– ¿Tú no contarás nada de esto, verdad? Al menos hasta que lo haya arreglado – dijo Laura con voz melosa a Bram.

–Que no diga nada – contestó riéndose –. Esto te va a salpicar de lleno. Este idiota que te has buscado ha secuestrado a dos chicas del pueblo a plena luz del día, con un cazador rondando por el lugar buscando cualquier signo de brujería, y no un cazador cualquiera, sino el Inquisidor Negro, al que le acabas de poner unos letreros de neón que dicen bruja aquí, ven a quemarme.

Violeta se percató de que Laura se echó a temblar al oír el nombre de Inquisidor Negro, parecía que Ezequiel le intimidaba de manera desmedida, más que intimidar, le aterraba. Ella, sin embargo, echaba de menos que estuviera aquí, ahora.

–Bran, por favor, soy tu hermana – suplicó Laura.

–No es mi asunto. Mata a las dos chicas, que el pueblo en un par de horas se van a preguntar por qué una de ellas no ha abierto su tienda de esoterismo, y en diez minutos tendrás al cazador buscando pistas, porque ese idiota no se habrá ocultado de cámaras de seguridad, no habrá escondido su impronta. En media hora, a menos que echas a correr ahora mismo y le expliques a nuestra amada madre por qué hemos fracasado, estarás en manos del más frío y despiadado cazador. Ah y me olvido, ¿he comentado ya que es experto en tortura? Oh espera, y eso de la extremaunción, ese don de cazador que tiene que convierte al que se lo otorga en un ser lastimoso y babeante viviendo un infierno personal del que no saldrá nunca.

Violeta observó el rostro lívido de Laura, hasta ella se estremeció al oír la descripción de Ezequiel. El Ezequiel dulce y encantador que le dejaba cajas de bombones y notas con un te quiero.

– ¿Un idiota? Hasta que no os he traído a esa bruja no teníais ni una pista en este pueblo en el que no detectáis nada con magia. ¡Maldito engreído! – gritó Luis a Bram.

–Nadie te ha pedido tu opinión, de hecho ya has hecho bastante – dijo Bram haciendo unos gestos y diciendo unas palabras, movió la mano y el aire comenzó a escapar de los pulmones de Luis que apenas podía ni gritar, tan solo lo observaba con los ojos desorbitados hasta que esté dejó el gesto y Luis cayó al suelo tosiendo–. Yo intentaré arreglar este asunto. ¿Dónde encontraste a Violeta?

–En un hotel a las afueras del pueblo, está en el GPS de mi coche – dijo Luis en un tono más humilde.

–Bien, cuidado a las chicas y tratarlas bien, y que sigan vivas hasta que yo sepa a qué nos enfrentamos. Si ves a alguien extraño llegar que pudiera encajar con la idea que tienes de un cazador, lárgate. ¿Lo has entendido?

Laura asintió tratando de recuperar la compostura mientras Bram cogía las llaves de la mano temblorosa de Luis y se dirigía con una seguridad pasmosa hacia el coche, y tras sacar a Carolina del maletero y quitarle todas las cuerdas y cinta americana, le susurró algo al oído, entró en el coche y desapareció.

Capítulo 33

La reunión con Jacques había salido mucho mejor de lo que esperaba. Ezequiel pensaba que a lo sumo lograría sacarle una ventaja para poder desaparecer con Violeta y en el proceso romper definitivamente con los cazadores. Jacques se había comportado de manera razonable y había aceptado la situación de Violeta sin prejuicios, tan solo le impuso la condición de que si se corrompía él debía ocuparse del problema. Ezequiel no habría sido tan comprensivo si alguno le hubiera llegado con este dilema, para él una bruja era una bruja hasta que apareció Violeta, en estos momentos se daba cuenta de que hasta Jacques era menos extremista que él mismo. Conducía a una velocidad mayor de lo que debería dado que estaba preocupado por Violeta, tan solo se paró para comprar algo de ropa para ella. Cuando llegara tendrían que cambiar de lugar y esta vez concentrarse mejor en la tarea de desaparecer. Bajó del coche, tomó las bolsas donde llevaba la ropa que había comprado y se dirigió a buen paso hacia la habitación del hotel. En el tiempo que le llevó subir las escaleras hacia la segunda planta donde estaban alojados se preguntaba cómo estaría Violeta, por un instante se la imaginó esperándole completamente desnuda y no pudo evitar sufrir un ligero hormigueo que trató de contener, tenía que pensar con claridad porque debía cambiar de hotel.

Dejó las bolsas en la mesita de la entrada y se dirigió a la habitación.

– ¿Violeta? – preguntó mientras inspeccionaba el cuarto sin encontrar ni rastros de ella.

Miró por la habitación fijándose en si había dejado alguna nota que le explicara dónde estaba. Ezequiel insistió vehementemente antes de irse de que no saliera de esa habitación, sin embargo, no la encontraba. Pensaba bajar a buscarla a la cafetería o preguntar por ella en la recepción cuando vio el móvil de la mujer encima de la cama. Lo tomó con preocupación, ella no habría salido a ningún lado sin él por si le llamaba o había una emergencia. Miró rápidamente las últimas llamadas registradas y aparecía una con su hermana Carolina de hace dos horas. Marcó el número de Carolina para averiguar si ella sabía algo sobre su hermana. El móvil sonó hasta que

finalmente saltó el contestador automático de Carolina. Guardó el móvil y observó con furia la pulsera con el chip de seguimiento que le quitó ayer de la muñeca.

Sin más pistas en la habitación decidió ir a la recepción a preguntar por ella y averiguar si había cámaras de seguridad en algún lado, cualquier dato le valdría.

Cuando llegó a la puerta un pequeño escalofrío le inundó, semejante al que suele tener cuando un cazador estaba cerca. Pensó que quizás Arnau había vuelto por algún motivo y durante unos instantes se alegró de tener algo de ayuda en esto, pero cuando abrió la puerta se encontró a un completo extraño, casi tan alto como él con el cabello rubio.

– ¡Ezequiel Luna, qué sorpresa! – dijo el hombre que parecía realmente impresionado.

–Ve al grano – dijo tajantemente Ezequiel que no sentía deseos de seguir con ninguna charada –. Supongo que eres Bram Betila por las fotos que he visto de ti

–Si, Bram Betila – se presentó calibrando las intenciones del cazador.

– ¿Eres el que salvó a Violeta del demonio que los tuyos invocaron? – acusó en un tono sarcástico debido al mal humor –. ¿Dónde os habéis llevado a Violeta? Y mi humor es pésimo, no juegues al ratón y al gato porque estoy dispuesto a estampar a todo ratoncito que me toque las narices hoy.

–Entonces, debería llamarle Inquisidor Negro, es un placer.

Ezequiel hizo un ademán de tocar la espada que llevaba a su espalda, la cual, pasaba desapercibida a ojos de todos gracias a su don.

–Mi paciencia se agota – dijo en un tono amenazador.

–Yo no me he llevado a las chicas y mi intención es protegerlas, la cuestión es ¿y tú? Si quiero que Violeta viva, ¿qué sentido tiene arrojársela al Inquisidor Negro?

– ¿Las chicas? ¿A quienes tienen? – dijo dejando de momento la espada.

–A ella y a la hermana, se las ha llevado un tal Luis, que fue novio de Violeta.

– ¿A dónde? – preguntó Ezequiel que comenzaba a perder la paciencia y miraba fieramente a Bram.

–Aún no me has respondido qué piensas hacer con Violeta si te lo digo – insistió Bram que no se dejaba intimidar por el aire peligroso del cazador.

–Mira en la habitación y dime qué te parece que hemos podido estar haciendo toda la noche. ¿Te parece esto un antro de tortura? Sé que es una bruja, si la quisiera muerta ya lo estaría. Ahora dime dónde está sin más juegos.

–Vaya, eres del último de los cazadores que esperaba algo así. No te preocupes, de momento están a salvo y no les ocurrirá nada.

–Y dime, ¿tu madre la reina de los brujos oscuros sabe lo que eres? – preguntó Ezequiel intentando averiguar con esa pregunta algo de las intenciones reales de Bram.

– ¿Lo que soy? – indagó titubeante sabiendo que el inquisidor negro era capaz de sacar información aún cuando no se abría la boca, pero en eso le había descolocado, ignoraba a qué se refería –. ¿Y qué crees que soy?

–Así que, no lo sabes. Eres un cazador como yo y tu madre tiene afinidad por robar la energía a los que son como nosotros y usarnos como pilas. Ahora que hemos puesto las cartas sobre la mesa dime dónde está Violeta y es la última vez que lo pregunto – la voz de Ezequiel rozaba los límites de la normalidad, dura e implacable producía un temor sobrenatural.

–En una casona reformada a las afueras del pueblo, y por favor, deja viva a Laura, es mi coartada para que mi madre no me despelleje a mí. Yo te puedo dar más información útil si no me hechas a los lobos.

– ¿Laura? – preguntó atónito convencido de que, si no fuera porque supo quién era la bruja que buscaban, que había encontrado un nuevo cazador que podría tener información interesante o la posibilidad de quitar la garra de la bruja de todos los cazadores, la misión habría sido un fracaso, y, aunque todo ello era un avance que no habían tenido en siglo, casi le vino llovido del cielo mientras él se enamoraba como un bobo cometiendo los mayores errores de su vida – Luego hablaremos, no desaparezcas porque te encontraré y te aseguro que tarde o temprano tu madre sospechara lo que eres y querrás

tenernos a tu lado.

–En este pueblo no hay mucho que hacer, posiblemente nos volvamos a ver cuando salves a la dama en peligro.

Ezequiel le echó una última mirada fría que le indicaba lo que haría si le había engañado o traicionado. Era sin duda un cazador, lo notó en cuanto estuvo cerca, ese era el principal motivo por el que había confiado en él. Los cazadores estaban místicamente conectados y sabía que por primera vez en su vida él confiaba en alguien, por ello, le había dado todos los datos que requería. Para alguien tan perspicaz como Ezequiel toda esa información no verbal le rondaba como si fueran palabras claramente pronunciadas. Bram sentía curiosidad por saber más sobre sí mismo, y si era verdad que odiaba a su madre como aseguraba Violeta, podría ser una fuente de información en un futuro. Ezequiel no desdeñó ninguna posibilidad, pero en ese momento debía ir a rescatar a Violeta.

Cuando llegó al coche abrió la puerta para revisar su inventario de armas, tomó una pistola, un par de cuchillos bendecidos forjados en hierro, a parte de su espada no necesitaba nada más, y se dirigió hacia la casona que había a las afueras del pueblo. No necesitó muchos datos cuando Bram le dijo que estaban allí, era uno de los lugares que habían alquilado para alojar a algunos que colaboraban en el anuncio. Condujo todo lo deprisa que el coche le permitía y aparcó en seco en medio de la carretera, escondió bien su armamento y se colgó la mochila donde guardaba la cámara.

Salió del coche y se dirigió hacia la casona, una casa de campo grande de dos plantas con un jardín. El camino que llevaba desde la carretera hacia la casa estaba empedrado con algunas decoraciones de azulejos azules dando un aspecto de mosaico. En el porche había varios hombres que se suponía que trabajaban para la marca Betila, pero no era muy difícil adivinar que estaban armados. Ezequiel se acercó con seguridad hasta llegar a la altura de ellos.

–Este calor comienza a ser sofocante – dijo señalando la jarra de agua con hielo que tenían sobre la mesa –. ¿Puedo?

–Claro – respondió uno de ellos tendiéndole un vaso –. Suerte la tuya que te toca fotografiar chicas guapas a nosotros nos toca recoger, colocar...

–No, que va, tras horas de buscar ángulos, esquivar mucha luminosidad, o

repetir a una niña que se cree muy bonita que te haga caso, lo que tienes ganas es de estrangularla y luego tirarte a la charca esa donde se va a hacer el anuncio para refrescarte por el calor – comentó haciendo que se rieran –. Busco a Verónica y me han dicho que andaba por aquí, ¿la habéis visto?

– ¿Y dices que eso no es suerte? Te vas a pasar la tarde fotografiando a Verónica. ¡Madre mía, cómo está! – dijo otro de los hombres –. Pero no la hemos visto por aquí.

– ¿Ah no? ¿Y quién se queda en la casa entonces? Pensaba que era ella entre otros.

–El hijo de Betila ha venido a comprobar que todo está bien, pero en estos momentos no está en la casa.

–Vale, gracias.

Ezequiel se bebió el vaso de agua y se lo tendió al hombre que tenía más cerca haciendo un ademán de que se iba, cuando el hombre acercó la mano para coger el vaso, Ezequiel se la retorció de un brusco movimiento dejando caer el vaso, y tras golpearle la cabeza se ocupó de un segundo que sorprendido echaba mano a su arma, lo arrojó contra el tercero para evitar que sacara su pistola y antes de que reaccionaran Ezequiel había sacado la suya y apuntaba con ella a los dos que quedaban consciente. A uno de ellos le golpeó con la culata en la cabeza y al que quedaba le hizo una señal negativa con la cabeza cuando acercó la mano a su propia arma. Se acercó al que quedaba en pie, le quitó el arma y le golpe dejándole inconsciente.

–Estos brujos cada vez son más descuidados, eran solo humanos – dijo en un leve murmullo mientras recogía las armas y las arrojaba bien lejos por si despertaban antes de que acabara.

Se dirigió a la casa y llamó sin más esperando que le abrieran. Tardaron un poco, pero finalmente abrieron la puerta.

Ezequiel observó con gesto de fingida sorpresa a Laura cuando abrió la puerta, después de todo se suponía que era una aspirante a ninfa y no tenía nada que hacer en esta casona.

–Hola Laura, ¿qué haces tú aquí? – preguntó para continuar con la farsa.

–Hola Ezequiel – saludó Laura con una sonrisa amplia –. Vine a hablar con el hijo de Betila, Bram. ¿Te han dejado acercarte los hombres que estaban ahí afuera?

–Claro, me han dicho que Bram no estaba. Yo me he dejado unos carretes aquí el otro día con Verónica – dijo entrando sin pedir permiso y sin que Laura pudiera hacer nada por evitarlo –. Ya los busco, tú sigue con lo que estuvieras haciendo.

–Espera, Ezequiel – dijo Laura interceptándole con voz extrañamente sugerente –. El otro día dejamos una conversación a medias.

–A medias, no creo – respondió Ezequiel con un tono de desinterés.

–Yo diría que sí – continuó Laura acercándose seductoramente y recorriendo con la mano su mejilla derecha en una suave caricia que concluyó con un dedo rozando sensualmente el labio inferior de Ezequiel.

Ezequiel se dejó hacer, permitió que se acercara hasta casi rozar sus labios y cuando notaba su respiración muy cerca de la suya, Ezequiel acercó sus labios a su oreja.

–Te has equivocado al elegir a quién lanzar un conjuro de amor –susurro transformando un fingido abrazo en una presa al mismo tiempo que sus ojos negros brillaban casi antinaturalmente mostrando a Laura quién era –. Yo soy el cazador no la presa, bruja.

Antes de que Laura gritara en pánico, Luis salió de la habitación de al lado muy enfadado.

–! Maldita golfa! ¿Cómo te atreves a comportarte como una puta con otro delante de mí? Y con el fotógrafo que para t  conocimiento ya se ha acostado con Violeta y a saber con cuántas más. Con todo lo que yo he hecho por ti.

Luis sacó su arma y disparó sin pensarlo. Ezequiel se apartó y Laura aprovechó para escapar por la puerta huyendo de la casa mientras el cazador desarmaba y anulaba a Luis, cuando quiso seguirla se encontr  que había invocado un elemental entre la puerta de salida y él

–Es asombroso con cuántos idiotas tengo que tratar en este trabajo – comentó resignado sacando la espada que llevaba mientras Luis gimoteaba de

miedo en un rincón al ver al monstruo cubierto de llamas que había emergido de la nada.

El elemental parecía una especie de ser antropomorfo que medía dos metros y medio, tocaría el techo de la casa si no fuera porque estaba especialmente alto. Se movía con lentitud como si fuera un muñeco de lava, pero a cada paso, una llamarada amenazaba con salir, si la casa no hubiera sido de piedra habría ardidido como un fósforo. Ezequiel no se lo pensó mucho, era consciente de que cada instante que tardara en acabar con él la temperatura aumentaba y los efectos, sobre todo en los que estaba en la casa, serían nefastos.

Golpeó con la espada en varias zonas del elemental buscando el corazón que era la forma de acabar con él. El ente no se mostró pasivo, sino que golpeó a Ezequiel teniendo este que esquivarlo varias veces para no sufrir serias quemaduras. Cuando atravesó el pecho, el corazón no estaba, estupefacto y desorientado durante unos segundos en los que analizaba dónde podría estar, el monstruo de fuego lanzó una bola ardiente hacia el cazador que no le daba tiempo a esquivar. Interpuso entre él y la bola la espada de San Miguel rezando para que le cubriera del peligro. No podía morir pero si le achicharraba pasaría mucho tiempo sufriendo un martirio hasta que se regenerara, y no sería de utilidad para ayudar a Violeta. Cuando el halo de calor casi le rozaba la cara un escudo de agua apareció de la nada cubriendo y protegiéndole. Ezequiel sobresaltado por ese efecto que no obedecía a ningún poder de cazador recuperó la concentración pensando que debía ser alguno de los poderes latentes de Violeta, dado que ya había usado el escudo de agua anteriormente, y estudió de nuevo al elemental alejándose lo suficiente hasta que finalmente clavó la espada y esta golpeó en un corazón de piedra que se rompió en miles de pedazos.

Ezequiel observó la puerta de un color oscuro carbonizado, la bruja se había escapado, pero ese era el plan para cubrir la tapadera de Bram. Guardó su espada tras observar a Luis tirado en el suelo, aún respiraba pero el calor le había afectado a algunas partes del cuerpo, especialmente la cara. No parecía heridas que le fueran a matar, tan solo se había desmayado del dolor o de la impresión, aún así, esas quemaduras le dejarían unas feas marcas.

Dejó a Luis en cuanto comprobó que estaba vivo y corrió buscando a

Violeta.

Capítulo 34

Su corazón bombeaba como si fuera una máquina lista para estallar en cualquier momento. Atada de nuevo, atrapada, comenzaba a sentirse un conejillo indefenso esperando que algún lobo se lo comiera. Su consuelo era que había tantos lobos que antes de ponerle un diente encima tendría que matarse entre ellos. Buscó desesperadamente una fuente de agua, comenzaba a confiar en el cristalino elemento y la sequedad del lugar le afectaba negativamente. La había jodido, muy jodido y había arrastrado con ella a Carolina. Las habían dejado solas, Laura se fue a discutir con Luis, ese maldito desgraciado, comenzaba a parecer una maldición: Cuando algo bueno ocurría en su vida alguna contrariedad aparecía que destrozaba sus sueños, y en este momento la seguridad suya y de su hermana. Se mordió de nuevo el labio inferior nerviosa, si no tuviera las muñecas atadas volvería a su antiguo vicio de morderse las uñas. Miró de nuevo a Carolina que no había parado de hablar, siempre hacia lo mismo cuando estaba nerviosa, pero esta vez tenía motivos de sobra, todos los días no te secuestra un lunático, te encierra en un maletero, te lleva a un lugar apartado y te cuenta que sus planes son matarte. La miró de nuevo, debía salir de su mutismo y tratar de calmarla, explicarle que alguien vendría a por ellas. Antes de que hablara escuchó una música india extraña, como una mezcla de oriental con new age y se sobresaltó.

–Es mi móvil – explicó Carolina que miró hacia la mesa donde habían dejado su bolso y otras cosas que llevaba.

– ¿Esa música? Entiendo.

–De hecho es el tono de llamada que tengo para ti. ¿Cómo puedes estar llamándome?

–No te estoy llamando, obviamente – dijo Violeta levemente pensativa –. Es Ezequiel. Me dejé el móvil en la cama, debe estar buscándome. Nos encontrará.

–Claro Violeta porque así es el amor verdadero, él sabe dónde estás y...

–No Carolina, porque se le da bien buscar gente e investigar – dijo abruptamente sin humor para escuchar teorías sobre la conexión cósmica.

–Ah, porque es fotógrafo, claro. Ha trabajado en el tercer mundo en lugares de guerra, seguro que ha investigado casos.

–No – dijo Violeta pero se lo pensé mejor antes de decir algo imprudente –. Quiero decir, sí, por eso.

–No voy a morir hoy, no me salía en las cartas – dijo Carolina en tono nervioso –. Aunque a ti sí te salió la muerte – continuó y Violeta le lanzó una mirada asesina –, pero también te salía una boda y no puedes casarte si estás muerta, serías la novia cadáver, papá no permitiría que nadie se casara contigo estando muerta, creo yo.

– ¡Carolina, para! – le amonestó a punto de perder los nervios – Nadie va a morir, Ezequiel nos encontrará y llamará a la policía o algo así.

–Está bien, pero cuéntame algo que me haga olvidarme un rato del asunto, por favor. Dime qué tal fue con Ezequiel, ¿desnudo está tan bueno como vestido?

–Pues, estoy en una nube – confesó Violeta con una sonrisa bobalicona de la que era consciente que estaba fuera de lugar dada las circunstancias en las que se encontraban –. Ayer fue uno de los mejores días de mi vida en mucho tiempo.

–Violeta, ¿por qué no me cuentas lo que ha pasado con ese capullo de Luis? – preguntó Carolina que hace tiempo que sospechaba que algo raro pasaba, pero el hecho de ser secuestrada y amenazada de muerte se lo confirmaba.

– ¿Qué te puedo contar, Carolina? No quiero meterte en líos, ni a ti ni a la familia. Mis malas decisiones solo deben afectarme a mí.

– ¿Te parece a ti que podemos meternos en un problema peor que este? – dijo casi soltando una risa –. Ahora estamos en el mismo lío, lo mínimo es que me lo cuentes.

–Está bien – dijo resignada–. Luis estaba metido en un asunto muy turbio

y le debía mucho dinero a una especie de mafioso. Lo iban a matar si no pagaba y yo me ofrecí a ayudarlo, y como aval durante un tiempo. Luis me dijo que en breve conseguiría el dinero y que me quitaría el problema de encima, que si yo le avalaba no le matarían, porque era de una familia respetable en el pueblo. Así que le firme unos papeles, pero él no conseguía el dinero y ese mafioso me exigía a mí el dinero que no tenía, me amenazó con matarme. Encaré el problema con Luis y me dijo que le pagara yo, se desentendió, me dijo que le pidiera el dinero papá y así solucionábamos el asunto y seríamos tan felices cómo antes. Estaba muy amenazada, tenía miedo, y negocié con el mafioso pagarle todos los meses. Le dije que muerta no podía pagar nada y aceptó, al menos hasta hace poco que mandaron un matón a amenazarme. Lo siento mucho Carolina todo esto es culpa mía – dijo echándose a llorar–. Llevo mucho tiempo tratando de conseguir dinero como he podido pero...

– ¿Por qué no nos lo has dicho? – dijo Carolina con un tono de seriedad inusual en ella – No tenías que pasar por esto sola, engañarnos e irte a trabajar como una esclava para unos sinvergüenzas. Papá lo habría solucionado, incluso si el club de costura se llega a enterar...

– ¿Y qué van a hacer contra unos mafiosos armados que cualquier día pueden hacer que uno de nosotros aparezca muerto?

–Ese papel que has firmado no es legal seguramente.

–Tampoco que me amenacen de muerte. Hice lo que creía mejor.

–Deberías haber confiado en tu familia y en la gente del pueblo – le regañó Carolina –. No somos ni mucho menos unos indefensos, no sabes nada del pueblo. Yo tampoco, pero paso mucho tiempo en el club de costura para intuir que La Bruja blanca no es un lugar normal. Ese desgraciado no sabe lo que ha hecho metiéndose con una de los nuestros.

–Carolina, no sabes nada del mundo. Tú crees que es un sitio donde la justicia y lo bueno triunfa, pero existen cosas... sucesos que escapan de lo normal y no tiene que ver con un juego de tarot o una cerámica de una bruja hueca para introducir un deseo en un papel e hierbas para que se cumpla. Esa Laura no es norma, es una bruja.

–Sí lo sé – dijo llanamente Carolina.

– ¿Sabes que es una bruja? – preguntó estupefacta Violeta.

–Claro que sí, desde el principio se notaba que era una arpía de mucho cuidado – aclaró Carolina que no se refería al término literal de bruja –. No llores, nada de esto es culpa tuya, salvo que debiste habérselo contado todo desde el principio. Vamos a salir de esta. Nadie nos va a hacer daño

–No quería implicaros, simplemente – se disculpó Violeta intentando dejar de llorar dándose cuenta que en vez de calmar a Carolina, había sido ella la que le animaba.

–En un rato vendrán a rescatarnos, seguro. Bego verá que no estoy en la tienda, que no cojo las llamadas. Tu fotografía debe estar ya en la policía, así que relajémonos y cuéntame lo que ha pasado entre tú y él.

–Un momento extraño para contártelo, pero quizás tengas razón, vamos a volvernos locas pensando, quizás esté bien que hablemos de otra cosa. Ezequiel... bueno nuestra historia comenzó con muchos conflictos, teníamos actitudes diferencias insalvables.

– ¿Diferencias cómo qué? – preguntó con curiosidad.

–Como... no sé cómo explicarlo. Él es religioso y...

– ¡Lo sabía! – dijo Carolina con una mueca de júbilo –. Las cartas lo decían.

–Bueno, él es religioso, y yo no estaba bien vista en su círculo.

–Pero qué tonterías, si te bautizaron.

–No, no tiene nada que ver con eso – explicó Violeta que quería evitar contar que es un cazador de brujas y ella una bruja de verdad –. Bueno, finalmente resolvimos nuestras diferencias y nos fuimos a un hotel.

–Sí, de eso me contaste algo.

–Me dijo que me quería y a la mañana me encontré una caja de bombones, una flor y una nota que me decía te quiero – dijo con una sonrisa dulce –. Estoy muy pillada, ¿verdad?

–Hasta las trancas, nunca te había visto así, pero vamos, también lo decían las cartas – continuó insistiendo orgullosa en sus triunfos

paranormales –. Él también lo está.

–Y tú, ¿cómo sabes eso? ¿Por las cartas también?

–Que va. Porque vi cómo te miraba el día de Luis y los granizos. Tenía esa mirada ardiente y brillante cuando te observaba y hubiera querido matar a Luis por ponerte las manos encima. Pensé, qué suerte tiene mi hermana, acaba de llegar y el tipo más guapo que he visto, fotógrafo interesante, con esa mirada que derrite se cuele por ella nada más verla.

– ¿Y por qué no me lo dijiste?

–Porque no me habrías creído, estabas muy negativa. Todos los hombres son iguales, yo solo atraigo desgraciados, me pasaré la vida sola adoptando gatos bla bla bla. Pero Ezequiel no era igual que Luis, tiene esa mirada que posee las buenas personas, esas que te quieren hacer feliz.

– ¿No te gustaba Luis?

–Nunca, tiene cara de caradura cabronazo que se aprovecha de los demás, pero a ti te gustaba...

– ¿Y no me advertiste? – dijo Violeta que comenzaba a entender que su hermana hablaba mucho de tonterías y poco de las cosas importantes.

– ¿Y qué te digo? ¿No me gusta tu novio, abandónalo? Cómo si hubiera servido de algo.

–No lo sé, yo nunca estuve enamorada de Luis, porque antes de conocer a Ezequiel nunca había sentido esa pasión desbordante, pero en un principio resultaba encantador.

–Sí, como una serpiente – apuntilló Carolina.

Violeta iba a replicar cuando escuchó el timbre de la puerta e hizo un gesto de silencio a Carolina. Abrieron la puerta y se oyó a Ezequiel hablando con Laura.

–Tu novio está loco, ha venido solo y Luis es peligroso y va armado.

–Shh – la silenció Violeta tratando de oír.

Violeta frunció el ceño al escuchar a Laura coquetear con Ezequiel.

– ¡Esa desgraciada! – dijo tratando de escuchar lo que decían hasta que oyó salir a Luis y sobresaltarse cuando pegó un tiro.

–Madre mía, lo han matado – balbuceó Carolina –. Las cartas solo nos daban inmunidad a nosotras, de él no sé nada. Por la bruja blanca que siga vivo.

–Carolina eso no ayuda – dijo Violeta al ver que de nuevo comenzaba a entrar en pánico.

Durante un rato escucharon lo que parecía un combate y un extraño sonido parecido a algo quemándose, incluso olían a humo, y Violeta esperaba que no estuviera ardiendo la casa con ellas dentro. Después un silencio y pasos. Ezequiel podría estar muerto y alguien venía a darles a ellas el mismo destino, cualquier situación era posible. Durante unos breves instantes contuvo el aliento hasta que vio a Ezequiel entrar. Llevaba la misma ropa con la que salió por la mañana, unos vaqueros y una camisa de color gris, pero de la camisa no quedaba más que jirones, parecía que la hubieran hecho trizas. Nunca lo había visto tan guapo, quizás le afectaba el hecho de que hace un rato pensaba que pudiera estar muerto y eso le llenó de pánico, no era capaz de imaginar una vida sin él en este instante. Así que cuando le vio con su torso musculoso y empapado en sudor, con algunos trozos de tela que parecían chamuscados, su melena negra cayendo en rizos deshechos del mismo sudor que le humedecía el cabello, y esa mirada de tigre salvaje peligroso de ojos negros, casi deseo echarse a sus brazos, pero estaba atada. El cazador aún llevaba la espada en la mano y parecía tener varias armas, como un cuchillo en la pierna.

– ¡Madre mía! – comentó Carolina que no esperaba ese espectáculo – ¿Tú novio es Rambo?

Violeta no le respondió, tan solo mantenía su mirada fija en Ezequiel que aligeró el paso al verla atada.

– ¿Estás bien? – preguntó ligeramente angustiado mientras le tocaba la cara y la inspeccionaba para asegurarse de que no le hubieran hecho daño.

–Estoy bien.

–Si te hubiera hecho algo ese...ahora mismo lo despellejaba y...

–Yo estoy bien, gracias por el interés – respondió Carolina interrumpiendo ese arrebató de testosterona del hombre.

–Mi humor es pésimo – dijo Ezequiel mientras quitaba las ataduras de las chicas –. La culpa es mía, no debí dejarte sola, fui descuidado...

–Puestos a repartir culpas, yo creo que es mía porque no eché las cartas esta mañana, de haberlo hecho habría estado preparada para un secuestro – dijo en un tono formal que sorprendió a Ezequiel.

– ¿Lo dice en serio? – preguntó Ezequiel.

–Completamente – replicó Violeta echándose en brazos de Ezequiel en el momento en que la desató –. Estaba muy asustada, cuando oí el tiro pensé que habías muertos.

–Soy muy difícil de matar, ya te darás cuenta – le informó Ezequiel mientras la besaba de manera rápida y ansiosa.

–Podemos dejar esto para luego, yo quiero salir de aquí.

Violeta apenas miró a su hermana, ni tan siquiera parecía prestarle atención, tan solo devoraba los labios de Ezequiel mientras se apretaba contra él notando su cuerpo duro. El hombre trataba de calmarse pero su corazón acelerado no le permitía desistir de sus acciones y temía acabar en un desenfreno con Violeta ahí mismo delante de Carolina.

–Chicos, Luis parece que comienza a moverse – dijo Carolina que había salido a la otra sala un instante –. ¡Madre mía! Por un instante creí que estaba muerto y al acercarme y moverse casi me mata del susto.

La posibilidad de que Luis se levantara frenó en seco la mano de Ezequiel que ya bajaba por la pierna de Violeta. No había armas de fuego en la sala pero podría dañar a Carolina o salir corriendo, trató de calmar la respiración y pensar en algo que le rebajara su excitación. En todos los años de entrenamiento y control nunca había tenido tan difícil mantener el dominio sobre sí mismo.

Dejó de besarla con disgusto y salió al vestíbulo donde había dejado a Luis. El hombre se incorporaba a duras penas claramente mareado, se sostenía la cabeza y debió notar un picor en la cara porque trató de llegar al

espejo para mirarse el rostro. El calor había enrojecido la piel llenándose de ampollas, debía estar sufriendo un tormento de dolor.

– ¡Maldita Violeta! – profirió Luís enrojeciéndosele la cara más si se pudiera – Otra desgracia por tu culpa, ¡te voy a matar!

Luís giró para enfrentar a Violeta ahora que se veía con más fuerzas, pero un brazo que parecía hecho de hierro le detuvo en seco. Ezequiel aplastó a Luís contra la pared sin miramientos.

– Repite eso y tu cara será la última de tus preocupaciones – dijo Ezequiel en un tono frío y amenazante.

– Así que a ti también te ha embaucado la bruja – contestó Luis que parecía un ser patético tratando de zafarse de Ezequiel sin éxito –. Yo no soy el problema, ya tiene bastantes con el dinero que debe a otros, supongo que no te ha contado en los líos en los que se mete.

– Sé cómo le has engañado haciéndole creer que le debías dinero al otro mafioso para arruinarle la vida, debería matarte aquí mismo – dijo ante la sorpresa de Violeta que, aunque a veces había sospechado la posibilidad de que el mismo Luis hubiera preparado todo como un montaje, no quería reconocer que había sido tan tonta, que le embaucó. En cualquier caso le habían amenazado y no le quedaba más remedio que pagar, y que Ezequiel lo supiera le producía inquietud –. De hecho, es lo siguiente que voy a hacer, encargarme de toda esta basura que tenéis montada en este pueblo.

– No, no lo harás – dijo una nueva voz a su espalda. Ezequiel se giró levemente para ver al padre Jorge en la puerta –. Nosotros, los del pueblo nos encargaremos de esto, el padre de Violeta va a querer despellejarlos, no le robaría ese placer. Tú encárgate de la otra basura.

Ezequiel relajó la presión que ejercía sobre Luís cuando notó que había más personas en la sala, uno de ellos se acercó con mal gesto hacía el lugar donde estaban. El hombre emanaba un aura extraña, pero en nada tenía que ver con la brujería o algo que hubiera conocido antes, él era fuerte y robusto.

– Suéltalo y déjame a mí este asunto, que me repita todo lo que ha hecho – dijo el hombre con un aire de autoridad natural semejante a la que poseía Jacques, y nosotros ya hablaremos luego de lo que pasa entre Violeta y tú.

Ezequiel se sintió un poco molesto ante la actitud entrometida del hombre, después de todo Violeta era su novia, durante unos breves segundos se recreó en esa palabra: Novia, y luego dirigió una mirada suspicaz al hombre, pero antes de que pudiera hablar, Violeta y Carolina se acercaron a él abrazándolo.

–Papá, no te imaginas lo que nos ha pasado – dijo Carolina al borde de las lágrimas.

En un principio, averiguar que era el padre de Violeta le desconcertó, era más joven de lo que debía, pero había muchas cosas raras en ese pueblo y Ezequiel ya tenía bastantes complicaciones con las brujas y su maldad para detenerse a indagar en más rarezas, quizás a Jacques le interesara, y como no iba a replicar al padre de la que mentalmente ya calificaba su novia, dejó a Luís y se distanció

–Lo que usted diga, señor – atinó a decir, después de todo le habían educado para respetar a la familia política.

–Y gracias por proteger a mis hijas, pero eso no te exime de una charla conmigo cuando todo esto acabe – sentenció el hombre del que Ezequiel sabía que se llamaba Joaquín –. Llévatelas al pueblo.

Ezequiel miró a las dos chicas que ya se habían soltado de su padre.

–La aventura ha concluido, señoritas, nos vamos – dijo Ezequiel dirigiéndose a la puerta, la abrió y dejó pasar a las chicas antes de salir y cerrar la puerta.

Capítulo 35.

Casi tres horas en la casa de sus padres, que estaba llena de vecinas y amigas de Carolina, la cual contaba una y otra vez lo más interesante que probablemente le había pasado en su vida. Admiraba el aplomo que tuvo Ezequiel ante las pesquisas de todas, especialmente su madre, que parecía trabajar para la CIA, especialmente después de descubrir que el último novio de Violeta era un loco psicópata que secuestró a dos de sus hijas. Ese es el

motivo por el que cerró los ojos cuando se presentó como el novio de Violeta siendo el fotógrafo del anuncio, por un lado le encantaba oírle decir que era su novia, pero por otro, estaba siendo blanco de todo tipo de pruebas y preguntas para que quedara “libre de cargos”. Nadie deseaba que Violeta volviera a meter la pata con un novio como el anterior. Ezequiel parecía a prueba de todo, acorazado contra cualquier eventualidad respondía con encanto y una soltura digna de un orador de la antigua Grecia. A la hora de haber comenzado la avalancha de preguntas todas claudicaron. Ezequiel fue declarado tácitamente inocente y sucumbieron a su encanto, entonces comenzó otra hora de pasteles locales y comida casera que debía probar.

Finalmente, pudieron escapar con la excusa de que tenía que sacar algunas fotos a Violeta. Ya nadie tenía interés en que se presentara a ninfa, ni siquiera Carolina que inicialmente era su patrocinadora en el evento deseaba verla involucrada en más problemas, pero no pusieron objeciones cuando dijeron que se iban.

Violeta suspiró cuando entró en el coche de Ezequiel y esperó para hablar a que lo pusiera en marcha.

–Le has caído bien a mi madre – le dijo con una sonrisa.

–Lo sé – replicó Ezequiel que no pensaba dar más explicaciones pero vio la cara de extrañeza que puso Violeta –. Veo las emociones de la gente, sé cómo reconducirlas, es algo complicado de explicar, es como cuando me lanzó el elemental de fuego una llamarada que podía haberme dejado muy mal y apareció un escudo de agua, te aseguro que eso no lo hice yo.

–Yo estaba preocupada por ti, si fui yo espero que no estés enfadado.

–No, me ayudaste, no es tu culpa y no creo que te vayas a convertir en mala por eso, no obstante, tenemos una forma de inhibir tus poderes si eso quieres.

– ¿Tú o los tuyos queréis que no tenga poderes? No quisiera que tuvieras problemas con ellos por mi causa, de ser así tomaré lo que estimes.

–Al contrario, quieren que tus poderes estén libres, desean saber cómo me quitaste la garra de la bruja. Todos están muy jodidos con eso, especialmente Jacques, nuestro líder. Darían cualquier cosa por librarse de la garra y poder

matar a la reina bruja que nos la colocó.

–No tengo ni idea de cómo fue, ya sabes, estábamos...

–Sí – afirmó soltando una carcajada –. Sé cómo estábamos y no sé si comentaré las circunstancias especiales en las que nos encontrábamos cuando pasó.

–Desnudos y...

–Violeta, estoy conduciendo, no querrás que tengamos un accidente. Espera a que llegemos al hotel.

–Vaya, así que allí nos dirigimos – continuó en un tono coqueto.

–Tenemos todas nuestras cosas allí, pero sí, eso también se me ha pasado por la cabeza, de hecho a todas horas desde que te conozco.

– ¿De verdad eras virgen? – preguntó incrédula Violeta.

–Aunque no lo creas nací a finales del siglo quince y entré a servir a la iglesia casi desde niño, a la inquisición para ser exactos.

– ¿Siglo quince? Pero, ¿cuántos años tienes? Es imposible.

–También la brujería y aquí estamos. Todos los cazadores tenemos una vida larga, por lo visto.

–Es increíble – susurró impresionada –. Supongo que eso explica que te llamen el Inquisidor negro. La bruja, Laura, te tenía un temor inusual, cuando supo que estabas en camino casi se echa a temblar.

–No creo que ese sea su verdadero nombre y tienen miedo a todos los cazadores, hemos enviado a muchos de ellos al infierno. Llegamos a un lugar donde realizan sus actividades con más o menos descaro, buscamos a los brujos y sus criaturas sobrenaturales como los demonios, y acabamos con todos, sacamos la información que podemos para encontrar a otros brujos o los demás tentáculos de su organización y vamos a otra misión.

– ¿Y eso es lo que haces durante el tiempo que llevas vivo? ¿Solo eso? ¿Nunca te has enamorado o has tenido hijos?

–No, ya te dije que eras la primera. Cuando estás en un problema como el nuestro no quieres involucrar a inocentes.

–O sea, a mi no me consideras inocente – dijo Violeta con gesto adusto.

–Tú no eres como las demás mujeres que he conocido. Para empezar me robaste el corazón desde el principio, aunque hubiera querido huir no habría podido, y además, te busca el Aquelarre Oscuro. Paradójicamente estás más segura conmigo.

Ezequiel aparcó el coche en frente del hotel y esperó a que Violeta saliera para cogerle la mano, entrelazó los dedos con los de ella y le sonrió tras darle un beso. Entraron en el hotel sin hablar con nadie y subieron a la habitación. Cuando cerraron la puerta Ezequiel le quitó la camisa casi con ansiedad, se quitó la suya dejando ambas en el suelo y comenzó a besarle con urgencia. Se tomó su tiempo a pesar del deseo irrefrenable que sentía. Demasiado tiempo solo, sin sentirse humano, tan solo con un objetivo; acabar con el Aquelarre Oscuro, y ahora, lo que deseaba era explorar todos esos sentimientos que le hacían humano y a los que había renunciado casi desde los albores de su inocencia, de su niñez. Por primera vez en muchos siglos no sentía dolor, ni miseria, ni la consciencia de que su vida estaba destinada a la muerte y a la sangre. En brazos de Violeta se sentía vivo y feliz. En estos instantes, su prioridad no era la destrucción sino la protección, de ella y de todo lo que le había aportado, como la plenitud. El tiempo se paralizaba mientras sostenía a Violeta entre sus brazos, estaban absolutamente sincronizados, casi llegaban a sentir la misma sensación al mismo instante, estaban enlazados en más de un sentido que Ezequiel no llegaba a comprender. Sabía dónde tocar y cómo en cada momento, y Violeta le respondía con una sensación que le transmitía de alguna forma. Cuando Ezequiel miró la ventana se dio cuenta de que había anochecido, Violeta aún jadeaba y él se echó a un lado.

–Creo que todo el pueblo va a saber lo que estamos haciendo si no aparecemos. Las fotos no son una excusa ya – comentó Violeta medio tumbada dejando caer el cabello a un lado como si fuera una cascada.

–Hablando de fotos – Ezequiel alargó la mano hacia la cámara para hacerle una foto a Violeta mientras esta trataba de taparse.

–Eso es demasiado osado para un hombre tan religioso como tú, sacarme fotos desnuda – dijo Violeta en broma echándose sobre él y acariciando el pecho del hombre suavemente.

–No estabas desnuda sino tapada con la sábana – se defendió Ezequiel que había dejado la cámara a un lado.

– ¿Y ahora? ¿Qué pasa con los brujos?

–Hablé con Bram, y efectivamente es un cazador. Es más provechoso dejarlos escapar para no delatarle. Mi misión acaba cuando lleve a Bram Betila hasta Jacques.

– ¿Y luego?

–Tengo varios siglos de vacaciones acumuladas, creo que podré tomarme un respiro – dijo mientras le acariciaba el cabello.

– ¿Cómo sabes que el hijo de Betila no os traicionará y huirá para contarle todo a su madre?

–Sé calibrar bien a las personas, además, está en el comedor del hotel esperando.

– ¿Cómo lo sabes? –preguntó sobresaltada Violeta.

–Porque lo detecto. ¿Qué te parece si nos duchamos, vestimos y vamos a cenar con él? Luego te llevaré a tu casa y yo llevaré a Bram hasta Jacques. Tardaré un día o dos en solucionar todo y volver.

–Dos días es una eternidad – le susurró Violeta mientras le daba un beso

Capítulo 36

El cuerpo le dolía como si cuatro caballos tiraran de sus extremidades en direcciones contrarias, nunca se acostumbraría al cuerpo mortal y echaba de menos su forma etérea. Deseaba ajustar las cuentas con la reina de los brujos que le había atado absorbiendo su esencia, pero también quería ponerle la mano encima a la bruja blanca que le invocó trayéndole a este plano para dejarlo atrapado. Creía que ella había muerto, pero ahora sabía que no era así, la bruja blanca vivía y era la única que podía retornarle a su plano. Jacques estaba harto de brujas, de vivir en ese cuerpo que se consumía debido a la atadura que tenía con la reina del Aquelarre Oscuro, deseaba volver a casa y

olvidar todo lo que había vivido. Quizás estaba más cerca de su meta si era verdad que la bruja blanca vivía, aun así, pensaba castigarle duramente por el pecado que había cometido al atar su esencia pura a la materia corrupta. Se terminó de vestir y negó con la cabeza, no podía abandonar a los cazadores, antes de irse debía acabar con el problema, después de todo estaba en su naturaleza luchar contra el mal.

Jacques suspiró y se concentró en sanar algunas de sus heridas, la energía que le quedaba tras los robos que cometía la bruja negra era escasa. Necesitaba interrogar a la bruja de la que se había enamorado Ezequiel, ella le había quitado la garra al cazador. Si lograra librarse de la suya recuperaría su poder, todas sus heridas sanarían y podría ajusticiar a los oscuros que habían caído en las tentaciones de los demonios. La vida en forma humana le estaba destruyendo el temple poco a poco, pero él era quien era y no sucumbiría jamás. Ezequiel le había llamado para que se reuniera y así conocer al nuevo cazador que había aparecido. Ahora serían cinco, si se contara él como cazador, detalle del que no estaba seguro dado su naturaleza. El enamoramiento de Ezequiel le sorprendió mucho, nunca lo habría imaginado de él. A veces envidiaba a los que habían nacido humanos, él nunca conocería el amor pero sí sería víctima de otras emociones, como el odio, la venganza, esta última repartida por igual entre las dos brujas que le habían arruinado su existencia; una blanca que tuvo la osadía de invocarle y traerle a este plano y la otra negra que decidió profanar su esencia.

Entró en el coche que conducía uno de sus hombres, sintió el asiento trasero donde iba como una agresión a su maltratada espalda, sus sanaciones eran insuficientes. Rozó levemente sus cabellos castaños claros, a pesar de sus muchas cicatrices y heridas era consciente de que no podía dejar de resultar atractivo para los humanos, su esencia se manifestaba incluso en su cuerpo humano. A él esos temas superficiales y materiales no le importaban pero durante unos instantes envidió a Ezequiel. Antes de venir al plano material había escuchado muchas veces el dicho de que el amor lo es todo, pero esas palabras siempre eran inspiradas por espíritus puros que jamás se habían contaminado con lo material, ni habían sufrido la soledad, el tormento, un día tras otro en una inmortal vida donde todas las emociones habían dejado de tener sentido, salvo quizás el odio. Ahora contemplaba otra posibilidad, nunca podría reparar lo que ya estaba roto, no podría volver a su

plano y ser el mismo que era antes de irse, había conocido la oscuridad y es algo que siempre llevaría consigo, pero quizás el amor fuera la herramienta sanadora del alma, de ser así él no tendría salvación, porque aunque tuviera aprecio a los humanos no eran sus iguales, desconocían su auténtica naturaleza y de aproximarse no la entenderían. No podía volver, no en el estado en el que se encontraba, aunque pudiera hacerlo debía continuar hacia delante para redimir toda su oscuridad atormentado por dos brujas; la negra que le robaba la esencia y la blanca que había conocido su nombre y su naturaleza lo suficientemente bien como para invocarle y traerle al mundo material. Bajó del coche con torpeza, cuando puso los pies en el suelo se irguió con dignidad a pesar de que hoy apenas podía mantenerse en pie y se dirigió hacia el lugar donde se reunirían. Los dos cazadores ya habían llegado y estaban manteniendo una charla en una de las mesas apartadas, él ignoró a todos los comensales, hubiera preferido hacer la reunión en uno de los despachos de los cazadores, pero el nuevo no podía ausentarse ni un solo día más sin llamar la atención o crear suspicacias. Los dos le miraron cuando llegó y se sentó en una de las sillas sin más ceremonias, se concentró un breve instante para captar la esencia del cazador, era fuerte, como la de los demás, un guerrero humano que había nacido para combatir el mal. Por un instante, sintió esperanzas, deseo de deshacerse de la garra de la bruja y poder tomar su forma real, para ello debía refrenar el odio que sentía por las brujas y considerar que posiblemente su liberación y la de los demás dependían de ellas. Cruel ironía del destino.

–Así que tú eres Bram Betila, hijo de la reina del Aquelarre oscuro – dijo sin más ceremonias sin esperar que Ezequiel los presentaran.

El hombre rubio no parecía intimidado al encontrarse entre dos cazadores, uno de ellos el líder que aparentaba resolución y seguridad. Dejó la bebida que llevaba en las manos sobre la mesa y dedicó una larga mirada a Jacques. Durante un instante, el líder de los cazadores creyó que iba a desafiarle, poseía una de esas miradas insolentes que mantienen aquellos que no les importa morir y que por ello, no perdía el tiempo disimulando ser un corderito.

–Sí, soy Bram –respondió escuetamente esperando que el líder llevara el peso de la conversación.

Jacques dedicó una fugaz mirada a Ezequiel antes de decidir cómo abordar los temas que deseaba tratar. El cazador parecía más relajado de lo que nunca lo había estado antes y su semblante, anteriormente serio y distante había sido sustituido por un rostro casi amable. La garra había sido extirpada, pensó levemente con un poco de envidia, pero luego se dio cuenta de que la felicidad había llegado de manos de su bruja, se había deshecho de esa soledad asfixiante en la que cada uno de los cazadores había convivido durante siglos.

–Dejé escapar a la bruja negra, la hermana de Bram para resguardar la continuidad de este dentro del Aquelarre – explicó Ezequiel haciendo de enlace entre los dos hombres que parecían medirse uno al otro.

–Mi hermana no es peor que cualquier otra persona– la justificó Bram que no entendía en qué podía ser diferente los actos que su hermana había cometido coaccionada por su madre de los suyos –. Si queréis a alguien debéis ir a por mi madre, el eje del Aquelarre y la que lo corrompió.

– ¿Tendremos datos? – preguntó Jacques ignorando la escueta defensa que Bram hizo sobre la bruja, después de todo no había venido a debatir sobre el bien y el mal, y más con humanos que nunca habían nadado en la verdadera luz.

–Os daré datos; dónde localizar brujos, las áreas donde invocan demonios, centros claves para los aquelarres...

– ¿Y sobre la garra? ¿Qué sabes? – abordó Jacques interrumpiendo abruptamente al nuevo cazador.

– ¿A parte de que tendré el placer de que me la trace a mí si averigua qué soy? No mucho pero puedo enterarme, incluso tratar de buscar esa información de boca de las mismas ancianas.

– ¿Qué ancianas? – indagó Jacques.

–Brujas muy viejas, antiguas e inquietantes que viven bajo tierra, en la oscuridad. Aunque pertenecen al Aquelarre oscuro parece que tienen sus propios planes al margen de los de mi madre, incluso sabían qué era yo e impidieron que mi madre me matara siendo niño.

– ¿Las consideras fiables? – preguntó Ezequiel con interés abordando la

posibilidad de que pudieran tener ayuda desde dentro.

–Ni de broma. Ellas tienen su propia agenda, pero entre el duelo de poder que se traen con mi madre podemos sacar ventajas.

–Supongo que no habrás entrenado tus poderes de cazador – observó Jacques.

–Todo lo que he usado es aquello que he podido disimular como un conjuro de magia, así que no mucho.

–Arnau está en una misión averiguando datos acerca de una supuesta cazadora de brujas.

– ¿Una supuesta cazadora? – interrumpió Bram a Jacques tras bufar levemente–. Yo me enfrenté a ella. No es una bruja negra, es como Violeta y muy buena combatiente, usa magia de combate y artes marciales unidas. Parece empeñada en destruir al querido hijo de Betila. No debe estar muy informada si cree que a mi madre le va a importar que muera. Tengo ganas de darle la revancha y bajarle los humos.

–Bueno, ese asunto no es prioritario. Mandaré a Arnau que vuelva y se encargue de tu adiestramiento.

– ¿Y la bruja que le dio a Violeta esa maldita pócima? – preguntó Nicolás con acritud hacia la bruja.

–Sí, sé quién es. Mi madre fue a hablar con las ancianas y estas le revelaron el nombre de la que le dio la pócima a Violeta. Se llama Angélica Ricci.

–Sí, tenemos que cortar cabos sueltos. He pensando en enviar a Aren.

– ¿Vas a enviar al vikingo a por ella? – preguntó Ezequiel alzando una ceja levemente – El vikingo nunca se ha destacado por su sutileza.

–No necesitamos sutileza, solo que la elimine – contestó Jacques.

–Esta es la bruja – dijo Bram colocando la foto de una bella mujer morena de cabello largo y ondulado, con unos penetrantes ojos azules claro –. Es inteligente y hábil. Posee amplios estudios en las artes arcanas, varias lenguas muertas, historia, una erudita dentro del Aquelarre y con unos modales exquisitos. Como podéis ver es bien guapa, además.

–Eso a Aren le va a dar igual y a menos que entienda de runas o de armas le va a aburrir tremendamente.

–Ella es muy lista. Si enviáis a alguien tan elemental quizás no la atrape nunca – dijo Bram cuestionando la opción.

–No conoces a Aren. Nunca pierde una presa y aunque a simple vista parezca burdo y poco sofisticado, incluso ignorante, es sumamente inteligente y hábil. Si ella lo subestima por las apariencias se llevará una desagradable sorpresa, además, yo creo que es imposible de embaucar, tiene las ideas muy claras – expuso Jacques justificando su elección.

–En ese caso, creo que ya hemos concluido la reunión. Violeta me espera y ha jurado mandarme a dormir a la terraza si tardo mucho – dijo Ezequiel sorprendiendo a Jacques que no estaba acostumbrado a que el inquisidor diera detalles personales.

Epílogo

Aren escuchaba el sonido de su teléfono, era el sonido que tenía asociado a Jacques. Apartó a la mujer que dormitaba entre sus brazos y se levantó de la cama. Se quitó el cabello largo y rubio de la cara y tomó el teléfono. Había dejado de sonar pero tenía un mensaje. Abrió el mensaje y apareció una foto. La mujer morena era muy hermosa, de largos cabellos negros cayendo en suaves rizos. Unos ojos azules mostraban una inteligencia inusual. Leyó el escueto mensaje de Jacques “Elimínala. Su nombre es Angélica Ricci”. Aren contempló de nuevo la foto de la chica y se preguntó qué por qué esas putas estaban todas tan buenas.

Dejó de nuevo el móvil sobre la mesa y se paró al oír el sonido que venía desde la cama.

–¿No vienes de nuevo a la cama? – dijo la mujer rubia que le observaba desde allí.

–Claro, pero a primera hora te pagaré un taxi, Sandy – dijo mientras se dirigía hacia allí –. Tengo un trabajo urgente.

–Jana, mi nombre es Jana.

–Claro Jana – respondió mientras le besaba el cuello –. Como tú quieras llamarte.